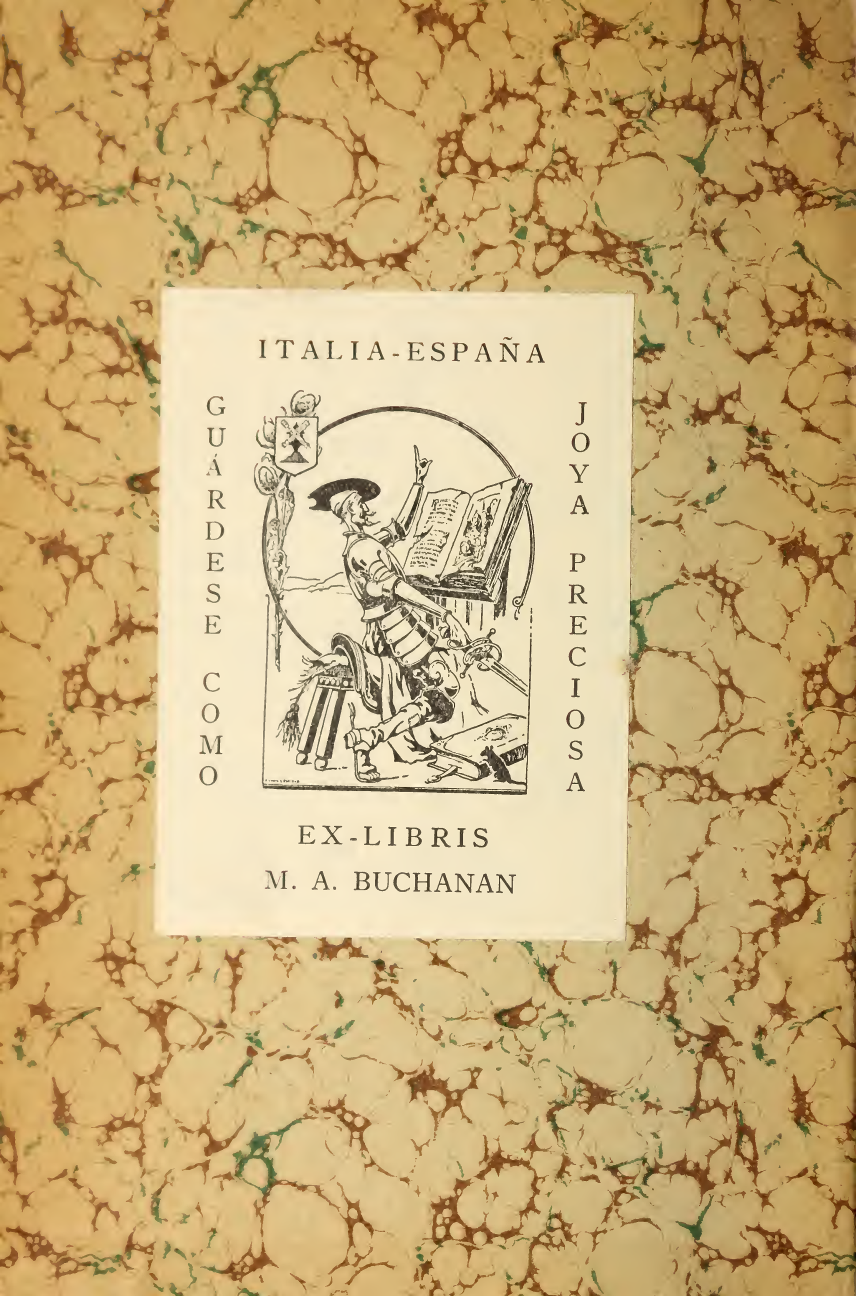
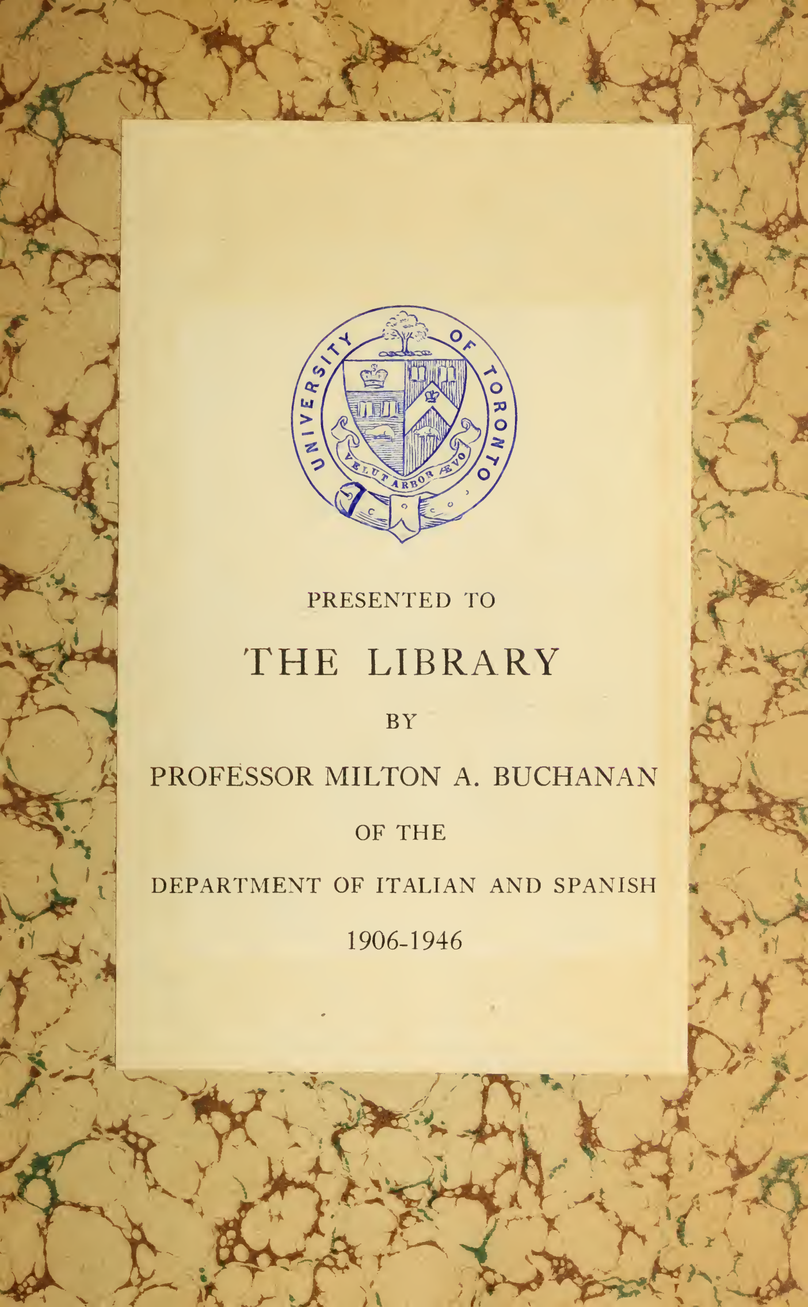

3 1761 09546737 9


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

ESCENAS MONTAÑESAS.

Imprenta á cargo de J. Peña, Rubio, 35.

ESCENAS MONTAÑESAS,

COLECCION DE

BOSQUEJOS DE COSTUMBRES

TOMADOS DEL NATURAL

POR

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA,

CON UN PRÓLOGO

DE

D. ANTONIO TRUEBA.

MADRID.

A. DE SAN MARTIN, Victoria, 9. | AGUSTIN JUBERA, Bola 11.

1864

AL Sr. D. JUAN AGAPITO DE PEREDA,

dedica estas páginas en testimonio de cariño,

SU HERMANO

José María.

PRÓLOGO.

El autor de este libro, con cuya amistad me honro hace años, me escribió hace algunos dias desde Santander, una carta que puede resumirse en estas líneas: — «Con el título de Escenas Montañesas se está imprimiendo en Madrid un libro mio. Puesto que conoce Vd. ese libro, puesto que es Vd. uno de los amigos que más han trabajado para decidirme á publicarle, y puesto que es Vd. aficionado á las costumbres populares, que son objeto de mi libro, deseo que Vd. escriba un prólogo para las Escenas Montañesas, pero no un prólogo laudatorio, sino un prólogo que equivalga á un juicio crítico, imparcial, severo, en que diga Vd. con entera franqueza todo lo malo ó lo bueno que piense de mi libro.»

Esto venía á decirme el Sr. Pereda, y el Sr. Pereda vá á quedar complacido, si no de mi ingenio, que ese no puede lucirle el que no le tiene, al menos de mi franqueza, que esa, á Dios gracias, no me falta.

Los prólogos han de hacer en los libros el oficio de las ventanas en los museos de pinturas.

El pintor, pinta un cuadro y le cuelga de una pared del museo. Llega el público á ver el cuadro, y un servidor del público abre la ventana de enfrente para que penetre la luz. El servidor del público puede ser el pintor mismo si se ha de limitar á abrir la ventana; pero si ha de añadir: —Vean Vdes. qué admirablemente pintados están esos paños, ó—yo encuentro poco feliz el dibujo de esa cabeza;— claro está que no debe ser el pintor. Ahora otra cuestion: ¿debe el servidor del público limitarse á abrir la ventana para que entre la luz y se vea bien el cuadro? Yo creo que sí, pero hay opiniones muy respetables, entre las cuales figura, por lo visto, la del Sr. Pereda, que están porque el servidor del público diga lo que piensa del cuadro. Voy, pues, á decir lo que pienso del cuadro del Sr. Pereda.

Confieso que no conozco más que de oidas las costumbres de la Montaña, porque los pueblos de aquella provincia que lindan con Vizcaya, únicos que he recorrido, participan casi en un todo del carácter vascongado. Un amigo mio que pretende conocer á fondo á los montañeses, suele decir:—Los montañeses son vascongados, y asturianos, y castellanos, sin ser uno ni otro: son, en su lenguaje, en su trage y en sus costumbres, una mezcla de las tres *razas*. Lenguaje: confunden el masculino con el femenino, como los vascongados; gustan de las terminaciones en *u*, como los asturianos, y llaman *tio*, como los castellanos, al que ningun parentesco tiene con ellos. Trage: usan la boina de los vascongados, la montera de los asturianos y el sombrero de alas anchas de los castellanos. Costumbres:

así bailan al son del tamboril vascongado como al de la dulzaina de Castilla la Vieja, ó la gaita galaico-asturiana.—

Es indudable que la Montaña formó parte de la heróica Cantábria que tanto dió que hacer á los romanos; pero si la pérdida del carácter primitivo y peculiar, es gran prueba para acreditar la sumision de los pueblos al extranjero, hay que creer que si los romanos subyugaron á una parte de Cantábria, esa parte fué la que hoy se llama Montaña de Santander.

Me parece que hay, cuando menos, notables inexactitudes en este discurso de mi amigo, que participa de la errada opinion que el vulgo tiene de la Montaña y los montañeses, no solo en las provincias confinantes con aquel país, sino tambien en Madrid mismo, donde la Montaña está representada por vulgarísimas mujeres, que van á hacer granjería con el néctar y el cariño de que privan á sus tiernos é inocentes hijos. Casi todos los mendigos que pululan por nuestros caminos y nuestras romerías, burlando la vigilancia de las autoridades, merced al carácter hospitalario y caritativo de nuestro pueblo, son montañeses, y montañesas son casi todas las miserables familias que viven amontonadas en las hediondas viviendas de Bilbao la vieja y Achuri. Juzgando el vulgo por este triste espectáculo, cree que la Montaña es una tierra desventurada, donde no hay más que miseria y abyeccion; pero el vulgo se equivoca grandemente en este juicio. La Montaña, cuya topografía es muy parecida á la de las provincias vascongadas, tiene, como estas, hermosos y fecundos valles; la industria florece y se desarrolla en ella, y la generalidad de sus habitantes son inteligentes, laboriosos y honrados, por

más que una copla popular atribuya su aficion á emigrar á falta de aficion al trabajo.

Hay que confesar que la Montaña, si no es muy feliz en el concepto que de ella tienen sus vecinos, tampoco lo es en los informes que de ella suelen dar los escritores. Pereda mismo, que es uno de sus amantísimos hijos, que tiene un privilegiado talento para estudiar y describir sus costumbres populares, y que ha consagrado un libro al estudio y la descripcion de las costumbres montañesas, ha tenido el mal gusto de pasar de largo por delante lo mucho bueno que hay en la Montaña, y detenerse á fotografiar lo mucho malo que la Montaña tiene como todos los pueblos.

Es muy posible que me replique:—Es que así como usted cree acertar buscando virtudes para cantarlas, yo creo acertar buscando vicios para condenarlos. Siga Vd. en paz y gracia de Dios por su camino, alabando lo hermoso, y déjeme á mí seguir por el mio censurando lo feo, que al fin nos hemos de encontrar, pues vamos á parar á un mismo fin. Tantos pecadores convierte el predicador que encarece las penas del infierno, como el predicador que encarece las delicias del cielo.—

No estoy del todo conforme con el pesimismo del autor de las ESCENAS MONTAÑESAS. Su sistema podrá ser moral, pero no es patriótico. ¿Qué delito ha cometido la pobre Montaña, tan hermosa, tan noble y tan honrada, para que se la mortifique y avergüence, contando que tiene algunos hijos feos, y no se la consuele y enorgullezca, contando que tiene muchos hijos hermosos? Pero yo respeto, aunque no apruebe, el sistema del insigne escritor montañés, que va á alborozar á la república literaria española con el libro

cuyo prefacio escribo: mi objeto no era condenar en absoluto su sistema, y sí solo demostrar que la Montaña tiene la desgracia de que los escritores no quieran hacerla simpática á los que no la conocen de vista.

He dicho ya con franqueza todo lo malo que tenía que decir del libro del Sr. Pereda, y ahora voy á decir, no todo lo bueno, porque eso sería interminable, sino algo de lo bueno.

No me pesa haber dicho que las ESCENAS MONTAÑESAS van á alborozar á la república literaria española, y tanto no me pesa, que si mi voto tuviera autoridad para ello, la aprovecharia para decir en voz muy alta: D. José María de Pereda, cuyo nombre es hoy poco menos que desconocido en la literatura española, ocupará mañana entre nuestros escritores uno de los puestos más merecidos y honrosos, porque su libro es uno de los más bellos que han enriquecido nuestra literatura moderna.

Hace pocos meses escribí algunas líneas al frente de un libro que habia escrito un comerciante bilbaino, con quien tuve que luchar, como quien dice, á brazo partido, para que diese á luz aquel hermoso trabajo que su excesiva modestia condenaba á la oscuridad; y hoy hasta la prensa extranjera tributa entusiastas elogios al *Diario de un peregrino en tierra santa*, que así se titula aquel libro, cuya primera edicion se habrá agotado muy pronto. Estoy seguro de que, así como se ha realizado el triunfo que vaticiné al libro de D. Álvaro Robledo, se ha de realizar el que vaticino al libro de D. José María de Pereda.

Ya que he dicho lo que pienso del libro en general, voy á decir lo que pienso en particular de cada uno de los diez y ocho capítulos ó cuadros en que se divide.

Santander (antaño y ogaño). Este cuadro revela un profundo estudio del Santander de *antaño* que en nada se parece al de *ogaño,* y estoy seguro de que no es el que menos trabajo ha costado á su autor; pero es muy posible que la generalidad de sus lectores, ó más bien de las lectoras, le tache de *pesado.* No le encuentro yo tal, pero en la literatura sucede lo que en la música, que cuando no es ligerita, solo gusta á los que tienen *formado el oido.*

El Raquero. Como por nuestras playas y muelles tambien hay este tipo, aunque es un poco más decentito que el de la Montaña, puedo juzgar del acierto con que el autor de las ESCENAS MONTAÑESAS ha retratado al *raquero.* Este cuadro es rico de ingenio y observacion; pero me contrista y repugna la miseria material que revela.

La Robla. La Robla es un cuadro de costumbres delicioso que nunca me cansaré de leer. Yo que soy aldeano y he gustado y aun gusto de andar en ferias y mezclarme con los feriantes, y oir sus conversaciones, y ver cómo se entusiasman y aun se enternecen contando las valentías de sus ganados, yo me creo trasportado á nuestras ferias de Basurto, ó de Zalla, ó de Guernica al leer el cuadro de la *robla* montañesa, cuyas figuras están propiamente copiadas del natural. ¡Qué detalles, qué toques tan primorosos ha empleado el pintor en lo que pudiéramos llamar la orla de este cuadro, en la descripcion de la vida y el movimiento general de la feria! «La tarde, dice, va acabándose y el ganado y la gente que llenaban la feria se retiran poco á poco. Ya no se oyen las tarrañuelas ni los panderos, ni un solo grito en el corro de bolos. Los taberneros recogen sus baterías, y embridan sus jamelgos los curas, los jándalos y

los señores de aldea.» ¿Quién no está viendo estos curas, estos jándalos y estos señores de aldea si alguna vez ha asistido á las ferias ó romerías de nuestras provincias septentrionales?

A las Indias. Este cuadro empieza con un dialoguillo que vale un Perú (el Perú antíguo por supuesto, que en el Perú moderno el oro se ha convertido en basura), y concluye con una atinadísima y sentida condenacion de la emigracion á América, que tan funesta es á las provincias que se extienden desde Finisterre á Fuenterrabía. Hay en este cuadro profunda verdad, y siento en el alma decirlo, porque diciéndolo digo que en Vizcaya he tenido y tengo todos los dias ocasion de presenciar espectáculos como los que Pereda descubre y lamenta y condena en el cuadro que lleva el título, un poco impropio, de *A las Indias.*

La primera declaracion. Este cuadro, como dice el autor, no es *esencialmente* montañés; pero en cambio lo es de todas partes. En el análisis que el Sr. Pereda hace del sentimiento que predomina en la adolescencia, hay tanta verdad que no puede uno ménos de recordar á aquel gallego que viendo en la Vírgen del Puerto á un madrileño tocar admirablemente la gaita gallega, exclamó: «Vd. por fuerza ha sido gallego!» No es estraño que el Sr. Pereda haya sido gallego, porque pocos salen de la adolescencia sin haberlo sido, y muchos ménos saben pintar como él lo que fueron en aquella edad por la que, como dice nuestro autor, vela la Providencia divina á falta del sentido comun y el código civil.

La Costurera (pintada por sí misma). Por lo visto la costurera de Santander se parece como un huevo á otro á

la de Madrid y á la de Bilbao, que yo conozco de vista un poquillo. Este cuadro es de mano maestra, y tal que me parece el más acabado y bello del libro.

La Noche de Navidad. En nada se parecen las costumbres que en este cuadro se describen á las que conozco. Sin embargo, puedo decir que el diálogo de los niños es admirable por la verdad que hay en él: los niños son los mismos en todas partes, así en la *forma* como en el *fondo*. El tipo del estudiante es delicioso. Pero tengo una duda de que tal vez me saque Pereda cuando reimprima su libro: ¿comen carne los montañeses en Noche-buena, ó es que aguardan á que den las doce? Esto último debe ser.

La Leva. Este cuadro, no tanto por su fondo, que es muy bueno, como por sus detalles, vale por sí solo tanto como muchos libros que gozan de gran estima. ¡Qué admirable y á la par triste pintura de los vicios y la miseria y la desventura de la clase social, ante la cual ha colocado el fotógrafo su cámara oscura! El retrato del Tuerto es obra maestra, pero el de Tremontorio es obra admirable.

La Primavera. No me gusta tanto Pereda cuando habla en verso como cuando habla en prosa. Sin embargo, la gracia y la intencion y la facilidad del prosador acompañan fielmente al versificador. Buena prueba de ello es este cuadro cuya ironía y tendencia á burlarse de los recursos más leales y fecundos de la poesía, estoy muy lejos de aprobar.

Suum Quique. Este es otro de los cuadros que estoy seguro ha de parecer pesado á los que *no tienen formado el oido;* pero á pesar de eso yo le tengo por un trabajo importantísimo y de mérito literario y filosófico no comun,

Conozco muchísimo á los aldeanos de Castilla y Vizcaya, y debo confesar que solo se dan *un aire* á los de la Montaña, si los de la Montaña son tan suspicaces y quisquillosos é interesados como Pereda los pinta en este cuadro.

El Trovador. Admito el género á que este cuadro pertenece, género que me parece muy admisible; hay que convenir en que este cuadro tiene mucha gracia.

La Buena gloria. Hace bien Pereda en tronar contra la singular costumbre conocida con el nombre que lleva este cuadro, y si su censura ha de contribuir á desterrarla para siempre, no me pesa que haya fotografiado espectáculo tan indigno de un pueblo honrado y piadoso.

El Jándalo. El jándalo, como el lector verá leyendo este bellísimo cuadro, es aquel montañés que despues de pasar algunos años en Jerez, el Puerto, Sanlucar ú otra poblacion de Andalucía despachando cañas de manzanilla, sirviendo guisotes y recibiendo puntapiés y pescozones de amos y parroquianos, toma el puñado de dinero que con vida tan arrastrada ha ganado, trueca su mugriento traje por el del jaque andaluz, y se planta en la Montaña hablando en caló y escupiendo por el colmillo. Son muchos los montañeses que inmigran á Andalucía, donde ejercen casi exclusivamente el monopolio de cierta clase de industria; pero participando del amor que todos los hijos de los paises montañosos tienen á la tierra nativa, tornan á esta en su mayor parte, y á la verdad, bien se echa de ver el *jandalismo* en el lenguaje popular montañés que con tanta maestría nos da á conocer Pereda en su libro. El cuadro del *Jándalo* es de los tres ó cuatro mejores de la coleccion que voy analizando rápidamente.

Las visitas. Este cuadro está escrito con mucha gracia, con mucha verdad y con la *intencion de un toro*, si es que los toros tienen buena intencion, porque es de advertir que Pereda la tiene muy buena en cuanto escribe.

Los Pastorcillos. ¡Qué donosa caricatura es esta de la poesía pastoril que, entre paréntesis, es poesía que me encocora aunque me enamora la poesía que huele á tomillo!

¡*Cómo se miente*! D. Crisanto y D. Plácido exísten, no solo en Santander sino tambien en todas las poblaciones. Con decir esto está dicho que no es trabajo ocioso el que Pereda ha empleado en retratar las dos figuras principales de este cuadro.

Arroz y gallo muerto. Yo que visito con frecuencia las aldeas, cuanto más las visito más conforme estoy con estas palabras del Sr. Pereda: «Con la fé de sus mayores es dable únicamente á los pobres aldeanos la paz y la ventura entre tantas privaciones y miserias. Los derechos políticos, la civilizacion *autonómica*, nunca producirán entre ellos más que envidias y escisiones, hambre y desesperacion. Ser pobre y honrado es la mayor de las virtudes; y el pueblo para ser virtuoso necesita antes que derechos y títulos pomposos que le ensoberbezcan, pan que le alimente y fé que le resigne al trabajo.» Aunque el Sr. Pereda no dijera esto en el cuadro que titula *Arroz y gallo muerto*, lo dirian el bienestar y la alegría que nos muestra en los habitantes de una aldea, donde el amor al trabajo y el sentimiento religioso se conservan casi en toda su pureza. Es lástima que no abunden más en el libro estos cuadros consoladores.

El Espíritu moderno. Este es el último cuadro del li-

bro del Sr. Pereda: tiene por objeto reseñar en unas cuantas páginas la trasformacion que en el corto espacio de doce años ha obrado en Santander y su provincia *el espíritu moderno* que lo ha invadido todo. En este cuadro como en el que le precede, se notan en el escritor tendencias al optimismo que yo celebraría muchísimo fuesen en aumento en lo sucesivo. Las Escenas Montañesas se han escrito en el trascurso de algunos años, y se echa de ver en ellas que el autor es cada vez ménos sarcástico y pesimista.

He complacido al Sr. Pereda diciendo con entera franqueza lo bueno y lo malo que pienso de su libro. Críticos verdaderamente autorizados analizarán las Escenas Montañesas: suplico al autor que cuando haga la segunda edicion de su hermosa obra, arranque de ella este mal perjeñado prólogo, y ponga en su lugar cualquiera de aquellas doctas críticas.

Álbia, Junio de 1864.

ANTONIO DE TRUEBA.

SANTANDER.

(ANTAÑO Y OGAÑO.)

I.

Las plantas del norte se marchitan con un sol de treinta grados.

La esclavizada raza de Mahoma se asfixia bajo el peso de la libertad europea.

El sencillo aldeano de nuestros campos, tan risueño y espansivo entre los suyos, enmudece y se apena en medio del bullicio de la ciudad.

Todo lo cual no nos priva de ensalzar las ventajas que tiene el sol de Castilla sobre los hielos de Rusia, ni de empeñarnos en que vistan de chistera y fraque las cabilas de Anghera, y en que dejen sus tardas yuntas por las veloces locomotoras nuestros patriarcales campesinos....

Pero sí me autoriza un tanto para reirme de esas largas disertaciones encaminadas á demostrar que los nietos de Cain no supieron lo que era felicidad, hasta que vinieron los fósforos al mundo; ó mejor dicho, los fosforeros; ó, como si dijéramos, los hombres de ogaño.

2

Y me rio tanto más descuidado de la desdeñosa compasion con que hoy se mira á los tiempos de nuestros padres, cuanto que estos, en los suyos, tambien se reian de los de nuestros abuelos, que así mismo se rieron de los de sus antepasados; del mismo modo que nuestros hijos se reirán mañana de nosotros, porque, como ya he dicho en otra ocasion (y perdóneseme la osadía de citarme á mí propio), «las generaciones, desde Adan, se vienen riendo las unas de las otras.»

Quien hasta hoy se haya reido con mas razon, es lo que aún no se ha podido averiguar, y es probable que no se averigüe hasta que ria el último; pero que cada generacion cree tener más derechos que ninguna otra para reirse de todas las demás, es evidente.

He dicho que el animal de más instinto de todos los conocidos se rie de cuanto le ha antecedido en el mundo; y he dicho mal: tambien se rie de lo que le sigue mientras le quedan mandíbulas que batir.

Resultado: que el hombre no halla bueno y tolerable sino aquello en que él toma parte, ó en que la toman los de su lechigada. Mientras es actor en los sucesos del siglo en que nace, todo va bien; pero desde el momento en que, gastado el eje de su vida, se constituye en mero espectador, nada es de su agrado.—Abrid la historia de las pasadas sociedades, leed al filósofo crítico mas reverendo, y le vereis, mientras se jacta de haber dado ensanche al patrimonio ruin de la inteligencia que heredó de sus mayores, lamentarse de los locos extravíos de sus hijos.

Y cuando á los nuestros entreguemos mañana el imperio del mundo, sentiremos más evidente esta verdad. Una vez apoderados ellos del cetro, vereis lo que tarda nuestra generacion, entónces caduca é impotente, en llamarlos dementes y desorganizados; casi tan poco como en que ellos nos

miren con lástima, y, alumbrados por el sol de la electricidad, se rian á nuestras encanecidas barbas de los resoplidos del vapor de nuestras locomotoras.

Y esto, ¿qué significa?

Que la humanidad siempre es la misma bajo los distintos disfraces con que se va presentando en cada siglo.

Conste, pues, que al reirme del orgullo del hombre de ogaño, no injurio su civilizacion; pues son dos cosas tan distintas como Ícaro y sus alas, como la ilusion y el desengaño.

Y si el lector al llegar aquí, y en uso de sus derechos, me pregunta á qué conducen las anteriores perogrullescas reflexiones, le diré que ellas son lo único que saqué en limpio de mi última sesion con mi buen amigo D. Pelegrin.

Don Pelegrin Tarin es un señor fechado aún más allá de la última decena del siglo XVIII; uno de esos hombres cuyo conocimiento se hace en el café en una jugada á las damas, ó con la duda de una fecha, ó con el relato de un episodio de la guerra de la independencia; un señor chapado y claveteado á la antigua, y en cuyo ropage y fachada se puede estudiar la historia civil y política de su tiempo del mismo modo que sobre un murallon cubierto de grietas y de musgo se estudia el carácter de la época en que se construyó.... y no sé cuántas cosas más, segun es fama.

La verdad es, sin que importe el cómo, que D. Pelegrin se hizo amigo mio, y que rara es la tarde que no me echa un párrafo de historia antigua, apenas entro en el café, su morada habitual desde las tres de la tarde hasta las ocho de la noche, y me siento en el consabido rincon.... Y ahora recuerdo que la coincidencia de buscar los dos el ángulo más apartado á la vez que el divan más mullido del café, fué el orígen de nuestras relaciones.

Comenzó este señor por aburrirme muchas veces hablán-

dome de la guerra *del francés*, como él dice, del duque de Wellington y del motin de Esquilache. Hablábame tambien á cada paso de la política del Rey y de los puntales del Tesoro; del pingüe resultado de los *gremios*.... y qué sé yo de cuántas cosas mas; y haciendo sus aplicaciones á las modernas doctrinas y al presente sistema administrativo, sacaba las consecuencias que le daba la gana, porque yo á todo atendia menos á contradecirle. Pero comenzó un dia á hablarme del Santander de sus tiempos y de las costumbres de su juventud, y, sin darme cuenta de lo que me sucedia, halléme con que me iba interesando el viejo D. Pelegrin.—Y cómo no interesarme si es la mejor crónica del pueblo, la única tal vez que nos queda? Desde entónces estreché más mis relaciones con él y dí en agoviarle á preguntas.—Pero el bendito señor, sea efecto de sus años ó de su carácter enérgico, tiene la costumbre de comentar todo lo que dice y de meterse á filosofar y á hacer digresiones sobre la cosa más trivial; de suerte que nunca pude obtener un cuadro exacto y bien detallado del Santander de antaño, tal como yo le queria para dárselo á mis lectores, seguro de que me lo agradecerian como una curiosidad. Lo más acabado que salió de su descriptivo-crítico ingénio, es lo que Vds. van á leer, (si tanta honra quieren dispensarme) que ignoro si por su forma y colorido es un cuadro que merezca llamarse montañés, ó si participa de detalles que más que al país son peculiares á la época. Como quiera que sea, ello es de la propiedad de D. Pelegrin y en él declino mi responsabilidad.... y allá va para gobierno de mis lectores.

II.

Despues de un vago preámbulo, esclamó así el buen señor:

—«Mire Vd., amigo mio: yo no estoy literalmente reñido

con esa bataola infernal, con ese perpétuo movimiento que forma hoy la base de la sociedad en que Vds. viven; no, señor, comprendo perfectamente todo lo que vale y el caudal inmenso de ilustracion que representa; pero esto no puede satisfacer las humildes ambiciones de un hombre de mis años: desengáñese Vd.—Yo no puedo ménos de recordar con entusiasmo aquellas costumbresráncias, tan ridiculizadas por los modernos reformistas; ellas fueron mi cuna, entre ellas crecí y á ellas debo lo poco que valgo y el fundamento de esta familia que hoy me rodea y, aunque montada á la moderna, respeta mis *manías*, como Vds. dicen, y me permite vivir cincuenta años más atrás que ella. No tengo inconveniente en decirlo: mis vigilias, mis anhelos, todos mis afanes paternales han sido y aún son para mis hijos; pero lo demás... ¡ah! lo demás, incluso el traje, como Vd. está viendo, todo lo rindo en holocausto de aquellos felices tiempos de mi juventud.»

Dicho lo cual sin resollar, y con visible conmocion, don Pelegrin, como de costumbre, disertó sobre la sencillez de las costumbres de sus tiempos, afanándose por convencerme de que eran mucho más recomendables que las nuestras; con cuya intencion, asegurándome que la historia de los hombres de entónces, socialmente considerada, era, *plus minusve*, una misma en cada categoría, trazóme de la suya lo que *ad pedem literæ* voy á copiar:

—«A los diez y siete años, dijo, habia terminado yo la escuela; sabia las cuentas hasta la de *cuartos-reales*, y tenía una forma de letra que, como decia mi maestro, se escapaba del papel.—A los diez y ocho entré con los PP. Escolapios de Santa Clara á estudiar latin; á los veintitres era todo un filósofo apto para emprender cualquiera carrera literaria.—Mi señor padre (Q. D. G.), fundándose en que ya habia en la familia un fraile, un guardia y un empleado en las Cova-

chuelas de Madrid, se empeñó en que yo fuese jurisconsulto, por lo cual habia escrito á Salamanca, un año ántes de terminar yo la filosofía, en demanda de hospedaje y de recua que me condujese, en retorno de una de sus expediciones semestrales de garbanzos, juntamente con los otros dos estudiantes que, segun se murmuraba por el pueblo, debian marchar tambien con igual destino que yo.... ¡Me parece que fué ayer cuando, por mi primera vez en mi vida, salí á correr el mundo!....

En el meson del *Monge*, que estaba al principio de la calle de San Francisco, monté sobre un macho cargado de azúcar y campeche, despues de haber recibido la bendicion de mi señor padre que me contemplaba con sereno rostro, aunque con el alma acongojada con la idea de separarse de mí. Tambien estaban allí los padres de mis dos compañeros de espedicion, los amigos de todos ellos y los curiosos que nos habian visto confesar el dia antes y que averiguaron nuestra salida; medio pueblo, amigo mio, nos rodeaba en el meson; medio pueblo que nos siguió hasta el Cristo de Becedo, que estaba en el lugar que despues ocupó el Peso público, y últimamente esa gran casa que llaman tambien del Peso. Allí rezamos un *credo*, postrados todos de hinojos, eché algunos cuartos en el cepillo del Santuario, volví á montar sobre mi macho, y con un «buen viaje» de todos y una mirada de mi señor padre que hizo brotar las lágrimas de mis ojos, partimos mis dos amigos y yo para Salamanca á donde llegamos sanos y salvos, despues de mil divertidos episodios, que tal vez le cuente en otra ocasion, á los diez y nueve dias, ocho horas y catorce minutos.»

—¿Es posible, dije, interrumpiendo á D. Pelegrin, que solo tres estudiantes salieran de Santander en un año?

—Y era mucho salir, me contestó en tono enfático: repare Vd. que estaba carilla la carrera de letrado. Solamente

el arriero costaba al pié de *quince duros*, aunque era su obligacion mantenernos á su costa durante el viaje; y la estancia anual en Salamanca no nos bajaba á cada uno, con ropa limpia y derechos de Universidad, de 1,500 á 2,000 reales.

—¡Cáspita!... esclamé yo muy sério, acordándome de lo que habia gastado en los tres dias del último carnaval de mi vida de estudiante.... ¡ahí era un grano de anís!.... Pero no sabía yo, D. Pelegrin, que fuese Vd. abogado.

—Y no lo soy, ¡cá! porque.... verá Vd. lo que pasó. En las primeras vacaciones que me dieron, y en recompensa de la buena censura que obtuve del *sinodal* en el exámen, me permitió mi señor padre que hiciese un viaje de recreo á donde más me acomodase y por todo el tiempo que me pareciese prudente. Entónces estaba muy en moda entre los jóvenes *pudientes* de aquí irse á San Juan de Luz y á Bilbao, con motivo de unos célebres partidos de pelota que habia á cada paso entre vizcainos y bayoneses. Yo elegí el último punto por la comodidad con que entónces se hacía el viaje, pues habia un *paquete* quincenal entre aquel puerto y éste; un quechemarin que se ponia junto á la botica del Dr. Cuesta.... ¿se admira Vd.?: es que entónces ni existia la plaza de la verdura, ni en su existencia se pensaba, porque llegaba la marea muy cerca del arco de la Reina. Pues, señor, tomé pasaje en el quechemarin, cuyo capitan era conocido de mi padre; y en la confianza de que tardariamos dos dias y medio en llegar, como era costumbre del barco, segun decian, y por eso se llamaba el *Rápido,* hicímonos á la mar. Pero dió en soplar un vientecillo del nordeste apenas montamos el Cabo Quejo, que nos echó sobre Llanes cuando pensábamos alcanzar á Portugalete. Allí se armó un zipizape del noroeste con tal cerrazon y tales celliscas, que al cuarto dia amanecimos mar adentro y sin ver una pizca de tierra. El

capitan, segun entónces nos confesó, nunca habia navegado más que por la costa de Vizcaya, ni conocia la altura en que nos hallábamos, ni, lo que era peor, el modo de averiguarlo: así fué que, encomendándonos á Dios, pusimos la popa al viento, trincamos el timon, y á los siete dias de tormenta nos colamos de noche en un boquete que al capitan se le antojó Santoña; mas al preguntar, cuando amaneció, en un patache que teníamos al costado, en dónde nos hallábamos, supimos que en Castropol. Para abreviar, amigo mio: á los diez y siete dias de nuestra salida de Santander volvimos á fondear en las Atarazanas despues de habernos equivocado en todos los puertos de la costa, y sin poder tropezar con Bilbao. A mi familia, que en todo ese tiempo no tuvo noticias mias, figúrese Vd. qué entrañas se le habrian puesto: por lo que hace á mi padre, juró que en su vida me volveria á separar de su lado, y así lo hizo.—Ahora comprenderá Vd. por qué abandoné la carrera.

»Veinticinco años habia cumplido cuando entré en una de las pocas casas de comercio que habia en Santander, con ánimo de poder instruirme en el ramo para poder bandearme despues por mi cuenta. ¡Qué vida aquella, qué vida y cuán diferente de la de Vds.... y qué placentera, sin embargo! Y eso que no teníamos bailes de campo en el verano, ni fonda en Ontaneda, ni romerías en Cajo, como ahora. No hablemos de los dias de labor, porque en estos se daba por muy contento el que de nosotros sacaba permiso para ayudar una misa en Consolacion ó para cantar un responso con los Padres de San Francisco; pero llegaba el domingo ¡válgame Dios! y ya no nos cabia en el pueblo tan pronto como se acababa el Rosario de la Tercera Orden, durante el que, (Dios me lo perdone) nunca faltaba un ratoncito que soltar entre los devotos ó alguna divisa que poner en la coleta de un *currutaco*. ¿Ve Vd. esas casas primeras de la cuesta del

Hospital? pues en lugar de ellas habia un prado que cogia parte de la plaza de San Francisco. Allí jugábamos al *jito* y á la *catona* hasta sudar la gota de medio adarme; tambien jugábamos á las *guerrillas* y al *rodrigon*, juegos muy en uso entónces y que los habia traido un seminarista de Cervatos, emigrado por cierto pique que tuvo con un prebendado de aquella Colegial. Otras veces nos íbamos á echar cometas al Molino de viento, ó á chichonar grilleras á los prados de Viñas, segun las estaciones del año, ó á saltar las huertas de San José, que á todo hacíamos, como jóvenes que éramos.... Yo, sobre todo, con este génio tan francote y acomodado que Dios me dió, gozaba con todo mi corazon. Tenía dos amigos en la calle de San Francisco que parecian nacidos para mí. El uno tocaba el *pífano* y el otro el *rabel*, entrambos de aficion; pero ¡qué tocar!.... yo tambien era aficionadillo á la música, y punteaba en la guitarra un *baile estirio* y dos *minuetes*. Pues señor, nos poníamos los tres al anochecer de los domingos del verano, despues de nuestra partida de *jito*, á la puerta del balcon, y dale que le das á los instrumentos, llegábamos á reunir en la calle una romería. Personas de todas edades y condiciones, cuanta gente volvia de pasear ó de la novena, se plantaba al pié del balcon hasta que nosotros nos retirábamos.... Y vea Vd., qué demonio; en cuanto llegó á hacerse en aquella calle la reunion de moda del pueblo, nos prohibió tocar el señor Corregidor. Yo no sé qué se corria entónces por la ciudad sobre fracmasonería. La guerra *del francés* estaba ya muy empeñada en varías partes de la nacion, y las notas de *afrancesado* quitaban el sueño á más de cuatro españoles. Lo cierto es que por entónces comenzaron á gastar los elegantes el *pequé* sobre el *sortut*, y las madamitas la *escofieta* con sus *airones* de á media vara; tambien se introdujeron en la mesa la sopa á la *ubada*, el principio de *pulpiton* y el postre de *compota*,

pues de allí data el que Vds. usan. En fin, que las señas eran fatales, que se temia una lógia á cada vuelta de esquina y que creimos muy natural la prohibicion del señor Corregidor, que temblaba, como él nos dijo, toda reunion que pasára de tres indivíduos.

III.

—Pues señor, volviendo al asunto, y en la imposibilidad de referir punto por punto toda la historia de mi juventud, porque no acabaríamos hoy, le diré á Vd. que á los cinco años de mi práctica de comerciante, habiendo conocido perfectamente el manejo de los negocios y á una jóven vecina de mi principal, monté un establecimiento, de cuenta propia, de géneros de refino, y me casé el dia mismo en que cumplia treinta y un años, cosa que me costó mis trabajillos porque los once meses de Salamanca me habian procurado una reputacion de calavera de todos los demonios.—Casado ya, mi vida tomó un giro enteramente diverso del de hasta entónces. Desde luego fuí nombrado síndico del gremio de pimentoneros, procurador municipal de dos pueblos agregados á este ayuntamiento, vocal perpétuo de una junta de parroquia, tesorero de la Santa Hermandad, y asesor jurado de una comision calificadora para los delitos de sospecha de traicion á la causa del Rey. Con todos estos cargos me puse en roce con las personas más importantes de la ciudad y me dieron entrada *en palacio*, que era todo mi anhelo ya mucho tiempo hacia, porque Su Ilustrísima era hombre de gran eco entre las gentonas de Madrid, y lo que por su conducto se averiguaba en Santander no habia que preguntar si era el evangelio. Tenia Su Ilustrísima tertulia diaria de ocho á nueve de la noche, y la formábamos un médico muy famoso por sus chistes, que hablaba latin *como agua*, el

P. Prior de San Francisco, hombre sentencioso y de gran consejo, un abogado del Rey, caballero de Cárlos III, mi humildísima persona y un intendente de rentas, hombre de bien si los habia, temeroso de Dios como ninguno, servicial y placentero que no habia más que pedir.... Por cierto que murió años despues en Cádiz de una disentería cuando el sitio del francés. Estas eran las personas constantes al rededor de Su Ilustrísima; además habia otras muchas que alternaban cuando les parecia oportuno.—Para que Vd. se forme una idea del carácter del bendito señor intendente, voy á referirle un suceso digno, por otra parte, de que se imprimiese en letras de oro.

Presentóse una noche en la tertulia algo más tarde de lo acostumbrado y con aire de hondo disgusto en su fisonomía. Tratamos de averiguar la causa, y despues de mil ruegos, hasta del señor Obispo que le queria mucho, pudimos arrancarle estas palabras:—«Señores, tenemos comediantes en el pueblo,» palabras que hicieron en la tertulia una impresion desagradabilísima, porque faltaban diez y siete dias para la cuaresma, y el pueblo, con la guerra y con las ideas locas que se iban despertando entre la gente, más que de comedias necesitaba de sermones. Pues señor, tratóse sériamente sobre el particular y se autorizó al fin al intendente para que él lo arreglara á su antojo. Y, efectivamente: al otro dia se presentó al director de la compañía, que ya habia arrendado una bodega en la calle de las Naranjas, diciéndole que era preciso que á todo trance saliese de Santander.—El pobre hombre se quedó hecho una estátua al oir la proposicion.—«Señor, le dijo, mire V. S. que vengo desde más allá de »Becerrílejo, que traigo ocho de familia y cuatro caballerías »para ellos y para los equipajes; que he pagado adelantado »el alquiler de la bodega y he gastado mucho en colocar la »tramoya que V. S. está viendo. Si me marcho sin dar me-

»dia docena de funciones, me pierdo para toda la vida.— »¿Cuánto pueden valerle á Vd. las seis funciones? le pre»guntó el intendente.—Yo cuento, señor, con que no baje »de quinientos reales despues de pagar la bodega, las luces »y los dos tamborileros que han de tocar durante los inter»medios.— Pues ahí van mil, contestó el bendito señor dán»dole un cartucho de monedas que ya llevaba preparado al »efecto; pero es preciso que ahora mismo desaloje Vd. el lo»cal y sin perder un solo minuto salga con su gente de San»tander.» El comediante vió el cielo abierto, hizo lo que deseaba el intendente, y, sin salir este de la bodega, se desarmó la tramoya, se cargaron las caballerías, montaron los comediantes.... y nadie volvió á ocuparse de ellos. ¿Pero Vd. cree que cuando el intendente, lleno de júbilo, entró por la noche en la tertulia, hallábamos medio de hacerle tomar la parte que nos correspondia de los mil reales? ¡ Que si quieres! Fué preciso que Su Ilustrísima se lo suplicara con mucho empeño. «He hecho una obra buena, decia, ¿ qué mejor aplicacion he podido dar á esa parte del caudal que el Señor me ha confiado?....» Le digo á Vd. que era todo un bendito de Dios el señor intendente.

Reíme de veras con el sucedido de los comediantes.—¿Es posible, dije á D. Pelegrin, que tal idea se tuviese entre ustedes del teatro? ¿que así le tomasen como un foco de desmoralizacion?

—Y qué le diré yo á V.?, me contestó: entre nosotros no faltaba quien dijera, como Vds. hoy, que era, más que escuela de vicios, cátedra de moralidad; pero, sin embargo, yo opinaba mejor (y cuidado que no soy fanático) con el P. Prior que decia, cuando de ello le hablaban: «Podrán los devo»tos del teatro asistir á él como á una cátedra de virtudes; »pero lo cierto es que en ninguna parte se predica más mo»ral y más clara que en el púlpito, y si se pusiera la en-

»trada á dos cuartos, tal vez ni los monaguillos nos escu-»cháran.» De todos modos el pueblo no echaba en falta esos pasatiempos: ¿á qué empeñarnos en dárselos cuando, por lo menos, le habian de crear una nueva necesidad?

—Segun ese sistema, repuse, aún estaríamos como en los tiempos de Caupolican. Sepa Vd., D. Pelegrin, que es un deber para el hombre adoptar todo aquello que puede dar ensanche á su inteligencia. Los progresos materiales....

—Ya pareció el peine, me interrumpió con cierto despecho; ¡como si hasta que Vds. vinieron al mundo no supiera el hombre lo que era dignidad!

—No se ofenda Vd., D. Pelegrin, y óigame con calma. En todos tiempos y en todas épocas ha habido hombres ilustres: no hago al talento ni á la dignidad patrimonio de nuestros dias; pero ¿á que en los suyos echaban esos mismos hombres muchas cosas de menos? ¿á que hallaban un vacío en la sociedad, como si adivinaran algo de la gran revolucion que muy pronto iba á operarse en las costumbres? Usted mismo...

—Qué vacío ni qué calabaza, esclamó mi viejo amigo, verdaderamente sulfurado, y con unos ademanes que no me dejaban duda de que habia cometido una torpeza en tocarle este resorte precisamente cuando necesitaba yo saber grandes cosas de la tertulia de Su Ilustrísima. Lástima, continuó, me causan Vds. cuando les oigo espresiones semejantes. Ustedes, ustedes son, por el contrario, los que desean siempre *algo*, y este algo es precisamente lo que nosotros teníamos de sobra: la paz del espíritu. Ustedes tienen la sensibilidad encallecida, espuesta al roce de todos los sucesos del siglo en su atropellada marcha; tienen el alma rendida de vagar por un espacio enmarañado y de atmósfera deletérea; tienen las ideas revolviéndose en una órbita insegura y desequilibrada que no les permite encariñarse con

un objeto sin que otro nuevo venga á borrar su huella.

Nosotros, merced á lo que hoy se llama ignorancia, teníamos las afecciones más limitadas, la sensibilidad siempre vírgen para que nos preocupase el suceso más comun de la vida de Vds; nuestras ilusiones eran pequeñas, es cierto, pero robustas y, sobre todo, consoladoras. Nosotros, por lo mismo que ambicionábamos poco, nos satisfacíamos al instante; pero Vds. cuya ambicion no reconoce límites, no se satisfarán jamás. Yo que he pasado por las dos épocas comprendo solamente cuánta verdad encierra lo que le estoy diciendo: para que Vd. lo comprendiera del mismo modo era preciso que tocase y palpase aquello mismo cuyo recuerdo le merece tan desdeñosa compasion; es decir, que junto á este Santander de cuarenta mil almas, con su ferro-carril, con sus monumentales muelles, con su ostentoso caserío, con sus cafés, casinos, paseos, salones, periódicos, fondas y bazares de modas, surgiese de pronto la vieja colonia de pescadores, con sus cinco mil habitantes y con dos casas de comercio provistas de Castilla por medio de recuas, ó, cuando mucho, en *carros de violin*; la vieja Santander sin muelles, sin teatro, sin paseos, sin otro periódico propio ó estraño que la Gaceta del Gobierno recibida cada seis dias. Era preciso que Vd. pudiese apreciar vivos estos dos cuadros para que no dudase sobre cuál de ellos cernía más el tédio sus negras alas, y qué generacion vivia más tranquila y más risueña, si la que se cubre con el oropel de la moderna sabiduría ó la cobijada bajo los harapos de nuestra vieja ignorancia. Seguro estoy de que no serian mis contemporáneos los que en esta esposicion presentasen mas arrugas en el alma. Por lo demás, amigo mio, pobres teníamos, y pobres tienen ustedes; ricos avaros existian junto á ellos, y ricos insaciables existen. Es verdad que á nuestros pobres envilecian los mismos privilegios que hacian odiosos á los ricos; pero

ustedes, quemando con la luz que han dado á los primeros las prerogativas de los segundos y dejando las fortunas como estaban, han hecho pobres orgullosos y ricos que á ciencia y conciencia son sordos á la voz del infortunio y ciegos al aspecto de la miseria.... Luces, ilustracion....todo estaria bien si á su claridad hallase pan el hambriento y abrigo el que tirita de frío; pero, desgraciadamente, la tan decantada luz solo sirve para hacer más patentes la miseria y la opulencia, y más insoportable para el pobre este eterno contraste... Si esto es una preocupacion mia, que lo diga la historia política y social de Europa de algunos años á este parte. El mismo tiempo hace que le dijeron al hombre desheredado de la fortuna: «no tienes oro, pero tienes derechos que conquistar, que al fin te valdrán oro;» y desde entonces se está rompiendo el bautismo en las calles y en los campos de batalla para que se los arrebate el mismo que le provoca á la lucha; para no dejar de ver ni por un solo instante, en la sociedad, junto á uno que se muere de hambre, otro que revienta de harto. ¿Qué es esto, amigo mio? Pues todo ello ya lo teníamos nosotros sin tanto periódico ni tanto cacareo de dignidad y de derechos; y aún teníamos más, porque con la misma desigualdad de fortunas, habia buena fé en los de arriba y resignacion en los de abajo. Resultado, que habia paz en los pueblos, alegría en los hogares y grandes virtudes en el corazon. Ahora, si estas menudencias no valen nada para Vds., la cuestion cambia de aspecto; y si el destino del hombre sobre la tierra es otro que el de hacer risueño y apacible el grupo de una familia cobijada al calor del hogar doméstico, confieso sin repugnancia que nuestras patriarcales costumbres fueron un borron que manchó á la humanidad en los tiempos del oscurantismo.»

Aquí D. Peligrin se limpió los labios con su pañuelo, arregló la capa sobre sus rodillas, sacó la caja de rapé y tomó

un polvo con marcial desenfado. En vano le llamé al órden y le rogué que continuase hablándome de la tertulia de Su Ilustrísima: le habia tocado su cuerda más sensible, y, como siempre, se engolfó entre sus rancias memorias; no hallé medio de dirigirle una pregunta sin obtener por respuesta una parrafada crítico-filosófica parecida á la anterior. En vista de ello supuse una ocupacion urgente, despedíme de él y salí del café, riéndome de sus elucubraciones, ó lo que es igual, comentando la sesion en términos semejantes á los que han servido de introduccion á este artículo.

EL RAQUERO.

I.

Antes que la moderna civilizacion en forma de locomotora asomara las narices á la puerta de esta capital; cuando el alípedo génio de la plaza, acostumbrado á vivir como la péndola de un reló, entre dos puntos fijos, perdia el tino sacándole de una carreta ó de la bodega de un buque mercante: cuando su enlace con las artes y la industria le parecia una utopia, y un sueño el poder que algunos le atribuian de llevar la vida, el movimiento y la riqueza á un páramo desierto y miserable; cuando desconociendo los tesoros que germinaban bajo su estéril caducéo, los cotizaba con dinero encima, sin reparar que sutiles zahoríes los atisbaban desde extrañas naciones y que más tarde los habian de esplotar con tan pingüe resultado, que con sus resíduos habia de enriquecerse él; cuando miraba con incrédula sonrisa arrojar pedruscos al fondo de la bahía; cuando, en fin, la aglomeracion de estos pedruscos aun no habia llegado á la superficie, ni él apercibídose de que se trataba de improvisar un

pueblo inmenso, bello y rico, el *Muelle de las Naos* era una region de la que se hablaba en el centro de Santander como de Fernando Póo ó del Cabo de Hornos.

Confinado á un extremo de la poblacion y sin objeto ya para las faenas diarias del comercio, era el basurero, digámoslo así, del muelle nuevo y el hospital de sus despojos.

Muchos de mis lectores se acordarán, como yo me acuerdo, de su negro y desigual pavimento, de sus edificios que se reducian á cuatro ó cinco fraguas mezquinas y algunas desvencijadas barracas que servian de depósitos de alquitran y brea; de sus montones de escombros, anclotes, mástiles, maderas de todas especies y jarcia vieja; y, por último, de los seres que respiraban constantemente su atmósfera pegajosa y denegrida siempre con el humo de las carenas.

De nada de esto se habrán olvidado, porque el muelle de las Naos, efecto de su libérrimo gobierno, ha sido siempre, para los hijos de Santander, el teatro de sus proezas infantiles. Allí *se corria* la cátedra; allí se verificaban nuestros desafíos á *trompada suelta;* allí nos familiarizábamos con los peligros de la mar; allí se desgarraban nuestros vestidos; allí quedaba nuestra roñosa moneda, víctima de las *chapas* ó del *cané*; allí, en una palabra, nos entregábamos de lleno á las exigencias de la edad, pues el baston del polizonte nunca pasó de la esquina de la Pescadería; y no sé, en verdad, si porque los vigilantes juzgaban el territorio hecho una balsa de aceite, ó porque, á fuer de prudentes, huian de él para poner en salvo su salud: esta razon es la más probable; y no porque nosotros fuéramos tan bravos que osáramos prender á la justicia; es que sobre esta y sobre nosotros mismos, medio aclimatados ya á aquella temperatura, estaba el verdadero señor del territorio haciendo siempre de las suyas; el que intervenia en todos nuestros juegos como sócio *industrial;* el que pagaba, si perdía, con el crédito que nadie

le prestaba, pero que ganaba cuanto jugábamos; el que con solo un silbido hacia surgir detrás de cada escombro media docena de los suyos dispuestos á emprenderla con el mismo Goliat; el que era tan indispensable al muelle de las Naos como las ranas á un pantano, como á las ruinas las lagartijas; el Raquero, en fin. Este era el terror de los guindillas, el alubion de nuestras fiestas, la rana de aquellos pantanos, la lagartija de aquellos escombros; el original del retrato que, con permiso de Vds., voy á emprender con mejores ánimos que colorido.

La palabra *raquero* viene del verbo *raquear;* y este, á su vez, aunque con enérgica protesta de mi tipo, del latino *rapio, is*, que, segun el P. Calepino, significa *tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño.*

Yo soy de la opinion del Raquero: su destino, como escobon de barrendero, es el apropiarse cuanto no tenga dueño conocido: si alguna vez se extralimita hasta lo dudoso, ó se apropia lo del vecino, razones habrá que le disculpen; y sobre todo, una golondrina no hace verano.

El Raquero, *pure sang*, nace, precisamente, en la calle Alta ó en la de la Mar. Su vida es tan escasa de interés como la de cualquier otro, hasta que sabe correr como una ardilla: entónces deja el materno hogar por el muelle de las Naos, y el nombre de pila por el gráfico mote con que le confirman sus compañeros; mote que, fundado en algun hecho culminante de su vida, tiene que adoptar á puñetazos, si á lógicos argumentos se resiste.—Lo mismo hicieron sus padres y los vecinos de sus padres.—En aquellos barrios todos son paganos, á juzgar por los santos de sus nombres.

II.

Cafetera, para servir á Vds., era el de mi personaje.

Cafetera, en el diccionario callealtero, es sinónimo de *borrachera*, una de las cuales tomó aquel, cuando apenas sabía andar, á caballo sobre una bota de *anisado*, de cuyas entrañas extrajo el líquido con una paja.

Cafetera nació en la calle Alta, del legítimo matrimonio del tio *Magano* y de la tia *Carpa*, pescador el uno y sardinera la otra. Ya Vds. ven que, para raquero, no podia tener más blasonada ejecutoria.

Su infancia rodó tranquila por todos los escalones, portales y basureros de la vecindad.

No hay contusion, descalabro ni tizne que su cuerpo no conociera prácticamente; pero jamás en él hicieron mella el sarampion, la alfombrilla, la grippe, la escarlata ni cuantas plagas afligen á la culta infantil humanidad. Solamente la sarna y las viruelas pudieron vencer aquel pellejo: con la primera perdió la mitad de sus cabellos; con las segundas ganó los relieves de su cara.

Pero así y todo le querian en su casa; tanto, que no habia cumplido cuatro años cuando la tia Carpa le metió de medio cuerpo abajo en una pernera de los calzones viejos de su padre, dádiva que añadida á una camisa que, tambien de desecho, le regaló su padrino el tio *Rebenque*, llegó á formar un traje de lo más vistoso, y á ser la envidia de sus coetáneos, condenados *ab initio*, á arrastrar su desnuda piel por los suelos mientras su industria no les proporcione más lujosa vestimenta.

Siete años contaria ya cuando su madre, conociendo por la chispa de que ya se hizo mencion y por otras proezas análogas, que era apto para las fatigas del mundo, comenzó á darle los tres mendrugos diarios de pan envueltos en soplamocos y puntapiés. Cafetera, que no era lerdo, comprendió al punto hasta dónde alcanzaba su privanza y lo que podia esperar de sus dioses Lares; y como, por otra parte,

sus libérrimos instintos se le habian revelado diferentes veces hablando con sus compañeros sobre la vida raqueril, se decidió por el *arte* en que se hizo su *debut* pocos meses despues del último mendrugo que le aplastó la nariz para nunca más enderezársele.

Era un dia en que el tio Magano estaba á la mar, y la tia Carpa á vender un *carpancho* de sardinas.

Cafetera estaba sólo en casa, sentado sobre un arcon viejo, único mueble de ella, á excepcion del catre matrimonial, rascándose la cabeza como aquel que acaricia una idea de grande trascendencia, y murmurando algunas palabras, no todas evangélicas, las más de un colorado asáz rabioso. Despues de un largo rato así invertido, alzóse de su asiento, corrió del mismo la tapadera y sacó media *basallona* y un arenque, provisiones hechas por su madre para toda la semana y que él dividió en dos partes iguales. La primera se la comió; la segunda cayó en el seno de su camisa de bayeta verde. En seguida dió un par de chupadas á una *punta* que halló pegada á la testera del catre, mientras se amarraba con una escota los enciclopédicos calzones á la cintura; ocultó sus greñas bajo la cúspide de un gorro catalan; y, por último, lanzóse calle abajo en busca de aventuras, osado el continente, alegre la mirada, y tan lleno de júbilo como pudiera estarlo, en un caso muy parecido, el famoso Manchego, si bien, á la inversa de éste, no se le daba una higa porque la posteridad reparase en que ya el rubicundo Apolo estendia sus dorados cabellos por la faz de la anchurosa tierra, cuando, perdiendo de vista á su casa, comenzó á respirar los libres y corrompidos aires de la dársena.

Llegado al gran teatro de sus futuras operaciones, su primer cuidado fué buscar la gente de su calaña, á fin de orientarse mejor.

No tardaron en aparecérsele media docena de raqueros

que por única bien venida le sacudieron tal descarga de *coquetazos* y de *piñas* que, el pobre, quedó tendido en el suelo, aunque sin extrañarse de semejante acogida, como no se extraña un novel académico, al ingresar en el seno de la corporacion, del consabido elocuentísimo discurso que le dedican los veteranos.

Pasada la cachetina, y solo Cafetera, limpió con el gorro sus lágrimas de coraje, y con la flema de un inglés recien llegado comenzó á reconocer el terreno que pisaba.

Aburrido de pasear el muelle en todas direcciones sin fruto alguno, encendió en un tizon de una carena una colilla que halló al paso, y se sentó á mirar cómo trabajaban los calafates.

Cuando notó que estos le habian vuelto la espalda y que la estopa y las herramientas andaban al alcance de su manos, vírgen de toda nocion de fueros de pertenencia, creyó lo más natural del mundo trasladar al insondable pecho de su camisa algunas libras de cáñamo y un escoplo; hecho lo cual, por consejo de su prudencia levantóse con sigilo é hizo rumbo al polo opuesto.

Pensando estaba en lo que haría con el *hallazgo*, cuando topó con la misma gente que poco ántes le zurraba la badana: no habrá necesidad de decir que el novel raquero, á la vista del enemigo, se preparó á virar en redondo; pero no le sirvió la maniobra. El jefe de los otros, pillastre de patente, con más asomos de bozo que de vergüenza y que se llamaba *Pipa*, sacando por algunos hilos que se escapaban de la camisa del primero la madeja que ocultaba, cortóle sus vuelos, y echando la zarpa al bulto, dijo, guiñando el ojo á los suyos:

—Arria en banda, Cafetera.

Este, viéndose abordado de tal marera, aunque sin esperanza de salvacion trató de defenderse á mordiscos y patadas.

—¿Por qué tengo de arriar? gimió, apretando los dientes.

—Arria, te digo!

—Que no me sale, vamos!

—Atízale, Pipa, le decian los otros.

Pero Pipa estaba por seguir ántes de la violencia los trámites legales.

—¿Quién te dió esa estopa?

—Lo he *trincao*, contestó Cafetera con acento sublime.

¡Mágica palabra! Con ella dió el neófito, sin sospecharlo, una idea de su capacidad futura. Aquella cabeza chata, crespa y enmarañada se habia engrandecido á los ojos de la patulea con la aureola del genio; el chico prometia mucho. Pipa, que no se parecia en nada á las *eminencias* de nuestra exclarecida sociedad, lejos de sofocar aquella naciente inteligencia, soltó la presa que tenia agarrada y se dispuso, despues de mirar á los otros, á prestarle toda la influencia de su posicion.

—Sígueme, le dijo con ademan solemne.

—¿A dónde?

—A *pulir* la estopa.—¿Tienes más?

—Tengo un escoplo de *mistó*!

—¡Aprieta!... ¡Viva Cafetera! esclamó el jefe, echando á correr hácia San Felipe.

—¡Viva! contestaron los demás, siguiéndole y llevándose en medio al protegido.

Por un callejon que entónces estaba intransitable por lo pendiente, y hoy es inaccesible porque forma ángulo recto con la bóveda celeste, echaron nuestros personajes á paso de carga, y no se detuvieron hasta llegar enfrente de una pequeña barraca, en cuyo estrecho recinto se veian amontonados diversidad de objetos, clasificados con la mayor escrupulosidad, y todos de la especie de los que ya Pipa habia recibido de manos del neófito.

Allí, desde tiempo inmemorial, afluian los raqueriles productos de todo el pueblo, que, aunque individualmente valian cortísimas cantidades, llegaron, segun es fama, á formar en cuerpo colectivo un decente capital al humilde mercader que ocultando su mústia fisonomía bajo una gorra de pieles y detrás de unas gafas como dos ruedas de polea, tenia fuerza de voluntad, codicia ó estoicismo bastante para luchar de sol á sol con tan notabilísima parroquia.

Clasificando estaba unas chapas de cobre cuando asomó Pipa la cabeza dentro de la tienda.

—¿Qué traes tú, pillete? le interrogó mirándole por encima de las gafas.

—Esto, contestó lacónicamente Pipa, depositando el género sobre una mesa.

El mercader de estopas y de cobre lo miró un instante como para evaluarlo, y sacó del bolsillo, con mano torpe y perezosa, media peseta que dió al raquero.

—¿No echa más, usté? dijo este contemplando la moneda.

—Nada más.

—¡Ay, qué contra!.... Pues si el escoplo solo vale medio *chulé.*

—¿Sí? gruñó el comprador: descuídate y verás si te llevo al capitan del puerto, tunante.

Pipa comprendió que más valia callar que comparecer ante semejante personaje. Así es que tomó la moneda, sacó la lengua al de las gafas.... y, á ser tan buen negociante como raquero, hubiera podido comprender, á la sola consideracion del contrato que acababa de hacer, que, *sabiendo comprar*, hasta la estopa bien *esprimida* arroja productos de oro. Pero ni el nene habia soñado jamás con la piedra filosofal, ni reparaba en los rendimientos de sus empresas cuando maldito el capital arriesgaba en ellas. Por eso salió muy ufano á la calle, reunió los suyos, contólos uno á uno, miró

á Cafetera con un poquillo de ternura, y con otra seña muy expresiva los arrastró á todos á la taberna de enfrente, en la que entró gritando:

—¡Seis tazas de café y seis copas de anisao!

Cuando á los pocos minutos quedaron los cacharros limpios de todo líquido, aunque no del sólido mugre que de ordinario los cubria, pagó Pipa el gasto con la media peseta más un cuarto que sacó de un pliegue de su mugriento gorro, y salieron todos los granujas á la calle. En ella formaron círculo, y el capitan, despues de escupir contra la cara del más inmediato, echó mano á Cafetera y así le habló:

—Ya sabes, nene, dónde se compra cuanto se *apanda.* Mucho ojo y buenas piernas. Para un apuro cuenta con nosotros. Raquear lo que se pueda; mejor al *cobre* que al *chicote.* Si ves que andan las *chapas*, al vuelo.... y aprieta á correr. Si hay *cané*, *orza y arria la mayor*.... pero siempre mucho ojo.... y avisa cuando haya *trigo*, que ya sabes cómo se gasta.

Calló Pipa, miró á Cafetera, que le escuchaba muy sério, y arrimándole un puntapié por la *popa*:—A vivir, le dijo; y se disolvió el corro, marchándose cada quisque por donde quiso.

III.

Bien enterado Cafetera de los azares y estatutos de su nueva profesion, no quiso lanzarse á ella sin prevenirse antes contra las eventualidades. Al efecto logró colocarse en uno de los botes del servicio público.

Era de su incumbencia *achicar el agua*, componer *estrobos*, buscar *fletes* y cuidar de la embarcacion cuando el botero no estaba presente; todo lo cual le producia un ochavo de café para el desayuno, una propina de cuatro ó seis cuar-

tos por cada flete, si este valia la pena, lecho sobre el entarimado y una copa de caña de vez en cuando, amen de algun chicotazo que el patron le sacudia cuando lo juzgaba oportuno.

Fuera del tiempo que esto le llevaba, consagraba el dia al ejercicio de su industria.

Esta, en toda su esfera legal, le hacía legítimo dueño de cuanto hallara á sus alcances, de cobre, estopa hierro y madera de desperdicio, ya sobre la superficie del muelle ó revuelto entre el fango de la dársena. Pero como el muelle y la dársena no tienen un límite determinado para la industria raqueril, solia tomar como prolongacion del primero la cubierta de algun buque *atracado*, llevándose á buena cuenta, si el vigilante se descuidaba, tal cual *menudencia*, como escotas, poleas, etc., etc.

Con la propia *sencilla* buena fé, desde el centro de la dársena se estendia hasta los contornos; y si se forraba algun *casco* nunca le faltaba una chapita ó clavo de cobre que ocultar en su remendada espuerta.

Tal era la parte *menos legal* de su industria, que en el poco tiempo que la ejerció espuso su individual independencia á mil y un riegos apuradillos.

Por lo demas lo pasaba en grande.

No se pegaba de trompadas con los suyos mas de tres veces al dia; su madre no lograba echarle la vista encima arriba de una por semana, y para eso habia de cogerle durmiendo; de modo que sus *siniestros* de muelas, orejas y cabellos, por *temporal* materno, aunque pocos y buenos, aun le prometian pellejo sano para muchos años.

Alguna vez, entre otras, hacía sus correrías hasta el interior del pueblo, porque al raquero tambien le gusta el contacto de la civilizacion por si algo se le *pega*: pero como esta suele andar muy precavida, y, por otra parte, sus raqueables

materias no son del mayor aprecio en la oficina del comprador de hierro viejo, Cafetera frecuentaba poco este trato, y casi siempre tenia que huir de él á uña de.... raquero, acosado por las estantiguas del municipio.

Tambien se le ocurrió, como hijo que era de matriculado y marisco por todas partes, solicitar, á ejemplo de muchos de sus compañeros, un puesto y *quiñon* correspondiente en una lancha pescadora; pero esto le ocupaba demasiado. Tenia que esperarla todas las noches, limpiarla y vigilarla todo el año y *desenmallar* sardina en el verano.

Precisamente su resistencia á este empleo era lo que más provocaba la ira de la tia Carpa, que proyectaba sacar un buen pescador de su hijo, á quien *velis nolis* habia ya matriculado y por ende sujetado á las ordenanzas de la comandancia de Marina.

Semejante idea preocupaba mucho á Cafetera quien, como todos los de su laya, no concebia que ningun tribunal del reino le alcanzase hasta el muelle de las Naos con su justicia; pero que no podia recordar sentado y con paciencia la cara del capitan del puerto.

La cárcel pública es para ellos un bulto más en la poblacion; pero los *rebenques* y los *chicotes* de á bordo ¡ira de Dios! cosas son que les hacen temblar y no de frio. Hubiérale á él dejado libre de toda persecucion el cabo de mar, y á fé que en poco tiempo, burlando la vigilancia de lo terrestre, se *embarba*, como él decia, de raqueo; y hasta comprado hubiera el almacen de hierro viejo, máximum de las fortunas, segun se creia en el muelle de las Naos. Pero como no sucedia así, los meses corrian y hasta los años y Cafetera, lejos de llegar á capitalista, perdió los últimos pingajos de su vestido, ganando en cambio muchas nociones de baraja y no pocos títulos de borracho sobre el que ya tenia *á nativitate*.

Entónces comenzó á mirar con desaliento la mezquindad de la dársena, y la penuria de su esplotacion *legal*. Sucedíale lo que al jugador que acostumbrado á poner grandes cantidades á una carta, mira con aversion el corto salario que en la sociedad le proporciona el ejercicio de su profesion.

En fuerza de meditar sobre su situacion concluyó por tirar su cesto á la mar; y sin otras armas que su ligereza de manos y de piés, se lanzó á lo sublime del arte, siquiera se espusiera más.

De todo habia en su nueva esfera de accion; especialmente de zozobras é inquietudes, dándoselas, y no flojas, la mala *traduccion* que sus obras hallaban en el almacen de marras, único punto á donde él se atrevia á llevarlas, porque en la poblacion del centro podian decomisárselas como *rapsodias*, siendo así que entre él y el comerciante de las gafas se hacian la ilusion de que eran originales.

Todo, sin embargo, iba hallando colocacion detras de los montones de estopa del almacen, aunque á muy bajo precio por ser género de *mala venta*; pero no pudo haberla para el objeto de la última campaña de Cafetera.

Esto traia volado al raquero que no sabia cómo deshacerse de él; pues ni regalarle queria ni tirarle al mar, sin indemnizarse de los peligros que corrió al *trincarle* en la cámara de popa de un buque de gran porte.

El obstáculo que oponia á su compra el comerciante, era, aunque no se lo decia al raquero, el nombre del buque y el de su armador diestramente esculpidos en la parte más integrante del aparato; nombres que no podian borrarse sin esponer la estructura de este, ni darse al público sin grave riesgo de los haberes y libertad del mercader.

Muchos dias llevaba Cafetera de meditar sobre el asunto, y ya casi olvidado de él estaba una mañana en que habia

libado bastante, fumando una colilla, sentado sobre un guardascanton, á caza de fletes para el bote y en espera de sus amigos para jugar al cané.

Mucha gente habia pasado sin contestar al «¿quiere un bote?» con que el raquero interpelaba á todo el mundo, cuando apareció en escena un señor, que segun dijo el pillastre, traia *cara de flete.*

—Usté, ¿quiere un bote pa dir á bordo? le dijo, como tenia por costumbre, así que le tuvo á su lado.

El señor, á pesar de la esperanza del granuja, pasó de largo, echándole á la cara una bocanada de humo de su cigarro.

Cafetera lo tragó con ansiedad, y retirando de los labios su colilla, se fué detrás del puro.

—¿Me dá la punta, usté?

Debió chocar al interrogado la desvergüenza del raquero, porque volviéndose á él le miró detenidamente y se dispuso á contestarle.

—¿Quién eres tú, chicuelo?

—Yo soy... Cafetera.

—¿De dónde eres?

—De la calle Alta.

—Y tu padre, ¿cómo se llama?

—El tio Magano.

—Pero ¿cuál es tu nombre de pila?

—¿De qué pila, usté?

—De la de bautismo, animal.

—Otra, ¿qué se yo?.... ¿Me dá la punta?

—¿Conque tú fumas, eh?

—¡Ay, qué contra!.... ¿quiere ver qué tal las *tapo*?

Y diciendo y haciendo tragó dos chupadas de su colilla, arrojando despues el humo por boca y narices con la abundancia y facilidad de una chimenea de vapor. El señor desconocido le miraba cada vez con más interés.

—Y, ¿á qué te dedicas tú?

—Á cuidar del bote del tio *Bandiate.*

—¿Y nada más?

—Tambien soy raquero.

—Hola, hola, ¿y qué tal es el oficio?

—Quiá, señor; si no sale pa café!.... ¿Me dá dos cuartos?

—Veremos si los mereces.... Díme antes lo que raqueas.

—¡Como no raquée!! ¡Si andan más listos los guardas!

—Pero alguna vez ya se descuidarán....

—Quiá, no señor. Ayer *trinquemos* entre Pipa, Michero y yo, como tres libras de cobre, y pa eso de poco nos *guipan.*

—¿En dónde lo trincásteis? insistió el señor con más interés que nunca, dando dos cuartos al raquero.

—Pos en esa *freata* que están *aforrando* en el paredon, contestó Cafetera con la mayor sencillez, guardándose los cuartos en el faldon de la camisa y escupiendo por el colmillo.

Para evitar tiempo, papel y paciencia, diremos que en fuerza de acosar y prometer el uno, acabó el otro por ir largando trapo hasta que del último remiendo de los calzones sacó un magnífico cronómetro, alhaja que sin conocerla le habia dado tanto que discurrir.

A su vista, el buen señor quedóse haciendo cruces y bendiciendo á la Providencia en sus adentros.

Despues de prometer á Cafetera la compra del *estrumento*, como él decia, mandóle que le siguiera para entregarle el dinero, lo cual hizo al punto lleno de júbilo el incauto raquero, sin sospechar lo que le habia de suceder, cosa que le hubiera sido muy fácil al ser tan diestro conocedor de los atributos de un Comisario de policía como de la verdiasca de un cabo de mar.

Grande fué la sorpresa del pilluelo, cuando, siempre al

lado del presunto comprador, llegaron á detenerse en la Casa-capitanía del puerto.

Allí fueron los sobresaltos y congojas; tanto que á no estar muy listo el grave señor de las borlas, se queda sin su presa que ya andaba en trazas de escurrir el bulto.

Entregado este y el cronómetro á la autoridad, llamóse á Pipa y á Michero, cantaron todos de plano y fueron al punto conducidos á la cárcel, de donde, despues de algunos meses de reclusion, salieron... á tirar del Bombo de la Carraca.

Allí estuvieron tres años agarrados á la maroma hasta que, satisfechos sus jueces y la opinion pública, los mandaron de retorno á su país con algunos vicios de más y mucha vergüenza de menos.

Su primer pensamiento al pisar el patrio suelo, fué para el muelle de las Naos; pero no fué poca su sorpresa, cuando en él colocados, comenzaron á examinarle en todas direcciones.

La escollera de Maliaño, la estacion del ferro-carril, el nuevo empedrado y otras reformas hechas precisamente mientras duró la condena de los pilluelos, era lo que ellos no podian comprender; mas lo que extravió sus razones hasta el extremo de llegar al espanto, fué la aparicion por la peña del Cuervo de un mónstruo silbando y arrojando nubes de fuego por la cabeza. No atreviéndose á pronunciar una sola palabra, miráronse los tres sobrecogidos, cuando notaron que el mónstruo se acercaba á paso de gigante. Entónces perdieron la brújula; gritó Pipa: «¡aguanta!» y se dieron á correr pensando que el mundo se acababa.

Despues acá, aunque la llegada de los trenes, á medida que la han visto repetirse, va familiarizándose bastante con los raqueros, no ha sido hasta el punto de que estos permanezcan tranquilos en el muelle de las Naos. Por el contra-

rio, empujados y oprimidos por el potente movimiento que la poblacion va tomando en los últimos años, van abandonando el territorio: ya tiene el raquero cien árgos que le contemplan, y no puede pasearse erguido como antes, señor de aquella ínsula remota.

Para concluir, y en pró de este tipo tan popular en Santander, haremos una ligera observacion. De vástagos tan carcomidos y tortuosos son muy frecuentes aquí robustos y fructíferos troncos. La historia de este puerto abunda en páginas brillantes debidas á la honradez, pericia, inteligencia y heroismo de nuestros marineros, muchos de los cuales han recorrido en su infancia un sendero tan espuesto y espinoso como el del tipo que acabamos de bosquejar. Nuestro comercio tiene pruebas repetidas de lo que decimos; y á fé, á fé, que ha sido bastante ingrato sofocando los venerables harapos de tan valientes marinos, al estender los anchos pliegues de su rico manto.

LA ROBLA.

De maldita de Dios la cosa sirvieran los contratos de compra-venta, si al tiempo de consumarlos no llevaran mas requisitos que el mútuo convenio de los contratantes y el *ante mí* del tabelion mas competente del juzgado.

Y cuidado, señores legistas, con atribuirme la pretension de poner en duda la legalidad de las fórmulas que sobre el particular se vengan usando desde la cuna de las Pandectas.

¡Líbreme de ello Dios! Voy separándome del centro *civilizado* donde la ley se halla en toda su pomposidad, y estoy refiriéndome á los incultos moradores del campo, entre los cuales, sin dejar de acatarse el moderno código en todo lo que vale, aún se rinde culto reverente á la tradicion, la cual constituye para ellos un derecho tan sagrado como el que más se funde en cuantas leyes se vengan haciendo desde la fabla de D. Alonso el Sábio.

Desengáñese la previsora jurisprudencia: sin un requisito que les sea peculiar, estos paisanos no dan por terminado nin-

gun *negocio*, aunque para cumplir con la ley le amortajen con más testimonios y sellos que un archivo de hipotecas. Pasar un objeto de las manos de Juan á las de Pedro sin cierta solemnidad *sui géneris*, valdria tanto como para la conciencia de los nietos de Torquemada un buen creyente sin bautizar, símil en que, sin duda alguna, se fundaron los *académicos* de mi lugar para llamar á dicha ceremonia *mojar el asunto.*

No vale en el dia de mañana, para disfrutar pacíficamente la posesion de lo comprado, restregar los hocicos del vendedor con la resellada escritura de legítima pertenencia; que si ante la ley le asegura en la posesion, no es suficiente, sin embargo, para librar al poseedor de un litigio cada semana, en el que, por lo ménos, pierda la paciencia, amen de algunos dinerillos que suelen irse en pos, por vía de procuracion, asesoramiento y demás adminículos de que es costumbre proveer á todo aquel que tiene la mala humorada de pesar sus derechos en la *prudente* balanza de Astrea. No hay, pues, título de propiedad que valga, si falta la fé de *bautismo*, el *fiat* del tabernero más próximo, LA ROBLA, para decirlo de una vez.

El orígen de esta ceremonia no consta en las crónicas montañesas, porque se pierde en la antigüedad de la aficion de los montañeses al ácre néctar riojano.

Su definicion precisa tampoco es fácil sin que se me olvide algun rasgo gráfico de ella; por lo cual es de rigor que nos traslademos á dónde quiera que se *eche* una.... y allá nos vamos.

Raro es el colono montañés que al poco tiempo de establecido no cuente, como producto de sus *aparcerías*, una pareja apta para las labores del campo, algun novillo *uncidero*, es decir, capaz de ser uncido, ó cualquiera otra res vacuna, pero en absoluta propiedad y sin que el arrendador de sus haciendas tenga que intervenir en su venta, cambio ó apa-

rejamiento; casos en los cuales, el colono, por lo que le vá en ello, pone los cinco sentidos y emplea la mayor solemnidad posible. Tras ella vá siempre la robla.

Luego vamos á una feria.

El lugar de ella queda á eleccion del lector, pues, gracias á Dios, abundan aquí como los *helechos*. Abran Vds. un calendario, y donde topen con un santo, cátense una feria. En este dichoso país el dia que no es de fiesta tiene mercado: de los restantes del año, los unos marcan «féria,» y los otros «romería».

Elegido el punto más cercano, tuvo que ser, por precision, un pequeño bosque de cajigas ó de castaños, verde, fresco, frondosísimo, bello como es la naturaleza aquí hasta en su menor detalle.

Estamos ya bajo el tupido follaje.... Cierra, lector, los ojos por un momento. ¿No te crees trasportado, en una serena noche de verano, á la orilla de un inmenso lago, y jurarías que sus ranas, en número infinito, cantan todas á la vez? Es el sello, el *sic* de nuestras ferias y romerías: el sonido de las *tarrañuelas* de cien y cien bailadores *á lo alto*, al compas de las panderetas que tocan las mejores mozas del lugar.

Sigamos.—Sin reparar en el corro de bolos en que acaban de gritar cincuenta bocas á la vez ¡*eseeé*! al hacer un *emboque* uno de los jugadores; abriéndonos paso al través de la batería formada por los pellejos de vino, barriles y cacharros que sobre un carro, debajo y á los lados de él, á la sombra de un castaño, hacen la delicia de los bebedores; echándonos por la derecha para no turbar el sueño pacífico de los jamelgos de un cura y un señor de aldea, que están amarrados al *cabezon* del mismo carro, quizá por casualidad, quizá porque los ginetes tomaron este *norte* como de mejor *atractivo* para cuando vaya anocheciendo; guardando el

cuerpo del fogoso troton de ese jándalo que atraviesa la feria llevando á las ancas la parienta más jóven é inmediata que encontró en su pueblo cuando volvió de Andalucía, y cuyo chal de amarillo crespon no ménos que su vestido blanco de empinados volantes, forman extraño contraste con su cobriza y pasmada fisonomía; sin responder á las voces de las importunas fruteras, de los *agualojeros*, rosquilleras y otros análogos, industriales que nos asedian al paso; sin fijarnos, en fin, en ese maremagnum alegre y estimulante que el cuadro presenta á primera vista, salgamos á aquella *braña* donde hay un grupo de ocho personas y una pareja de novillos uncidos. Allí va á haber robla.

El que está apoyado sobre sus engalanadas cabezas, hombre que tiene la suya algo más súcia, calzones *con manga corta* con un tirante solo, chaqueta al hombro y sombrero alto, si no estuviera apabullado, es el dueño de la pareja, y conocido y honrado en su pueblo por el nombre de Anton Perales.

El otro, más jóven y de mejor traza que éste, que pasea al rededor de los novillos examinándolos con gran atencion, es el comprador: llámanle *Ogenio* Berezo, y es de las inmediaciones. De los que forman el círculo, los cuatro son meros curiosos que, á título de conocidos de los primeros, se han aproximado al olor de la robla. La mujer, que come una manzana y tras de cada bocado que le tira se rasca la cabeza por debajo de la *muselina*, es la costilla de Anton Perales. El otro personaje, más anciano que todos los demás y que observa el cuadro taciturno y reflexivo, es convecino del comprador: llámase tio Juan de la Llosa, y está, á la sazon, en calidad de perito. Sus títulos al efecto están en toda regla. Es público y notorio que en más de cien sangrías que lleva hechas en el pueblo á los animales de sus vecinos, á la oreja, *al pelo* y al rabo, que es la más difícil, no se le

ha desgraciado una sola res. Para poner una *bizma,* ó sea un emplasto de trementina y polvos de suelda, no hay otro que se le iguale. Distingue á la legua un *cólico* de un *empanderamiento*, y en las cojeras no confunde el *zapatazo* con el *babon*; y si no ha curado un solo caso de *solenguaño,* es porque la enfermedad es mortífera, mas no por haber dejado de echar á tiempo, «por la boca abajo» del paciente animal, con el auxilio conductor de una teja, el agua de jabon, aceite y vino blanco, bien caliente. Por algo dice él que si le hubieran *desaminao*, *albitre* podia ser, y es la verdad. En cuanto á las condiciones externas del ganado, ahora le verán ustedes.

El comprador ha dejado de rondar en torno á la pareja, crúzase de brazos y exclama de repente:

—Pues, señor, ¿á qué hemos de decir una cosa por otra? La pareja me gusta. ¿Qué le parece á Vd., tio Juan?

Este guarda en un bolsillo del chaleco la punta que mascaba rato hacía, dá dos pasos al frente, échase á la izquierda sobre el garrote, pone la diestra en jarras, cruza las piernas y reflexiona un instante. Entretanto el vendedor se sonrie con cierta pillada, su mujer menudea los mordiscos á la manzana y murmura algunas palabras hácia los otros personajes que emiten su opinion *sotto voce.*

—*Apasealos*, dice en tono grave el perito.

Anton Perales hace caminar sus novillos un corto trecho al son de las alegres campanillas que les adornan el pescuezo.

—Ahora, hácia abajo, añade el primero....—¡Oooó, joois! canturrea, luego que el vendedor le ha complacido, para indicarle que páre ya.

—Lo que toca al particular, dice la mujer, á quien no le cabe ya la lengua en la boca, no tienen tacha. Tocante á eso, no es porque sean mios, pero, como dijo el otro.... Vamos, que son dos perlas.

—Como que los he criao yo en casa, repone su marido; y este, que se llama *Galan*, es hijo de la Leona, y este otro, el *Cachorro*, de la Gallarda, dos vacas que, mejorando lo presente, son dos soles.

—Justo, que las vendimos el mes pasao al sobrino del Regioso, con perdon de Vds., que por aquel pique que tuvo con la cuñá del Mostrenco, que ya con este mote le han de enterrar, por el lindero del prao que le tocó á resultas del *cobicillo* que encontraron debajo del jergon de su tio, que en santa gloria esté.... y ahí está el mi hombre que no me dejará mentir, que á la verdá que anduvo como una *estorneja* de acá para allá, ahora que la botica, despues que el señor cura, luego que la uncion, porque el enfermo daba el ¡ay! que partia el alma, sin que hubiera en aquella casa un mal nacido á quien volver los ojos.... y no se lo tome Dios en cuenta á la que tanto se fachendea hoy, gracias á los cinco carros de tierra que apañó.... Pues resulta de que....!

A la buena mujer se le vá la burra entre tanta maraña, mientras el tio Juan no quita los ojos de la pareja. El comprador mira al perito como si quisiera leer en su fisonomía la opinion que va formando, el vendedor atusa el pelo á los novillos y los intrusos los ponderan cuanto les es permitido, con objeto, evidentemente, de contribuir á que se cierre el trato y no se pierda la robla.

Despues que el perito y el comprador han visto que los animales *se plantan* bien al caminar, que no se *aprietan*, que no *zambean* del cuarto trasero, que son bien encornados y que igualan perfectamente en alzada y color, el primero les mira la boca, les palpa bien los *brazuelos* y las nalgas para ver si están *despicados* de algun remo, y les examina escrupulosamente las astas por si son *estoposas*, las pezuñas por si *blandean* y los ojos por si tienen *nube* ó *glarimeo*.

Hecho este exámen, el tio Juan, sin perder un sólo rasgo de su gravedad, dice en tono solemne:

—Caballeros, la pareja.... lo que toca á la pareja, no tiene pero. Son dos rollos de cuatro años, sanos como dos corales.

—Pos á mí, añade el comprador, lo que toca al particular, tambien me gusta la planta y el aquel de la pareja.... Con que si el señor trae gana de vender, diga, si á mano viene, en lo que estima su hacienda, que yo á comprar he venio.

—Al *respetive* de eso mesmo, replica el vendedor, no me quedo yo atrás, que hoy por tí y mañana por mí... y, como dijo el otro, mortales nos hizo Dios.... Vamos al decir que si tú traes gana de comprar no reñiremos.

—Cabales, que ni al mi hombre ni á mí nos ha perseguido nunca la justicia por embusteros; y cuando vemos que se trata con gente de formalidá y de requilorios....

—Esa es la verdá; y vamos Anton, á estimar la pareja, como el otro que dice, con equidad.

—Pos la pareja, Ogenio, por ser para tí.... la pareja que como ha dicho el señor no tiene pero, la pareja, y que no vea la cara de Dios si te engaño, la pareja vale treinta doblones (1) como dos cuartos.

—Tú no quieres vender, Anton, contesta con cierto desden el atildado Ogenio.

—Ogenio, replica Anton, tú me ofendes.

—Que te digo que no quieres vender.

—Que mal rayo me parta si he venio á otra cosa á la feria. Y sábete que por ese dinero ya no tendria en casa los novillos hace una semana, si los hubiera querido vender.... pero por ser á tí....

---

(1) El doblon es, en la Montaña, una moneda imaginaria, equivalente á 60 rs.

—Pos yo no doy por ellos más que veinticinco doblones.

—Tú no quieres comprar, Ogenio.

—A eso vine á la feria, Anton... y sinó, que diga tio Juan si me pongo en lo justo.

—Lo que toca á mí, dice el aludido, que durante la escena referida se ocupaba en hacer rayitas en el polvo con el palo, lo que toca á mí, no me gusta meterme en la hacienda del vecino, que cada uno puede estimarla en aquello que, pongo por caso, le acomoda....

—De manera es, replica el comprador, que aunque usté diga uno, ó dos, ó medio, ó que la pareja vale tanto ó cuanto, ó que por aquí ó que por allá, no ha de ser medida la palabra de usté...

—Eso es, añade Anton; que, como dijo el otro, ná se pierde con oir á este y al demás allá.

—Andando, gruñe su mujer, clavando los dientes en la quinta manzana, que todos somos hijos de Dios, y más ven cuatro ojos que dos.

—Es de razon, exclaman á coro los demás circunstantes.

—Pues, caballeros, concluye el perito con cierto tonillo de autoridad, creo que se pueden dar veintisiete doblones por la pareja.

—Ya lo oyes, Anton.... y yo no dejo mal á ningun amigo.

—Por dicho de eso, yo tampoco, Ogenio; y si das los veintiocho, tuya es la pareja.

Grandes murmullos en el grupo; anímase el tio Juan, y exclama, imponiendo silencio á los circunstantes:

—Ni los veintisiete ni los veintiocho, que han de ser los veintisiete y medio, y se pagará la robla además.

—Corriente, dice Ogenio.

—Pues buen provecho te hagan, añade Anton, entregando

la ahijada al primero, como símbolo del dominio que le trasmite...

El pequeño círculo se agita con gran ruido, todos se felicitan recíprocamente, todos hablan á la vez, y entre todas las voces se destaca la de la ex-dueña de los novillos que charla más que nadie y desbarra como nunca.

Autorizado competentemente uno de los testigos del ajuste, marcha á buscar al punto más inmediato dos azumbres de vino tinto para *mojar el trato*, es decir, para *echar la robla*; y mientras vuelve, el comprador se sienta en el suelo, saca un pesado bulto del bolsillo interior de su chaqueta y comienza á desliarle capa á capa, como si fuera una cebolla. Así van saliendo, sucesivamente, un pañuelo de percal aplomado, un viejo pañal de una camisa y una bula, dentro de la cual aparecen, como núcleo de todo el envoltorio, un monton de napoleones y algunas monedas de oro cuidadosamente guardadas entre los amarillentos repliegues de una hoja de un catecismo.

Con grandísimas dificultades cuenta los veintisiete doblones y medio, ó sean 2,250 rs., y se los entrega al vendedor, quien á su vez, y con no menores amarguras, los cuenta tambien; y envueltos en la bula, y la bula en la muselina de mujer de Anton Perales, desaparecen en los profundos abismos de la faltriquera que debajo del refajo lleva esta.

El que fué por el vino vuelve con un enorme jarro lleno de él en una mano y con una taza de barro blanco en la otra. Desátanse, á su vista, más y más las lenguas del corrillo, sonriénse todas las fisonomías, y el rústico Ganimedes, apoyándose contra la *yugata* de la pareja, comienza á escanciar el vino con gran pulso y solemnidad.

El tio Juan, para quien es la primera taza, levantándola en alto, brinda :

—Por la salud de los presentes, que se disfrute muchos años de la pareja, y que en el cielo nos veamos.

—Amen, contesta á coro la reunion.

La taza sigue pasando luego de mano en mano y de boca en boca, hasta que se agotan las dos azumbres de rioja.

Pero Anton Perales no quiere ser ménos que su contrinca, y paga otros ocho cuartillos que se beben con la misma solemnidad que los anteriores, con el mismo ceremonial, pero con mayor locuacidad de parte de los bebedores y con peor pulso del Ganimedes.

Entretanto la tarde va acabándose y el ganadó y la gente que llenaban la feria se retiran poco á poco.

Ya no se oyen las tarrañuelas, ni los panderos, ni un solo grito en el corro de bolos. Los taberneros recogen sus baterías y embridan sus jamelgos los curas, los jándalos y los señores de aldea; y perdiéndose por grados, desde el lugar de la feria, por la campiña adelante en todas direcciones, se oye el sonido de las campanillas del ganado que se aleja.—Nuestros conocidos, detrás de la pareja, llevan la llave de la feria, cierran la marcha..... y bien lo necesitan. Tal andan todos ellos que no les basta entero el ancho del camino para no darse de calabazadas unos contra otros. Aquello ya no es hablar, es una algarabía incomprensible é insoportable. La mujer de Perales, sobre todo, desafina como una cotorra; cuenta lo suyo, lo de los vecinos y hasta lo que no sabe. Su marido se empeña en que relampaguea, y está el cielo sin una sola nube; antójasele que los troncos de los árboles son ladrones y lleva á su costilla agarrada fuertemente por la saya para que no le roben el dinero. Tio Juan, el perito, canturrea por lo bajo con voz atiplada y temblorosa, aires de sus mocedades, y, recordando galantes aventuras, enamora y pellizca á la disimulada á la mujer de Anton. Ogenio palpa con torpe mano las monedas que le

quedan en el bolsillo, y contando por los dedos de la otra, sostiene y jura que ha dado dinero de más á Perales.—Los cuatro intrusos dan la razon á todo el mundo, pero trocando los asuntos. A Perales le aseguran que Ogenio le engañó dándole dinero de menos; á este que está, en efecto, relampagueando y que al fin tronará; á la pobre mujer, que realmente ha sido muy *atravesá* y muy revoltosa y que si pellizca al tio Juan hace muy bien, porque ella se entiende..... Pero al oir esto, su marido, aunque no es celoso ni mucho ménos, dá instintivamente un tiron á la saya que lleva agarrada entre sus dedos; y como su dueña no está para grandes pruebas de equilibrio, viene al suelo como un fardo. En el mismo instante Ogenio toca en el bolsillo á Anton para advertirle que quiere ventilar la duda que le preocupa, y este, siempre soñando con los ladrones, sobrecógese con horror, dase por muerto, quiere huir, tropieza en su mujer y cae sobre ella: apresúrase el otro á levantarle, pierde el equilibrio y dá de hocicos sobre los dos caidos; acuden, al estrépito, los demás personajes, creen que aquello es una lucha, enmaráñanse para separarlos, empújanse los unos á los otros, y al cabo y al fin caen todos amontonados sobre la desdichada mujer que grita y se lamenta medio sofocada por tan enorme peso. Estrújanse y aráñanse todos buscando un punto de apoyo para salir de aquel enredo; y poco á poco y con grandes fatigas van levantándose uno á uno, y renqueando y vacilando se vuelven á poner en marcha y llegan á un punto en que se bifurca la carretera. Allí deben separarse el tio Juan, Ogenio y dos de los intrusos. Pero dá la casualidad (y estas casualidades abundan en la Montaña más que las ferias, que los mercados y que las romerías), dá la casualidad, repito, que en el punto de empalme de los dos caminos hay una taberna, y como tio Juan de la Llosa es hombre que no queda mal con sus amigos por un par

de azumbres más ó ménos, invita á sus adláteres á beber para demostrarles que «si *aquello* ha sido guerra, que nunca haya paz.»—Inútil será decir que el convite se acepta y se agradece.

Pero los bebedores se han metido en la taberna y han atado la pareja á un poste del portal; indicios todos de que solo Dios sabe á qué hora concluirá aquello y bájo qué techo dormirán nuestros conocidos la robla de los novillos.

Además, la noche ha cerrado ya, me comprometí, lector, á acompañarte á una feria para que supieras con un ejemplo práctico lo que es una robla, he cumplido, como me ha sido posible, mi palabra, y creería abusar de tu amabilidad obligándote á pasar la noche al raso. Retirémonos, pues.... y hasta la vista.

Á LAS INDIAS.

> «Á las Indias van los hombres,
> á las Indias por ganar:
> las Indias aquí las tienen
> si quisieran trabajar.
> *(Canc. pop. de la Montaña.)*

I.

—Madre, este carranclan está mal hecho.

—Jesús, que condenao de chiquillo... ¡Si le está, que ni pintao!

—Tisana, que me aprieta por todas partes, y los faldones se me suben al pescuezo cada vez que me voy á quitar el sombrero.

—Dí que eres un mocoso presumido y no me rompas la cabeza.

—Diga V. que no sabe coser por lo fino... ni esta tarascona de mi hermana... ¿Lo vé?... Lo mismo coje la aguja que las *trentes*. ¡Tisana, qué camisa me está cosiendo!... Á ver si das más cortas esas puntadas!!...

—El demonio del renacuajo... ¿Cuándo soñaste tú en gastar levita? Despues que me llevo mes y medio sin pegar el ojo por servirle á él... Madre, yo no coso más.

Y la censurada costurera, que es una mocetona como un castaño, arroja al suelo la camisa que estaba cosiendo y vuelve las espaldas con resuelto ademan al escrupuloso elegante, rapaz de trece años, listo como una ardilla y tan flaco como el mango de una paleta.

Su madre, mujer de cuarenta años, aunque las arrugas del rostro y la curva de sus espaldas le hacen representar sesenta, despues de comerse media cuarta de hilo por hacerle punta para que pase por el ojo de la aguja que apenas se ve entre sus callosos dedos, pone en órden á la susceptible costurera, se acerca al muchacho, le hace girar tres veces al rededor de sí mismo, le estira con fuerza la levita que lleva puesta, y despues de contemplar un instante su obra, vuelve á sentarse, esclamando con acento de profunda conviccion:

—Que la pinte mejor un sastre.

Mas antes de pasar adelante, y para mejor inteligencia de nuestros lectores, es justo que, como diria el inédito poeta D. Pánfilo, *espliquemos la situacion.*

Que nuestros personajes son montañeses, debe haberse deducido del estilo del diálogo anterior; y si esto no lo ha esplicado bastante, conste desde ahora que lo son en efecto.— El lugar de la escena puede el lector colocarle en el punto de esta provincia que mas le conviniere, si bien su parte oriental es preferible por ser en ella mas frecuentes que en las demás cuadros semejantes al que vamos á describir.— El escenario es aquí el ancho portalon ó teja-vana de una casa pobre de aldea.— Esta, como todas ó la mayor parte de las de su categoría, tiene en la humilde fachada del portal, tres huecos; la puerta principal en el centro, la de la

cuadra á la izquierda y á la derecha la ventana de la cocina.—Sentadas en el umbral de la primera cosen las dos mujeres; la segunda está entreabierta porque acaba de entrar á arreglar el ganado el bueno del tio Nardo, jefe de la familia, ó esposo y padre respectivamente de los personajes de nuestro diálogo. Por lo que hace á la ventana, aunque no la necesitamos para nada, diremos, á fuer de verídicos historiadores, que está cerrada, pues su mision, más que dar luz á la cocina, es dejar que salga el humo de ella cuando hay fuego en el hogar, el cual está ahora tan frio como la borona que en él se coció por la mañana para todo el dia.... y dicho se está con esto que la escena es por la tarde: conste tambien, sin que este dato sea, como aparecerá á primera vista, una minuciosidad inútil, que es el mes de setiembre. Ahora solo nos resta consignar que el pequeñuelo interlocutor, al dirigir tan graves cargos á su madre y á su hermana, llegaba al portal, vestido con levita, pantalon y chaleco de mahon gris, agarrotado su cuello entre los revueltos y atropellados pliegues de una enorme corbata de percal á grandes cuadros rojos, medio oculta su diminuta é inteligente cabeza bajo las anchas alas de un sombrero de paja con cinta verde, y calzado, por último, con gruesos zapatos de Novales. El polvo que los cubre, el arrebatado color de la cara del muchachuelo y el garrote que este trae en una mano, prueban bien á las claras que acaba de hacer una larga caminata.— En cuanto á las razones que tiene para quejarse de la tijera de su madre y de la aguja de su hermana, no dejan de ser fundadas, si se mira su vestido con alguna atencion; pero tambien es cierto que las pobres mujeres nunca las vieron mas gordas, y que el intolerante rapaz se mete por primera vez bajo aquellos faldones que le estorban.— Tambien debe contar que, á pesar de lo que dijo al presentarse en escena, hay en su fisonomía algo de risueño y

placentero que denota una satisfaccion interior: su viaje debe haber tenido un éxito feliz.... Mas para saber lo que hay sobre esto y otras cosas que nos proponemos referir, volvamos á tomar el asunto donde le dejamos para hacer esta corta digresion.

Mientras la madre pronunciaba, hecho el exámen de la levita de su hijo, las palabras que dejamos escritas, este se sentó en el *poyo* del portal, entre las dos puertas, y limpiándose con el pañuelo del bolsillo el polvo de sus zapatos, replicó á su madre:

—Eso lo dice Vd. aquí porque no hay comparanza; pero si me viera al lado de D. Damian como yo acabo de verme... ¡Tisana, qué levita!.... aquellas si que son costuras,.... ni siquiera se conocen.... ¡Y qué corte! Dá gloria de Dios el verla! Y no estos costurones.... ¡más mal asentaos!

—Pero condenao, ¿cómo quieres tú comparar aquel paño tan fino con ese mahon de á tres reales?

—¡Qué mahon ni qué ocho cuartos! En las manos consiste toa la cencia.... Si me hubiera hecho la ropa un sastre de Santander, como yo queria.... Lo mismo que el chaleco.... y los calzones: por un lado me sobra media fanega y por otro no me puedo revolver adentro.... Y estos zapatos.... yo no sé en qué consiste que cuanto más tocino les doy *más peor* se ponen! Qué zapatos los de D. Damian, tisana, relumbran como el sol de mediodía.

—Pero, hijo mio, ¿no ves que D. Damian es un señor muy rico?....

—Tambien tú te vestirás así en el dia de mañana, ¿verdá madre?

—Anda, anda; ya te estás *relambiendo* con los vestidos que te he de regalar.... ¡como no pongas otros!....

—Ni falta que me hacen, para que lo sepas: probe nací, y con saya de estameña y tirando de la azada me han de querer....

—Calla, tonta; que lo dije por oirte: miá tú qué me importará á mí el dia de mañana vestirte como una señora principal.... ¿eh, madre?

A la buena mujer, mientras sus dos hijos comenzaban á contender en este terreno, se le iban enrojeciendo los ojos, fenómeno que, en idénticas circunstancias, habia observado de algunos dias á aquella parte el tio Nardo con no poca sorpresa; y sabiendo por la experiencia que si no combatia la emocion á tiempo no podria disimularla, dió al diálogo otro giro diverso preguntando al muchacho:

—¿Te dió la carta D. Damian?

El interrogado que, por otra parte, parecia estar deseando que le hiciera semejante pregunta, echó la mano al bolsillo interior de su levita, despues á uno de los del chaleco, ocultó entre sus dedos una moneda, y sonriendo con expresion de triunfo y de entusiasmo, exclamó, alzando progresivamente la voz.

—Aquí está la carta.... y aquí.... esto... ¿lo ven bien? esto..... ¿qué dirán que es esto?.... Tisana, que no lo aciertan: pues esto es.... ¡*media onza*!

—¡Media onza!....

—¡¡Media onza!!

—¡¡¡Media onza!! añadió el tio Nardo asomando la cabeza por la puerta de la cuadra; ¡media onza! repitió mientras descubria el tronco; ¡media onza! exclamó, en fin, trasladándose de un brinco junto al grupo que formaba ya su familia admirando la moneda que Andrés (y ya es hora de decir cómo se llamaba el rapaz) enseñaba como una reliquia.

—¡Media onza! sí, recalcaba este último girando en todas direcciones; media onza más maja que el sol.... aquí está, D. Damian me la dió para mí solo; ¡viva D. Damian!

Despues que hubo pasado la moneda de mano en mano por todas las del grupo, que todas las personas que le com-

ponian (ménos la mujer del tio Nardo, que, en verdad sea dicho, contemplaba aquella escena sin saber lo que le pasaba) la hubieron mirado y remirado y échola sonar contra las piedras, Andrés se volvió á apoderar de ella, y reclamando la atencion de toda su familia, desdobló la carta que tambien le dió D. Damian, y leyó en ella, con mucha seguridad, aunque con bien poco sentido gramatical, lo que sigue:

«*Sr. D. Frutos Mascabado y Caracolillo.*

Habana.

»Mi querido amigo y antiguo compañero: El dador de esta lo será, Dios mediante, el jóven Andrés de la Peña, que saldrá de Santander, al primer tiempo, en la fragata *Panchita*, con rumbo á esa ciudad, en la cual se propone probar fortuna. Al efecto me tomo la libertad de suplicar á usted le auxilie en todo lo que esté de su parte, tratando por de pronto de proporcionarle acomodo conveniente á sus circunstancias. Dicho Andrés es muchacho listo y de buena conducta: tiene excelente pluma y sabe de cuentas hasta la de *compañías* inclusive.

Contando con su buena amistad de Vd. me atrevo á anticiparle las gracias por lo que en obsequio de mi recomendado haga, que será desde luego uno de los buenos servicios, entre otros muchos, que le deba su afmo. A. y S. S. Q. S. M. B.

Damian de la Fuente.»

Despues de esta carta parécenos escusado decir á nuestros lectores lo que significa la levita de Andrés y el inusitado movimiento de toda su familia al rededor de su equipaje.

II.

Por regla general, á los niños, apenas dejan los juguetes, les acomete el afan, sobre todas sus otras aspiraciones, de *hombrear*, de tener mucha fuerza y de levantar medio palmo sobre la talla. Pero cuando los niños son de estas montañas, por un privilegio especial de su naturaleza, su único anhelo es el de la independencia, con un *Don* y mucho dinero. Y, segun ellos, no hay más camino para conseguirlo que irse «á las Indias.... »—Los abismos del mar, los estragos de un clima ardiente, los azares de una fortuna ilusoria, el abandono, la soledad en medio de un país tan remoto.... nada les intimida; al contrario, todos estos obstáculos parece que les escitan más y más el deseo de atropellarlos.—¿No es cierto que en América es de plata la moneda más pequeña de cuantas usualmente circulan?—Pues un montañés no necesita saber más que esto para lanzarse á esa tierra feliz: la vida que en la empresa arriesga le parece poco, y otras ciento jugará impávido si otras ciento tuviera.

¿Hay quien lo duda? Ofrezca un pasage *gratis* desde Santander á la Isla de Cuba, ó una garantía de pago al plazo de un año, y verá los aspirantes que á él acuden. Y no se apure porque no sea de primera cámara: un montañés de pura raza atraviesa en el tope el Océano, si necesario fuese.

Díganle «á las Indias vamos»; y con tan admirable fé se embarca en una cáscara de limon como en un navío de tres puentes. Este heroísmo suele ir más allá aún.—Un indiano de semejante barro vé trascurrir los mejores años de su juventud de desengaño en desengaño, y no desmaya.—No hay trabajo que le arredre ni contrariedad que apague su fé: la fortuna está sonriéndole detrás de sus desdichas, y la vé tan clara y tan palpable entónces como la vió de niño, cuando,

soñando sus ricos dones, se columpiaba en las altas ramas del nogal que asombraba su paterna choza.

De lo cual se deduce que la honradez, la constancia y laboriosidad de un montañés son tan grandes como su ambicion.

Nadie, que sea justo, podrá quitar á esta noble raza un timbre que tanto la honra.

Nuestro Andresillo, pues, vástago legítimo de ella, no bien supo hablar, ya dijo á su madre que él sería *indiano*. Creció en edad, y la idea de irse á América fué el tema de todas sus ilusiones; y tanto y tanto insistió en su proyecto, que su familia comenzó á deliberar sobre él muy sériamente.

Un dia fueron tio Nardo y su mujer á consultarlo con don Damian, indiano muy rico de aquellas inmediaciones, y de quien ya hemos oido hablar.—D. Damian habia hecho, es cierto, una gran fortuna: esto es lo que veia toda la poblacion de la comarca y lo que escitaba más y más en los jóvenes el deseo de emigrar; pero en lo que se fijaban muy pocos, si es que alguno pensó en ello, era en que D. Damian se hizo rico á costa de veinte años de un trabajo constante; que en todo este tiempo no dejó un solo dia, una sola hora, de ser hombre de bien, ni de cumplir, por consiguiente, con todos los deberes que se le imponian en las dificilísimas circunstancias por que atravesó. Además, D. Damian habia ido á América muy bien recomendado y con una educacion bastante más esmerada que la que llevan ordinariamente á aquellas enviadas regiones los pobres montañeses. Todas estas circunstancias que obraron como base principal de la riqueza de D. Damian, hacian en él una obligacion de esponérselas á cuantos iban á pedirle cartas de recomendacion para la Habana, y á consultarle sobre la conveniencia de salir á probar fortuna.—Cuando semejantes consideraciones

no bastaban á desencantar á los ilusos, daba la carta que se le pedia, y á las veces su firma garantizando el pago del pasage desde Santander á la Habana.

Los padres de Andrés oyeron del generoso indiano las reflexiones más prudentes y los más oportunos consejos cuando á pedirselos fueron en vista de las reiteradas insinuaciones de aquel. En obsequio á la verdad, la mujer del tio Nardo no necesitaba de tantas y tan buenas razones para oponerse á los proyectos de su hijo: era su madre y con los ojos de su amor veia al través de los mares nubes y tempestades que oscurecian las risueñas ilusiones del ofuscado niño; pero el tio Nardo, ménos aprensivo que ella y más confiado en sus buenos deseos, apoyaba ciegamente á Andrés; y entre el padre y el hijo, si no convencian, dominaban á la pobre mujer, quien por otra parte, respetaba mucho las *corazonadas*, y jamás se oponia á lo que pudiera ser *permision* del Señor. El párroco del lugar le habia dicho en muchas ocasiones que Dios hablaba á veces por boca de los niños, y por si á Andrés le habia inspirado el cielo su proyecto, se decidió á respetarle en cuanto le pareciese deber hacerlo así.

Sobreponiéndose, pues, á las reflexiones del indiano la fuerza de voluntad de Andresillo y la buena fé de su padre, el primero prometió su proteccion al segundo; y desde aquel dia no se pensó más en la casita que conocemos que en arreglar el viaje lo más antes posible.

Los preparativos al efecto eran bien sencillos: sacar el pasaporte y hacer el equipaje.

Este se componia:

De tres camisas de estopilla;

Un vestido completo de mahon, de dia de fiesta;

Otro id. id. id. para el diario;

Una colchoneta y una manta, y

Una arca de pino pintada de almagre para guardar durante el viaje la ropa que Andrés no llevase puesta.

Del pago del pasage se encargó D. Damian hasta que Andrés supiera ganarlo.

El producto de la única vaca que tenia el tio Nardo, vendida deprisa y al desbarate, dió justamente para los gastos de equipo del futuro indiano y para el pequeño fondo de reserva que debia llevar consigo, fondo que se aumentó con medio duro que el señor cura le regaló el mismo dia que comulgó, con seis reales del maestro que le dió últimamente lecciones especiales de escritura y cuentas, y con la media onza de que tiene noticia el lector. Y no se arruinó completamente la pobre familia para «echar de casa» á Andrés, gracias al generoso anticipo del indiano: de otro modo hubiera vendido gustosa hasta la cama y el hogar. Los ejemplos de esta especie abundan, desgraciadamente, en la Montaña.

El dia en que presentamos la escena á nuestros lectores era el último que Andrés debia pasar bajo el techo paterno: le habia destinado á despedidas, y ya tuvimos el gusto de ver el resultado que le dió la de D. Damian; dia, que, dicho sea *inter nos*, habia costado muchas lágrimas á la pobre madre, á escondidas de su familia, pues no podia resignarse con calma á ver aquel pedazo de sus entrañas arrojado tan jóven á merced de la suerte, tan lejos de su proteccion.

Pero las horas volaban y era preciso decidirse. Cuando Andrés acabó de leer la carta, su único amparo al dejar á su patria, y á vueltas de algunos halagüeños comentarios que se hicieron sobre ella, la pobre mujer, á quien ahogaba el llanto, mandó entrar en casa á su hijo para que su hermana le limpiase la ropa que llevaba puesta y se la guardase, mientras ella daba las últimas puntadas á una camisa.

Andrés, entonando un aire del país, obedeció, saltando

de un brinco sobre el umbral de la puerta; pero su madre, al ver aquella espansiva jovialidad en momentos tan supremos, fijos en él sus turbios ojos mientras atravesaba el angosto pasadizo, abandonó insensiblemente la aguja, y dos torrentes de lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas.

—¡Pobre hijo del alma!... murmuró con voz trémula y apagada, tan jóven... y tal vez...

Pero horrorizada con lo que iba á decir sepultó su cara entre las manos, como si temiera despertar con sus palabras el adverso destino de su hijo.

Tio Nardo mas optimista, por no decir menos cariñoso que su mujer, no comprendiendo aquella situacion tan angustiosa, hacía los mayores esfuerzos por atraerla á su terreno.

—Yo no sé, Nisca, le dijo cuando estuvieron solos, qué demonches de mosca te ha picao de un tiempo acá, que no haces mas que gimotear.—Pues al muchacho no soy yo quien le echa de casa, que allá nos anduvimos al efeuto de embarcarle.... y por Dios que no lo afeaste nunca bastante, ni te opusiste de veras.

—Y ¿qué habia de hacer yo? Tampoco hoy me opongo, aunque cuanto más se acerca la hora de despedirme de él.... ¡Pobre hijo mio!.... Dícenme que puede hacer fortuna.... ¡y nosotros somos tan pobres! ¡Ofrecen tan poco para un hombre estos cuatro terrones que el Señor nos ha dado!... ¡Ay! si Él quisiera favorecerle!!

—Pues ¿qué ha de hacer, tocha? Nó, que nó... ahí tienes á D. Damian....

—Siempre habeis de salirme con D. Damian.

—Y con muchísima razon; ¿qué mejor ejemplo? Un señor que vino al pueblo cargado de talegas; que á todos sus parientes ha puesto hechos unos señores; que no bien sabe que hay un vecino necesitao ya está él socorriéndole; que alza

solo casi todas las cargas del lugar; que corta todos los pleitos para que no se coma la justicia la razon del que la tiene y el haber de la otra parte, y que no quiere por tanto beneficio más que las bendiciones de los hombres de bien. ¿Qué más satisfaccion para nosotros que ver á nuestro hijo en el dia de mañana bendecido como D. Damian?

—Ay, Nardo! en primer lugar, D. Damian fué siempre muy honrado....

—No viene Andrés de casta de pícaros.

—Despues, Dios le ayudó para que hiciera suerte.

—¿Y por qué no ha de ayudar á Andrés?

—Don Damian fué un señor desde sus principios, y cuando salió de aquí llevaba muchos estudios y sabía tratar con personas decentes.... y habia heredado la levita, que esto vale mucho para bandearse fuera de los bardales del lugar.

—Bah, bah.... ríete de cuentos, Nisca, que todos los hombres nacimos de la tierra y tenemos cinco dedos en cada mano.

—Valiera más, Nardo, que en lugar de fijarnos en ejemplos como el de ese buen señor para echar de casa á nuestros hijos, volviéramos los ojos á otros más desgraciados. ¡Cuántas lágrimas se ahorrarian así.... Sin ir más léjos, ahí está nuestra vecina que no halla consuelo hace un mes, llorando al hijo de su alma que se le murió en un hospital al poco tiempo de llegar á la Habana.

—Sí, pero ese muchacho....

—Era tan sano y tan robusto como Andrés, y como él era jóven y llevaba buenas recomendaciones.—Tambien las llevó el del tio Pedro y murió pobre y desamparado en lo más lejos de aquellas tierras....—Bien colocado estaba el sobrino del señor Alcalde y malas compañías le llevaron á perecer en una cárcel; y Dios parece que lo dispuso así, porque cuentan que si sale de ella hubiera sido para ir á

peor paraje.—Veinte años bregó con la fortuna su primo Anton, y por no morirse de hambre anda hoy de triste marinero ganando un pedazo de pan por esos mares de Dios.

Bien cerca de tu casa tienes al pobre hijo de Pedro Sanchez esperando á que se le acabe la poca salud que trajo de las Indias al cabo de quince años de buscarse en ellas la fortuna, para que Dios le lleve á descansar á su lado; pues ya, pobre y enfermo, ni vale para apoyo de su familia, ni para el pueblo, ni para sí mismo, que es lo peor.... y bien reniega de la hora en que salió de su casa....

—Anda, anda.... echa por esa boca desventuras y lástimas. ¿Por qué no te acuerdas del hijo del manco y del del alguacil, que dice que gastan coche en la Habana y que están tan ricos que no saben lo que tienen?

—Mal año para ellos, que dejan morir de miseria á sus familias, que se arruinaron por embarcarlos, y ni siquiera se acuerdan de la tierra en que vieron el sol.—Mucho quiero á ese pobre hijo que se va á ir por ese mundo; pero ántes que verle mañana sin religion, olvidado de su familia y de su tierra, Dios me perdone si en ello le ofendo, quisiera la noticia de que se habia muerto....

—Vaya, Nisca, que hoy te dá el náipe para sermones de ánimas.... todavía me has de hacer ver el asunto por el lado triste.

—Dichoso de tí, Nardo, que no le has visto ya.

—No seas tonta, que yo no puedo ver esas cosas como tú las ves.... Porque este lugar haya sido poco afortunado para los indianos....

—Calcula tú cómo andarán los demás.... cuando en este rincon sólo hay tanta lástima. ¡Ay, Nardo! aunque yo no lo tocara con mis manos y lo viera con mis ojos, los consejos de D. Damian, con la experiencia que tiene, serian de sobra

para que yo llorara al echar sola por el mundo á esa pobre criatura.

La salida de Andrés interrumpió este diálogo: traia puesto su traje de camino, nuevo tambien, pero de corte más humilde que el del que se habia quitado para que su hermana se lo guardase.

Tia Nisca se enjugó apresuradamente los ojos al ver á su hijo, y plegó con esmero sobre sus rodillas la camisa que habia concluido.

Toda aquella tarde se invirtió en arreglar el equipaje de Andrés, y al anochecer se rezó el rosario con más devocion que nunca, pidiendo todos á la Vírgen, con esa fé profunda y consoladora de un corazon cristiano, amparo para el que se iba, y para los que se quedaban resignacion y vida hasta volverle á ver.

III.

Ahora, si el lector lo consiente, que sí lo consentirá, pues no le cuesta dinero ni cosa que lo valga, vamos á trasladarnos con la escena á otra parte.

Estamos en el magnífico muelle de Santander.

Como de ordinario, multitud de carros, bultos de mercancías, básculas, maquinaria, corredores, dependientes, comerciantes, marineros, pescadoras, vagos y curiosos forasteros, en el más agitado y estrepitoso desórden, le hacen intransitable desde la Ribera al café Suizo.—Fijémonos un instante en este último punto como el más despejado.—Frente á su puerta pasan tres personajes, que nos son muy conocidos, y siguen, sin detenerse un segundo ante las vidrieras del establecimiento para ver sus espejos y divanes, hácia la punta del muelle. Estos personajes son Andrés, su padre y su madre. El primero en medio de los otros dos, metidas

las manos en los bolsillos de sus anchos pantalones, tiradas hácia la espalda las solapas de la levita consabida, y el hongo muy calado sobre el cogote. El tio Nardo á la derecha, con su vestido nuevo de paño pardo; y su mujer al otro lado, con muselina blanca á la cabeza, la saya morada de los domingos echada sobre un hombro y terciado sobre el brazo opuesto un gran paraguas envuelto en una funda de percal rayado. Los tres caminan sin decirse una palabra: tio Nardo con las más visibles muestras de indiferencia; su mujer abismada como siempre entre su pena, y mirando al través de sus lágrimas el barco fatal que espera á su hijo, meciéndose sobre las aguas á una milla del muelle. En cuanto á Andrés, á juzgar por su resuelto continente, por su sonrisa desdeñosa, puede asegurarse que acaricia la ilusion de construir por su cuenta, á su vuelta de América, un barrio tan elegante y monumental como el que va recorriendo.

Tres dias hace llegaron del pueblo. Despachados los papeles y demás diligencias indispensables á todo pasajero, solo se pensó ya en complacer á Andrés y en proporcionarle cuantas distracciones estuviesen al alcance de sus recursos. Tuvo este á su disposicion dos dias y cerca de veinte duros. De modo que á la hora en que le volvemos á encontrar, no cuenta un solo deseo que no haya visto satisfecho; es decir, se ha bebido, vaso á vaso, mas de media cántara de agua de limon «*fria como la nieve;*» ha comido, de seis en seis, más de un ciento de merengues; ha convidado á cuantos paisanos y conocidos hallaba al paso; ha comprado una *sinfonía* en una tienda de alemanes; ha oido una misa mayor en la catedral y asistido á un baile del *Reganche.*— Total de gastos, inclusos hospedaje y alimentos de las tres personas en el *Cuartelillo*, cinco napoleones.— Nada, pues, le quedaba ya que ver, como él decia, cuando le avisaron que era preciso embarcarse porque estaba la fragata lista para darse á la vela.

Esta noticia que no le sorprendió lo mas mínimo, acabó de anonadar á su madre y sacó, por un instante, de su habitual indiferentismo á tio Nardo.

Sigámosles ahora por el muelle. En la última rambla se embarcan en un bote que se dirige en seguida á la fragata que aún no ha contemplado Andrés mas que de lejos, sin que por ello la haya perdido de vista un solo dia desde su llegada á Santander; por consiguiente no ha podido formarse todavía una idea exacta de lo que ella es.

A medida que se aproximan los tres al buque, este va desarrollando á sus ojos sus gigantescas proporciones: su negra mole parece que surje del agua, y tia Nisca, aunque jamás se hace ilusiones ni las toma en cuenta para nada, lo cree como el Evangelio. Y cree mas; para ella aquel volumen enorme tiene una fisonomía, fisonomía satánica, imponente, que la mira siempre, y con un gesto terrible que hiela la sangre en sus venas. Los gritos de adentro y el sinnúmero de caras que asoman sobre la borda mirando todas á los del bote que llega, le parecen el alma diabólica y multiforme de aquel monstruoso cuerpo en cuyos antros va á desaparecer, quizá para siempre, el hijo de su amor.— El atezado rostro de tia Nisca se torna en lívido.

Andrés, por el contrario, se entusiasma mas y mas segun que se acerca á la fragata. La magnitud de su casco, la elevacion de sus palos, el laberinto de su jarcia, todo le enamora y hasta le enorgullece. ¿Qué vale la podre choza de su aldea junto á aquel flotante palacio que va á habitar durante mes y medio?

En cuanto á tio Nardo, si hemos de ser justos, desde que pudo apreciar la magnitud real y efectiva del barco hasta que llegó á su costado, no pensó más que en cómo no se iría á pique un cuerpo tan pesado, siendo el cuerpo tan *duro* y tan *blando* el elemento que le sostenía; cuestion que trató

con sus vecinos más de una vez á su vuelta á la aldea.

Otro cuadro más raro tienen que comtemplar nuestros tres conocidos al llegar sobre cubierta: montones de jarcia, cajas de provisiones, una res acabada de degollar, enormes jaulas conteniendo vacas, cerdos y carneros, otras menores con gallinas, grupos de marineros aca izando una verga, allá bajando pesados bultos á la bodega; y por último revueltos y deslizándose entre tanto obstáculo, más de un centenar de muchahuelos del corte de nuestro presunto indiano.—Todo esto junto produce un ruido infernal. Tio Nardo se marea, su mujer solloza, y Andrés observa impávido.

De aquella turba de niños, algunos lloran, otros meditan tristemente reclinados contra la borda, otros miran atónitos cuanto les rodea.... ¡muy pocos rien! Todos, como Andres, van á América buscando la fortuna; todos van, como él, poco más que á merced de la casualidad.... Seamos exactos; muchos de ellos no llevan ni siquiera una carta como la de don Damian.

Lector, te aconsejo, si eres algo sensible, que no contemples nunca cuadros como este: el alma se hiela de espanto al considerar tanta juventud arrojada al capricho de un destino casi siempre funesto.

De todos los que acompañan á Andrés, acaso no encuentre uno solo lo que va buscando; quizá todos ellos contemplen por la última vez de su vida la tierra sobre que han nacido. Esto es horrible, y sin embargo es cierto, ó miente la historia de la juventad de esta provincia.

Pero el barco en que vá Andrés no es el solo que conduce montañeses; á los quince dias saldrá otro, y despues otro y acaso más, y todos van llenos, repitiéndose otra vez en el año este espantoso lujo de víctimas, verdaderas hecatombes que tantos desdichados pueblos sacrifican á ¡una esperanza de fortuna!

Sigamos á nuestra gente.

Tia Nisca logra ver el sitio que se destina á su hijo en la fragata.

Sobre la carga que esta lleva en sus bodegas se han tendido unas tablas de pino; entre estas tablas y la cubierta, espacio mucho más bajo que la talla de un hombre, se han colocado en fila tantas colchonetas como son los pasajeros: una de ellas es la de Andrés. Este departamento es el que se conoce con el nombre de *sollado.*—La pobre madre se estremece al ver la mezquindad del sitio destinado al reposo de su hijo. Aquello era insano, no tenía bastante ventilacion... ¡si Andrés se ponia enfermo!...

No corre, vuela en busca del capitan... Quiere gratificarle.... comprar un poco de comodidad para aquella inocente criatura. Se palpa los bolsillos, rebusca los de su marido; pero solo puede reunir.... ¡medio duro! ¡Y el capitan es un señor tan elegante! ¿Con qué cara le ofrecería ella diez reales? Pero nota, en su defecto, que tiene la mirada muy noble. Se decide á hablarle; y entre lágrimas y sollozos:

—Señor, le dice, el hijo mio que va á la Habana es Andrés, aquel muchacho tan guapo y tan listo que está mirando hacia acá. Créame Vd., señor, no vá en primera cámara porque ni aun vendiendo la camisa hubiéramos podido reunir tanto dinero si habiamos de dejarle algo al pobre muchacho por lo que pudiera sucederle fuera de su casa. Le juro á Vd., que es la pura verdad lo que le digo. Pero yo no sabia que el sitio donde iba á ir fuera tân angosto, que sinó, ¡ay, Dios mio!.... Mire Vd., señor, somos unos pobres, pero si al mi Andrés le atendieran algo por el camino.... No es esto decir que yo desconfie de Vd. ¡ave María Purísima! Usted es hombre honrado, y no hay más que mirarle para... voy al decir que.... ¡Hijo mio de mi alma!... yo no sé ya lo que digo ni lo que he de hacer porque lo pase más á gusto....

Las lágrimas ahogan á la pobre mujer, y el dolor perturba su razon.

El capitan, respetándole en todo lo que vale, promete á la afligida madre un sitio en primera cámara para su hijo en cuanto se hagan á la mar, y trata de consolarla con cariñosas aunque breves palabras.

Esta misma táctica ha seguido siempre con todas las madres de los pasajeros que han ido á su cuidado, porque es de advertir que todas ellas han solicitado para sus hijos lo mismo que tia Nisca para Andrés.—Convengamos en que, en la imposibilidad de complacerlas, es muy recomendable esta manera de engañarlas á todas.

Tia Nisca vuelve más animada á donde está su hijo á quien refiere, entre bendiciones, la buena acogida que la dispensó el capitan.—Despues, abrazándole estrechamente, le recomienda de nuevo mucha devocion al escapulario bendito de la Vírgen del Cármen que lleva sobre su pecho; que sea bueno y sumiso, que huya de las malas compañías, que piense siempre en su pobre choza y en su patria.... en fin, cuanto es de necesidad que recomiende una madre cariñosa á un hijo querido en el instante supremo de una larga ó tal vez eterna separacion.

Pero el sonido metálico y bivrante del molinete se oye: comienzan á levar anclas y es preciso separarse.

La desdichada madre, tal es su pena, siente que hasta la voz le falta para decir el último « adios:» Andrés comprende por la vez primera lo que es perder de vista á su hogar y á su patria y lanzarse niño y solo á los desiertos del mundo, y tambien por la vez primera llora, y acaso se arrepiente de su empresa: tio Nardo mira hácia el muelle y procura no hablar para que no se vean las lágrimas que al cabo vierte, ni descubra su voz la pena que hay en su pecho; y deseando abreviar aquella escena por afligir menos á su hijo, estré-

chale en silencio entre sus brazos, coje por otro bruscamente á su mujer y desciende con ella al bote, imponiéndose la dura penitencia de no mirar á la fragata hasta que llegue al muelle.

Cuando en él desembarcan, tia Nisca se deja caer en el umbral de la primera puerta que hallan al paso. Con los codos sobre sus rodillas, la cabeza entre las manos, los ojos fijos en la fragata y la cara inundada en llanto, espera inmóvil, como una estátua del dolor, á que el buque desaparezca. Tio Nardo de pié á su lado, pero algo mas tranquilo, respeta la situacion de su mujer y no se atreve á separarla de allí.

Trascurre media hora.

La fragata despliega al viento su blanco velámen, hunde la proa en las aguas, como si dirigiera un galante saludo de despedida al puerto, y deslizándose rápidamente su quilla, desaparece en breve detrás de San Martin.

Al perderla de vista no cayó la pobre aldeana exánime sobre las losas del muelle, porque Dios ha dado á estas criaturas una fuerza y una fé tan grandes como sus infortunios...

IV.

Aquella misma tarde, á la caida del sol, atravesaban tio Nardo y su mujer la estensa sierra que conduce á su lugar. Mustios iban lo dos y cabizbajos, y el uno en pos del otro. Pensaban en Andrés. Pero tia Nisca, de imaginacion más activa que su marido, examinaba interiormente el cuadro de sus pesares ¡y no le faltaban causas con que justificar toda la amargura de los dolores que sentia! Por eso no pudo ménos de dirigir un duro apóstrofe á la tierra que pisaba, viéndola poblada de ásperos escajos, y cuya esterilidad alejaba de ella á sus hijos para buscar en país remoto lo que la madre

patria no podia darles. ¡Cargo injusto por cierto y que perpetuamente en boca de tantos ignorantes, sostiene en esta provincia cada vez más terrible y enconado el cáncer de emigracion que la corroe.

¡Que este suelo es estéril!

Entre América, Andalucía, Madrid, Santander y el ejército se llevan todos los años las cuatro quintas partes de la juventud montañesa; la restante se dedica, casi en su totalidad, á jornales ó á la industria carretera. ¿Qué ha de producir un país cultivado por ancianos y por mujeres?

¡Que el de la montaña no puede satisfacer las aspiraciones de sus hijos!

¿Y quién tiene la culpa de sus insensatas ambiciones, de que aspiren todos á grandes señoríos, á fabulosas riquezas? ¿En qué títulos fundan sus esperanzas? ¿Está el dinero en América al alcance del primero que le solicita? ¿Basta á un rudo é ignorante labriego querer ser rico para conseguirlo? No, ciertamente. ¿Puede, entre tanto, el suelo montañés proporcionar á sus hijos una posicion desahogada é independiente y feliz?.... Sí y mil veces sí. ¿Cómo? Con los brazos de esos mismos hijos que, ingratos, le abandonan hoy, como le han abandonado siempre, y desterrando de su agricultura las perniciosas rutinas á que se la viene condenando *ab initio*.

Que el campo de la Montaña es feraz como ningun otro para toda clase de pastos y forrages, no puede negarse al verle hecho *espontáneamente* un pintoresco jardin todo el año; que el arbolado crece en él con una rapidez y profusion fabulosas, está bien á la vista. ¿Por qué no se esplotan estos dos magníficos elementos de riqueza? ¿Por qué en lugar de fomentar esta real, tangible, digámoslo así, se corre en pos de otra imaginaria que no se consigue ó que la consigue uno solo á costa de la existencia de otros ciento que tambien fue-

ron tras ella? Por la más estúpida de las preocupaciones...— «Bosques de cagidas, cabañas de ganado, quesos, manteca, legumbres.... ¡valiente riqueza!» oireis decir aqui, con el mayor desden, á un holgazan que por no cavar un huerto no come cosa cocida en todo el año, ni de otra cosa se ocupa que de cultivar un poco de borona que le alimenta mal seis meses; «¿y me sacará todo ello de pobre?»

Adviértase que *no ser pobre* se llama entre estos infelices ser *millonario.*

Por eso se queman impunemente bosques enteros bajo el pretesto de que algunas reses se estravian entre la maleza; por eso, lejos de plantar arbolado, se tala cuanto crece al alcance del hacha asoladora de estos paisanos; por eso están las mieses la mitad del año mal cultivadas y la otra mitad abiertas á merced de esa bárbara costumbre de las *derrotas* que no permiten á un labrador aplicado mejorar sus terrenos ni sembrarlos durante el invierno porque están al arbitrio del ganado de todos sus convecinos, que pace hasta sus raices, y los huella hasta convertirlos en inaccesibles charcas; por eso brotan el escajo y el brezo en las tres cuartas partes del suelo de la montaña en lugar de la patata, del maiz ó del roble, mientras atribuye un labriego su pobreza á la falta de terrenos; y por eso al volver la primavera están otra vez pobres las mieses, ralos los montes, incultas las inmensas sierras y hambrientos y desnudos muchos infelices.—De aquí la *aparente* necesidad de la emigracion.

Mas si, por el contrario, se fomentara el arbolado, se sembrasen sábia y oportunamente las mieses, garantizando al labrador la seguridad de sus frutos con el establecimiento de los indispensables guardas rurales; si se dedicase á la ganadería una parte no más de las atenciones que se consagran al cultivo del maíz que no basta, que no puede bastar nunca al sustento de la poblacion montañesa, esta provincia se

vería regenerada, porque ya no habria en ella *una* sola, si bien grande fortuna, vinculada en una sola familia en medio de un millar de otras menesterosas, resultado indispensable de la emigracion, sinó *muchas* pequeñas distribuidas en proporcion del trabajo y de la propiedad, en lo cual consiste la verdadera riqueza de un país.

Y no por eso se entienda que combatimos la emigracion en absoluto: el que por su inteligencia, por su educacion ó por otra circunstancia especial, no halle bastante para sus aspiraciones en los elementos de su patria, busque fuera de ella cuanto ambiciona, que nunca va solo y desvalido quien se acompaña de la razon y del saber.— Que tras este se lancen ciento sin experiencia, sin saber, sin proteccion, es lo que combatimos, porque lo juzgamos la mayor calamidad, como orígen de cuantas pesan sobre este bello país.

Afortunadamente para él, de poco tiempo á esta parte, comienzan á germinar entre sus antiguas preocupaciones proyectos de saludables reformas basadas en los principios que he indicado, y, que á juzgar por el noble empeño con que se sostienen á despecho de aquellas, es de creer que den muy pronto brillantes resultados. Confiemos en que estos, arrollando en su propagacion los obstáculos que han de ofrecerles la apatía y la ignorancia, estirparán al fin ese cáncer que viene cebándose en el corazon de tantos pueblos, merced al desdichado criterio de sus habitantes, á la ineptitud de las autoridades locales y á la poca ó ninguna consideracion que ha merecido al gobierno de S. M. un asunto de tan incalculable trascendencia.

Mas no nos salgamos del plan que me he propuesto en este artículo entrando en consideraciones que ya he tenido el honor de hacer más de una vez: dispense el lector esta corta digresion y volvamos á nuestros dos personages, siquiera para decirles « adios.»

Es ya inútil: pasada la sierra, han desaparecido por una estrecha y larga calleja formada por dos frondosas *seturas*, verde y pintoresco túnel cuyas paredes no pueden atravesar los débiles rayos del sol que va á ocultarse: á nadie se descubre por la campiña, y solo turba el silencio de aquella soledad la voz de una mujer que desde el fondo de la calleja canta á grito pelado:

«A las Indias van los hombres,
á las Indias por ganar:
las Indias aquí las tienen
si quisieran trabajar.»

Esta mujer ha debido encontrar, yendo á la fuente, á la tia Nisca y á su marido. Quizá al verlos caminar silenciosa y tristemente hácia su casa ha recordado esa estrofa que, por otra parte, viene como de molde para dar fin á este cuadro, porque precisamente es la síntesis de él.

LA PRIMERA DECLARACION.

Hay plagas, como las viruelas, por ejemplo, que aunque son universales, se las estudia donde quiera que aparecen, porque en cada localidad presentan algun carácter especial y en todas partes son *graves*.

Dígote esto, lector, antes que tú me digas que el presente cuadro no es *esencialmente* montañés porque fuera de la Montaña has hallado tambien los originales de sus *figuras*.

—Ahora, con tu permiso, empiezo.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo *se enamoró Gustavo.*

Esto es precisamente lo que no nos importa saber.

CAPÍTULO SEGUNDO.

De por qué *amaba Gustavo.*

Esto otro ya varía de especie.

Tenía diez y siete años.

Pero esta sola razon, á secas, es insuficiente: meditemos sobre ella.

Si eres de la parte de acá del primer tércio de este que corre siglo XIX, vuélvete un instante hácia la primavera de tu vida y toparás con lo que se busca. Pero como es muy fácil que ya barbadillo conocieras al marqués de la Romana, ó al primer Napoleon, yo que asistí al desarme de *la* del 43 agarrado á un faldon de la casaca.... paterna, voy á hacerte un cróquis de la florida edad de los amores, y al fin nos entenderemos.

La vida á los diez y siete años—y entiéndase que hablamos de los contemporáneos del fósforo, pero del fósforo perfeccionado por Lizarbe—es el primer paso que dá el hombre en la senda del mundo sin más andadores que una supina ignorancia de la verdad.

En aquella edad brotan las esperanzas y las ilusiones en el hombre como las flores en la primavera. Todo lo que alcanza la vista ¡y cuidado si es larga! es bello, riente y poético. Las ideas más exageradas, los cuadros más fantásticos se acarician en la mente con el mayor entusiasmo. El saber, el oro, la gloria y el poder se ven en lontananza avanzar en raudo vuelo hácia nosotros, sin que nos cueste su adquisicion más trabajo que tenderles una mano; pero no la tendemos porque entónces, entrando por todo el corazon en nuestros actos, nos preocupan de lleno aquellos objetos que más de cerca nos rodean. Viéndolo todo por un prisma tan risueño, la mujer, flor la más bella del jardin de la creacion, se destaca sobre todo lo demás, fresca, lozana, pura, exhalando aromas y brindando felicidad; y flor que embriaga, que deleita, que enajena el alma, viviendo en su misma atmósfera, respirando sus perfumes ¿quién no aspira á merecerla? ¿quién vé espinas en su tallo? ¿quién veneno entre sus hojas?—¡Lamentable inconveniente de no saber

toxicologia á los diez y seis años!—Si entónces nos dijeran: «Esa flor tan bella, esa mujer que es el *paraiso* de tus ojos ha de convertirse luego en infierno de tu alma y en purgatorio de tu bolsillo, porque su perfeccion consiste en un conjunto de defectos engalanados, porque todo lo que hoy seduce en ella desde léjos, mañana desde cerca se convierte en desengaño, porque esa mirada con que hirió tu corazon es estudiada, y esa sonrisa infantil y pudibunda, fingida; y esa languidez provocadora y esa boca de coral y de ambrosía, plegada siempre y rebosando amor, son el fruto de cien ensayos al espejo, porque nada, en fin, es en ella estable, nada natural sino la coquetería;» si esto nos dijeran, lector amigo, ¿no lo tendríamos por un sacrilegio? ¿No veríamos en tan amargas expresiones el atentado mas vil contra nuestra felicidad? ¿la guerra más cruel declarada á la obra más perfecta de la creacion? Sí, á fé, y romperíamos lanzas; y maldeciríamos en el profano lábio.... ¿Y si nos lo dijera una mujer? Esto atañe á mis lectoras; pero sírvales de gobierno que faldas vestia quien lo escribió... y mucho más que no he querido glosar. Si obró sinceramente, ellas lo saben y allá se las arreglen; por mi parte diré que ni con semejante linterna, ni con la de Diógenes, se ve claro, á la edad de que se trata, al través de la tupida venda que cubre nuestro entendimiento. ¡Dichosos dias! ¡lástima que sean tan breves! ¿De qué nos sirve la verdad cuando más tarde la hallamos desnuda, deforme, contrahecha? Un engaño bien dispuesto, ¿no valdria ante la ruin naturaleza tanto como una virtud? ¿No es preferible la vida de la inocencia á la agonía lenta del martirio?... Doctores tiene el siglo que me sabrian responder.— Ahora bien; mecido el hombre en la cuna de la inocencia y de los amores, ¿no es de cajon que se le peguen las sábanas? ¿Se concibe que uno se tire al agua en cueros vivos sin que se le moje la piel? Hé aquí el

por qué deseado; *ecce tibi ratio:* ya pareció aquello: Gustavo amaba porque era un pollo; lo cual no quiere decir que sólo amen los pollos, pero sí que son los únicos que hoy se atreven á amar deveras.

CAPÍTULO TERCERO.

De las fatigas y ternezas de Gustavo el enamorado.

Y tan deveras amaba, que iba perdiendo las ganas de comer.—No olviden mi bellas lectoras que el apetito es uno de los mejores medios de estudiar los grados de una pasion. Regla general: hombre voraz en la comida, mal amante; sin que sea permitido deducir de aquí, como corolario, que la inapetencia es siempre un síntoma de amor. Pero no hagamos de este artículo una fonda.—¡Cuántos *lectores* tendria entónces!—Gustavo amaba á Elisa—que así se llamaba *ella*—á prueba de estómago, á pan y agua, como si dijéramos. No tenía pruebas palpables, ni siquiera verbales, para alimentar su amor; pero habia sembrado gran cantidad de metáforas—*figura* á que los pollos son muy adeptos, y la manejan como arma de ataque—en las poquísimas conversaciones que con ella habia tenido, y esperaba recojer en su dia abundosa cosecha de inequívocas demostraciones. Elisa, por su parte, habia desplegado tambien grandes conocimientos retóricos, y de *figura* en *figura*, de metáfora en metáfora, habia dejado al pobre hecho una hipérbole viva. Si ella le correspondia queda al juicio del lector.... despues que yo le ilustre con el siguiente dato: las mujeres de aquel tiempo solo despreciaban á los que, olvidados de su deber, se arrastraban á sus piés por una mirada *de compasion*; los que no eran de este número, altos ó bajos, flacos ó gordos, blancos ó negros, todos tenian su *por qué* aceptable y un puesto que ocupar bajo las banderas

de *ellas*; mostrárase un hombre un poco altivo, y sin otra cualidad que le recomendara ya servia al ménos para añadir un renglon al gran libro de *los llamados*. El premio que le aguardaba era relativo á su resistencia: aquellas mujeres, al ganar una batalla, desechaban el botin por el laurel de la victoria.... cuando el botin no valia la pena de ser calzado.

Careciendo Gustavo, como ya hemos dicho, de pruebas fehacientes para disipar los recelos de los que no hallaban en una metáfora bastante fundamento para elevarse á tanta altura en asuntos de amor, y con objeto de animarse á sí propio, solia decir: «Nuestra pasion no está fundada sobre cimientos deleznables. Para comprenderse dos almas tiernas, ¿necesitan acaso más que encontrarse en el mundo una vez? Para amarse eternamente, ¿no les basta abstraerse? El fluido magnético.... las corrientes eléctricas»....

Yo no sé si me esplico; pero ya se dejará conocer la legitimidad del amor de Gustavo.

Lanzando á cada instante parrafadas de este jaez, pasábasele el tiempo sin pensar en otra cosa que en el objeto de su amor, y sin otras ocupaciones que correr calles, plazas, paseos y teatros en busca de su ídolo. Renegando del prosaismo de su época, envidiaba aquella en que se gastaban luengos los cabellos y se morian los hombres de puro amor. Tiernos coloquios á media noche en el jardin de su Filis, trova sentida al pié de sus balcones, un ramillete arrojado, un beso en él, un escalamiento, un desmayo, tal vez un rapto: hé aquí los manjares favoritos de Gustavo. Por ende, apostrofaba amargamente á su padre que pretendia matricularle en *Farmacia*, y se estremecia de horror considerándose rodeado de frascos y de jaropes, porque la imágen pura de su Dulcinea no cabia junto á ellos en el súcio recinto de una botica. No podia comprender cómo el autor de sus dias, el mundo entero, no apoyaba sus amorosas fatigas, y se indignaba ante

la idea de que su pasion se pudiera confundir con los *necios alardes*, con los *frívolos caprichos*—son sus palabras—de *un pollo del dia*!

«Corazon que no has amado,
tú no sabes el dolor
de un corazon acosado,
carcomido y desgarrado
por amarguras de amor!»

esclamaba con Zorrilla, arañándose á dos manos la pechera de la camisa y apretando los dientes.

Luego, variando de tono, con cierta sonrisa sarcástica decia en prosa de propia cosecha: «Mómias, estantiguas, ignorantes, como ya está helada la sangre de sus venas se burlan de los primeros latidos de un corazon vírgen; no comprenden todo lo sublime, todo lo grande de la fuerza que los produce! (Exaltándose). Pero ya llegó la hora de la emancipacion, y para las emanaciones del alma no hay tutela posible!

—Yerguida la cabeza, furiosa la mirada y marcial su apostura, parecia desafiar los fueros paternales. Debemos hacer justicia á Gustavo: sus insensatas elucubraciones tenian una disculpa: la fé con que se entregaba á ellas. Él mismo confiesa hoy que aunque no comprende cómo aquello sucedia, recuerda, sin embargo, que era la única ocasion en que ha obrado sin escuchar más que al corazon.

Rendido por el entusiasmo, agoviado por la conmocion, quedábase reducido á un extremo tal, que daba lástima, parecia un trasunto mal hecho de aquel famoso romántico que tan admirablemente nos ha descrito Mesonero Romanos. «Nunca está solo un hombre cuando se acompaña de sus pensamientos,» ha dicho no sé quién, y si nó lo digo yo: Gusta-

vo, encerrado en su habitacion, hallábase más acompañado que un maestro de escuela en pleno uso de sus funciones. Con sus poéticas visiones, inquietas, bullidoras, exigentes, entraba en lucha cruenta; y más que al pedagogo un centenar de granujas, llevábanle ellas de Herodes á Pilatos y tornábanle á Sicilia desde Caribdis, hasta que acababan por marearle. En lugar de pensar en la farmacopea entablaba diálogos con la imágen de su amada, y formaba planes y discursos para una declaracion formal. Luego, considerando cuán improbable era un tête á tête tan pronto como él deseaba, proyectaba estampar sus tiernos sentimientos en un papel, en forma de *diario*; mas esto no bastaba á sus afanes, porque el tal diario no tendria fin sino con sus tormentos. Lo que él necesitaba era que Elisa supiera pronto, muy pronto, toda la intensidad de sus dolores. Decidido, despues de rebuscar mucho, á lanzarse á la prensa y hacerla trompeta de sus quejidos, sentábase ante una mesa, metia los dedos de su siniestra mano entre sus blondos cabellos, cogia una pluma en la diestra, y despues de mirar al techo un largo rato en demanda de un poco de arte, porque la inspiracion le sobraba, escribia de corrido:

Á ELISA.

Soneto.

Pero aquí hacía punto y en vano contaba sílabas por los dedos; el infeliz era poeta por compromiso y nunca hallaba á mano un par de versos cuando los pedia para un remedio.

«Desgraciado aquel que en su vida no haya sido poeta una vez.»

Huyendo de este anatema francés, habíase acogido al

arte creyendo de buena fé que se hallaban á salvo de él los que sabian hacer una décima para una *plana de Navidad* ó una quintilla para una caja de fósforos.

Aburrido de mendigar endecasílabos y de luchar con las rigorosas leyes de la composicion, lanzábase á otra que se imaginaba más fácil; y de esta á la otra, y de la otra á aquella, y de aquella á la demás allá, recorria todos los géneros y formas de la poesía emborronando pliegos, sin conseguir en limpio una cuarteta. Entónces cogia las obras de tal ó cual autor, con el objeto de *tomar la embocadura,*«porque todo consiste, decia él, en empezar;» mas viendo que ni por esas daba lumbres su trastornada fantasía, decidíase á desfigurar algunas estrofas alusivas á su situacion, haciendo en ellas sustituciones como si se tratara de fórmulas algebráicas.—¡Qué feliz debe ser este poeta! esclamaba mientras le estaba mutilando de la manera más cruel. ¡Poderse espresar á la altura que uno concibe! ¡llevar en armoniosos conceptos al corazon de la que se ama todo el fuego que nos devora!—¡Yo, que tengo un volcan en el corazon!.... ¡Oh, si *ella* viera lo que sufro!

Y cansado al fin de remendar pensamientos y convencido de que no se le toma la embocadura á una estrofa con la facilidad que á un figle, acabó por echarse á la calle decidido á declararse de palabra donde y como quiera que tropezara con Elisa.

El primer encuentro fué en el teatro; pero sus amorosos brios quedaron estrellados en un capitan de coraceros que se hallaba interpuesto entre el pichon y la paloma.

El segundo tuvo lugar en un *omnibus*. La corriente eléctrica que se estableció por el contacto de sus piés, llegando bien pronto al corazon de Gustavo, se le declaró en la lengua. Sin reparar en los adláteres inclinóse hácia Elisa decidido á cantar de plano; pero un bache, un pícaro bache en que se

metió una de las ruedas hizo saltar como autómatas á los viajeros, convirtiendo la inspiracion del amante en un testarazo que redujo á polvo un retrato-alfiler que su amada llevaba al pecho. Pasado el primer momento de turbacion, quiso disculpar la avería cuando otro bache mas hondo aun que el primero le arrojó de coronilla sobre las narices de la mamá.

¿Habrá necesidad de decir lo que sufrió el mísero con estos contratiempos? Aquella misma noche se hubiera suicidado á no tener su declaracion en ciernes.

Repetidas veces volvió á *ponerse al habla* con ella en misa, en tiendas y en paseos. Palpitándole el corazon de tierno entusiasmo intentó decirla su devorante pasion; pero su lengua se enredaba, sus entorpecidos lábios no acertaban á formar una sílaba y el sentido discurso lleno de compuncion y de poético deliquio que siempre llevaba estudiado, *por si acaso*, evaporábase reasumido en lánguida mirada, ó, cuando mas, en trémulo suspiro. ¡Flaca naturaleza la del hombre! jamás las obras como los proyectos!

Cada ocasion perdida producia en Gustavo una inquietud febril, y como las ocasiones eran muchas, redújose á un estado más que lastimoso, sin tener otro consuelo que el de maldecir de su adverso sino que parecia complacerse sembrándole obstáculos por do quier. No podia comprender el pobre que el único obstáculo era su torpe indecision.

Huyó el sueño de su lecho y hasta la memoria le abandonó: sus recuerdos no alcanzaban más allá del dia en que conoció á Elisa. Su familia, lejos de inspirarle consuelo, le agoviaba con su presencia que le impedia entregarse de lleno al rigor de su pasion. Sus amigos, apoyando sus dislates, le deleitaban; pero era su mayor enemigo aquel que le argüia en contra.

—Sal de esa inquietud, declárate de una vez, le decian

los que, cansados de oir sus quejas, miraban por su tranquilidad.

—¡Declararme! esclamaba con abatimiento; ¡quién como el ciego amaria la luz! Mil veces lo he intentado... ¡y siempre obstáculos!... Si comprendiérais lo que sufro por *esa mujer* no dudariais de los esfuerzos que hago por desahogar mi pecho!... Ah!... Ohh!... Ufff!!

Aconsejáronle una vez que buscara una reunion á que *ella* asistiera, porque allí le sería muy fácil hablarla.

Tomado el consejo con calor, á los pocos dias halló lo que deseaba.

Para llevar adelante un proyecto, nadie como un niño mientras le dura el *antojo*

CAPITULO CUARTO.

De cómo, al fin, se decidió Gustavo.

Ya le tenemos metido de patitas en la sociedad.

Fija la vista en el norte de sus anhelos, sus primeros pasos entre el laberinto de intrigas, de chismes, de polkas y rigodones fueron de lo mas seguro y aplomado.

Todo cuanto le rodeaba le parecia muy pequeño junto á la idea que allí le conducia aquella noche; y sobre la turba de autómatas danzantes que se agitaba en su derredor, se destacaba la imágen de su Elisa como una flor pura en medio de la devastacion de un huracan.

Con inquieta avidez recorria su mirada todo el salon y al través de las revueltas parejas de baile registraba todos los rincones, creyendo hallarla en uno de ellos abstraida de todo lo mundanal y saboreando tiernos recuerdos, cuando sintió por la espalda un rudo choque que le hubo de arrojar contra la pared inmediata. Volvió la cabeza para enterarse de la

causa que le producia, y ¡oh defeccion! era Elisa que pasaba á su lado bailando una *redowa*. Elisa tan jóven, tan bella, tan *espiritual*, tan *inocente*, iba saltando á compás en brazos de un gallote muy barbado y sudaba como una rústica asturiana. Su hermoso rostro, tan diáfano y angelical de ordinario, descansaba entonces encendido y reluciente sobre el hombro derecho de su pareja, cuyas cerdosas patillas se confundian con las marchitas flores que adornaban los cabellos de oro, encanto del amartelado pollo; su boca entreabierta lanzaba abrasador aliento, y sus lábios secos y contraidos habian perdido su antigua y fresca humedad; su pecho fatigoso latia contra otro pecho, y los caidos párpados de sus ojos revelaban el cansancio y la fatiga: el espíritu, en fin, habia volado á otras regiones, y la materia vil y miserable quedaba nada más para tortura de Gustavo.—¡Oh, bellísimas lectoras, economizaos en la danza, que vuestras tiernas perfecciones se marchitan rodando por las alfombras! ¡No han nacido las flores para vivir entre fango!.

El enamorado imberbe perdió los estribos al contemplar tamaño espectáculo. Sabía, *de oidas*, que las mujeres...(Dios me perdone); pero, á la edad de Elisa, aún las creia á puño cerrado. Tal *precocidad* le estremecia: habíala cobrado de repente un miedo supersticioso, temia hablar de amor en aquella atmósfera de materialismo, pensaba—con razon—que se reirian de él. Entónces se decidió á marcharse de allí para no verla nunca; y en efecto, se quedó.... para echarla en cara su pérfida conducta, «y nada mas.»

Regla general: cuando un pollo espera la *última entrevista* «para *tronar*» con su novia, es que la adora más que nunca.

De ello debia estar Elisa muy convencida cuando, ya sentada y descansando, reíase como una loca con su pareja sin cuidarse al parecer de las amarguras que estaba pasando el pobre amante quien, en la imposibilidad de acercarse á ella

porque no estaba sola, andaba rondando por las inmediaciones royéndose los guantes por las puntas de los dedos. ¡Cuántas cosas le atormentaban!: un ódio mortal hácia todo prójimo que se reia á su lado, un afan insensato de tener patillas, un deseo furioso de superar en verbosidad y en donaire á esos hombres de mundo que parecen venidos á él para torturar pollos robándoles la atencion de sus ídolos, pistolas, floretes, venenos, cuerdas y puñales. Todo esto en revuelta confusion en su mente, ponia en efervescencia la sangre de sus venas y le hacia darse al diablo; y si á esto se añaden las miradas que Elisa le lanzaba de tiempo en tiempo, como alentando su vacilante fé, júzguese de la situacion de Gustavo.

Entre tanto el baile habia cesado y las parejas se refugiaban hácia los contornos del salon como la espuma en la arenosa playa despues que ha pasado la tormenta: Elisa habia quedado libre de su tenaz acompañante, cuyo puesto estaba desocupado. Gustavo lo observó y aun vacilaba, pero antes que otro le ocupase y luchando con el amor, los celos y el despecho, tres enemigos capaces de acabar con la raza humana si ellos se atrevieran con los hombres como con los pollos, avergonzado de su poca decision, cerró los ojos y cayó aturdido al lado de *ella*.... y aquí te quiero ver, escopeta. Despues que volvió en sí, comprendió la hondura en que se habia metido; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, compuso el nudo de la corbata, limpióse la frente con el pañuelo, arregló las tirillas, tosió unas cuantas veces, cruzó una pierna sobre la otra, guardó el pañuelo en un faldon del frac, llevó las manos á los sellos de su reló, alargó el pescuezo hácia Elisa, abrió la boca.... y no dijo más.

Ella que ya le habia comprendido, porque á las mujeres jamás se le ocultan los efectos que producen en los hombres, mientras jugueteaba *distraida* con el abanico le lanzó á que-

ma-ropa otra mirada de rabo de ojo; una mirada de las que no dan treguas de ninguna especie, una mirada de esas que si no se quebraran en la coraza de los veinticinco años, es decir, cuando el hombre, dueño de su caudal comienza á tener voluntad propia, harian abultar los *libros parroquiales* más que la biblioteca nacional,... ó de España una casa de locos.

—Esto es hecho, pensó Gustavo; esa mirada es de amor: mi declaracion no admite próroga... A la una... á las dos... ¡Y nada, ni una palabra! Torrentes de inspiracion afluyen á su mente; pero confusa y desordenada; no puede compaginar aquel discurso, causa de tantos desvelos, áncora de sus esperanzas. Gruesas gotas de sudor corren por su frente, y se revuelve en su asiento sin lograr una frase que no tenga más disparates que palabras.

Óyese en esto, al piano, un *notturno* de lo más lúgubremente sentimental: Gustavo se acoge á él como un náufrago á la barquilla que le envia la Providencia; y desde las primeras notas comienza á languidecer como una flor que se agosta.—Es fama que los pollos son extraordinariamente sensibles á la música, y así lloran con un *miserere* como bailan con un *fandango*.

Elisa, por su parte, tan *impresionable* como él, disminuye la rapidez de los movimientos de su abanico, inclina su hermosa cabeza sobre el hombro izquierdo, y por encima del derecho lanza otra mirada á su tierno amador....

Mas ya que los tenemos convenientemente colocados, y en obsequio de la brevedad, vamos á dialogar á uso de comedia, por si quiere utilizar el diálogo alguna otra pareja aficionada á representar *entremeses de amor*.

Él. (*Electrizado con la mirada de* ella *y haciendo el último esfuerzo.*) ¡No puedo más!!

Ella. (*Como que no lo ha entendido.*) ¿Decia Vd. algo, Gustavo?

Él. (*Medio desconcertado.*) Que... que... que si le gusta á Vd. la música.

Ella. (*Con intencion.*) Bastante (*Mirándole de ladito*), sobre todo en ciertas ocasiones...

Él. (*Con entusiasmo.*) Lo mismo que á mí!

Ella. ¿Tambien á Vd. le gusta?

Él. (*De lo mas hondo del pecho.*) ¡Ohhh! mucho!!....

Corta pausa. El *notturno* se oye *pianísimo*. *Ella* abandona el abanico y empieza á deshilachar los flecos de su manteleta.

Él. (*Temblándole la voz.*) ¡Qué divina armonía!

Ella. (*Flechándole otra mirada.*) ¿Prefiere Vd. la música triste?

Él. (*De lo mas compugido.*) Sí, señora, cuando lo estoy.

Ella. (*Obligándole.*) ¿Luego Vd. está triste?

Él. (*Entrando á la capa.*) Muy triste.

Ella. (*Con interés.*) ¿Padece Vd?

Él. (*Poniendo un hocico como una trompeta.*) ¡Mucho!

Ella. (*Quemada con el laconismo de* él.) ¿Pero de qué padece Vd?

Él. (*Con abatimiento.*) No lo sé.... ¡Como es tanto lo que sufro! Y luego... no tengo á quien consultar.

Ella. ¿No tiene Vd. amigos?

Él. (*Con amargura.*) ¡Amigos! ¡No me comprenden!

Ella. (*Con inqietud.*) Pues entonces....

Él. (*Con tristeza.*) Si Vd. quisiera aconsejarme....

Ella. Yo!... ¡Jesús! ¿De qué puedo yo servir?... Además, puede Vd. tener secretos que yo no deba....

Él. ¡Secretos yo para Vd.! ¿Qué mayor placer para un alma sensible que comunicarse con otra que tambien lo es?

Ella. (*Con afectacion.*) ¿Y cómo sabe Vd. que mi alma es sensible?

Él. Ese rostro no puede engañar.

Ella. (*Con coquetería.*) Es Vd. galante.... Pero vamos al caso (*arrimándose á* él.) ¿Qué es lo que Vd. padece? ¿Es que no tiene remedio conocido?

Él. (*Casi decidido.*) Sí que le tiene; pero....

Ella. ¿No le conoce Vd.?

Él. Sí, señora.

Ella. Pues entónces....

Él. (*Sublimándose.*) Tambien Tántalo veia el agua que podia apagar su sed.

Ella. (*Que sabe algo de Mitología.*) Pero Tántalo estaba condenado á ese castigo, mientras que Vd....

Él. (*Con desaliento.*) ¡Ay, Elisa! mi mal no se comprende bien á no sentirle.

Ella. (*Bajando la vista.*) ¿Y quién sabe.... si yo tambien padezco?

Él. (*Tragando el anzuelo.*) ¡Usted!

Ella. (*Afectando resentimiento.*) ¿No soy yo susceptible de sufrir como otro cualquiera?

Él. ¡Yo lo creo! (*Acordándose de la manera que bailaba.*) Pero Vd., metida en el gran mundo, halagada por todos, no tiene tiempo para sufrir.

Ella. (*Dándole un pase de muleta.*) ¿Y no es posible que una mujer busque muchas veces el ruido y la animacion para borrar el dolor que *otros* no quieren comprender?

Él. (*Que no ha visto que el* otros *es la espada que está oculta bajo la muleta.*) ¿Será verdad?.... (*Con humildad.*) Si yo, á mi vez, pudiera servir á Vd. de confidente....

Ella. ¿Le interesa á Vd. mi mal?

Él. Más que el mio.

Ella. (*Con dulce sonrisa.*) Pues bien, confiéme Vd. sus penas y yo le contaré las mias.

Intercale aquí el lector cuantas metáforas quiera, y tomemos el diálogo más adelante, cuando el *notturno* iba *crescendo.*

Ella. (*Rompiendo una varilla de su abanico.*) Pero ese amor *algo* le habrá inspirado.

Él. (*Con los ojos húmedos.*) Ciertamente; mas como para mí sería la muerte el perder con un triste desengaño una ilusion acariciada tanto tiempo, no me atrevo....

Ella. (*Recorriendo con las manos el perímetro de su pañuelo blanco.*) ¿Y por qué ese temor?

Él. (*Con amargura.*) ¡Como soy tan desgraciado, me temo lo peor!

Ella. (*Dando golpecitos con el pié en la alfombra y estirando el pañuelo.*) Habia Vd. prometido decírmelo todo; y sin embargo....

Él. (*Confuso.*) Es verdad. (*Decidiéndose.*) Pues bien, voy á franquearme: esa mujer que le ha inspirado (*cerrando los ojos*) es.... Vd., (*rectificando*) la conoce.

Ella. (*Dándole otro pase de muleta.*) ¿Cómo se llama?

Él. (*Temblando.*) E...lis...a...

Ella. (*Como con sorpresa.*) ¡Elisa! Es particular!

Él. (*Receloso.*) ¿Qué tiene de extraño?

Ella. (*Obligándole más.*) Que no tengo ninguna amiga de ese nombre.

Él. Yo creo que sí.... y está ahora muy cerca de mí, (*ella se tira á fondo con una mirada.*) ¡En fin, Vd. es! (*Quédase* él *en éxtasis, y* ella *hace como que se ruboriza mientras dice para sí:* «(*¡ buen trabajo me has costado!*)»

El *notturno* se oye *molto agitatto.*—Corta pausa.—Gustavo se hace exigente y quiere echar el resto.

Él. Ya sabe Vd. mi secreto; ahora, segun lo prometido, me toca á mí saber...

Ella. (*Interrumpiéndole con voz entrecortada.*) ¿El mio? ¿Para qué?

Él. (*Conmovido.*) Para... para mi gobierno.

Ella. (*Haciendo pucheritos.*) Creí que Vd. le habria adivinado!

Él. No sé cómo.

Ella. (*Por toda contestacion se sonrie como diciéndose:* «¡qué bruto eres!»

Él. (*Creyendo que es por otra cosa.*) ¡Oh! no me atormente Vd.! Por Dios, Elisa, ¿quién es *él?*

Ella. (*Bajando la vista.*) Vd. le conoce tambien como yo...

Él. (*Aparte.*) ¿Si seré? ¿si no seré? (*Alto.*) Pero déme usted el hilo por donde yo pueda...

Ella. (*No teniendo hilo le dá su mano, y hace como si fuera á llorar de rubor.*)

Él. (*Más nécio que nunca.*) Luego.... (*con entonacion dramática.*) ¡Elisa!!!

Ella. (*Con los ojos en blanco.*) ¡Gustavo!! (*Aparte, para su corsé.*) Y van *siete* declaraciones en esta semana. No me dirán que pierdo el tiempo.

El. (*Con fruicion.*) ¡No me engañaba el corazon!... ¡me amaba!

El Autor. ¡Fíense Vds. de *corazonadas*!

Aquí se bajará el telon, si el cura y el notario no aparecen en la escena... Pero esto no es posible, ahora que me acuerdo, porque donde falta el sentido comun y no tiene accion el código civil, empieza la Providencia Divina que vela por los inocentes.

LA COSTURERA.

(PINTADA POR SÍ MISMA.)

—Qué linda está Vd. hoy, Teresa!

—¡Vaya!

—Es la pura verdad. Ese pañuelito de crespon rojo junto á ese cuello tan blanco....

—¡Dale!....

—Ese pelo, tan negro como los ojos....

—¡Otra!

—Y luego una cinturita como la de Vd., entre los pliegues de una falda tan graciosa. ¡Vaya una indiana bonita!

—¡Jesús!

—Es que me gusta mucho el color de lila.... hace muy bien sobre un zapatito de charol tan mono como el de Vd... ¡Ay qué pié tan chiquitin!.... ¡Si le sacara Vd. un poco más!....

—¡Hija, qué hombre!

—Yo quisiera tener una fotografía de Vd. en esa postura; pero mirándome á mí.

—¡Vaya un gusto!

—Ya se vé que sí.

—Pues tambien yo tengo fotografía, sépalo Vd.

—¡Hola!

—Y hecha por *Pica-Groom.*

—¿En la postura que yo digo?

—Quiá, no señor. Estoy de baile: como iba el domingo cuando Vd. nos encontró junto á la fábrica del gas.

—Por cierto que no quiso Vd. mirarme. ¡Como iba Vd. tan entretenida!....

—¡Si éramos ocho ó nueve!

—¡Pero qué nueve, Teresa! Parecian Vds. un coro de Musas.

—Usté siempre poniendo motes á todo el mundo.

—Dios me libre de injuriar á nadie ahora.... Sino que entre aquellos árboles, y subiendo la cuesta... ni más ni menos que la del monte de Helicona.

—¿*Onde* está eso?

—¿Helicona?.... En cualquiera parte.... mas allá de Torrelavega. El que no me gustó fué aquel Apolo que las acompañaba á Vds.

—Si no se llama Polo.... es un chico del comercio.

—Lo supongo. Quiero decir que iba algo cursi. ¡Y Vds. iban tan vaporosas, tan bonitas!

—¡Otra! Si íbamos al baile de Miranda, como todos los domingos.

—Ya oí el organillo.

—Y aquel que nos acompañaba era uno de los que dan el baile.... Y como nos habia regalado billetes para todos los de verano en la huerta, y si á mano viene nos convida tambien á los de *ivierno*, de salon....

—Ya sé que son chicos muy galantes esos empresarios y sus amigos: ellos pagan para que Vds. bailen todo el año gratis.

—Cabal. Y tan buenas somos nosotras como las señoritas que hacen lo mismo.

—Ya se ve que sí.

—Me parece que *La Nata y Flor* y *El Órgano*, no tienen nada que envidiar á ningun baile.

—Sobre todo en caras bonitas y cuerpos de sal y pimienta.

—Es que, como Vd. decia....

—Lo que decia, ó iba á decir, es que el ir á un baile no es motivo para que Vd. deje de saludar en la calle.

—¡Jesus! ¿qué se diria?

—¿Cómo que «qué se diria?»

—Pues es claro.... ¡Tratarse usté con *costuderas*!

—Lo dice Vd. con un retintin....

—No por cierto, hijo; pero es la verdad.

—Pues no hay tal cosa. Yo saludo á todo el mundo en la calle, con muchísimo gusto.... y sobre todo á Vd.

—Muchas gracias; pero....

—¿Pero qué?....

—Que no le creo á usté, vamos; que usté es muy truan... y que no me fio de usté, en plata.

—¡Hola! ¿esas tenemos? ¿Y por qué me teme Vd.? de fijo que no será por seductor.

—No por cierto. Es que entre usté y otros como usté se cuenta lo que es y lo que no es.

—Me hace Vd. poco favor, Teresa.

—Lo siento, pero yo digo siempre la verdad. Cuando usté pasó el domingo junto á nosotras, íbamos hablando de eso una amiga y yo.

—¿La que iba á la derecha de Vd.?

—¿Por qué se fija usté en esa?

—Porque me hace mucha gracia: es una rubia saladísima.

—¿Le gusta á usté la *Bigornia?*

—¿Qué es eso de la bigornia?

—¡Otra! pues esa chica, que la llaman así.

—¿Y por qué la llaman así?

—Porque es hija de un calderero.

—¡Ave María Purísima!

—¿Y tampoco sabe usté cómo llaman á la que iba á mi izquierda?

—No, hija mia.

—Pues ¿en qué mundo vive usté, cristiano?

—Eso le probará á Vd. cuán injusta fué conmigo antes, al sospechar de mi sinceridad.

—Pero ¿quién no conoce aquí á la *Feisanuca?*

—Yo no la conozco por ese nombre.... ¿Y por qué se le han dado?

—Porque su madre vende alubias en la plaza.

—¡Qué atrocidad!

—¡Otra!... y al tenor de esos, todas tenemos mote.... ¿Pero ahora se desayuna usté?

—Le aseguro á Vd. que sí. ¿Y quién se entretiene en bautizarlas de ese modo?

—Pues en la *enseñanza*, cuando somos chiquillas.... ó en los bailes despues, nunca falta alguno que, por reirse un rato de nosotras, nos ponga un mote; y como lo malo corre mucho....

—¡Vaya una barbaridad! ¿Y Vds., entre sí, se llaman por esos nombres?

—¡Quiá!.... Pero lo sabemos; y como no la deshonran á una....

—Es claro.... Pero volvamos á la rubia.

—Parece que la tiene usté entre las cejas.

—Como me ha dicho Vd. que iban ocupándose de mí....

—¿Yo he dicho eso?

—Por lo menos una cosa muy parecida.

—Lo que yo dije es que íbamos hablando de lo mucho que se alaban algunos hombres de cosas que no les han pasado.

—Eso sí que no iría conmigo.

—No por cierto; pero iba con algunos que usté conoce muy bien.

—Podrá ser así.... ¿Y sabe Vd., Teresa, que de algun tiempo á esta parte anda muy entonada la rubia?

—¡Lo ve usté!

—Lo digo sin ánimo de injuriar á esa muchacha.

—Es que así se dicen todas las cosas, y luego... el diablo las enreda.... En cuanto una se pone un dia un poco vestida.... Hija, ¡qué lenguas!... Ya se ve, Vds. están acostumbrados á oir que una señora gasta el oro y el moro para salir á la calle medio decente; y como nosotras no tenemos rentas, en cuanto nos ven algo majas, es claro, en seguida que se lo regalan á una.... ¡como no regalen!.... Ni la rubia ni yo tenemos otras rentas que la peseta que ganamos á coser en las casas á donde nos llaman, y la jícara de chocolate por la mañana y por la tarde que nos dan además, como usté sabe. Pero conocemos nuestra obligacion, y con dos varas de tul y seis de percalina hacemos un traje que los que no lo entienden piensan que vale un dineral.... Lo mismo que lo que ahora llevo puesto.... pues cuatro veranos tiene, y Dios sabe los que tirará todavía si no se van del mundo el agua, el jabon y las planchas.... ¡Vaya!

—Si yo estoy en eso mismo, hija mia.

—Es claro, esa muchacha es de suyo vistosa y arrogante; despues tiene unas manos divinas para cortar y coser,

y hace un vestido de baile aunque sea de unas enaguas....

—Si no digo yo lo contrario....

—Y al verla en la calle compuesta, como ella tiene aquel semblante y aquel cuerpo.... ¡uf! lo que menos se figura la gente que lo ha ganado de mala manera. Pues mire usté, para que se vea lo que son las cosas, todavía, despues de vestirse con la peseta que gana la infeliz, le queda para que fume su padre.... ¡Pero ya se ve!... es una pobre costudera.... ¡y allá va eso! Pues si fuera yo á decir todo lo que sé.... ¡Cuántos vestidos de moaré se pasean por esas calles, que no se han pagado, y cuántos se han pagado sin el dinero del marido de las que los llevan.... Pero esas son *señoras* y tienen bula para todo!... Lo mismo que lo demás..... ¡Cuántos cuerpecitos que á Vds. les marean están hechos por estas manos.... Pero más vale callar.

—Es Vd. cruel, Teresa; si lo que he dicho de la rubia fué.... por decir algo. Desde hace dos ó tres dias, cuando pasa á las doce por la Plaza Vieja la veo más compuesta que de costumbre....

—Eso es decir que usté se pone allí para verla pasar todos los dias.

—No diré que por ella; pero por ella y por Vd. y por otras por el estilo, quizá, quizá.

—Y ¿qué saca usté de eso?

—Recrear la vista. ¡Como son Vds. tantas y tan bonitas!... Por cierto que me ha chocado ver cómo se las arreglan Vds. de manera que pasan siempre por la Plaza, sea cualquiera la procedencia que traigan.

—Pues eso quiere decir que por todas partes se va á Roma, y que cuando una deja la costura al medio dia, de la hora que le queda para comer aprovecha la mitad para ver gente y tomar un poco el aire.

—Y ¡qué bonita era aquella amiga que la detuvo á Vd.

esta mañana en la esquina del Puente; pero no es tan elegante como Vd.

—¿Una morena? Aquella no es amiga: es *costudera de sastre.*

—¡Ah! ya.... Como la ví hablar con Vd....

—Me estaba dando un recado. Y no es porque yo tenga á menos ser amiga de algunas de *esas*, sinó que como las que cosemos en blanco en las casas tenemos sociedad á parte.... Y no crea usté que nos faltaria motivo para darnos tono con ellas, porque ahí están las modistas que parece que nos honran cuando nos saludan en la calle.

—¡Vea Vd. qué demonio!

—Y ahora que me acuerdo, ¿qué le decia usté esta mañana á aquel otro señor de patillas, cuando nosotras pasábamos, que nos miraban tanto?

—¿Luego me vió Vd.?

—Yo veo todo lo que quiero.

—¡Ah, pícara! me servirá de gobierno. Pues decia á mi amigo que estaban Vds. mucho mas bonitas cuando salian á la calle en pelo, tan primorosamente peinadas, y con aquellos pañuelitos al cuello, como el que Vd. tiene puesto ahora, que con la mantilla y el chal que les comen lo mejor de la figura.

—¡Otra!.... ¡mira qué reparon!

—Ya se vé que sí.

—Pues no llevan todas mantilla.

—Y Vd. es una de esas escepciones; y para que nunca caiga en el pecado de ponérsela se lo advierto.

—¿Y qué habria en ello de malo?

—Que con la mantilla dejaria Vd. de ser un tipo lindísimo y de pura raza santanderina, para confundirse con la vulgaridad de las señoritas mas ó menos cursis.

—Yo tengo amigas que llevan el velo muy bien.

—Es que el velo no le va bien á nadie, porque sin cubrir una cabellera fea, oscurece una bonita; porque exige un chal que les oculta las formas....

—¡Qué enterado está usté de esas cosas, ave María!

—Soy artista, Teresa.

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—¡Friolera! Estudio la belleza donde quiera que la encuentro.

—Lo que usté estudia son picardías.

—Eso no es exacto, ni siquiera una razon en favor de los velos.

—Si á mí no me gustan tampoco; pero la moda.... ¿Qué está usté mirando con tanto empeño por las vidrieras hace media hora?

—¿Por qué se ha puesto Vd. colorada?

—¿Yo? ¡Jesús!.... Puede que sea usté capaz de creer que es por ese chico que está en el portal de enfrente.

—Eso se llama curarse en sana salud.

—Es que pudiera usté creer cualquiera otra cosa; y como es un chico que me carga.... Y eso que es muy buen mozo.

—Vd. no me dice la verdad.... Yo conozco bien á ese chico y sé que no la esperaria á Vd. todos los dias á estas horas si no tuviera grandes esperanzas por lo menos....

—¿Habrá sido capaz, el muy tunante, de decirle á usté lo que no es?

—Mi palabra de honor que no he hablado con él de este asunto.

—Es que como se ha visto tanto de eso.... Pues mire usté, porque no se crea otra cosa, ese chico no deja de gustarme; pero está perdiendo el tiempo.

—No comprendo....

—Hace un año que bailó conmigo en la *Nata y Flor*. Desde entonces, yo no sé como él averigua en dónde coso; lo cier-

to es que todas las tardes me le encuentro, como ahora, al dejar la labor... sobretodo en ivierno que salimos de noche... y esto es precisamente lo que me carga.

—¿El que la acompañe á Vd. de noche?

—No, señor: el que tenga á menos acompañarme de dia.

—Entonces ¿qué hace ahí enfrente?

—Esperarme; pero al llegar conmigo á la esquina, me dá una disculpa cualquiera y se larga.... Y cuando coso en el Muelle, ó en alguna calle del centro, me espera en el mismo portal: allí estamos un rato hablando, y luego.... cada uno por su lado. Como usté comprenderá, esto no halaga nada á una mujer.... Por eso me gustan más los de mi *parigual.*

—¿Y quiénes son esos?

—Pues los chicos del comercio. Con estos se entiende una bien; y si mañana ú otro dia.... vamos... ¿está usté? Quiere decirse que allá nos andamos, y de pobre á pobre vá.... Pero de estos señoritos entran pocos en libra.... ¡Y, ay de la infeliz á quien le toca uno!.... ¡qué belenes, hija! primero con él, y despues con su familia que la persigue á una como si una le hubiera ido á buscar.... vea usté... Y es claro, ellos empiezan por pasar el tiempo, y como suele suceder que una es tonta y se los cree, á lo mejor se encuentra con que no puede arrepentirse ya.... Por eso le digo á usté que ese chico pierde el tiempo.

—Yo creo ahora todo lo contrario; porque acababa usted de decirme que á veces se los cree á pesar de todo.

—Es que yo he escarmentado en cabeza agena.... Mire usté que tengo una amiga ¡ay, la infeliz, las lágrimas que ella ha llorado, las palizas que la ha dado su padre y la estimacion que ha perdido por un pícaro de esos que la engañó!... No, hijo, no: pobre nací y no quiero ser señora á costa de tantos trabajos.

—Muy bien pensado. Pero, entretanto, Vd. no despide á su adorador.

—Hasta ahora no me compromete; quiere decirse que el dia en que esto vaya á suceder ya será distinto.

— ¡Ya!

—Y eso que nosotras nos hemos propuesto no hacer caso de ningun *aristócrata*; pero vienen los bailes, y, como usté sabe, van á ellos.... porque lo que es en este particular, en nuestros bailes están todos los hombres que van á los de las señoras... y muchos mas. Pues señor, la bailan á una, la hablan tan finos.... y una ¿qué ha de hacer? Pues es claro.

—Total, que el mocito que está en el portal de enfrente no perderá el tiempo.

—Parece que va usté á medias con él.

—Ojalá, Teresita.... Aunque en semejante negocio me sería muy difícil dar participacion á nadie.

—¿Por qué?

—Por que es Vd. demasiado bonita.

—¿Me vá usté á hacer el amor?

—Como Vd. me corresponda, sí.

—¿Y si se lo digo á la rubia?

—No tengo el gusto de conocerla más que de vista.

—De todos modos no me gusta Vd.

—Gracias por la franqueza.

—Tiene usté mala opinion de las mujeres.

—Si todas me tratan como Vd. no me faltan motivos.

—Ya me hizo usté romper una aguja....

—No importa, yo la regalaré á Vd. un paquete.

—Es que á este paso no acabo la camisa en ocho dias.

—Mejor; así la veré á Vd. más veces.

—Y le saldrá á usté muy cara la obra.

—A ese precio vaya Vd. haciéndome camisas.

—Pues ya que no regatea usté el tiempo, voy á robarle hoy un cuarto de hora.

—¿Para charlar?.... aunque sea medio dia.

—No, señor, para ir á una tienda que está junto á la calle Alta á comprar.... cuatro cuartos de *orejones* que me gustan mucho.

—(¡Llévete el mismo satanás, grosera!)

—Como los trae de Castilla por mayor la tendera, que es amiga mia, dá muchos más por cuatro cuartos que en las otras tiendas.... ¿No le gustan á usté?

—¡No!

—Jesús, pues vaya una rareza.... ¡Hágame el favor de dar esa tira que está debajo de usté para amarrar la labor.... Muchas gracias.... ¡Pero qué mala cara se le ha puesto á usté de repente!

—Es que.... tengo un flemon.

—¿Y no le dolia á usté antes?

—No tanto como ahora.

—Pues *chumpe* usté un higo paso, que es muy bueno para los flemones.

—Muchas gracias.

—Conque hasta mañana, que voy *á* por los orejones.

—¡Vaya Vd. con Dios!

Escribir un libro de costumbres montañesas y no dedicar algunas páginas á la *costurera*, sería quitar á Santander uno de los rasgos más característicos de su fisonomía. Tan notorio, tan visible es entre su poblacion este *ramo*, que el bello sexo de ella puede, hechas las esclusiones de *rigor*, dividirse por partes iguales en mujeres-costureras y mujeres que no lo son. Hablar de las costumbres de las primeras tiene tres

perendengues para un hombre que, como yo, no las conoce bien, porque equivocarse en el menor de los detalles tendria tres bemoles. En plata, lector; la costurera me infunde cierto respetillo, y no quiero echar á mi conciencia la responsabilidad de hacer un retrato.

Y supuesto que el estilo es el hombre, y por ende la mujer, entérate del diálogo anterior, que es histórico, ve lo que de él puedes sacar, y allá te las arregles despues, si Teresilla se cree agraviada, en lo que no sería justa, con tus deducciones. Por mi parte estoy al cubierto de sus iras con decirla en un lance apurado:

—*Tu es auctor.*

LA NOCHE DE NAVIDAD.

I.

Está apagando el sol el último de sus resplandores y corre un *gris* de todos los demonios. La campiña toda presenta un aspecto como si la naturaleza tiritase de frio; las chimeneas de la barriada lanzan á borbotones el humo que se lleva rápido el helado norte, dejando en cambio algunos copos de nieve. Pia sobresaltada la miruella, guareciéndose en el desnudo bardal, ó cita cariñosa á su pareja desde la copa de un manzano; óyese, triste y monótono, de vez en cuando el ¡*tuba*! ¡*tuba*! del labrador que llama su ganado; tal ó cual sonido de almadreñas sobre los morrillos de una calleja.... y paren ustedes de escuchar, porque ningun otro ruido indica que vive aquella mustia y pálida naturaleza.

En el ancho soportal de una de las casas que adornan este lóbrego paisaje, y sobre una pila de junco seco, están dos chicuelos tumbados panza abajo y mirándose cara á cara, apoyadas estas en las respectivas manos de cada uno.

Han pasado la tarde retozando sobre el mullido lugar en que descansan ahora, y por eso, aunque mal vestidos, les basta para vencer el frio que apenas sienten, soplarse las uñas de vez en cuando.

De los dos granujas el uno es de la casa y el otro de la inmediata.

De repente esclama el primero, en la misma postura y dándose con los talones desnudos en las asentaderas:

—Yo voy á comer *torrejas*.... ¡anda!

—Y yo *tamien*, contesta el otro con idéntica mímica.

—Pero las mias tendrán miel.

—Y las mias *azúcara*, que es mejor.

—Pus en mi casa hay guisao de carne y pan de trigo pa con ello....

—Y mi padre *trijo* ayer dos basallones; ¡mas grandes!

—Mi madre está en la villa *ascar* manteca, pan de álaga y azúcara.... y mi padre *trejo* esta meodia dos *jarraos* de vino blanco ¡mas güeno! Y toos los güebos de la semana están guardaos pa hoy.... ma é quince, así de gordos.... Ello, vamos á gastar en esta noche güena veintisiete rialis que están *agorraos*.

—¡Mia que cencia! Mi padre trejo de porte cuatro duros y dimpues dos pesetas, y too lo vamos á escachizar esta noche.... ¿Me guardas una tejá de guisao y te doy un piazo de basallon?

—¡No te untes!.... Y tú no tienes un hermano estudiante que venga esta tarde de vacantes, y yo sí.

—Pero tengo un novillo muy majo y una vaca *geda* que dá seis cuartillos de leche.... ¡Tenemos pa esta noche mas de ello!

—¡Ay Dios! ¿Quies ver ahora mesmo dos pucheraos de leche? Verás, verás....

Y salta el granuja, y en pos de él el otro, desde la pila al

portal, y llegan á la cocina mirando con cautela en derredor por si el tio Geromo, padre del primero, anda por las inmediaciones.

Como ya va anocheciendo, el chicuelo de la casa toma un tizon del hogar, sopla en él varias veces, y al resplandor de la vacilante llama que produce se acercan á un arcon ahumado que está bajo el más ahumado vasar, alzan la tapadera y aparecen en el fondo, entre montones de harina, salvado y medio pernil de tocino, dos pucheros grandes llenos de leche.

El de la casa mira á su amigo con cierto aire de triunfo, y entrambos se fijan *incontinenti* en los pucheros, y entrambos alargan la diestra hácia ellos, y entrambos remojan el índice en la leche, aunque en distinto cacharro.

Con igual uniformidad de movimientos retiran los brazos del arcon, miránse cara á cara, y se chupan los respectivos dedos.

—Güena está la leche, dice el de casa.

—Mejor está la nata, repone su camarada.

—¿Te la comiste?

—¡Corcia!.... ¡toa la apandé con el deo!

En aquel instante recuerda con susto el primero que su padre arma el gran escándalo cada vez que falta la nata á su racion diaria de leche, y que sus costillas conservan más de un acta de tan borrascosos sucesos, impresa por los dedos paternales. Por eso temiendo una nueva felpa, y para manifestar su inocencia, echa el tizon al fuego y las dos manos á la calzonada de su amigo, y comienza á gritar con el mayor desconsuelo:

—¡Padre! ¡padre!

Pero el granuja prisionero que ya se dá por muerto, tira uno de retortijon á cada mano de su carcelero, y toma pipa por el corral á fuera relamiéndose de gusto.

Tio Geromo, que en la socarreña de detrás de la casa encambaba un rodal, acude á los gritos, y creyendo una patraña lo del robo de la nata, convéncese de que su hijo se la ha chupado, y le arrima candela entre las nalgas y un par de soplamocos que hacen al chicuelo sorberse los propios, y no de gusto.

Grita el rapaz y amenaza el padre, y entre los gritos y las amenazas destácase desde el portal la voz de la tia Simona.

—¡Ah, malañu pa vusotros nunca ni nó!.... ¡Que siempre vos he de alcontrar asina!

—¡Ay, madruca de mi alma! esclama el muchacho corriendo á agarrarse del refajo de la buena mujer.

—¿Por qué lloras, hijo? ¿Quién te ha pegao?

—Mnjuééé.... Me pegó.... jun.... ú.... ú.... padreeéé!!

—Y todavía has de llevar mas, murmura este retirándose á la cuadra á arreglar el ganado; yo te enseñaré á golosear la nata.

—Yo no la comí ¡ea! que la comió Toñu el de la Zancuda.... júmmaaá!....

—Y pué que sea verdá, angelucu; que ese es un *lambiston* que se pierde de vista.... Vamos, toma unas castañas y no llores mas.... Tu padre tamien tiene la mano bien ligera.... ¿Ha venio el estudiante?

—No, siñora....

—Dios quiera que no me lo coma un lobo en dé qué calleja.... ¡Y dónde está tu hermana?

—Fué á la juenti.

—A esa pingonaza la voy yo á andar con las costillas. No, pues, no me gusta á mí que á estas horas se me ande á la *temperie* de Dios, que ese hijo condenao de la Lambiona tiene un *aquel*.... que malañu pá él nunca ni nó.

Y murmurando así la tia Simona, deja las almadreñas á la puerta del estragal, cuelga la saya de bayeta con que se

cubria los hombros del mango de un arado que asoma por una viga del piso del desván, entra en la cocina, siempre seguida del chico, con la cesta que traia tapada con la saya, déjala junto al hogar, añade á la lumbre algunos escajos, enciende el candil y va sacando de la cesta morcilla y media de manteca, un puchero con miel de abejas y dos cuartos de canela, todo lo cual coloca sobre el *poyo* y al alcance de su mano para dar principio á la preparacion de la cena de Navidad, operacion en que la ayuda bien pronto su hija que entra con dos *escalas* de agua y protestando que no ha hablao con alma nacía y que lo jura por aquellas que son cruces.... y que mal rayo la parta si junta boca con mentira.

Poco despues viene el tio Geromo que toma asiento cerca del hogar para auxiliar á la familia en la operacion, pues la gente de campo de este país, sóbria por necesidad y por hábito, goza tanto con el espectáculo de la cena de Navidad como saboreándola con el paladar.

El chirrido de la manteca en la sarten, el cortar las *torrejas*, el quebrar los huevos, el batirlos, el remojar en ellos el pan, el derramar el azúcar sobre las torrejas que salen calentitas de la sarten, el verter la leche ó la miel sobre ellas, etc., etc., y el considerar que todo ello, mas el jarro de vino que está guardado como una reliquia, ha de ser víctima antes de pocos momentos de los pobres labriegos que lo contemplan, les produce unas emociones tan gratas que.... en fin, no hay mas que ver los semblantes de la familia del tio Geromo, olvidado ya el suceso de la nata.

¡Qué espansion! ¡qué felicidad se refleja en ellos! La tia Simona, con el mango de la sarten en una mano y con una cuchara de palo en la otra, y *acurrucada* en el santo suelo, se cree más alta que el emperador de la China, y en más difícil é importante cargo que el de un embajador de

paz entre dos grandes pueblos que se están rompiendo el alma.

¡Lástima que no haya llegado el estudiante para solemnizar debidamente toda la noche-buena!

Porque esta tiene en la aldea varias peripecias.

Despues del placer de preparar la cena, y del de tragarla, falta el de la llegada de los *marzantes*, por los cuales ha preguntado ya muchas veces el vapuleado chicuelo, á quien, la verdad sea dicha, preocupan todavía más que la tardanza de su hermano. Y es porque el infeliz no los ha oido nunca, ni en la noche-buena, ni en la de año nuevo, ni en la de los Santos Reyes, pues se ha dormido siempre antes que lleguen al portal; así es que cree en los marzantes como en el otro mundo, por lo que le cuentan.

II.

No vaya á creerse que el tio Geromo, porque tiene un hijo estudiante, es hombre rico, tomada la palabra en absoluto; el marido de la tia Simona tiene, para un labrador, *un pasar*, como ellos dicen. Pero en la familia hay una capellanía qne ningun varon ha querido, y el tio Geromo sacrificó de buena gana algunas haciendas para *costear* la carrera á su hijo mayor y asegurarle la pitanza, ordenándole á título de la capellanía. Eso sí, y bien claro se lo solfeó á su hijo: —«Si llegas á gastar los cuartos que me valieron las tierras sin cantar misa, Dios te la depare buena, porque lo que es yo te abro en canal.»

Contribuyó mucho á que el hijo de Geromo entrara en el seminario el consejo de su vecino, el mayorazgo de la Casona. Este sugeto habia estudiado un poco de latin en sus mocedades, y era tan pedante que solo por echársela de maestro con el pipiolo, insistió con su padre un dia y otro dia hasta

que logró convencerle de la necesidad de que su hijo aprendiera *latinidad.*—Y tan obcecado es el tal mayorazgo en su saber, y tal es su pedantería, que, ingresado ya el primogénito del tio Geromo en el seminario, varias veces ha querido renunciar á las vacaciones por no hallarse cara á cara con el vecino que le asedia con latinajos *arrevesaos*, como dice el estudiante.

Huyendo, pues, de encontrarle en alguna calleja ó sentado en el banco del portal de su casa, como suele estar todos los dias, el seminarista ha salido tarde de su celda con el objeto de entrar de noche en el pueblo; y esto es lo que esplica su tardanza, que ya va metiendo en cuidado á la tia Simona.

Pero lo que esta no sabía, ni sospechar pudo el mismo estudiante, era que, habiéndose este sentido con sed y decidídose á echar *media* en sangría en la taberna del lugar, que halló al paso, huyendo de la máxima de su padre, de que «el agua cria ranas,» lo primero que tropezó antes que al tabernero fué al mayorazgo que, al guiparle, le enjaretó un «*Amice ¿quo modo vales?* que quitó al estudiante hasta la sed.

—¡Cóncholes con el hombre! murmuró el interpelado, recogiendo otra vez el lio de ropa, ó sea el balandran y dos camisas súcias, que habia puesto sobre un banco al entrar en la taberna.

—*Unde venis? Quorsum tendis?*

—Geringa, digo yo: que traigo andadas cuatro leguas á pié, y no estoy pa solfeos de esa clase. Queden Vds. con Dios.

—Aguárdate, hombre; ¡que siempre has de ser arisco!

—Y usté preguntón. Y es que el mejor dia le echo una *zurriascá* de latin que no se la sacude en todo el año.... Porque yo tambien.... Pues si le entro á teología veremos onde usté se me queda.

—*Parce miqui, incipiens sa-cerdo.*

—Cuidao con la lengua, digo yo, que aunque parece que no entiendo, yo sé traducir...¡¡Y si se me hincha la paciencia!!...

—Eres un pobre hombre y no tienes nada del *virum fortem*.... No corras tanto, caramba; tras de que deseo acompañarte hasta tu casa...

De poco sirvió al mayorazgo esta reprension. El seminarista apretó el paso, y renegando de su mala estrella, dejó á medio camino al importuno y no paró hasta la cocina de su padre, donde se presenta con el humor más perro del mundo.

—¡Cóncholes, qué hombre! esclama por todo saludo al hallarse entre la familia.

—Pero ¿qué te pasa? dice el padre.

—¡Qué me ha de pasar! Ese *fantasioso* de mayorazgo.... siempre con su latin.

—¿Y qué cuidao te da tí? ¿No has estudiao tres años ya? ¿Por qué no le contestas?

—Porque no soy tan jaque como él.... Y luego él ha estudiado por otro arte. El mio no trae todas esas andróminas que él sabe.... ¡Cóncholes, como quisiera entrarme á *piscología*.... ¡sé más de ello!

—¿Y cuándo cantas misa? añade la tia Simona cayéndosele la baba, y mientras miran de hito en hito al estudiante sus dos hermanos. Mira que el lugar está perdío. El señor cura es tan viejo....

—Y que no sabe una palabra, madre. ¡Si fuéramos nusotros! ¡Cóncholes, cuánto aprendemos! Verán qué sermones echo los dias señalaos....

III.

Como quiera que no sea el objeto principal de este artícu-

lo retratar al hijo mayor del tio Geromo, hacemos caso omiso de todo el diálogo promovido con su despecho por lo del mayorazgo, y vamos á seguir con nuestro asunto comenzado, asistiendo á la cena de esta honrada familia en la noche de Navidad.

Despues que el estudiante retira del fuego el puchero del guisado para que el calor de la lumbre le seque á él el lodo de los pantalones, y cuando su hermana ha recogido con gran esmero el baladran y las camisas, toma aquel el jarro de la leche, ya que el papel del azúcar le tiene su padre, y se dispone á auxiliar á su madre y á su hermana en la preparacion de las tostadas, amenizando el trabajo con el relato de sus proezas y aventuras de estudiante.

Despues que cada manjar «le puede comer un ángel,» de bien sazonado que está, como dice la tia Simona, y todos ellos quedan cuidadosamente arrimados á la lumbre para que se conserven en buena temperatura, procédese á otra operacion no menos solemne que la cena misma: á poner la mesa *perezosa*.

Esta mesa se reduce á un tablero rectangular sujeto á una pared de la cocina por un eje colocado en uno de los extremos; el opuesto se asegura á la misma pared por medio de una tarabilla. Suelta esta, baja la mesa, como el rastrillo de una fortaleza, y se fija en la posicion horizontal por medio de un pié, ó *tente-mozo*, que pende del mismo tablero.

La perezosa no se usa en las aldeas sinó en el dia del santo patrono, en la noche de Navidad, en la de año nuevo y en la de Reyes, ó cuando en la casa hay boda.

Por eso no debemos extrañarnos del estrépito que se arma en la cocina del tio Geromo al hacerse esta operacion.—«Que no te se caíga.»—«Ayúdeme por esta banda.»—«Quita ese banco.»—*Apaña* esa *cuchare.*»—«Allá vá.»—Que está torcía....»—Calza de allá.»—«Fuera esa pata!» etc. etc... poco

menos alboroto y precauciones que si se botara al agua un navío de tres puentes.

Puesta la mesa y sobre ella los manjares, y echada la bendicion por el estudiante, dejaremos á la familia cenar con toda libertad: es operacion, salvas algunas leves diferencias de forma en los cubiertos, y de fuerza de masticacion, que todos hacemos lo mismo. Además nuestra presencia tal vez impidiera al buen Geromo sorber el caldo que queda en la cazuela del guisado, y á su mujer pasar el dedo por la tartera de las tostadas para rebañar bien el azúcar, y al seminarista apurar «hasta verte, Jesús mio,» el vaso de vino blanco.

Volvamos á la misma cocina una hora más tarde.

Todos están más locuaces que antes, y hasta el viejo labrador ha desarrugado su habitual entrecejo. El granuja ronca tendido sobre un banco y el estudiante habla en latin y asegura que si entonces pillara al mayorazgo ¡ira de Dios!... La tia Simona canturrea por lo bajo:

«Esta noche es Noche buena
y mañana Navidad,
está la vírgen de parto
y á las doce parirá.»

Su hija se dispone á hacerle el duo, cuando se oye en el corral un coro de relinchos y un ruido sobre los morrillos, como si avanzaran veinte caballos.

—¡Ahí están los ladrones! diria en tal caso un ciudadano alarmado.

Pues no, señor: son los *marzantes*; es decir, dos docenas de mocetones del lugar que andan recorriéndole de casa en casa. El ruido sobre los morrillos y los relinchos los producen las almadreñas, y los pulmones de los mozos.

Este acontecimiento hace en los personajes de la cocina un efecto agradabilísimo; callan todos como estátuas y se disponen á escuchar.

—Vaya, *señor don* Geromo, dice una voz en falsete para disfrazar la verdadera, desde el portal: á ver esas costillas que se están curando en el *varal;* esos ricos huevos de la gallina pinta que cacareaba en el corral «por, por, por, poner, por ¡poner!!».... ¡Qué sí!.... ¡Vaya qué sí!....

El coro contesta con relinchos á esta primera tirada de *algarabía,* que así se llama técnicamente la introduccion de los marzantes, y vuelve á continuar la voz pidiendo «morcillas en blanco, ó aunque sea en negro» y otras cosas por el estilo, hasta que, concluye diciendo la voz: —«¡Qué quiere Vd., que cantemos ó que recemos?»

—Que recen, dice Geromo.

—Que canten, cóncholes, replica el estudiante, que á mí me gustan mucho las marzas.... ¡Ea, á cantar! añade en seguida abriendo una rendijilla nada más de la ventana.

Esta órden es acogida afuera con otro coro de relinchos, y enseguida comienzan á cantar los marzantes, en un tono triste y siempre igual, un larguísimo romance que empieza:

En Belen está la Vírgen
que en un pesebre parió;
parió un niño como un oro
relumbrante como un sol....

y concluye con estas palabras:

«A los de esta casa
Dios les dé victoria,
en la tierra gracia
y en el cielo gloria.»

Esta copleja tiene esta otra variante que los marzantes suelen usar cuando no se les dá nada, ó cuando se los engaña con morcillas llenas de ceniza:

«A los de esta casa
solo les deseo
que sarna perruna
les cubra los huesos.»

Los pesados lances á que esta jaculatoria suele dar lugar, y los nada ligeros que se suscitan siempre al fin de la velada cuando van los mozos *á comer las marzas* á la taberna, ya encontrándose con los marzantes de otro barrio, ó ya faltando al respeto á algun vecino, es lo que sin duda dá orígen á que disfrace la voz el que pide y á que guarden asimismo el incógnito todos sus compañeros.

Pero en casa de Geromo no se engaña á nadie, y la tia Simona alarga media morcilla de manteca á los marzantes; y estos, despues de echar la primera copla, se marchan relinchando de placer.

La familia tira los últimos golpes á la cena, agótanse los jarros del vino, y el chicuelo despierta preguntando por los marzantes.—Cuando sabe que se han marchado, alborota la cocina á berridos, dále su padre un par de guantadas, interpónense el seminarista y su madre, apágase la lumbre, vacila la luz del candil, dormita la moza, maya perezoso el gato, caésele la pipa más de una vez de la boca al tio Geromo, habla torpe sobre los fenómenos de la luz el seminarista, y cuando los relinchos de los marzantes se escuchan lejanos hácia el fin de la barriada, desfila á paso tardo y vacilante la familia del tio Geromo á buscar en el reposo del lecho el fin de tan risueña y placentera jornada.

La tia Simona sale la última; y mientras se lamenta de

haber dejado de rezar el rosario por causa del jaleo y jura que al dia siguiente ha de rezar dos, guarda en el arcon que ya conocemos los despojos del pan, del azúcar y de la manteca para que en el primer dia de pascua pueda la familia, *manipulándólo* bien, recordar, con algo más que la memoria, la noche de Navidad.

LA LEVA.

I.

Enfrente de la habitacion en que escribo estas líneas hay un casucho de miserable aspecto. Este casucho tiene tres pisos. El primero se adivina por tres angostísimas ventanas abiertas á la calle. Nunca he podido conocer los séres que viven en él El segundo tiene un desmantelado balcon, que se extiende por todo el ancho de la fachada. El tercero le componen dos bohardillones, independientes entre sí. En el de mi derecha vive, digo mal, vivia, hace dos dias, un matrimonio, jóven aun, con algunos hijos de corta edad. El marido era bizco, de escasa talla, cetrino, de ruda y alborotada cabellera; gastaba ordinariamente una elástica verde remendada, y unos pantalones pardos, rígidos, indomables ya por los remiendos y la mugre. Llamábanle de mote el *Tuerto*. La mujer no es bizca como su marido, ni morena, pero tiene los cabellos tan cerdosos como él, y una rubicundez en la cara, entre bermellon y chocolate, que no hay quien la resista. Gasta saya de bayeta anaranjada, jubon de esta-

meña parda, y pañuelo blanco á la cabeza. Los chiquillos no tienen fisonomía propia, pues como no se la lavan, segun es el tizne con que primero se ensucian así es la cara con que yo los veo. En cuanto á traje, tampoco se le conozco determinado, pues, en verano, ó andan en cueros vivos, ó se disputan una desgarrada camisa que á cada hora cambia de poseedor. En invierno se las arreglan de un modo análogo con las ropas de desperdicio del padre, con un refajo de la madre, ó con la manta de la cama.

El Tuerto era pescador, su mujer es sardinera, y los niños viven.... de milagro.

En la otra bohardilla habita sólo, como un roble viejo, otro marinero, sesenton, de complexion hercúlea, y un tanto encorvado por los años y las borrascas del mar. Usa un gorro colorado en la cabeza, y un vestido casi igual al de su vecino el Tuerto. Tiene las greñas, las patillas y las cejas canas. No sé de cierto cómo tiene la cara, porque es hombre que la dá raras veces, y no he podido vérsela á mi gusto. Se llama, de nombre, tio Miguel; pero responde á todo el mundo por el mote de *Tremontorio*, corruptela de *promontorio*, mote que le dieron en su juventud por su gigantea corpulencia y por su vigor para tirar del remo contra corrientes y celliscas. A la edad que cuenta lleva hechas dos campañas *de rey*; es decir, le ha tocado la suerte de ir á servir á barco de guerra dos veces, á cuatro años cada una. La última campaña la hizo en la *Ferrolana*, y con esta fragata dió la vuelta al mundo, con cuyo viaje acabó de conquistar el prestigio que le iban dando entre sus compañeros sus muchos conocimientos como marinero, su valor, su buen corazon.... y sus férreos puños. Se conserva soltero, porque entre su lancha, sus campañas y sus redes, que teje con mucho primor, nunca le quedó un cuarto de hora libre para buscar una compañera.

Por último, en el cuarto segundo habita un matrimonio contemporáneo del tio Miguel, y si nó tan robustos como este, los dos cónyujes están aún más desaliñados que él, y tan canos, tan curtidos y arrugados. De este matrimonio nació el Tuerto de la bohardilla, quien al lado de su padre aprendió á tirar del remo, á aparejar sereña, á ser, en fin, un buen pescador.—El padre del Tuerto, tio *Bolina* llamado porque siempre al andar se ladeó de la derecha, sigue, á pesar de sus años, bregando con la mar, como el tio Tremontorio; y no por aficion á ella, como diria muy sério un poeta del riñon de Castilla ó de la Mancha, acostumbrado á mandar las maniobras y á conjurar tormentas desde un escenario, ó en el estanque del Retiro, sinó porque viven de lo que pescan, y sólo pescan para vivir exponiendo la vida cien veces al año en el indómito mar de Cantabria, sobre una frágil lancha.

Dados estos detalles, debo decir al lector, por si se ha sorprendido al verme tan enterado de ellos, que ni yo los he buscado ni los personajes descritos han venido á traérmelos: ellos, solitos, se han colado por la puerta de mi balcon de la manera más sencilla.

La aludida casa está separada de la en que escribo por la calle que no es muy ancha; y mis vecinos, lo mismo en invierno que en verano, saldan todas sus cuentas y ventilan los asuntos más graves de balcon á balcon.

Por ejemplo:

Se acerca un dia la hora de comer. En la bohardilla del Tuerto se oyen gritos y porrazos de su mujer, y lloros y disculpas de los chiquillos que los sufren.

No se ve la escena porque lo impide el humo de la cocina que sale á borbotones por el balconcillo, conductor único que para él hay en la casa.

La mujer del tio Bolina está clavando unas *rabas* de pulpo

en la pared de su balcon, para que se oreen. Su nuera aparece en el suyo, más desaliñada que nunca, con la cara roja como un pimiento seco, y con la crin suelta, en medio de una espesísima nube de humo, ¡aparicion verdaderamente infernal! saca medio cuerpo fuera del balconcillo y con voz ronca y destemplada grita, mirando al piso segundo:

—¡Tia!...

Debo advertir que este es el tratamiento que se dá entre la gente del pueblo de este país, por los yernos y nueras á las suegras.

La vieja del segundo piso, sin dejar de clavar las rabas, al conocer la voz de su nuera contesta de muy mala gana.

—¿Qué te se pudre?

—¿Tiene un grano de sal para freir unas *bogas*?

—No tengo sal.

—Salú, es lo que no habia de tener usté, refunfuña la mujer del Tuerto.

—Vergüenza es lo que á tí te falta, gruñe al oirlo, la vieja. Y sábete que tengo sal, pero que no te lo quiero dar.

—Ya me lo figuro; porque siempre fué usté lo mismo.

—Por eso te he quitado el hambre más de cuatro veces, ingratona, desalmada.

—Lo que usté me está quitando todo los dias es el crédito, chismosona, *mas* que chismosa; y si no fuera por dar al diablo que reir, ya la habia arrastrao por las escaleras abajo.

—Capaz serás de hacerlo, bribonaza; que la que no quiere á sus hijos, mal puede respetar las canas de los viejos.

—¡Que no quiero yo á mis hijos!.... ¡que no los quiero! ruje la de la boardilla, puesta en jarras y echando llamas por sus ojos. ¿Quién será capaz de hacerlo bueno?

—Yo, replica con mucha calma la vieja; yo que los he

recogido muchas veces en mi casa, porque tú los dejas desnudos y abandonaos en la calle cuando te vas á hacer de las tuyas de taberna en taberna.... ¡borrachona!

—¡Impostora... bruja! grita al oir estas palabras, descompuesta y febril, la mujer del Tuerto. ¡Yo borracha! ¿Cuántas veces me ha levantado usté del suelo, desolladora? Y aunque fuera verdá, á mi costa lo sería: á denguno le importa lo que yo hago en mi casa.

—Me importa á mí, que veo lo que suda *el* mi hijo pa ganar un peazo de pan que tú vendes por una botella de aguardiente, en lugar de partirle con tus hijos. Por eso los probes angelucos no tienen cama en que dormir ni lumbre con que calentarse, ni camisa que poner; por eso no tienes tú un grano de sal y me la vienes á pedir á mí..... Cómpralo, ¡viciosona!.... Pero vienes tú de mala casta para que seas buena.

—Mi casta es mejor que la de usté, por todos cuatro costaos. Y yo en mi casa me estaba, él fué á buscarme.

—Nunca él hubiera ido... bien se lo dije yo:— «¡Mira que esa es *callealtera* y no puede ser buena!»

—Los de la calle Alta tienen la cara muy limpia y se la pueden enseñar á todo el mundo.... algo mejor que los de acá abajo.... ¡flojones, mas que flojones! que se han dejao ganar tres regatas de seguido por los callealteros..... Esa es la rescoldera que á usté le pica; pero por mas *pedriques* que echen en Miranda y mas velas que pongan á los *mártiles,* San Pedruco el nuestro los ha de echar á pique.

—San Pedro no puede amparar nunca á gente tan desalmada como tú; y si se perdieron las regatas, Dios sabe por qué fué.

—Por falta de puños, pa que usté lo sepa.

—Grita, grita mas alto; que te lo oiga tu marido que por allá abajo asoma, y mira despues onde te metes.

—Yo digo la verdá aunque sea delante de mi marido, re-

plica la de la boardilla, mirando de reojo á una esquina de la calle y bajando la voz así que vé al Tuerto.

La vieja del segundo clava la última raba, y sin mirar hácia su nuera, vase retirando del balcon dejando fuera estas palabras:

—Anda, anda á preparar la comida á tu marido, ¡borrachona!

La aludida en ellas desaparece tambien, metiéndose furibunda por lo mas espeso de la columna de humo que sigue saliendo de la cocina, despues de haber despedido á su suegra con estos piropos:

—¡Bruja, brujona!... vaya á discurrir los cuentos que le ha de decir *al* mi marido... ¡chismosa, infamadora!

Antes de pasar más adelante debe saber el lector, que desde tiempo inmemorial existe entre los mareantes de la calle Alta y los de la del Mar, barrios diametralmente opuestos de Santander, una antipatía inestinguible que se lega de padres á hijos como una reliquia.

Cada barrio forma cabildo á parte, y no han querido para los dos un mismo patrono. San Pedro lo es de la calle Alta, ó *Cabildo de Arriba*, y la calle del Mar, ó *Cabildo de Abajo*, está encomendado al amparo de los santos mártires Emeterio y Celedonio, á cuyas gloriosas cabezas, de las que se cuenta que llegaron á este puerto en un barco de piedra, ha dedicado, construyendola á sus espensas, una bonita capilla en el barrio de Miranda, dominando una gran extension de mar.

Con estos datos no se extrañará ya que mis dos vecinas, despues de apostrofarse recíprocamente, como lo hacen en la primera parte del diálogo trascrito, puedan hallar ofensivo á su dignidad el ser callealteras ó el dejar de serlo.

Y prosigamos:

Llega á su casa el Tuerto. (Y adviértase que el humo se

va disipando, y no impide ya que yo vea la escena con todos sus detalles.) Quítase el *sueste*, ó sombrero embreado, de la cabeza, coloca sobre un arcon viejo el impermeable de lona que llevaba al hombro y cuelga de un clavo un cesto cubierto con hule y lleno de aparejos de pescar. Su mujer desocupa en una tartera desportillada un potaje de berzas y alubias, mal cocido y peor sazonado, pónelo sobre el arcon y junto á él un gran pedazo de pan de municion. El Tuerto, sin decir una sola palabra, despues que sus hijos han rodeado la tartera, empieza á comer el potaje con una cuchara de estaño. Su mujer y los chicuelos le acompañan, por turno, con otra de palo. Conclúyese el potaje. El Tuerto espera algo que no acaba de llegar; mira á la tartera, despues al fondo de la olla vacía, y por último á su mujer. Esta palidece.

—¿*Onde* está la carne? pregunta al cabo con voz ronca el pescador.

—La carne.... tartamudea su mujer; como ya estaba cerrada la tabla cuando fuí á buscarla, no la traje.

—¡Mentira!.... Yo te dí ayer al mediodía dos reales y medio para comprarla, y la tabla no se cierra hasta las cuatro. ¡Onde tienes el dinero!...

—¿El dinero?... el dinero.... en la faltriquera.

—¡Bribona, tú la has hecho hoy.... y yo te voy á abrir en canal! grita exasperado el Tuerto al notar la turbacion, cada vez más visible, de su mujer. A ver el dinero, digo, ¡pronto!

La interpelada saca, temblando, unos cuartos de su faltriquera, y sin abrir la mano se los enseña á su marido.

—¡Esos no son más que ocho cuartos!... ¡y yo te dejé veinticinco!... ¿Onde están los otros?...

—Se me habrán perdido.... que yo tenía los veinticinco esta mañana....

—No puede ser: ¡yo te dí dos reales en plata!

—Es que.... los cambié en la plaza....

—¿Qué ha hecho tu madre esta mañana? pregunta rápido el Tuerto al mayor de sus hijos, cogiéndole por un brazo.

El chiquitin tiembla de miedo, mira alternativamente á su padre y á su madre, y calla.

—¡Habla pronto! dice el primero.

—Es que me va á pegar madre si lo digo, contesta haciendo pucheros el pobre chico.

—¡Es que si callas te voy á deshacer yo la cara de una guantá!

Y el muchacho que sabe por experiencia que su padre no amenazará en vano, á pesar de las señas que le hace su madre para que calle cierra los ojos y dice rápidamente, como si le quemaran la boca las palabras:

—Mi madre trejo esta mañana un cuartillo de aguardiente y tiene lá botella escondia en el jergon de la cama.

El Tuerto, oida esta última palabra, tumba de un sopapo á sus piés á la delincuente, corre á la cama, revuelve las hojas de su jergon, saca de entre ellas una botellita blanca que contiene un pequeño resto del delatado contrabando, vuelve con ella hácia su mujer, y arrojándosela á la cabeza en el momento en que se incorporaba, la derriba de nuevo y salpica á los chiquillos con el líquido pecaminoso. Gime, herida, la infeliz, lloran asustados los granujas, y el iracundo marinero sale al balconcillo renegando de su estrella y maldiciendo á su costilla.

Tio Tremontorio, que vino de la mar con Bolina y el Tuerto, se halla en su balcon tejiendo red (su ocupacion favorita cuando está en casa) desde el principio de la reyerta de sus vecinos y tirando de vez en cuando un mordisco á un pedazo de pan y á otro de bacalao crudo, manjares que constituyen su comida ordinariamente.—No se dá por apercibido con el Tuerto de la escena que acaba de pasar y que

ha oido perfectísimamente, pues no le gusta meterse en lo que no le importa; pero el irascible marido, que necesita dar salida al veneno que aún le queda en el cuerpo, llama á su vecino, y de balcon á balcon entablan este diálogo á grandes voces.

—Tio Tremontorio, yo no puedo con esta bribona y voy á hacer un dia una barbaridá.

—Ya te he dicho que tienes tú la culpa desde un principio: en cuanto la veias ceñir un poco arriabas en banda....

—¿Y qué habia de hacer yo si me paecia una santa de Dios?

—¿Qué habias de hacer? ¡Tiña! lo que yo te decia siempre: —«Caza todo lo que puedas y trinca la escota en seguida, mucho viento por la popa y hala por derecho.»

—Pero si no tiene ya un hueso en el cuerpo que no le haiga yo carenao á golpes!

—¡Despues que se le habia podrio la maera, tiña!

—¡Me valga Dios, qué pícara!... ¿Qué va á ser de estas criaturas el dia que la suerte me saque de casa?... porque el demonio no tiene por onde desechar á esta mujer. La semana pasá la entrego veinticuatro riales pa que vista á los hijos.... ¿usté los ha visto? pos tampoco yo. La borrachona los consumió en aguardiente. Pégola una *trisca* que la dejé por muerta, y á los tres dias me vende una sábana por medio asumbre de caña; dóila ayer veintiun cuarto pa carne, y bébelos *tamien*.... Y á too esto las criaturas *esnugas*, yo sin camisa y sin atreverme, si á mano viene, á echar un vaso de vino un dia de fiesta.

—¿Por qué no la conjuras, tiña? pué que sea *mal-dao.*

—Si llevo gastao, tio Tremontorio, un costao en esos *amenículos*. Llevéla á má é tres leguas de aquí á que un señor cura, que icen que tiene ese previlegio, la *echara los*

Evangelios; leyóselos, dióme una cartilla bendecia y un poco de ruda, cosilo too en en una bolsa, colguésela al pescuezo, costóme la cirimonia al pié de un napolion.... y ná: al dia siguiente cogió una *cafetera* que no se podia *lamber*. Yo la he dao aguardiente cocío con pólvora, que icen que es bueno pa tomar *ripunancia* á la bebida, y á esta condená paece que le gusta más desde entonces. He gastao en velas pa los santos mártiles, á ver si la quitan el vicio, un sentío.... y como si callara!... Ya no sé qué hacer, tio Tremontorio, si no es matarla, porque es mucho el vicio que tiene. Fegúrese usté que dempues que la dí el aguardiente con pólvora la entró un cólico que creí que reventaba! Como yo habia oido que el aguardiente es bueno pa quitar el dolor de barriga poniendo por fuera unos paños bien empapaos en ello, calenté en una sarten como medio cuartillo, y cuando estaba casi hirviendo llevelo así á la cama onde se estaba revolcando la muy bribona. Mándola que tenga un poco la sarten mientras yo iba al arcon á buscar unos trapos, vuelvo con ellos.... ¿creerá usté, puño, que ya se habia trincao el aguardiente de la sarten, abrasando como estaba? ¡Hombre, si esto es más que maldicion de Dios!

—Pus amigo.... tocante á eso.... ¿qué te diré yo? Cuando la mujer da en torcerse como la tuya, mucho palo; si con él no sale á flote, ó échala á pique de una vez, ó cuélgate de una gavia.

—Si le digo á usté, hombre de Dios, que la he solfeao too el cuerpo á leña; que le he puesto la cara á *morrás* más negra que la tinta de un magano!...

—Pos ahórcate entonces, y déjame en paz y en gracia de Dios tejer estas mallas, que por no perder la pacencia no me he querido casar yo, ¡tiña, retiña!

—¡Mal rayo me parta treinta veces y media, y permita Dios que al primer noroeste que me coja en la mar me co-

man las merluzas!!... ¡Si pa esto nace uno, valiérame más no haber nacio!... ¡Perro de mí que no la hice *macizo* antes de llegar á perder la pacencia y la salú por la grandísima bribona!...

Y comiéndose los lábios de coraje métese el Tuerto en su bohardilla y cierra la puerta del balcon.

El tio Tremontorio sin levantar los ojos de su labor, le despide canturreando con su áspera voz esta copleja:

«Por goloso y atrevido
muere el pez en el anzuelo;
porque yo no soy goloso
en paz y libre navego.»

Suponte ahora, lector, que estamos en un dia de fiesta.

—¡Bolina!... ¡Bolina! grita la voz de Tremontorio.

—¿Qué hay? responde Bolina saliendo al balcon.

—Que no paso por esta cuenta; que á mí me falta dinero.... y que me falta, ¡ea!

—¡Malos tiburones te coman! Yo no sé de qué te ha servio tanto como has rodao por el mundo, que entovía no sabes contar los deos de la mano. ¿Qué es lo que te falta ahora?

—Me falta, me falta.... yo no sé cuánto, pero me falta dinero.

—Si no dices más que eso.... ¿No ajustemos endenantes la cuenta más de treinta veces? ¿No viste que no te faltaba ná?...

—Sí; pero en casa lo he pensao mejor, y no hay quien me saque de que aquellos treinta riales....

—¡Dale con los treinta riales! ¿No te correspondian á tí diez duros por la *costera* de la semana?

—Sí.

—¿No nos habian emprestao á tí, al mi hijo y á mí un barril de *parrocha* en la taberna del *Estrobo?*

—Sí.

—¿No costaba el barril setenta y dos riales?

—Sí.

—¿No te corresponden á tí veinticuatro?

—Sí.

—¿No debias además en la taberna, primeramente treinta cuartos de café y copas, y luego dos reales y medio emprestaos?

—Sí.

—Pus vinticuatro y seis treinta. ¿Cuánto tienes tú?

—Tengo, tengo... dos y dos son cuatro... cuatro... cuatro de á decinueve, primeramente.

—Bueno: pon una peseta con ellos.

—Ya está.

—Pus tendrás ahora cuatro duros.

—Cabales.... Ahora hay por otro lao dos pesetas en cuartos y dos tarines.

—Que son diez riales; y ochenta que tenias antes, noventa.

—Noventa. Ahora me quedan cuatro pesetas de á cinco y..... uno, dos, tres.... y dos, cinco.... y uno, seis.... seis medios duros, que son....

—Que son, que son... Teníamos antes noventa riales, que con las cuatro pesetas de á cinco hacen, hacen.... noventa, y luego veinte.... Si fueran diez serian ciento: ciento, y diez.... ciento diez.... Luego, seis medios duros, que son tres...

—Y ciento diez, ciento y trece justos.... hasta doscientos que debian de ser, ¡ tiña! mira si me falta dinero.... Y no te canses, Bolina, que cuando yo digo una cosa, ¡tiña!....

—Pero peazo de animal, déjame acabar.... Si too lo embrollas. ¿Quién te ha dicho á tí que ciento diez reales y tres duros son ciento y trece riales?

—Aquí y en Francia han sio siempre ciento diez y tres, ciento trece, retiña.

—Sí. Pero como esos tres son duros, y tres duros son sesenta riales, será la cuenta ciento diez, y sesenta, ciento setenta.

—¿Y cuantos duros hacen?

—Media onza es lo mesmo que ciento sesenta riales; y estos son ciento setenta; con que son, media onza y medio duro.... ocho duros y medio.

—Lo mesmo que endenantes, ¿lo ves?.... hasta diez que han de ser.... ¡si cuando yo digo una cosa!...

—¡Mal rayo te parta! ¿Pues no te he dicho que habia que desquitar treinta riales que debias en la taberna?

—Sí.

—Pues esos treinta que te faltan hasta los doscientos, son los que te dieron de menos.

—Con que es decir que por un lao se me dan treinta riales de menos, y por otro me rebajas tú en la cuenta otros tantos.... ¡Tiña! pos ahora salgo peor: treinta de acá y treinta de allá.... Esto no lo dejo yo así, y ohora mesmo voy al muelle, retiña!

—Anda, burro, mas que burro!.... ¡Este hombre no tiene timon en la cabeza! ¡Mal vendabal te sople, animal!....

Imaginémonos ahora que está lloviendo desde hace ocho dias, pero del noroeste, con temporal recio *afuera*.

—Tio Tremontorio, ¿ha visto por la banda del norte cómo se va poniendo?

—Hay tremolina armá pa unos cuantos dias.... Esta madrugá abrió un poco el ojo el nordeste y pensé que íbamos á salir mañana á la mar, pero se ha corrío otra vez al vendabal y con un *carís* peor que el tuyo.

—¡Y qué lástima de *costera*, hombre!... ¡Si habia besugo pa aborrecelo!... Le digo á usté que esta inverná nos va á costar muy cara.

—*Pon mor* de eso y pa adiuda de males nos pegaron aquella *troncá* esta mañana en el cabildo.... ¡Y pa eso le citan á uno y le sacan de casa!... ¡Tiña, si me hubiera dejao llevar de mi genio!.... Decir á Dios que con el *platal* que ha entrao en fondo en too lo que va de año no ha de haber quedao pa hacer un reparto por ver de pasar un par de dias, pinto el caso, en que no se pue salir á la mar, ni se gana pa un *amoderao* (1) siquiera.... ¡Tiña, y que entovía le han de pedir á uno el real que necesita pa no morirse de hambre!

—Duro es, tio Tremontorio, pero ello, pongámonos en lo justo. Ha dao la causalidad de que paece que se ha avisao media calle pa ponerse enfermo too el mundo. Tolete, con viruelas; tio Mocejon, con el muermo que le ajoga; Viruta, con una pata desbaratá; el Mordaguero, baldeao de estribor.... y dempues yo no sé cuántos mas, á pique de dirse á fondo.... Por otro lao, el médico no queria asistir al cabildo si no le aumentaban dos mil riales de sueldo, y ha habido que dárselos; la lancha del Puntal nos ha empeñao en un pico mu gordo este año; una bandera nueva pa la capilla.... y el diablo que paece que se ha desatao contra nosotros.... Dé usté á los enfermos el porqué que les corresponde cada dia, pague usté al médico lo que pidió de más, pague usté la bandera, pierda usté lo que le ha perdio en el pasaje, y....

---

(1) Arenque.

—Tiña, á mí cuéntame tú del del otro mundo, que de este no tengo ya na que aprender.... y si Patuca sabe mucho yo sé más que él. Yo lo que veo que con cuatro papelucos emborronaos nos quiso tapar la bóca. Mia tú cómo no estipuló el tanto mas cuanto de la cosa, mano á mano como se debia. Pero como entiende de pluma, con decir aquí está apuntao.... y á mí no me la cuela él, que no me mamo el deo aunque no conozco la O, tiña.

—Pero las cuentas ya se desaminaron bien allí, y por gente que lo entiende.

—Como sulas nos atrapan, tiña, no te canses.... Y digo que aquí engorda anguno con lo que tú y yo sudamos; y si nó vamos á ver. Patuca malaspenas va á la mar; anda vestío y portao como un señor; en su casa se come carne un dia sí y otro no, y nunca falta el cuartillo de Rioja; trae un *quiñon* en la pinaza del Castrejo y está gordo que revienta. El diablo me lleve si no era tan pobre como yo hace poco tiempo. ¿De onde ha salio tanto lastre? Tiña..... no quiero hablar. Pero si no corriera él con los agorros del cabildo como corre hace dos años, no habia de tener el pellejo tan reluciente.

—Esos son malos quereres, tio Tremontorio.

—Tiña, que yo me entiendo. ¿Por qué no quiso él que se entregara el dinero á un comerciante del muelle cuando en el otro cabildo se lo dijieron?

—Porque nos bastamos nusotros pa correr con ello sin ayuda de naide.

—Por lo que se pega, borrico.

—Que son malos quereres, tio Tremontorio.

—Que vos engañan como bonitos con cuatro papeles arrugaos, vamos.... Y si quieres irle con el cuento, ya que tanto le defiendes, maldito lo que se me importa.

—Yo no soy cuentero ni vivo de eso; pero cuando se dice

mal de un hombre de bien.... vamos, tio Tremontorio, que no me gusta. Usté ha visto mucho mundo, pero á veces quiere saber más de lo regular.

—Y ya que tanto hablas, tiña, ¿es justo que tú, cargao de hijos, con una mujer como la que tienes que te consume hasta la sangre, no recibas uno ó dos ó medio en estos dias de temporal? ¿No eres tú tan necesitao como el que más?

—Yo estoy bueno y puedo trabajar....

—¿A qué? ¿Has de dir á jalar de las pipas del muelle? Pa eso hay otros primero que tú que tienes que atender al aparejo y á la lancha y á tu obligacion.

—No diré que no me viniera bien uno ó dos ó medio; pero si no me le dan ¿por qué le he de echar la culpa á quien no la tiene?

—¿Y por qué en lugar de dar nos piden?

—Ese es otro cuento.... Y al último, al que no tiene el rey le hace libre.

—Ya te lo dirán de misas.

—De todos modos, tio Tremontorio, las cuentas se han presentao, se han dao por buenas, y por más que usté y yo nos cansemos....

—Pos veremos lo que comes dentro de un par de dias si el tiempo no se e[illegible] á la tierra.

—Salú nos [illegible] y ya lo veremos.

—¡Ame[illegible]!... ¡qué hombres hay en el mundo! Too lo enc[illegible]. ¡Así tienen ellos los calzones!)

Si mientra[illegible]ba á la mar alguno de sus hijos rompia la olla[illegible] pan que estaba en el arcon, ó hacia cualquie[illegible]pia de su edad, en el balcon le sacudia el po[illegible] en el balcon le estiraba las orejas y en el ba[illegible]n sangre la cara.

Si de vuelta de correr la sardina salía alcanzada la mujer del Tuerto en la cuenta que este le tomaba rigorosamente, en el balcon se oia la primera *guantada* de las que administraba el desdichado marido á su costilla; desde el balcon llamaba á su padre, á su madre y á Tremontorio; desde el balcon les contaba lo sucedido y renegaba furibundo de su mujer; desde el balcon imploraba el auxilio de Dios.... y de balcon á balcon se enredaba un diálogo animadísimo que hacía, por espacio de media hora, las delicias de los vecinos de la calle.

Si el *patron* de la lancha de que son sócios mis vecinos les debe algo, desde sus balcones lo dicen y en los mismos discuten el medio de cobrarlo.

Por el balcon recibe Tremontorio las consultas que se le hacen sobre el tiempo; por el balcon las contesta y el balcon es su observatorio.

En una palabra, mis vecinos tienen el balcon por casa, escepto para dormir y vestirse; y ni aun en estas dos ocasiones quieren prescindir totalmente de la publicidad. Tremontorio y Bolina especialmente, se cambian la camisa y los pantalones en medio de la sala.... con todas las puertas abiertas; pero donde se echan los botones y se amarran la cintura con la indispensable correa, es en el balcon. Y esto en el invierno, que en el verano, ó cierro la puerta de mi cuarto ó he de contemplarlos hasta en el menor detalle de su vida íntima, tanto de dia como de noche.... Por hacerme partícipe de sus costumbres estas pobres gentes, hasta me despierta á mí al mismo tiempo que á ellas el penetrante é intraducible grito de ¡*apuyáá*! con que les llama, á las tres de la mañana en verano y á las cinco en invierno, para ir á la mar, otro marinero que tiene por esta obligacion algunos gajes.

De todo lo cual resulta, lector, aun sin mi decidida aficion

á reparar en cuanto á costumbres se refiera, más de lo suficiente para que comprendas cómo, sin poner trabajo alguno de mi parte, y sin que en mi obsequio se le tomara nadie, pude adquirir los datos que apunté en las primeras páginas de este bosquejo.

Ahora, pues, prévia tu indulgencia por estas digresiones, y suponiéndote orientado en el terreno de nuestros personajes, voy á ocuparme del verdadero asunto de mi artículo.

II.

Hace tres dias empezó á llamarme mucho la atencion el aspecto que desde algun tiempo presentaba la casuca de enfrente. La boardilla del Tuerto apenas se abria ni en ella se escuchaban las risas, los lloros y los golpes de costumbre.

El tio Tremontorio trabajaba en sus redes al balcon algunas veces, pero siempre mudo y silencioso, cual era su carácter cuando sus convecinos le dejaban en paz y entregado á sus naturales condiciones.

Los dos viejos del segundo piso se daban muy pocas veces á luz, y en algunas de ellas ví enrojecidos los arrugados y enjutos párpados de la mujer de Bolina.—Indudablemente pasaba algo grave en aquella vecindad.

Un tanto preocupado con esta idea, puse toda mi atencion en la casuca con el objeto de adquirir la verdad.

Las arruinadas puertas del balcon de la boardilla se abrieron al cabo, despues del mediodía, y lo primero que en el interior descubrieron mis ojos, fué un hombre vuelto de espaldas hácia mí, con camiseta blanca de ancho cuello azul tendido sobre los hombros, y gorra de lana tambien azul, ocupado en colocar en un gran pañuelo de percal, desplegado sobre el arcon que conocemos, algunas piezas de ropa blanca. Despues que hubo anudado las cuatro puntas del pañuelo

que contenia el equipaje, se incorporó el hombre, volvió la cara.... y conocí en ella á la del Tuerto; pero más oscura, más triste, más ceñuda que nunca. El pintoresco traje del pobre pescador me esplicó en un instante la causa del cambio operado en aquella vecindad.

Hecho el lio de ropa, pasó el Tuerto su brazo izquierdo por debajo de sus nudos, metió dentro de la gorra algunos mechones de pelo que le caian sobre los ojos, tiró de una bolsa de piel mugrienta de un bolsillo de sus pantalones, sacó de ella tabaco picado, hizo un cigarro, encendióle en un tizon que le trajo su mujer que lloraba, aunque en silencio, fijóse en los chicuelos que tambien le rodeaban, y haciendo un gran esfuerzo dijo con voz insegura:

—¡Ea! sobre que ha de ser, cuanto más pronto.

La sardinera al oir á su marido rompió á llorar á todo trapo: sus hijos la siguieron en el mismo tono.

—¿A ver si vos callais con mil demonios? esclamó el pescador con visible emocion.... Y tú, añadió dirigiéndose á su mujer, ya sabes lo que se va á hacer. Estas criaturas se vienen ahora mesmo conmigo y se las dejo á mi madre al tiempo de bajar, y allí se estarán con ella hasta que yo güelva.

—¡No, por todos los santos del cielo! gritó la mujer, que al fin era madre. Yo soy muy capaz de cuidarlos, y no quiero que naide mas que yo dé de comer á mis hijos.

—Lo que eres tú me lo sé yo muy bien, y no me acomoda que el mejor dia amanezcan las criaturas de Dios aterecias de frio á la puerta de la calle. Y sobre to, no te las tiro á la mar: bien acerca te quedan, too el dia te puedes estar abajo con ellas.... Pero ya se lo he dicho á mi madre: «antes que dejarles subir aquí rómpales una pata...» Y esto sacabó. Vámonos pa bajo.... Y cudiao con que te vengas al muelle detrás de mí, que no tengo ganas de perendengues, y cuanto

más solo esté uno mejor.... Así como así, estoy yo tan sastifecho que si me descuido con la escotilla se me va el alma de la bodega ¡puño!... Andando, hijos mios....

Y el desventurado Tuerto se bajó para cojer al menor de los muchachuelos que le miraban llorando. Entonces su mujer, cediendo á un irresistible impulso de su corazon, echó los brazos al cuello de su marido, y con el torrente de sus lágrimas arrancó al fin ¡las primeras, tal vez! de los torvos ojos de aquel rudo marinero.

Pero este no era hombre que se entregaba rendido á semejantes debilidades; así es que, desprendiéndose de los brazos de su costilla, cogió entre los suyos al menor de sus hijos, mandó á los otros que le siguieran, obligó á su mujer á quedarse en casa y salió él de ella precipitadamente, cerrando detrás de sí la puerta de la escalera.

Pocos minutos despues estaba en la calle, con su lio al brazo, en compañía de Bolina y Tremontorio. Los tres iban cabizbajos, taciturnos y caminando con repugnancia. Casi al mismo tiempo que ellos, en la calle, aparecieron en sus respectivos balcones la mujer de Bolina rodeada de sus nietos, y la del pobre Tuerto, sola, desgreñada y dando alaridos de desconsuelo. Sus hijos y su suegra si no gritaban tanto como ella, vertian en cambio lágrimas tan abundantes como las suyas.

Al oir este coro desgarrador, los tres marineros apretaron el paso, los vecinos de la calle salieron á sus balcones, y yo me decidí á seguir á mis conocidos hasta el desenlace de la escena cuyo principio habia presenciado. El dolor tiene su fascinacion como el placer, y las lágrimas seducen lo mismo que las sonrisas.

Tomé, pues, el sombrero y me largué al muelle.

Una apiñada multitud de gente de pueblo se revolvia, gritaba, lloraba é invadía la última rambla á cuyo extremo

estaba atracada una lancha. En esta lancha habia hasta una docena de hombres vestidos con el mismo traje con que hemos visto al Tuerto; y tambien como él llevaba cada uno un pequeño lio de ropa colgando de un brazo. De estos hombres algunos lloraban sentados; otros permanecian de pié, pálidos, inmóviles, con el sello terrible que deja un dolor profundo sobre un organismo fuerte y varonil; otros, afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de ellos, trataban de ocultar con una sonrisa violenta el llanto que asomaba á sus ojos. Todos ellos se habian despedido ya de sus padres, de sus mujeres, de sus hijos que desde tierra les dirigian entre lágrimas palabras de cariño, de consuelo, de esperanza. Entre tanto, algunos otros tan desdichados como ellos se deshacian á duras penas de los lazos con que el parentesco y la amistad querian conservarlos algunos momentos más en tierra. Por eso las palabras «padre,» «madre,» «hijo,» «amigo,» formaban un solo grito entre aquella multitud, grito sofocado por una armonía terrible de suspiros y sollozos. Porque ya no lloraban solamente las personas que allí perdian alguna prenda de su corazon; lloraban hasta los curiosos en cuyos pechos hacian profunda mella las lágrimas de tantos inocentes huérfanos, las de las desamparadas mujeres, y sobre todo las que surcaban tanto semblante curtido y arrugado por las borrascas del mar. Ver llorar á las mujeres y á los niños es triste, ver llorar á un hombre afecta; pero cuando el hombre es rudo y vigoroso, su llanto desgarra el alma de quien le contempla, porque revela un pesar terrible. ¡Terrible debia ser el que hacía que se humedeciesen aquellos ojos acostumbrados á contemplar serenos todos los dias la muerte entre los abismos del enfurecido mar!

Sin calmarse un momento la agitacion de la gente de tierra, los marineros que aun quedaban en ella fueron poco á poco pasando á la lancha: el último entró el Tuerto

despues de haber dado un estrecho abrazo á su padre y á su vecino que le acompañaron hasta la orilla. Nada quedaba de comun, si no era el corazon, entre los embarcados y la gente de tierra. El servicio de la patria y de la Reina era el árbitro de la vida y de la libertad de los primeros, durante cuatro años á contar desde aquel instante; y ante deber tan alto tenian que postergarse los lazos de la familia, los de la amistad y los de las simpatías.

Sin embargo, los remos habian tocado ya el agua y aun permanecia la lancha atracada á la rambla y sujeta á ella por un cabo que tenia entre sus manos, por el estremo de tierra, un viejo patron que contemplaba atónito la escena.

—Suelte.... le dijeron desde la lancha mas de una vez, con débil y temblorosa voz.

Pero el viejo patron, ó no oyó las advertencias, ó se hizo el sordo á ellas, que es lo mas probable, por disfrutar algunos instantes más de la presencia de sus compañeros.

—¡Que suelte! le volvieron á repetir en voz mas alta.

Y nada: el viejo, clavado como una estátua á la orilla del mar, no soltó el cabo.

Pero el Tuerto á quien la vista y el llanto de su padre y el recuerdo de sus hijos estaban martirizándole el alma, temiendo ceder al cabo al peso de la afliccion que ya enturbiaba sus ojos, al ver el poco efecto que en el patron habian hecho las órdenes anteriores,

—¡Larga!!! gritó con ruda y tremenda voz, dominando con ella los alaridos de tierra, y fijando su torva mirada en el viejo marino.

Este obedeció como movido por un resorte, el cabo cayó al agua, crujieron los remos, oyose un «¡adios!» infinito, indescriptible; y la lancha se deslizó hácia San Martin en cuyas aguas esperaba humeando un vapor que habia de recojer los tripulantes de ella.

En instante tan supremo las mujeres que quedaban á la orilla redoblaron sus lamentos, abrazaron á sus hijos, á sus padres, á sus hermanos, á sus amigos, y se confundieron todos en un solo torrente de lágrimas.

Hay situaciones, lector amigo, que no á todos es dado describir; y esta es una de ellas. Para *sentirla* basta un buen carazon como el tuyo y el mio; para pintarla con su verdadero colorido se necesita la fresca imaginacion de un poeta, y yo no la tengo.

Recuerdo que, dos años há, mi amigo Eduardo Bustillo, el inspirado cantor de nuestras glorias nacionales, delante de una escena idéntica á la que voy describiendo, desde el mismo sitio, acaso sobre la misma piedra que yo, lloró con su alma las penas de las pobres familias á quienes una leva sumia en el abismo de todos los dolores; pero él encontró en su lira de poeta acentos tan llenos de ternura y de verdad, que hasta en el corazon más frio infiltró los tormentos de aquellos desamparados. Él, enjugando las lágrimas de una esposa desvalida, al querer sofocar sus gemidos porque aumentaban el dolor del que se iba, puso en sus labios estas palabras sencillas, pero tiernas y expresivas:

—«Mi pobre niña inocente
el amor perdido siente.
Mas ya, ¿quién pondrá en mis manos
su pan y el de sus hermanos?
¡Ay, Señor!
que en mi profundo dolor
presiento males prolijos;
que en este afan angustioso
lloro, más que por mi esposo,
por el padre de mis hijos.»

Supla esta bella estrofa las palabras que yo no encuentro para pintar la desolacion de aquella escena. ¡Se lloraba al padre, al esposo, al hijo que se iban, quizá para siempre; pero que, al irse, se llevaban el pan de los que se quedaban!....

III.

Reparando cómo nuestros *quintos* van al ejército de tierra, animados y hasta joviales, sin dar al público el triste espectáculo de sus lágrimas y las de sus familias, algunos han querido atribuir ese sello especial y terrible de las levas de mar á la funesta solemnidad que se les dá en los momentos más críticos por las mismas víctimas de ellas.

Esta creencia es absurda á todas luces, y basta para demostrarlo hacer un ligero paralelo entre las condiciones del soldado del ejército y las del marinero de guerra.

El primero sale de casa en el vigor de su juventud; el segundo no siempre es jóven cuando la patria le reclama; aquel va á cumplir un deber, penoso sí, pero que le deja horas, dias de expansion, de completa libertad entre sus camaradas; éste sufre tanto cuando *descansa* en su destino, como aquel cuando trabaja en el suyo; el uno tiene un pueblo entero para gozar de la libertad que á menudo se le concede; cuando el otro huelga más á sus anchas, lo hace en un recinto tan limitado que en tierra se llamaria estrecha cárcel; el soldado corre el riesgo de morir en una batalla contra el enemigo; pero si esta no tiene lugar durante el tiempo de su servicio, su vida es alegre, entretenida, hasta cómoda. El marinero corre en la mar el mismo riesgo y en más terribles proporciones; y cuando la metralla enemiga no le inquieta, y ve libres todos sus miembros del estrago de un abordaje, le persigue la implacable furia de la mar

que amenaza incesantemente su vida; el buque mismo que es su enemigo sempiterno, á la vez que seguro refugio para los demás. Una brisa que apenas refesca la cara y agita los cabellos del que pasea descuidado sobre cubierta, hincha una vela, esta sacude la gavia haciéndola crugir, y la gavia, en un irresistible impulso, lanza á los abismos del mar al infeliz gaviero.

El soldado rara vez sale de su patria; donde quiera que se halla oye su propio idioma, ve sus sostumbres, sus amigos, sus parientes; y el clima en que vive no le ofende, porque siempre le es conocido.

El pobre marinero recorre mares, cada mar tiene nuevos peligros y distinto clima, cada clima distintas enfermedades, cada enfermedad distintas y siempre fatales consecuencias, si la de todas ellas no es la muerte; y al verse enfermo y desorientado entre razas é idiomas que no conoce, el recuerdo de su familia, de la que le separan miles de leguas, le atormenta más y más con la duda de la existencia de sus hijos, de su esposa, de su madre.

Á veces el que en el ejército entró soldado raso, vuelve al seno de su familia con las doradas insignias de mando.

El marinero, por más que sea un héroe en los combates y en las borrascas, no mojora su triste condicion jamás; y al paso que aquel, respetado por las balas enemigas vuelve libre *para siempre* á su hogar, sano y tal vez más robusto que nunca, él, aun sin la metralla de los combates, torna á su casa débil, achacoso, destruido por los padecimientos, y sobre todo, expuesto á que en dia no muy lejano le vuelvan á reclamar para el servicio de la armada.

Por último, al partir el soldado para el ejército no deja detrás de sí hijos, mujeres ni ancianos que le pidan el pan de cada dia, pues la patria, respetando tan sagradas obligaciones, exime de su servicio, *en tierra*, al hombre que las tiene.

El marinero abandona estos mismos deberes cuando la patria le llama, porque la patria entonces no se compadece de los que quedan desamparados.

Es verdad que este hombre, cuando es jóven, deja voluntariamente su nombre, con el número que le corresponda, en la lista de matriculados, comprometiéndose á acudir al puesto que se le destine cuando la patria le llame, y que, por lo tanto, algunas de las obligaciones contraidas despues, *legalmente* no deben atenuar el derecho con que más tarde sea llamado á cumplir su primer compromiso; pero como tambien es cierto que esa misma patria prohibe, aunque con la mejor intencion, ser pescador y marinero mercante á todo aquel que no sea matriculado, resulta al fin.... que es peor meneallo.

Cotéjese, pues, en vista de estos ligeros apuntes, la mision del soldado en el ejército con la del marinero en la armada, y dígase si la diferencia que hay entre ellas no justifica ese arroyo de lágrimas que deja una leva en pos de sí, y cuya profundidad no conocen los que sólo han visto, con justa pena, legiones de imberbes quintos.

Enciérrense los huérfanos, los ancianos y las mujeres mientras los padres, los hijos y los maridos desaparecen del pueblo donde quedan las prendas de su corazon, sin amparo, sin pan, sin consuelo; porque sus lamentos no se oigan, ¿será ménos horrible su situacion? ¿serán ménos los riesgos de los que se van? ¿dejarán estos de llevar, fija en la mente, el hambre y la desnudez de sus familias?

Estoy por asegurarte, amigo lector, que lo mejor de una leva es el cuadro de despedidas.

¡Figúrate cómo será lo demás!

Pero ya es tiempo de que volvamos á nuestra historia.

Cuando la lancha llegó al costado del vapor, la multitud que se habia quedado en la rambla del muelle, no distin-

guiendo más que un pequeño bulto negro en la superficie del agua, se fué retirando poco á poco y reduciéndose á un sólo grupo formado por las familias de los marineros ausentes. Este grupo compacto, unido, como si en semejante adhesion hallase cada uno más pequeña su desgracia, comenzó á marchar tristemente, consolando, al paso, los hombres á las mujeres y estas á los niños, pero llorando todos.

Sobre las figuras de aquel triste cuadro se destacaban los hombros y la cabeza de Tremontorio que, como no tenía familia propia adoptaba por suyas á todas las demás. Hombre corrido por los mares y desgraciado en levas, pues le habian cogido dos, como dije al principio, era el refugio á que acudian aquellas pobres gentes para saber algo de la suerte que esperaba á los objetos de su cariño.

—Y diga, tio Tremontorio, ¿es verdá que los castigan mucho, que los pegan abordo? preguntaba entre sollozos una pobre mujer.

—¡Quita d'ay, pataratas y na más que pataratas!... ¡Qué los tienen de pegar, tiña! ¡Pus no faltaba más! Eso era en un prencipio.... Yo no acancé ya el *chicote*; con que, feúrate.... Además, *el* tu marido es hombre que sabe cumplir con su obligacion y lo pasará bien.... Lo que es abordo, como no salga *nostramo* (1) con malas entrañas no hay cuidao. Ahora, si es de esos atravesaos que dan al diablo qué hacer, y le toman á uno sobre ojo, ¡válgame Dios! lo mejor que se le antoja es mandarle á uno á fregar la perilla de mastelero de mesana, ó á tomar un riso á la gavia más alta, sin necesidad, en una noche de borrasca.... Pero; ¡quiá! ya no se ve de esto.... Ahora dá gusto servir en *barco de rey*.

—¿Y *aonde* los echarán ahora ?

—Pus, por de pronto, van al Ferrol. Estarán en el depar-

---

(1) El contramaestre.

tamento unos dias; dempues, á este en la *freata*, al otro en el bergantin, al de más allá en el vapor, me los van embarcando á toos poco á poco. Unos se quedarán en *dé* que guarda-costas por los mares de acá, y se *rifiere* to ello á ná, á barloventear, como quien dice, de este puerto al otro, y á correr un chubasco de vez en cuando; pero como nos conocen estas aguas, no hay cuidao por ello. Otros irán á *la otra banda*, al apostacro. Allí la cosa tiene de tóo: poco trabajo, buena ginebra, buen tabaco y buen café; pero hay que sudar el quilo á cada paso.... Dempues, hoy que *la cólera*, mañana que el *gómito negro*.... ¡Tiña, y qué intencion más mala tienen estos incomenientes con el probe marinero!... al que acanzan con el bichero, hasta que le matan no le dejan. Si á usté le encajan en Manila, hasta el pan se conjura contra uno; el cuerpo no es más que una *remanga* en aquella tierra: lo mismo dá llenarle que no llenarle, que hace más aguas que un casco viejo; y en cuanto se desembarca, no le queda una gota adrento. Un mes en aquellos mares, dejan al hombre que no le conoce la madre que le parió.... ¡tiña, más amarillo y más relambío se pone!.... Guerras no hay ahora que le obliguen á uno á soltar un par de andanás á cada istante;.... y como nusotros, en la *Ferrolana*, vimos cuantos mares Dios crió y cuanto mundo se pué ver, ¿á qué ha de ir naide ya poronde nosotros fuimos? ¡Tiña, no lo quiera Dios!.... que hoy se asa usté vivo, mañana se aterece de frio, aquí calenturas, mas allá sarna... ¡hombre qué *climen* más endino!....¡y qué gente, me valga Dios! más colores tiene que una *julia*.—Tocante á las campañas de hoy, no hay que tener cuidiao.... Conque... ¡ánimo, tiña, que de menos nos hizo Dios!.... Y aquí estoy yo que no me he muerto, y ha hecho la suerte conmigo cuanto puede hacer un tiburon detrás de un bote.... y no digo más.

El bueno de Tremontorio siguió largo rato consolando, á

su manera, á aquellas pobres mujeres, hasta que el grupo, compacto siempre, pero precedido últimamente de una vanguardia de chiquillos que se le habian ido agregando á su paso, cambió de rumbo al llegar al Consulado y se internó en la poblacion; y yo, que maquinalmente le habia seguido escuchando á Tremontorio desde la punta del muelle hasta aquel sitio, perdíle en él de vista, y seguí hácia la Ribera vivamente impresionado con las escenas de que habia sido testigo aquella tarde.

Cuál sería la base de todas mis meditaciones, se adivina fácilmente; qué remedio fué el primero que se me ocurriera para evitar males tan considerables como el que deploraba entonces, no debo decirlo aquí por dos razones: la primera, porque, en mi buen deseo, puedo equivocarme; y la segunda, porque, aunque acierte, no se ha de hacer caso alguno de mi teoría en las altas regiones donde se elabora la *felicidad* de los nietos del Cid. Pobre pintor de costumbres, cópiolas como mejor puedo, y siento de ellas cuanto se graba en mi alma. Por eso, mientras espongo este bosquejo á la consideracion de los hombres *que pueden*, dado que de ellos se dignase alguno echar sobre él una mirada, puesta mi esperanza en Dios, que es la mayor esperanza de los desgraciados, me limito á exclamar desde el fondo de mi corazon, con mi tierno amigo Bustillo:

«¡Ay, Señor!
Pues la ley en su rigor
los afectos no concilia,
haz que los hombres se hermanen,
porque al luchar no profanen
el amor de la familia.»

LA PRIMAVERA.

Deja esa lira, Fábio,
que tanto te recrea,
ó aprende lo que ignoras
y canta lo que aprendas.
Basta de idilios tiernos,
basta de dulces églogas;
no más pastores, Fábio,
Fábio, no más praderas.
Yo quise entre los rústicos
paisajes de mi tierra
buscar de tus cantares
la realidad perfecta;
y, ¡ay! Fábio, tú no has visto
jamás la primavera.
Tú no has pisado el «campo
de terciopelo y seda,»
ni respiraste el «fresco

cefirillo que juega
de los sombríos bosques
con la enramada espesa;»
ni la cascada viste
que «ráuda se despeña
en el profundo abismo
desde la altura inmensa;»
ni «matizadas flores»
cojiste entre la yerba;
ni oistes el «murmullo
del que manso la riega
arroyo cristalino
do beben las Napeas
y encuentran las pastoras
cristal que les refleja
de sus cabellos de oro
las ondulantes hebras;»
ni el trino has escuchado
de «mil y mil parleras,
pintadas avecillas
de las de arpada lengua
entre el follaje verde
de misteriosa selva;»
ni vístes el cabrito
«triscar la mata fresca,
trepar de roca en roca
á la (tímida) gacela,
ni sobre el fácil soto
rumiar la mansa oveja,»
ni, en fin, esos primores
que describir *intentas*
en las limadas coplas
que, tierno, canturreas.
Tu *campo* es un tapete,
tus *bosques* son macetas,
tus *flores* inodoras,

tus *cefirillos* hielan,
grisetas son tus *ninfas*,
tus *pastores*, horteras,
gorriones tus *gilgeros*,
y tu *cascada horrenda*,
del carcomido techo
que tu númen alberga,
por más que la levantes
es húmeda gotera.
Desde la ardiente zona
dó te arrojó la adversa
fortuna cuando viste
del sol la luz primera,
no abarca una mirada,
por alta que se meza
en el azul espacio
tu miserable celda,
las primorosas galas
que dió Naturaleza
á la, por tí, tan célebre
hermosa primavera.
Aquí, en estos confines
de la gloriosa Iberia;
desde el límite vasco
á la riscosa Liébana;
entre el Escudo gélido
y la feraz ribera
do rompen del salobre
cántabro mar, sin tregua,
con hórrido bramido
las ondas turbulentas,
está lo que tú, cándido
adivinar sospechas.
Deja, Fábio, la corte
fascinadora, déjala,
y corre presuroso

hasta mi noble tierra;
y aquí, entre su follaje,
junto á su gala espléndida,
desde que abril acaba
hasta que octubre empieza,
verás... lo que no cabe
en pálidas endechas.
Mas no de la dulzaina
meliflua te proveas,
ni de ligeras cintas
de curruscante seda,
ni de pellico ténue
cortado *á la francesa*,
ni de leve sandalia
y primorosa media,
cual van en tus cantares
los hijos de las selvas.
Antes, Fábio, procúrate
zapatos de dos suelas,
calzon de paño récio,
garrote y podadera;
que en el *ameno* prado
que la vista recrea,
hay charcos escondidos,
y espinas... y culebras;
que el *cristalino* arroyo
que *manso* serpentea,
es un *regato*, á veces,
que no pueden las piernas
saltar sin el auxilio
de la tranca pasiega;
que en el frondoso bosque
hay zarzas y maleza
que el paso te interrumpen,
y has de cortar, sopena
de que en sus *garras* dejes

calzones y pelleja;
y, en fin, que el agua moja
hasta en la primavera;
y como en mayo llueve,
y llueve con frecuencia,
si tienes un paraguas
te ha de venir de perlas.
Verás entonces prados,
y cabañas cubiertas
por olmos y laureles
y mirto y madre-selva;
verás espesos montes,
caminos y veredas
por túneles de verde,
fragante, inculta yerba;
verás montañas, cerros
y dilatadas *sierras*;
robustos, viejos troncos,
y ramas que se quiebran
al peso del follaje,
mantos de rica yedra
cubriendo de las ruinas
la desnudez escueta;
hondos, negros abismos
do pavoroso suena
el *murmurante* arroyo
que fué por la pradera;
verás valles *risueños*,
y rios y florestas,
y el humo que, tranquilo,
en espiral se eleva,
y cabras y terneros,
y alondras... y *miruellas*;
respirarás las brisas
balsámicas que juegan
con las fragantes rosas

que esmaltan las praderas;
verás los rayos de oro
del sol, cuando amanezca,
y perlas de rocío,
y hasta nubes de perlas;
verás, en fin, primores;
pero de tal grandeza,
que no podrás cantarlos,
ni los soñó siquiera
en sus inspiraciones
«la rica, gaya ciencia.»
Mas del deliquio dulce
en que el cuadro te aduerma,
cuida no te despierte
con su prosa grosera
la humanidad inculta
que la campiña puebla.
Aquí anda *Nemoroso*
detrás de su carreta,
sin rizos, con la barba
mal afeitada y récia,
con los calzones rotos,
luchando con la tierra
que, á costa de sudores,
al cabo le sustenta.
Verás que la *zagala*
gentil que te embelesa
es una mocetona
de alborotada greña,
de libras y *boyante*,
de tosca faldamenta,
sin cintas ni guirnaldas,
con lodo y *almadreñas*;
verás que si, ofuscado,
audaz la galanteas,
no la colora el rostro,

como tus trovas cuentan,
las tintas sonrosadas
de púdica vergüenza,
Sinó que, ardiendo en ira,
como fornido atleta
á *bofetada limpia*
te salta un par de muelas.
Así son los modelos
(al menos en mi tierra),
de las ninfas... y *ninfos*
que vagan por las selvas:
así al Autor Supremo
le plugo que nacieran,
y así serán y han sido...
y no hay que darle vueltas.
¡Qué fuera de nosotros,
gran Dios, de otra manera;
si en vez de tales tipos
que el alma desalientan
cruzaran por los prados
sensibles Doroteas!
porque no son las rústicas
pasiones de la aldea
las que la sangre inflaman,
holgando en las praderas:
el ámbar, el amizcle...
y el Tamborlan de Persia
con todos sus *divanes*
sus *ópios* y sus *siestas*,
se agitan en la mente...
y no hay que darle vueltas.
No creas, pobre Fábio,
que en *solitaria* selva
un Títiro romántico
con una Galatea

se pasa la mañana
tendido á pierna suelta,
tocando el caramillo,
sin reparar siquiera
que tiene la zagala
muchísima canela...
Ó Galatea es tonta,
ó Títiro es un bestia...
ó son de otra sustancia
distinta de la nuestra.
Tú, que el *hervor* aun sientes
de la vida en tus venas,
si vas por el Retiro
y bajo su arboleda
hallas una *pastora*,
como las rosas fresca,
tejiéndose guirnaldas,
con muelle negligencia;
si vés su pié pequeño,
que se adivina apenas
en un zapato breve
de satinada tela;
si por crecer la brisa
agítase la seda,
y los revueltos pliegues...
Pero detente, péñola;
si sus lánguidos ojos
llenos de amor te asedian,
si su garganta late,
si su jubon... etcétera...
¿á dónde irá á parar,
iluso, tu *prudencia*?
pues bien, si en el Retiro
do, sobre ardiente arena,
de mísero ramaje
raquíticos se elevan

árboles de artificio,
sin sombra ni belleza;
si entre la prosa, digo,
de esa enfermiza selva,
las gracias de una ninfa
trastornan y marean,
¿qué harán entre estos bosques,
cuando su gala ostenta
en voluptuoso alarde
la alegre primavera?
¡Oh pobres trovadores
De tirso y pandereta.
Del cortesano mundo
entre la turba espesa,
cantad al sol de agosto
que sin piedad os tuesta,
llorad, míseros vates,
fatídicas cornejas,
sobre las tristes sábanas
de calcinada arena
donde la hispana corte
su pedestal asienta;
cantad al mar bullente
que surcan en calesa,
tras chulos-argonáutas,
impúdicas sirenas;
cantad al hambre, al frio,
al lujo, á la opulencia,
al vicio y á la intriga...
al croup y á las viruelas,
que, pues vivís entre ello,
lo conoceis por fuerza;
mas del risueño mayo,
con tosca, ruda péñola
no mancilleis los dones
que, como gala, ostenta

sobre florido trono
la dulce primavera.
Tú que la adoras, Fábio,
si quieres conocerla,
deja al punto la corte
fascinadora, déjala
y corre presuroso
hasta mi noble tierra;
y aquí, entre sus montañas
y encantadoras selvas,
renegarás del torpe
númen que, sin conciencia,
te hizo mentir, soñando
mezquinas primaveras;
y acaso, *convertido*,
al ver tanta belleza
arranques de tu lira
las insonoras cuerdas,
juzgando, cual yo juzgo,
que si á *sentir* se llega
de tan ameno cuadro
la sencilla grandeza,
para cantarla es poco
la rica gaya ciencia. »

SUUM CUIQUE.

I.

Don Silvestre Seturas tenía cuarenta años de edad, *plus minusve*, y era todo lo alto, robusto, curtido y cerrado de barba que puede ser un mayorazgo montañés que no ha salido nunca de su aldea natal mas allá de un radio de tres leguas, cabalgando en el clásico cuartago, al consabido trote *cochinero*, como dicen por acá, ó al *paso de la madre*, espresándonos segun los cultos castellanos.... de Becerril ó Campos.

El mayorazgo de D. Silvestre se componia de la casa solariega con *portalada* y escudo; de una hacienda, cerrada *sobre sí* de setenta y cinco carros de tierra, mitad de labrantío, mitad de prado con algunos frutales, al saliente de la casa; de diez cabezas de ganado al pesebre, y de algunos prados y heredades sitos en diferentes *llosas* del lugar y cuarenta ó cincuenta reses de varias clases, en aparcería; todo lo cual venía á proporcionarle una renta anual de dos mil quinientos á tres mil reales, si no abundaban mucho las

celliscas, ó no se desarrollaban en la cabaña la *papera* ó el *coscojo;* pues en los años de estas calamidades, lejos de percibir un real de sus colonos tenía que adelantarles para siembras y labores sus pocas economías, si habia de recaudar en lo sucesivo algunos maravedises.—Todo esto tenía don Silvestre; y digo mal: tenía tambien un pleito que le consumia la mitad de sus rentas, hubiera ó nó celliscas, paperas ó coscojo; pues el abogado trabajaba á *súbio,* y en sus *minutas* no cabía mas enfermedad que la polilla, que evitaba perfectamente renovándolas con frecuencia y poniéndolas bajo el amparo de los haberes de su defendido.

Y no se vaya á creer que este agujero del bolson patrimonial apenaba al solariego; nada de eso. Seturas pleiteaba con la desdeñosa tenacidad de todo buen montañés para quien nada supone el bollo cuando se trata del coscorron: lo propio hizo su padre, muerto gloriosamente de un sofocon, á la puerta de la Audiencia por llegar á tiempo á presenciar la quincuagésima-octava vista del proceso.—Y aquí debo advertir que este pleito era de abolengo é inherente al patrimonio de los Seturas, quienes le defendian como punto de honra solariega, habiéndose jurado de generacion en generacion las siete que contaba de fecha, gastar hasta la última teja en la rehabilitacion de un derecho que estaba tan claro como la ley de Dios.

Y los Seturas tenian razon. Figúrense Vds. que el fundador del vínculo, el primer Seturas, como premio de un anticipo que le hizo el concejo para levantar una pared medianera que le derribó una invernada, consintió en que le echasen una *rodada* por un prado de quince carros, lindante de N. á S. con una cambera demasiado estrecha y que, por lo mismo, era inútil para el servicio público, toda vez que no consentía ningun vecino de los lindantes con ella que se atropellasen sus propiedades sin otra indemnizacion que la como-

didad del prójimo. Mientras vivió el fundador no se opuso nunca á que algunos de sus convecinos pisasen con una rueda de las dos de sus carros la *linde* del prado de la cuestion. El primer Seturas era lógico, aunque lo ignorase: mientras no pagara el anticipo del concejo, el contrato con él celebrado estaba vigente en todos sus términos; y el dicho fundador no pagó en su vida. Pero murió este, de viejo, por mas señas; y su sucesor que logró un par de años en que hubo plaga de patatas y de alubias, consiguió pagar el anticipo hecho á su padre, sin desmembrar el mayorazgo, reclamando al mismo tiempo la extincion del compromiso de la rodada. Entonces el vecindario que se evitaba un gran rodeo para servir la llosa yéndose por la linde del prado de los Seturas, reunido en sesion, y asesorándose de un procurador, contestó al mayorazgo, que estaba bien lo del dinero; mas que en cuanto á lo de la rodada:

«*Visto* que en la obligacion del primer Seturas no aparecia término alguno para su compromiso;

Vista la necesidad que tenía la llosa de servirse por aquella cambera; y

Visto, por último, que ninguno de los vivientes del lugar la habia servido por otra parte, y que la costumbre hacía ley; y

Considerando una barbaridad y una injusticia que, aun en caso de tener Seturas alguna razon, se emplease esta en exigir á los hijos el pago de las torpezas de sus padres, tenía á bien desestimar su pretension, aconsejándole que se conformára con el fallo y no se metiera en más honduras, no hiciera el diablo que le reclamasen el cambio de algunas columnarias que habia entregado borradas entre las restantes monedas del pago.

Seturas dijo que nones; pero fué condenado en juicio verbal á dejar la rodada por su linde.... y á dar al concejo tres

duros claros de á veinte por doce columnarias borradas. Entónces se armó la gorda. El mayorazgo protestó contra el acuerdo del concejo y apeló á un abogado que apoyó sus razones y se comprometió á defenderle en el litigio que se entabló *in continenti*. Cayeron los primeros autos sobre la mesa, agregáronseles otros nuevos; y cose que te cose fojas y más fojas, murió el segundo Seturas, y despues el Seturas tercero, y vino el sesto de la familia solariega, que ni por morir al pié, como quien dice, del proceso, consiguió adelantar la causa más que sus antecesores que no la movieron un punto; y por último, entró en posesion del vínculo nuestro D. Silvestre, que, por de pronto, fué tan poco feliz como sus abuelos en el asunto de la rodada, y mucho más desgraciado que todos ellos por ser el que recibió la herencia más mermada con el perpétuo, y cada vez más ancho, desaguadero de la curia.

Sabida esta última circunstancia financiera, y teniendo presente que D. Silvestre, aunque mayorazgo de aldea, no carecia completamente de sentido comun, no parecerá muy estraño que á la edad en que todos sus progenitores contaban por lo menos con un heredero, él permaneciese célibe y con ciertos síntomas de recalcitrante.—Efectivamente, don Silvestre comprendió al punto que su hacienda era harto exígua para cubrir con ella todas las necesidades de una familia, si no habia de descuidar las exigencias de su pleito: para que no se extinguiera en él la raza de los Seturas..... legítimos, tenía que transigir con el concejo. D. Silvestre no vaciló: «Piérdase la casta, dijo; pero adelante el pleito.»

Y aquí tiene el lector, dibujada á grandes rasgos, la perspectiva exterior, digámoslo así, de D. Silvestre Seturas pocos años antes de la ocasion en que se le presentó á su galantería.

Pero en la vida moral de este personaje hay algunos de-

talles que no deben ignorarse, si han de admitirse dos aseveraciones: una, de sus convecinos, de que era el más *listo* de los Seturas, y otra, de su ama de gobierno, de que no era últimamente en génio y en saber, como ella le habia conocido.

El padre de D. Silvestre, ya por no tener más que un hijo, ya porque viera en él, aguzándole un poco, un instrumento más para el triunfo de sus hollados derechos, determinó mandar á su retoño á la villa inmediata á que estudiara latin con un dómine de torva catadura y de tantas narices como fama, y no era chato. Allí, á fuerza de linternazos y conjuros, que tanto podian significar sistema en el maestro como torpeza en el discípulo, aunque en este caso hay datos para creer que era por lo primero.... casi tanto como por lo segundo, llegó el jóven Seturas á construir oraciones de *activa* con *de.* Siete meses despues de haber vuelto por *pasiva* una de ellas sin trocar el tiempo del verbo auxiliar, escribió á su padre que antes de un año sabria hacerlas de *relativo* compuestas, ó que perderia las orejas (cosa nada increible segun el dómine se las trataba); pero el desventurado padre no tuvo la dicha de admirar el aprovechamiento de su hijo, porque le sorprendió la muerte á la puerta de la Audiencia teniendo la carta en el bolsillo. La pudo haber leido antes de salir de casa, cuando la recibió; pero los minutos que en ello tardara los perdia en la vista; y «todo buen Seturas, como él decia, antes que á sus hijos se debe á su pleito.»

Este acontecimiento varió la faz de las cosas; y el púbero Silvestre fué llamado á su pueblo para arreglar la testamentaría. Su tutor, y tio á la vez, decidió que no estudiara mas, pues, para mayorazgo, bastante sabía; y, por otra parte, la soga no estaba para muchos tirones.—Quedóse Silvestre en su lugar.—Aunque en la lengua de Tácito no hi-

ciera grandes progresos, pudo, no obstante el poco tiempo que estuvo con el dómine, vencer la repugnacia tradicional de la familia á la lectura de todo documento que fuese estraño al pleito. Esto no lo conoció Silvestre mientras estudiaba; pero sí durante el primer año de su horfandaz bostezando, panza arriba, donde quiera que hallaba un palmo de sombra, enfermedad que le hizo recurrir al *Nebrija* como á un camarada antiguo. Repasando *declinados* y echándose oraciones á sí mismo, tuvo que hojear el *Tesauro* de Requejo y el *Calepino* para traducir los ejercicios de Orodea. Como esto no le divertía gran cosa, aunque le aficionaba más á la lectura, rebuscó la casa y halló el *Electo y Desiderio*. El estilo de este libro patriarcal le formó cierto gusto para el diálogo; y amando, como jóven, la intriga, el enredo y los desenlaces sorprendentes, dióse á *Bertoldo* con todas las potencias de su alma. Por desgracia la biblioteca de familia no constaba de más volúmenes que los citados y de algunos montones de copias de escrituras, y el tutor no queria dar un marvedí para la adquisicion de otro libro que el calendario; así es que cuando el jóven Seturas, al cabo de dos años, comenzó á fastidiarse de sus libros que ya sabía de memoria, no pareció en todo el lugar mas que un *Fr. Junípero el de la panza gorda* que le sacó por unos dias de aquella *galbana* perruna que le amagaba otra vez y á la cual propendia notoriamente. Y como amaba por sistema los libros, á falta de otro mejor adquirió una baraja. Lo primero que aprendió con ella fué el *tute arrastrado* y despues el *mús*. Al principio jugaba de *capirotazos* y vueltas á *riquicho* con sus contemporáneos mientras guardaban el ganado. Despues jugó los pocos cuartos que tenía; y en cuanto ganó una peseta, se fué un domingo al *corro*, *acusó las cuarenta* al cura en una seccion de tute, echó en otra de mús un *órdago á la mayor* al secretario del concejo, y se armó para toda la semana. Desde entonces ya no se

aburría. Poco despues, debido tanto á su precoz desarrollo como á su categoría de mayorazgo, fué admitido en el corro de bolos, donde no tardó en hacer un *emboque cerrado al pulgar*, desde el último *pas*. Los mejores jugadores declararon que si bien no *las borneaba* gran cosa, en cambio tenía mucho brazo y que prometia. Quedó, por lo tanto, admitido entre los jugadores del lugar. Con esto y lo antedicho de los naipes ya tuvo más que lo suficiente para dar espansion á su inteligencia, mientras la ley no le autorizó para disponer de su mayorazgo, sin necesidad de diálogos, ni de greco-latinos, ni de tumbarse detrás de cada tapia y bajo cada rama.

Llegó por fin el anhelado instante. D. Silvestre cumplió los veinticinco, y entró en posesion libre de sus bienes.... Por cierto que al entregarle su tutor las cuentas, de poco se arma otro pleito sobre no sé qué raspaduras hechas en los libros.

II.

Dueño de algunos cuartejos, hubiera podido satisfacer el antojo de libros que tuvo años atrás; pero, sobre habérsele dormido la aficion á ellos, le era imposible dedicarse á la lectura. Entre los naipes, los bolos y el pleito que corria ya de su cuenta, no le dejaban tiempo libre en todo el año más que para almorzar la cazuela de leche, tomar las once con medio de blanco, comer despacio el ollon de berzas, patatas y tocino, en compañía de su ama de llaves, echar la siesta en verano bajo un nogal, y en invierno en la pajera, cenar al anocher otro ollon como el del medio dia, dormir diez horas, y, por último, pasar una escoba, ó un puñado de yerbas sobre el lomo de su ganado, antes que lo llevaran por la mañana al pasto, y segar el retoño para el caballo que estaba á su cargo.

Bien debe saber el lector de por acá que de ninguno de estos pormenores puede prescindir un mayorazgo del corte de nuestro Seturas, como no se cruce en su vida algun incidente extraordinario. Esto le pasó á D. Silvestre años despues de su advenimiento al mayorazgo.

Llevóle el procurador una *Gaceta*, á cuyo periódico estaba suscrito en union de otros compañeros de la curia, aconsejándole que desde aquel dia la leyese siempre, cuidando él de proporcionársela, pues le convenia estar al tanto de los decretos del gobierno por si se hallaba con alguno á que se pudiese agarrar para su pleito; no porque dudase de la inteligencia y celo de su abogado, sino porque este habia citado, mas de una vez, disposiciones derogadas medio siglo hacía, y pasado en silencio otras más recientes que favorecian la causa del mayorazgo.

Este se conformó el primer dia con leer el título del periódico y el pié de imprenta y contar los renglones de una columna, para calcular los que tendria todo el papel y los reales que sumarian, suponiendo que á él le dieran un ochavo por cada línea.

Dias despues leyó un decreto; otro dia leyó tres, y así sucesivamente, hasta que acabó por leerse todo el periódico y por despertar su antigua aficion á lo negro, contribuyendo no poco á ello los comentarios políticos que dió en hacerle el cura, que recibia un diario, sobre los decretos que el primero le citaba casi de memoria. El cura, que estimaba á don Silvestre porque sabía latin, le propuso el cambio de sus periódicos y desde luego fué aceptado.

No tardó en sucederle á Seturas con los artículos de fondo algo parecido á lo que á D. Quijote le sucedió con los libros de caballería: fascináronle sus frases y acabaron por extraviarle el poco criterio que tenía, amarrándole completamente á la opinion del periódico y embriagándole con sus

elucubraciones. Su Dulcinea era la patria; sus encantadores, los enemigos políticos del diario del cura. Faltábale á su carácter la esencia romancesca que habia en el de Quijano el Bueno, y por lo mismo desconocia completamente la iniciativa: de otro modo, le hubiera costado muy poco hacer de su peludo cuartago un Rocinante, y olvidado de su pleito salir en busca de aventuras hasta romperse el alma con los verdugos de la perseguida patria.

Seturas, á pesar de su aficion que era tal que le obligaba con frecuencia á negarse á hacer la partida á los jugadores de naipes y de bolos, no habia formado una opinion política sobre un cuerpo más ó ménos sólido de doctrinas: su aficion era ciega y sistemática; y estaba tan encarrilado en la senda del periódico, que hubiera creido insultar la razon dudando una sola vez de sus declamaciones. D. Silvestre no veia en el diario de Madrid un papel más ó ménos grande, con la impresion de unas letras de plomo colocadas mecánicamente, y detrás de todo ello la pluma y la cabeza de un hombre de talla comun y de vulgares ambiciones, que apreciando á su modo la direccion de la cosa pública, prestase vida é interés á aquel objeto: el mayorazgo veia en él una idea fuera de todo contacto con lo humano, el destello de una inteligencia sobrenatural, agena completamente á las escisiones de la vida civil; el periódico del cura era para él el catecismo, el Evangelio; un catálogo de verdades inconcusas, indisputables. Por eso al hablar de política con sus amigos resolvia todas las cuestiones citando las palabras del diario, y con el apoyo de este, reñia con todo el que le contradijese...

En fin, que por primera vez en su vida se sintió con deseos de ver la tierra en donde tanta maravilla se confeccionaba, y de contemplar de cerca á los séres que las producian. Y no era sólo la política lo que le hizo pensar en la corte. Las animadas descripciones de sus fiestas públicas; la

tan cacareada especie de que en Madrid hace cada quisque lo que le acomoda sin que nadie se ocupe de él, y la plana de anuncios del periódico, segun la cual se garantizaba la salud al más enclenque, y se vendian ropa, comestibles y bebidas dando al comprador dinero encima, le hicieron reparar en la monotonía de las fiestas de su lugar; que en él no se podia tirar un pellizco á una muchacha sin que se contase el lance en todas las cocinas; que el dia en que se le antojaba trincarse tres cuartillos, en lugar de la media azumbre que acostumbraba, el tabernero lo charlaba á todo el mundo; y por último, recordó que habiendo en una ocasion añadido cuatro dedos de paño á las haldillas de su chaqueton, sufrió una silba en el portal de la iglesia, cuando iba á misa, de todos sus convecinos; en una palabra, que él, mayorazgo, libre y con salud, ni gastaba levita, ni bebia lo que necesitaba, ni podia echar un requiebro en paz si no se ponia en guerra con el vecindario. Estas consideraciones hechas á solas y exageradas por la pasion que le inoculara el periódico, le arrancaron una noche estas palabras:—«Venderé una finca, ó la hipotecaré para sacar dinero; pero yo no me he de morir sin saber lo que es *aquello.*» Aquello era la corte; pero *lo otro*, de que se olvidó un momento, se le opuso en seguida á su proyecto. Y lo otro era.... el pleito. Los Seturas no se pertenecian á sí mismos. Siete generaciones de ellos habian vegetado en un sólo punto, fijos, inmóviles como rocas, pendientes siempre de las entrevistas de los procuradores. Todos los dias, por espacio de siete generaciones, un individúo de otras tantas de procurador llegó á la casa solariega; y nunca se puso el sol quedando aplazada una conferencia por haber dormido fuera del hogar un Seturas: ninguno de ellos se hubiera atrevido á hacerlo sin presagiarse una sentencia fatal. D. Silvestre, al fin, era Seturas, y no queria desmentir su apellido.

Por eso, al dicho de sus convecinos de que era el más listo de la familia, debemos añadir que fué el más desgraciado. Sus antecesores estaban, como él, atados al pleito; pero con fé, con gusto, sin el menor deseo de ver el mundo. El, por el contrario, tras de haber recibido la herencia muy cercenada, adquirió la necesidad de irse á gastar gran parte de ella fuera de su pueblo; necesidad que tomó en él un imperio terrible despues de un suceso que vamos á conocer, aunque diga el lector que divago mucho.

Leyó un dia en la *Gaceta*, y al pié de un documento de alta procedencia, un nombre que le sonó á muy conocido. Paróse un poco á reflexionar, y dándose un puñetazo en la frente, exclamó para sí: «Así se llamaba uno que estudió conmigo latin; aquel madrileñito que estaba de temporada en la villa, á donde habia ido su padre á tomar aires.... Pero no esposible.... Aquel chiquillo tan enclenque y enfermizo que me sacaba los significados, no puede haber subido tan alto.... No, señor.... Y ahora que me acuerdo, no me ha enviado los tirantes de goma que me ofreció para cuando llegara á Madrid, por haber cargado yo con la culpa de esconder las disciplinas del dómine, ni me pagó nunca dos reales y medio que le presté... ¡Si fuera él!...»

Y empezando por dudarlo mucho, acabó por enjaretar este documento, precioso por su espontaneidad:

«Sr. D. Fulano de Tal. (*Aquí todos los títulos que leyó en la* Gaceta.)

Madrid.

»Muy señor mio: Aunque no tengo el honor de conocerle, me tomo la libertad de dirigirle la presente para que á vuelta de correo me diga *si eres tú* ó no lo eres, el mismo Fulano de Tal que estudió conmigo latin en la villa, y que,

por más señas, me quedó debiendo dos reales y medio y unos tirantes de goma. No es que yo te los pida, caso de que seas el de marras, te los recuerdo para que caigas mejor en lo que te quiero decir.

»Si no fuese Vd. el que yo deseo, dispense la curiosidad y mande con franqueza á S. S. S.

Silvestre Seturas.

«P. D.—El pleito, sin novedad.»

A los quince dias de echada esta carta en la estafeta del lugar, recibió el solariego esta otra en rico papel con filete dorado:

«Mi querido Silvestre: *Ego sum*, amigo mio; yo soy el que buscas, el que estudió contigo en la villa, el que te debe dos reales y medio y unos tirantes de goma. No puedo esplicarte todo el placer que he sentido al hallar en medio de mi enojosa correspondencia oficial tu inestimable carta que me ha despertado uno de los recuerdos más gratos de mi vida, ni podrás sospechar siquiera todo lo oportunamente que la he recibido.

»La suerte me ha sido favorable, ya que favor llama el mundo á que le coloquen á uno donde todos le vean y le puedan zarandear á su capricho; y no extrañes que no te lo haya participado, porque entre las atenciones de mi destino me olvido hasta de mí propio.

»Reconociéndote la deuda que me citas, es ahora, como siempre, tu amigo que te quiere,

Fulano de Tal.

»P. D.—Celebro la buena marcha del pleito, aunque ignoro de qué se trata.»

Dos impresiones causó en D. Silvestre la lectura de esta carta: con la primera, que fué de placer, hizo una pirueta; con la segunda se llamó «bárbaro.»

Hizo la pirueta, porque hallaba un amigo de *campanillas* que, sirviéndole en el pleito, le proporcionaba motivo para ir á Madrid.

Y se llamó bárbaro, porque recordó que, cediendo á la costumbre tradicional en la familia que nunca tuvo más correspondencia que la del pleito, habia añadido á su amigo una posdata cuyo significado ignoraba este.

Pero siendo la primera impresion la que más le dominó echóse á la calle con ella, llegó al corro de bolos, pagó media á los jugadores.... y metió al alcalde en un zapato, como quien dice, en cuanto oyó, vió y palpó el reyezuelo que el solariego se carteaba con señorones.—Al dia siguiente le propuso el concejo una honrosa transaccion; pero ¡bueno estaba D. Silvestre para capitular cuando tenía la sarten por el mango!

III.

Desde aquel dia el mayorazgo no vivió más que para sus ilusiones; y, agobiado por ellas, tornóse en caviloso, taciturno y solitario; huyó de los partidos de naipes y de bolos; y si alguna vez, cediendo á las instancias de los amigos, tomaba cartas, era para dejarse acusar las cuarenta por el último zarramplin del lugar. D. Silvestre, en fin, llegó á encontrar insopertable el rincon de sus mayores.

En esta época de su vida es cuando se le presento al lector.

He creido necesarios los detalles apuntados para que este hallase verosímil el aburrimiento que le aquejaba, y disculpables sus ulteriores decisiones. Porque un hombre que, como D. Silvestre Seturas, tiene:

Cinco pies y medio de talla,

Tres id. de espalda,

Tanto estómago como despensa,

Tanta salud como estómago

Y tres mil reales de renta;

que no conoce el asco, ni el ruido, ni el miedo, ni los guantes, ni el charol, no debe aburrirse nunca en el campo, ó no hay en él séres felices; afirmacion que negarán los poetas melenudos, de báculo y zampoña y los novelistas sóbrios, ascéticos y filósofos. Negáranla, es claro, porque precisamente en el campo es donde estos señores se han empeñado en colocarnos la felicidad terrena, ya bajo el aspecto de encanecido anciano que perora con más elocuencia que Demóstenes y más profundidad que Sócrates, so la añosa encina, ó cabe la parlera fuente; ya bajo el de apuesto galan que cultiva el fértil valle, y aunque suda al sol y come ráspanos y borona, es por la noche bastante sublime para echar un discurso á su prometida que le espera con un ramo de flores, que no es menos gallarda, menos elocuente ni menos poética que su adorado; ya, en fin, bajo la forma de blancos manteles, doradas frutas, triscador cabrito, fiel y respetuoso can, etc., etc.... y todo ello sin más inspiracion que la naturaleza, sin más mentores que los bardales, el susurro de las celliscas y las pláticas del cura. Pero estos señores poetas y novelistas sin duda han estudiado la campiña en el mapa, ó en el Museo de pinturas. Por mi parte, que la conozco más de cerca, tendria á cargo de conciencia asegurar que la obra más perfecta de la naturaleza, *patriarca* más acabado de los valles, la civilizacion, la

elocuencia, la poesía, la felicidad más cabales de la aldea, son otra cosa que D. Silvestre Seturas, despues de quitarle los resabios que debia á la poca civilizacion que hasta él llegara.

Y no entro con aquellos señores en materia para decirles cuatro cosas que se me vienen á las mientes, porque tal vez lo vaya haciendo insensiblemente, y sobre todo, porque me llaman al órden los asuntos del mayorazgo, los tacos de sus dos mozos de labranza, y los aspavientos de su ama, porque, con sus recientes ilusiones, el solariego descuida el caballo, no siega nunca el retoño, deja todo el peso de la labranza á los criados, y no habla más que de Madrid y de su amigote.

Entre tanto ha vuelto á escribir á éste, dándole cuenta de sus proyectos de viaje y esplicándole, al pormenor, el estado y motivo de su pleito.

En la última carta le decia el de la corte que, tanto para su pleito como para satisfacer sus deseos de conocer á Madrid, le aconsejaba que se pusiese en camino cuanto antes, pues él tambien tenía gran interés en verle para arreglar cierto proyecto que habia concebido.

Don Silvestre no vaciló más: envió el alguacil á casa de algunos colonos que le debian dinero, hizo aflojarlo más que de prisa, y como no era mucho, consiguió que el cura le adelantase el resto. Al dia siguiente, tempranito, atrancó la bodega despues de encerrar en ella la ejecutoria y algunas escrituras, colgó la llave por el anillo de un tirante de su pantalon, puesta ya su mejor ropa, guardó en un pañuelo un par de camisas de estopilla, y pendiente este lio de un garrote de acebo chamuscado que se echó al hombro, partió hácia el camino real á esperar la primera diligencia que pasase con direccion á Madrid.

IV.

Con el breve monólogo de D. Silvestre al encontrar el nombre de su amigo en la *Gaceta*, tienen los lectores lo suficiente para saber quién era y de dónde venía el personaje de Madrid; me dispenso en obsequio de la brevedad, aunque hollando la costumbre, el relato de su historia desde que le perdió de vista el solariego hasta que le volvió á encontrar. Supóngase, y esto baste, que muerto su padre en cuanto llegó á Madrid, y solo en el mundo, se dedicó á gacetillero, á pinche de café, á repartidor de prospectos.... á padre de la patria, á cualquiera cosa; pues por todos estos escalones y otros mil idénticos, hemos visto subir á otros muchos hasta la altura en que habitaba, oficialmente, el amigote de D. Silvestre.

Tampoco detallaré los efectos que en el solariego causaron la bata persa de su amigo y las tapicerías de la habitacion en que le recibió. Conocido el mayorazgo, es muy fácil la deduccion de estas menudencias.

Hé aquí el discurso que le dirigió el de la bata, pasadas las primeras formalidades del saludo y del abrazo:

«Amigo mio: estás en tu casa, elige la habitacion que más te agrade y establécete en ella con toda libertad.—Yo almuerzo, solo, á la una, y como á las ocho de la noche. Tendria mucho gusto en que me acompañaras á la mesa, pero si estas horas no te acomodan, puedes escoger otras para tí. Un carruaje estará siempre á tus órdenes, y mis criados lo son tuyos á la vez. La índole de mis ocupaciones no me permite acompañarte á ver las curiosidades de la córte; pero este caballero que es mi secretario particular (y señaló á un elegante jóven que escribia á su lado, y que saludó cortesmente), tendrá mucho gusto en sustituirme, y estoy seguro

de que ganarás en el cambio. Ni la casa, ni el carruaje, ni toda la pobreza que te ofrezco, te asombren ni te acobarden; soy el mismo Fulano de la villa.... el que te debe dos reales y medio y unos tirantes de goma. Corre, pues, investiga y goza á tus anchas, que luego que te canses hablaremos de tu pleito y de mis planes, y entonces te rogaré me dispenses lo que pueda haber de egoismo en lo que ahora estás contemplando como un fenómeno de cariñoso agasajo poco comun en la historia de los hombres de mi talla.»

Don Silvestre era llanote y sencillo: oyó estas palabras con los oidos del corazon, y todas las proposiciones del personaje fueron aceptadas menos la de sentarse á la mesa á distintas horas que él, pues de esta suerte hubiera creido ofender la generosidad y delicadeza de su amigo.—Quedó, pues, instalado en la casa el mayorazgo, revolviéndose en ella con el mismo desembarazo que si en ella hubiese nacido. Los extremos se tocan. La falta de aprension de D. Silvestre le prestaba la desenvoltura que á veces no dan las preocupaciones del gran mundo.

Su primera salida quiso hacerla á pié: habia ido á la córte para enterarse de todo, y lo conseguiria mejor así que encerrado en un carruaje.—Afeitóse bien su barba de ocho dias, vistióse una camisa cuyos cuellos, aunque doblados por arriba un par de dedos, le cubrian la mitad de las orejas, acepilló y se puso su chaqueton pardo y su sombrero de copa, negro-verdoso, empuñó su baston de acebo chamuscado, aseguróse bien de que no falseaban las correas de sus zapatos de becerro, y dijo al elegante secretario de su amigo, como si toda la vida le hubiese tenido á su servicio.—«Vamos andando.»

Algo disgustaba al elegante ir convertido en cicerone de un ente tan grotesco; pero la intimidad con que le trataba el personaje cortesano le hizo ver en el de la aldea un

mandarin inculto, una potencia electoral, un reyezuelo de provincia. Su momentáneo desagrado se trocó bien pronto en solicitud deferente y hasta respetuosa.

Nada de particular halló D. Silvestre por las calles, fuera del ruido de los carruajes y del incesante movimiento de la gente. Teníale el estrépito ensordecido, y tan atolondrado, que tropezaba con todos los transeuntes, y rompió siete cristales de otros tantos escaparates por huir de los coches, pensando que le atropellaban. El secretario estaba en ascuas, y lo estuvo más cuando notó que los cuellos del solariego y su cara avinatada llamaban la atencion de muchas personas. El mayorazgo, afortunadamente, no lo conocia, pues descansaba en la persuasion de que «en Madrid todo pasa.»

Al retirarse al anochecer, y bajo una temperatura de 40º, D. Silvestre se achicharraba, y quiso refrescer. Entraron en un café. El secretario pidió un sorbete; su acompañado, ignorando lo que aquello sería, pidió otro. Sirviéronles los sorbetes. El de Madrid descogolló el suyo de un bocado, con la mayor limpieza imaginable; el aldeano, que desde que vió llegar los refrescos vacilaba sobre el modo de acometerlos, imitó á su compañero, ¡en mal hora para el desdichado! Lo mismo fué hincar sus dientes en el gélido amasijo, que revolverse en el café el ruido de un huracan. La inesperada impresion del frio del sorbete produjo en D. Silvestre los efectos más estrepitosos.

Del primer resoplido, al morder el helado, fué este con la copa hasta la mesa inmediata; y como el que ha tragado polvos de salvadera, Seturas escupia, se sonaba las narices y gritaba pidiendo agua, empeñado el iluso en que *aquello abrasaba*; y por último, comenzó á estornudar.... ¡pero de qué modo!: cada estornudo era un cañonazo bajo los relucientes techos del café, acompañando á cada explosion una lluvia menuda que hizo las delicias de los inmediatos parro-

quianos, durante las quince ó veinte veces que las mucosas de D. Silvestre le dijeron «agua vá.» El estrépito duró un par de minutos.—Cuando las detonaciones se hicieron más débiles y más tardías, como las de una tormenta que se va alejando, la atencion pública, hasta entónces en suspenso, comenzó á agitarse, cruzándose entre los parroquianos sonrisas, carcajadas y epígramas que, afortunadamente, no comprendió el que era objeto de ellos; antes al contrario, pensando solo en el fatal efecto del sorbete y durándole aun la sed, comenzó á sacudir garrotazos sobre la mesa y á llamar con toda la fuerza de sus pulmones.

Un mozo se presentó bien pronto, alarmado con el estrépito.

—¿Qué demonios se puede tomar aquí para quitar la sed, que no se parezca á esa *melecina* condenada que me has dado? le dijo el mayorazgo, señalando el estrellado sorbete.

—Lo que Vd. pida, señor, contestóle el mozo, luchando por contener la risa.

—Pues tráete... media de tinto.

—¡De tinto! ¿Cómo?

—¿Cómo? En *sangría.*

—No le entiendo á Vd., dijo el garzon trocando su sonrisa en expresion de sorpresa.

—Pues la cosa es bien sencilla, añadió el mayorazgo: ¿no hay aquí agua, no hay *azúcara,* no hay rioja?... ¿Pues qué taberna de los demonios es esta?

Una carcajada atronadora estalló en el salon del café. Disculpados los cortesanos con la exigencia del campesino que, á costa de su dinero, queria refrescar con lo que más le agradaba, comenzaron los epígramas y los apóstrofes más cáusticos. Hubo para los cuellos del mayorazgo, hubo para su *colmena,* para su cara, para su garrote, y hubo.... que contener á D. Silvestre que embravecido como

un toro con aquellas banderillas que tan inhumanamente ponía á su inofensivo desparpajo cerril la intransigente civilizacion, quiso emprender á garrotazos con aquella turba de enclenques, famélicos, petardistas, vagabundos y tahures que poblaban el salon, disfrazados de *personas decentes*.

En medio del aturdimiento consiguiente á la escena en que acababa de ser actor, D. Silvestre en lugar de salir por donde entró, se fué hácia la sala de los billares: su acompañante que temía otro escándalo, le llamó; pero ya era tarde. Una vez en ella, se olvidó de lo pasado ante el aspecto de las bolas de marfil, cuyos choques le admiraron como á un niño; y más que las bolas, la locuacidad de un jóven de rizada patilla, gafas y pelo escarolado, que al paso que jugaba carambolas con otro aficionado, hacía las delicias de los cien curiosos que rodeaban la mesa, sentados sobre duras banquetas, con una profusion de chistes y una procacidad tan *verde* y desaliñada, que en un cuartel de blanquillos no hubieran valido ménos que un mes de cepo ó una carrera de baquetas.

Don Silvestre no se extrañaba tanto de la desvergüenza del elegante jugador como del eco que en la concurrencia hallaban sus torpezas; pareciale insoportable la impudencia del uno, pero mucho más imperdonable la aquiescencia de los otros.

Y como desconocia el verdadero valor de aquellas baladronadas, porque ignoraba la pequeñez y la roña del corazon que las dictaba, tomábalas muy á pechos, y hasta resuelto estuvo á interpelar muy sériamente al de las patillotas, cuando le ocurrió preguntar á su acompañante, aún preocupado con el lance del sorbete, qué clase de hombre era aquel que tan bien manejaba la lengua.

—El redactor principal del *N*.... le contestó el secretario: casado, con una hija, director de una sociedad filantrópica,

caballero de Cárlos III, por una oda dedicada al rey, sócio honorario de todos los clubs revolucionarios de París, por una elegía á Marat....

—¡Redactor del *N*!... esclamó admirado el interpelante. ¿Entónces hay en Madrid dos periódicos de ese nombre?

—No, señor D. Silvestre.

—¡Jesús me valga! Con que es decir que aquel periódico que yo leia en mi lugar con tanta fé, está escrito por este hombre; y aquellos artículos en que tanto se clamaba por el órden, por la moralidad, por el bien de los pueblos, eran dictados por un anarquista cínico y desmoralizado? Con que esas palabras de humanidad, filantropía, compañerismo, religion, hogar, derechos, lejos de ser una verdad en semejantes periódicos, son una burla sacrílega, un insulto á Dios y á los hombres, una explotacion innoble de la pública buena fé?

El secretario se encogió de hombros por toda contestacion, como diciendo: «este mozo ha estado en el limbo, cuando á su edad ignora lo que aquí saben los chicos de la escuela;» pero D. Silvestre que no entendia de mímica, no supo traducir aquella expresion; y careciendo de otra respuesta, por no *romperse el alma* (son sus palabras), con el periodista, rogó á su acompañante que se fueran á la calle.

Este, que no deseaba otra cosa, hizo frente á retaguardia; y media hora despues, limpiándose el sudor con su pañuelo de percal aplomado, hacía D. Silvestre, en casa de su amigote, un resúmen exacto de los acontecimientos de su primera salida por las calles de la corte.

V.

El primer consejo que le dió el personaje fué el siguiente: «tanto para que te presentes con la debida decencia en los

sitios que deseas ver, como para quitar todo motivo á las burlas de la gente, debes vestirte á la moda, porque, amigo mio, *dum Roma fueris*.... lo que sigue.»

Por más que á D. Silvestre repugnara el desprenderse de sus cómodos hábitos, al dia siguiente tuvo que empaquetarse en los nuevos que le trajeron de una elegante ropería; pero como el diablo las carga, si bien con trabajillos y todo parecieron pantalon, levita, chaleco y sombrero para las piernas, tronco, cuello y cabeza hercúleos de D. Silvestre, no hubo un par de botas para sus piés en toda la corte, pues como decian los zapateros á quienes se acudió, «hormas de tal tamaño no se hacen en Madrid sino de encargo.»

De aquí resultó un chocante contraste: lo fino de los pantalones con lo grosero de los zapatos viejos del mayorazgo que nunca vieron más lustre que el que les daba una corteza de tocino frotada contra ellos cada ocho dias. Y si á dicho contraste se añade el que formaba todo el D. Silvestre con su equipaje, que desaliñaba más y más metiendo los dedos de sus manos entre el pescuezo y la corbata que le molestaba, hasta dejar esta debajo del cuello de la camisa, dígame el lector qué le pasaría al pobre hombre cuando en semejante *toilette* se echó á la calle, sin escuchar los consejos *ad hoc* del amigote, y las protestas del elegante cicerone que sin el miedo de perder su destino se hubiera negado á acompañarle.

Sucedióle, claro está, que no bien se hubo mostrado al público, cuando este la tomó con él. Primero le miraron, despues se sonrieron, hasta concluir por interpelarle irónicamente y por reírsele á las barbas. Pero este nuevo insulto colmó la medida del sufrimiento de D. Silvestre.—«¡Canario, exclamó al hallarse en medio de un grupo de calaveras; con que ayer, porque iba al uso de mi tierra, os reiais de mí; y hoy que, por complaceros, me visto como vosotros,

me toreais tambien, sin duda porque no sé llevar esta librea. Pues tanto, tanto, no lo sufrió jamás un Seturas.»

Y sin otras explicaciones, largó una bofetada al más cercano, á quien metió de cabeza en el escaparate de una pastelería. Hubiera emprendido con los restantes, pero al volverse hácia ellos ya se habian eliminado. — Si todos los calaverillas madrileños hubieran presenciado esta escena, es más que probable que el mayorazgo no hubiera tenido que sentir más en igual género; pero como no todos los susodichos traviesos estaban allí cuando la primera bofetada, tuvo que pegar la segunda un poco más abajo, y la tercera más adelante, hasta que juzgó prudente irse á vestir con su traje provincial, renegando de la independencia madrileña y de la educacion y tolerancia de las personas *decentes*.

Con este desencanto sobre su alma, y envuelto en el burdo ropaje de sus mayores, y con el que, si no iba elegante, andaba sumamente cómodo, echóse á ver lo que le faltaba; empresa que reasumiremos, en la imposibilidad de seguir al mayorazgo paso á paso y en cada una de sus impresiones.

Siendo la política su caballo de batalla, despues de ver en los cafés que todos los periódicos que leia decian de sí propios lo mismo que el del cura de su lugar escribia de sí mismo y de su partido, es decir, que eran unos santos, al paso que renegaban de todos los demás, fuese al Congreso donde esperaba oir aquellos discursos que, copiados, le admiraban, y aquellos hombres que, pronunciándolos, le parecian semidioses, ó criaturas de distinta naturaleza, forma y color que el resto de la humanidad. Mas ¡oh desengaño! en el palacio de las leyes halló de todo ménos discursos. Presenció en el seno de la Asamblea nacional *disputas* acaloradas, y encontró en los diputados unos hombres de talla comun, que tenian el mismo prurito que los periódi-

cos: la inmodestia de decir cada uno de sí propio, *coram pópulo*, lo que todos los demás le negaban: que era lo mejorcito de la casa, y de lo poco que en virtudes cívicas, y hasta domésticas, se encontraba por el mundo. De aquí resultaba mucho de —«¿Qué has de ser tú?—Más que tú.—Tú lo serás de lengua.—Esa es la que á tí te sobra.—Pues á mí nunca me han perseguido por revoltoso.—Justo, porque en tí es de familia ser un mátalas-callando.— ¡Al órden!—No me dá la gana.»— etc., etc. Preguntó, con este motivo, si habia dos Congresos de diputados en Madrid, y que en donde se pronunciaban aquellos discursos tan arregladitos y tan elocuentes que él acostumbraba á leer; y cuando supo lo de la *correccion de estilo*, cuando le esplicaron lo que estas palabrillas significaban:—«Cáscaras, dijo, pues con un buen *corrector* tambien habria oradores en el concejo de mi pueblo.»

VI.

Curado, con estos desengaños, de la pasion política, dióse á lo de puro recreo, y quiso contemplar de cerca lo que tanto admiró desde lejos: *la casa de fieras*.— «Que me aspen, dijo, cuando la examinó jaula por jaula, si el corral de mi casa no tiene que ver más que esto: para cuatro pavos, dos mastines y un mico, no necesitaba el Gobierno un presupuesto y un personal como los de esta casa, cuyo título es una burla completa de lo que sus verjas debieran encerrar.»

Ya que en el Retiro estaba, quiso, lleno de entusiasmo, recordando las campiñas y bosques de su tierra, tenderse un rato bajo aquella *frondosidad* tan decantada, mas fuese culpa de la intensidad del sol, ó de la ruindad de los árboles, es lo cierto que en una extension de dos leguas de bosque no

halló tres dedos de sombra, ni dos docenas de yerbas donde tender su cansada humanidad. Esto le hizo recordar que el famoso *Prado* era un *arenal* completo en el que habia de todo menos verdura y poesía; que el mismo desierto de Sahara no estaba más reñido que él con la vejetacion, ni presentaba un aspecto más triste y desconsolador á las tres de una tarde de verano. Iba á preguntarse, por cuarta ó quinta vez, si el título de *prado* sería irónico, chocándole que cupiese en cabeza humana (ignoraba D. Silvestre la historia del célebre paseo) la idea de llamar á una cosa con el nombre que menos le conviene; pero recordó lo que acababa de ver con el de *casa de fieras*, y, dias atrás, con los de *puertas* de Segovia y de Atocha; y se convenció de que Madrid era una pura ilusion, que encerraba muchísimos *nombres*, pero á guisa de epitafios; es decir, que cuando se oia: «este es el monumento Tal, ó el *eminente* político, ó filántropo Cual,» debía entenderse: «aquí yacen, ó aquí *debieran existir*, en este lugar, bajo ese ropaje, el monumento Tal ó el eminente politico, ó filántropo Cual.»

Por fortuna D. Silvestre era muy poco artista y mucho menos literato, y con ello se ahorró otros muchos desengaños.

Pero en cambio era curioso y antojadizo, y nunca satisfizo un capricho de los muchos que le provocaban el aspecto y baratura de las mil trivialidades que veia en los escaparates de las tiendas, sin que al tomar el cambio de una moneda no recibiera un par de ellas falsas, monedas que, al entregarlas más tarde en otros establecimientos, le costaban sérios disgustos y le ponian á pique de ir al Saladero, como falsificador.

Si iba al café, aun sacrificando sus apetitos al gusto de los demás parroquianos por evitar escenas como la consabida del sorbete, notaba que los mozos le servian más tarde y

peor que á todo el mundo; porque en el centro de la tolerancia y de la despreocupacion, se juzga y se respeta á los hombres en razon directa de la excelencia del corte y calidad de sus vestidos.

Los cocheros le trataban como al sentido comun, es decir, inhumanamente; al verle con aquella estampa, ni se tomaban la molestia de ahullarle con el brutal ¡*jeeé*! cuando le hallaban al paso para indicarle que se apartára.

El buscar una calle cualquiera le costaba los cuartos que le exigia el brutal gallego por servirle de guia; y como las calles eran muchas y las conocia mal, y como no estaba dispuesto á pagar *prácticos* á todas horas, cuando salía solo no se atrevía á caminar, por no desorientarse.

Esta circunstancia le hizo fijarse todas las tardes, al anochecer, en el famoso crucero de las Cuatro Calles, sitio en que podia recrear su vista sin necesidad de cicerone. Allí, entre los mil objetos y personas que cruzaban en todas direcciones, observó que, á semejanza de los abiones que en las calorosas tardes de verano revoloteaban incansables alrededor del campanario de su lugar, discurrian por una y otra acera, pasaban, volvian á pasar, y siempre las mismas aunque en incalculable número, mujeres de incisiva y elocuente mirada, beldades de esbelto talle y desenvuelta marcha; mujeres que, sin saber por qué, le arrancaban del pecho hondos suspiros.

Mas ¡ay! en vano su ilusion se forjaba planes seductores.... Aquellas mujeres cuyas miradas devoraban á los transeuntes, con cuyos movimientos, con cuya voz, en ocasiones, intentaban seducirlos, solo para D. Silvestre eran ariscas y desaboridas; para todos habia sonrisas, guiños y hasta flores; para el infeliz mayorazgo *escupitinas*, desaires y malas razones. D. Silvestre recordaba entonces que en su pueblo se honraban las mozas con sus

pellizcos, que solo el temor á las lenguas de las envidiosas le hacian economizarse en las empresas galantes; y lanzando un suspiro angustioso, abandonaba su puesto favorito y marchaba hácia su casa preguntándose por los placeres de la córte, y suspirando por el aire de su aldea.

«¿Dónde está lo que yo venia buscando? De todo lo prometido ¿qué es lo que encuentro? El calor sofocante, el polvo cáustico, el infernal estrépito de los carruajes, el peligro de ser por ellos atropellado, los gateras callejeros y algunos *otros* mercaderes, el rescoldo en las bebidas, el veneno de los estancos, la brutalidad de los cocheros, el vandalismo de los revendedores, la inhospitalidad de todo el mundo, el materialismo, la usura de la civilizacion: estas son para mí las únicas verdades de la córte.»

Y eso que el buen hombre, gracias á su amigo, no habia caido en la mayor ratonera de Madrid; no habia sido martirizado en el más cruel de todos sus potros: en *las casas de huéspedes;* ni habia, gracias á su corteza ruda y á su sencilla educacion, visitado á la corte *por dentro.* Si con su sencillez de aldeano perdia la brújula á la superficie no mas del mundo, ¿qué le sucederia surcándole por lo mas hondo de sus tempestuosos senos?

En algo parecido á esto debió pensar despues de la última *escupitina* conque le despabilaron las sirenas de las Cuatro Calles, porque, apenas llegó á su casa, hizo su pequeña maleta, atravesó el garrote de acebo por entre los picos anudados del pañuelo que la formaba, dejó el lío sobre una silla de su cuarto, y se dirigió al de su amigo á quien endilgó un discursillo que, reducido á otras frases menoss desaliñadas, decia lo siguiente:

«Bajo dos aspectos me interesaba la corte vista desde el rincon de mi cocina: como centro en que se elaboraba esa política en que tan ciegamente creia, y como patria comun

á todos los hombres amantes de la libertad social y enemigos de los mezquinos chismes de corrillo. Muy pocos dias he necesitado para conocer, á pesar de mi poca esperiencia del mundo, que la tal política es una indigna farsa; que sus partidos, lejos de representar ideas de saludables recursos para la patria, no son más que *posiciones* que los ambiciosos ocupan para conquistar mejor los grandes destinos que son el móvil principal de todos los políticos. Estos son tantos, que divididos en dos bandos solamente no habria en la nacion bastantes *recompensas* para los vencedores; por eso se han segregado, y siguen segregándose á medida que las filas de cada partido van engrosando con la llegada de nuevos campeones. De aquí que el poder tenga tantos opositores, y que estos no convengan entre sí más que en hacer la oposicion. De aquí que, siendo la verdad una sola, y habiendo doscientos que opinando de doscientas maneras pretenden todos hablar con ella, comprenda al cabo el desapasionado ciudadano que todos mienten, que todos lo saben, y que todos le *esplotan*.—Entre el Congreso de diputados y el concejo de mi lugar no hay mas diferencia que el traje de los concurrentes y la índole de las cuestiones: la intencion es la misma: primero «yo,» despues «mi partido;» lo último «el país.» «Yo tengo siempre razon, mi partido es el santo, el justo; mi vecino es un egoista, su partido la ruina de la patria.» Dispénsame la parte que de mi juicio te alcance, y concédeme que tengo razon.

» Madrid como pueblo tolerante y centro de placeres para todos los gustos y para todas las inclinaciones, ya sabes, por mis relatos, lo que me promete. Aquí, segun lo que me ha pasado, todo el mundo puede hacer lo que más le acomode, sin perjuicio del prójimo, por supuesto; pero es á trueque de romperse el alma con todos y cada uno de los que opinen de otro modo: esto es lo que yo ignoraba y lo

que menos me conviene. En una palabra, para que yo viviera á gusto y disfrutara de todos los placeres con que brinda Madrid á los desocupados, sería preciso que olvidase todas mis costumbres y se cambiasen las condiciones de mi naturaleza; esto es tan imposible como que yo vuelva á leer un artículo de fondo despues que sé cómo y por qué se escriben. No por ello me pesa el viaje, pues te he dado un abrazo y he conocido lo que vale el inculto rincon de mis mayores trocándole por la civilacion. Esta valdrá lo que quieras, pero á mi lugar me atengo; en él estoy como el pez en el agua, y á mi lugar me vuelvo. Con que, quédate con Dios.»

Don Silvestre se hubiera largado muy sério sin decir una palabra más: pero su amigo, agarrándole por las haldillas del chaqueton, le rogó que le escuchara.

«Has hablado, Silvestre, como un libro; y guárdeme Dios de refutar lo más mínimo de tu discurso. Pero sabe que yo tambien reniego de la córte y que la aborrezco con todos mis sentidos. Las atenciones de mi alto puesto me agobian, y las enemistades y miserias que él me produce entre las relaciones de la esfera que ocupo, me desalientan; esfera, amigo mio, que por tu dicha no conoces. Soy rico, soy solo en el mundo, sencillo en mis gustos, inclinado á hacer el bien que puedo, refractario á la envidia y á la maledicencia, y no puedo contemplar sin estremecerme los dardos que me arrojan las rivalidades que cercan mi puesto, y la baja adulacion de los que me necesitan ó me temen. No concibo que un hombre honrado se pueda acostumbrar á desayunarse todos los dias con dos docenas de discursos impresos, en los que se le acusa de venal, de despilfarrador, ó, cuando menos, de estúpido; y el tratar en términos parecidos, sinó peores, á los hombres de mi altura, es la mision de las tres cuartas partes de la prensa periódica; porque esta misma

que en España se lamenta de que las artes, la industria, etc., están en pañales y necesitan mentores, consejos y ateneos, consagra todos sus desvelos á calumniar, á fiscalizar el poder, cuando en él no están sus hombres, ó á adularles servilmente cuando están al frente de la cosa pública. Sin más razon que la de ser yo lo que oficialmente soy, tiene derecho cualquier gacetillero hambriento, el último zascandil de la prensa periódica, á dudar de mi probidad, á llamarme inepto, y á disponer contra mí la opinion pública. Estas innobles guerrillas que dirige y exacerba el hambre, ó cuando mucho, la ambicion de mando ó de destinos, no puede sufrirlas un dia y otro dia ningun hombre que aprecie en algo su hidalguía y sienta aún el rubor de su dignidad calentarle las mejillas, cuando una torpe lengua, ó una envenenada pluma le hieren en el sagrario de su honra; que esta no transije, ni ser puede más que una, ora se albergue bajo el burdo ropaje del campesino, ora bajo los bordados ostentosos del hábito de un magnate.

»Por eso, mientras tú te aburrias en esas calles, yo me desembarazaba de todos mis cargos y esperaba tu resolucion para comunicarte la mia, que es lo de que habia prometido hablarte. Esperábala para decirte: amigo mio, colmadas todas mis ambiciones y agobiado por los desengaños, quiero abandonar la córte y respirar el aire libre de tus montañas, única campiña que he visitado en mi vida y en la cual espero realizar todas las ilusiones que he adquirido con mi lectura favorita. Soy fanático admirador de la vida patriarcal, y de los placeres del campo, de la poesía pastoril. ¡Lejos de mí el ruido del falso mundo, el seco afecto, el materialismo de la civilizacion! Como el venerable, tierno y sencillo poeta,

«Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
á solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.»

»¡Bien hayan tus campiñas y tus bosques! Allí, con la conciencia del hombre honrado, verás, verás, Silvestre amigo, cuánto placer encuentro!... sobre todo, cuando piense en el infierno de pasiones que aquí se agitan incesantemente, y cuando, mientras considere que en el mundo

«...se están los hombres abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo á la sombra esté cantando.»

»Hé aquí mi mayor ambicion de hoy; ambicion que acaricio años há, y que tus noticias y tu presencia ha venido á alimentar hasta hacerme tomar una resolucion invariable.— Ahora bien; mientras olvido mis hábitos de mundo, mientras me aclimato á ese paraiso de tus valles, necesito tu compañía, un rincon en tu casa, y un puesto en tu mesa; pero sin que en tu sistema de vida hagas la menor alteracion, sin que mi presencia aumente un solo manjar á tus comidas. Con estas condiciones aceptaria tu hospitalidad. Para regalarme con el veneno de nuestras cocinas y con la vida muelle de estos gabinetes, me quedaria en la corte. Este es el egoismo á que me referia cuando llegaste á mi casa. Con franqueza, amigo Silvestre, ¿te parece aceptable mi plan?»

El mayorazgo que desde el principio del discurso de su

amigo tenia un palmo de boca abierta, pero de puro placer al oirle renegar de Madrid, y que, por otra parte, era generoso, sensible y hospitalario, y no habia echado en saco roto que todo un personaje le hubiera reconocido, á él, con su corteza de campesino, al cabo de tantos años de ausencia y sin otro motivo que una frívola amistad de la infancia, tendióle los brazos por toda contestacion, en los que estrechó al personaje, quien en premio de su cariñoso ofrecimiento, despues de prometerle resarcirle sus desembolsos, si alguno le costaba, le anunció que dejaba muy bien recomendado su pleito y que contara con ganarle, deshechos algunos enredos que dificultaban el triunfo de su causa, debidos á los manejos de sus adversarios.

Este noticion colmó el entusiasmo de D. Silvestre que tornó á abrazar á su amigo, quejándose de que le hubiera creido capaz de cobrarle pupilaje.

Pocos dias despues salieron entrambos en una silla de postas que debia dejarles algunas leguas antes de llegar al pueblo, pues el amigote de D. Silvestre queria hacer poco ruido para conservar el más rigoroso incógnito á fin de gozar más á sus anchas y en completa libertad de todas las delicias que se prometia de la vida campestre y descuidada.

Por eso se despidió de todas sus relaciones para el Mediodía, y no faltaron periódicos que anunciasen, con esa perspicacia y exactitud que les son peculiares, su feliz llegada á la ciudad de los Califas.

VII.

Aquellos de mis lectores que hayan visitado el pais del *cuco* despues de haber vivido algun tiempo en la clásica Castilla, y especialmente los que á esta última circunstancia reunan la de ser hijos de este poético suelo, me ahor-

rarian de fijo la pintura del efecto que en nuestros dos personajes causó el aspecto de la Montaña apenas hubieron perdido de vista la última llanura tórrida, monotona, infinita, de ese famoso granero de España; me la ahorrarian digo, porque ellos habrán sentido lo mismo que don Silvestre y su amigo al acercarse á este bello rincon del mundo por aquel camino. Pero como no todos los lectores se hallan en igual caso, diré, sólo para los que no conozcan esta topografía, que al acercarse á ella despues de atravesar las planicies de Castilla y de la Mancha, ante tanta belleza y majestad, se siente..... no tener al lado de uno á todos los moradores de las grandes capitales del mundo civilizado, orgullosos con sus prodigios de arte, para decirles: —«Mirad esta naturaleza, y pasmaos: porque junto á ella todo es pequeño y miserable. Ved aquí reunido y practicable cuanto de bello y de fantástico ha cantado la poesía.»

Y, á propósito, no hay trovador novel, ó poeta melenudo que se haya creido dispensado de echar su parrafito á las orillas del *manso* Guadalquivir, ó del *aurífero* Darro, ó á las aguas del histórico Guadalete, sembrando aquí y allá bosques y florestas, frondosidad y fragancia, céspedes y lirios, que así existen donde los colocan los vates como yo soy arzobispo: en cambio, cuando alguno de aquellos ingenios ha pisado el suelo de la Montaña, en lugar de cantar lo que ella le mostraba, en lugar de darle lo que se le quita para engalanar agenas hermosuras, se ha ocupado en escribir á la civilizacion sobre si los moradores de aquende comen borona, andan descalzos y gastan los calzones más ó ménos remendados, como si se tratara de un aduar de Marruecos ó de la isla de Annobón. Pero dejaria la poesía de serlo si los poetas cantáran la verdad una sola vez en su vida.... Y volvamos á nuestro cuento.

Dando resoplidos de pura satisfaccion D. Silvestre, y re-

citando su amigo los más tiernos idilios que recordaba á la vista de los fantásticos paisajes que descubría á cada paso, llegaron ambos al solariego albergue de los Seturas, donde los dejaremos descansar un largo rato; al de Madrid, entre sus pastoriles ilusiones y bajo el incógnito más riguroso, y al otro bajo la impresion de su reciente desengaño; y por lo mismo, más satisfecho que nunca al verse dentro de las sólidas y ahumadas paredes de su casa.

Faltábale tiempo al de Madrid, en cuanto se levantó á la mañana siguiente, para correr por la *solana*, tumbarse bajo un nogal y caminar errante por las mieses; para gozar, en fin, con la loca espansion de un colegial en vacaciones. Y tan abstraido estaba, que al volver á casa al crepúsculo de la tarde, no se acordaba de que no habia comido al mediodía, ni echó de ver que llevaba desgarrado el pantalon y sangrando una rodilla, caricias debidas á las espinas de los setos que tuvo que saltar.

En ocupaciones análogas pasó los primeros dias el huésped de D. Silvestre, cada vez más alegre, más satisfecho y más jugueton. La bazofia y los condumios del ama de gobierno le parecian los manjares más deliciosos; el duro taburete en que se sentaba, mucho más blando que un sillon ministerial; y el aspecto rústico que tenian todos los objetos que encontraba y de que se servia en casa de su amigo, eran el complemento de sus mejores ilusiones. Pero cuando gozaba estremadamente el cortesano era por las noches, despues que, oido el toque de ánimas y rezadas las oraciones de costumbre por el mayorazgo á quien contestaban unísonos todos los de casa, se sentaba en el ancho balcon del mediodía. El canto incesante de las ranas, el aroma de la campiña, el susurro elocuente y misterioso de la naturaleza, los relámpagos fantástico é incesantes que en el horizonte presagiaban, segun el ama de llaves, fuertes calores para

el siguiente dia; de tiempo en tiempo el canto monótono del labrador que iba á dar agua á una pareja cuyas sonoras campanillas le hacian el acompañamiento; el vuelo rápido del murciélago que cruzaba indeciso á cada instante por delante del balcon; los regaños del ama en la cocina, que entre el charrasqueo de la sarten se destacaban con poco placer de los criados á quienes iban dirigidos; y tantos otros ecos y fenómenos que en las noches de verano se perciben en el campo, abstraian de tal modo al forastero que no hubiera cambiado entonces el balcon de D. Silvestre por el trono más elevado del mundo.

Y cuando por las mañanas, al romper el dia, le robaban el sueño el cencerreo del ganado que salía al pasto, los silbidos de los criados, las seguidillas de las mozas que iban á la mies, el toque del alba, los ladridos del perro, el cacareo de las gallinas y los relinchos del caballo, en vez de incomodarse bendecia en sus adentros el instante en que se le ocurrió trocar el agitado torbellino de pasiones de la corte por el oscuro rincon de la vivienda de los Seturas.

Con la contemplacion de estos y otros cuadros á cual más sencillos, su lectura favorita adquiria para él cada vez mayor encanto; y hasta las tiernas églogas de Garcilaso le parecian la espresion más fiel de la verdad, y todos los recuerdos de todos los patriarcas descritos hasta entonces le asaltaban las mientes, y veía los trasuntos de todos los cuadros pastoriles del siglo de oro, y hasta sentía el calorcillo de sus venerandos y rústicos hogares: y tal era el dominio que sobre él ejercian estas ideas, que, fingiéndose estraviado, sorprendia á un vecino comiendo, entraba en la choza de otro cuando sentado este al frente del grupo de su familia rezaba el rosario antes de acostarse, pedia aquí candela, más allá un guia; y por donde quiera aliviaba la miseria, complaciéndose en dejar oculta una moneda de plata ya en el

regazo de un niño que jugueteaba arrastrándose á la puerta de su casa, ya sobre el poyo de la cocina. Y todo esto lo hacía el buen señor, escepto lo de las limosnas, en verdad sea dicho, sin darse de ello la menor cuenta. No reflexionaba ni estudiaba aquello que veia, porque los cuadros y las impresiones se sucedian con la rapidez del relámpago.

Pero á los quince dias de estancia en la casa de D. Silvestre comenzó á notar que no descansaba bastante en la, aunque mullida, incómoda cama que le habian puesto; que la bazofia le agriaba el estómago, y que, por la falta de cielo raso en la alcoba, le escocian los ojos con el polvo que caía del *desván*, cada vez que (y esto sucedía todas las noches), cada vez que las ratas armaban sus jaleos favoritos entre las panojas sobrantes de la anterior cosecha.—Con este motivo la rancia morada de los Seturas abrió por primera vez sus puertas á la civilizacion que entró en la mejor alcoba de la casa en forma de colchon de muelles, cama de bronce, techo de encañado y papeles de colores, traido todo de la ciudad y colocado á espensas del huésped de Madrid, y con no poca delectacion del mayorazgo, del ama y de todos los vecinos del lugar que acudieron, por barrios, durante una semana, á contemplar las maravillas de la alcoba del madrileño, cuando este se largaba á hacer sus escursiones favoritas.

Estas eran siempre por el campo, donde cada dia buscaba un paisaje distinto y al antojo de su poética fantasía. Y preciso es confesarlo: las praderas y valles del lugar de D. Silvestre, como toda la Montaña, superaban en perspectiva á todos los cuadros que se imaginaba el señor de la corte: en esta parte era feliz el amigo de D. Silvestre. Pero no lo era tanto cuando se acercaba á gustar prácticamente las delicias que desde el fondo de los alfombrados gabinetes de las populosas ciudades descubren los poetas entre el follaje

de los bosques y sobre el muelle césped de las campiñas.

Es decir, que el madrileño, siempre con sus libros debajo del brazo y en busca de paisajes, si encantado por el aspecto de un artístico murallon cubierto de verde y tupida yedra, se recostaba contra él, sentado sobre césped de un palmo de espesor, no bien se ponia á leer á cualquiera de los poetas, desde Gonzalo de Berceo hasta el último bucólico de nuestros gacetilleros y romancistas, y esclamaba con el primero:

«Nunca trobé en sieglo lugar tan deleitoso,»

ó con alguno de los modernos otra frase equivalente en mejor castellano, siquiera no fuese tan flojo y desmadejado, cuando llegaba el impertinente tábano que le hacía girar como las aspas de un molino para defenderse de sus iras, ó cantaba á su lado la chicharra, ó se punzaba las asentaderas con alguna zarza traidora, ó caía una lagartija sobre la mas sentimental y pastoril de las estrofas de su libro. Con cualquiera de estos contratiempos concluia el apasionado madrileño por sacudirse la ropa y marcharse punzado, aturdido y tiznado en busca de otro paisaje no menos bonito, aunque más cómodo.

«¡Oh magnificencia! esclamaba una vez, contemplando un nuevo sitio; ¡esto escede á la más sublime creacion del más sublime de todos los poetas; á la region del mas tierno pastor de cuantos ha creado la poesía!

«Corrientes aguas, puras, cristalinas,
»árboles que os estais mirando en ellas,
»verde prado de fresca sombra lleno,
»aves que aquí sembrais vuestras querellas,
»yedra que por los árboles caminas
»torciendo el paso por su verde seno....»

todo esto, y mucho más, veo yo, oigo y toco. ¿Y por qué el sensible Nemoroso no ha de ser posible en estos valles? ¿Qué distancia hay de ellos á la inspiracion de Garcilaso? ¡Oh divina poesía! te veo y te palpo.... Pues señor, aquí tras este tupido zarzal, cabe el arroyuelo que murmura á mis piés, sobre la florida y olorosa pradera, á la sombra de estos seculares castaños, voy á entregarme á mis gratos ócios. ¡Y dirán las almas de prosa que la poesía es una quimera!»

Y al contemplar aquella lozana vegetacion, tan caprichosamente distribuida como no pudiera imaginárselo el más diestro jardinero, exclamó, hasta con fé en las palabras del poeta:

«Oh driades, de amor hermoso nido,
dulces y graciosísimas doncellas,
que á la tarde salís de lo escondido,
con los cabellos rubios, que las bellas
espaldas dejan de oro cobijadas.... »

esperando, tal vez, que abriéndose las zarzas dejaran libre paso á la misma Galatea. Así es que cuando, á corta distancia, oyó agitarse la enramada, no se sobrecogió lo más mínimo, en espera, como estaba de algun prodigio. Pero cuando, en lugar de los cabellos de oro de la Ninfa, vió, hendiendo las enmarañadas árgomas, madre-selvas, espinas, zarzas, juncias y ortigas, las afiladas hastas de un novillo de cuatro años, descendiendo de la sublime region á donde se habia elevado con sus pensamientos, á la clásica morada de los revolcones y de los ojales en la piel, despojóse hasta de sus libros para mayor desembarazo, y no paró de correr hasta la portalada de la casa de Seturas.

VIII.

Este y otros percances análogos, y un tabardillo que le produjo, al fin, tanta y tanta insolacion como tomaba buscando por el campo la sombra de la poesía, le obligaron á desistir de sus escursiones ordinarias, conformándose despues con la sombra del nogal solariego para los pocos ratos que consagraba á la lectura desde el último desencanto. Y como no tenía una sola persona á quien hacer confidente de sus impresiones, pues D. Silvestre, nacido entre los prodigios de aquella naturaleza, de nada se pasmaba, como que nada hallaba que le chocase, y fuera de la naturaleza rústica y vírgen no conocia á fondo más que sus recientes desengaños, le pareció muy fastidiosa la contemplacion de los fenómenos naturales durante las primeras horas de la noche, desde la solana de D. Silvestre; halló tambien insoportable la noche misma hasta la hora en que se acostaba; y como el sueño era acaso el mayor placer que esperimentaba ya en el campo, incomodábale de veras el tener que depertarse á las cinco de la mañana entre la gritería del ama de llaves, los silbidos de los criados y el cencerro del ganado, despues de haber dormido mal toda la noche, desvelado á cada instante por los ladridos del mastin cuya vigilancia llegaba á ser impertinente á fuerza de ser escrupulosa.

Agréguese á esto que la prodigalidad del *señor de* don Silvestre, como llamaban en el pueblo al de la corte, habia corrido de cocina en cocina por todo el vecindario, y que por lo mismo no hubo en él una sola persona que no se creyese con el derecho de ir á pedirle dinero, pretestando necesidades, unas veces ciertas y justificadas, otras fingidas é indignas de la largueza y filantropía del forastero; de suerte que ni siquiera le quedó el placer que experimentaba ali-

viando la desgracia, pues temia equivocarla con las consecuencias de la haraganería, y contribuir al fomento de más de un vicio procurando socorrer la verdadera miseria.

Una de las impresiones más agradables que recibió en la aldea, fué al ir por primera vez á oir la misa de la parroquia. Bajo la tejavana, ó *portal*, que se estendia á todo lo largo de dos fachadas de la iglesia, como en todas las de las aldeas de la Montaña, estaban reunidos y en espera del toque de campanilla que les avisara la salida del sacerdote al altar, todos los ancianos, jóvenes y niños del lugar que no tenian un impedimento justificado que los eximiese de la obligacion de asistir á la misa parroquial. Todos con el mejor vestido, y formando corrillos en los que se departia á gritos, como es costumbre entre la gente de campo, no por que el furor sustente los debates, sinó por hábito adquirido viviendo casi siempre fuera de techado; todos, repito, se entregaban á aquel primer momento de ócio, despues de una semana de rudas fatigas, con las mas evidentes señales de satisfaccion, buscándola especialmente en comunicarse unos á otros las observaciones, planes y labores que cada cual habia hecho desde el domingo anterior.—Cuando el de Madrid, al lado de D. Silvestre, se acercó al portal de la iglesia, el rumor que veinte pasos antes llegara bien claro á sus oidos, cesó de repente; levantáronse los hombres que estaban sentados, suspendieron los muchachos sus juegos y carreras, y descubriéndose todos respetuosamente, abrieron calle al madrileño y á su amigo hasta donde el primero juzgó oportuno colocarse en espera tambien del toque de campanilla. Esta muestra de deferencia y de respeto afectó al huésped del mayorazgo, acostumbrado al frio y egoista contacto del pueblo de las grandes ciudades; y en prueba de su reconocimiento trató de mostrarse afable y cariñoso, más aun de lo que era de ordinario, con el dueño del rostro más cer-

cano entre los doscientos que le contemplaban inmóviles desde su llegada.

A las primeras palabras dirigidas afectuosamente al aldeano, los que detrás de él formaban silenciosos, adelantaron un paso, y á la cuarta pregunta del de la corte un círculo compacto de curiosos le envolvía, disputándose todos la ocasion de oir la voz del señor forastero, y de seguir de cerca con la vista el movimiento de sus brazos y la direccion de su mirada. Esto duró hasta que se oyó el repiqueteo de la campanilla; porque entonces los chicuelos rompieron la humana valla que á duras penas habian atravesado para ver al caballero más de cerca, los viejos apagaron sus pipas, los jóvenes restregaron el fuego de sus cigarros en el poste más inmediato y se guardaron las puntas en el bolsillo del chaleco, los que tenían la chaqueta tirada sobre los hombros se la vistieron; y todos, viejos, jóvenes y niños, corrieron al templo atropelladamente para llegar á él antes que el párroco pisara las gradas del altar.

—¡Qué feliz he sido hoy en medio de esos honrados aldeanos! decia á D. Silvestre su amigo durante la comida.

¡Cuánta poesía en aquel cuadro que me rodeaba! Porque su expresion no era la que dan el servilismo, ni la ignorancia, sinó la mansedumbre del justo, ó el rubor de la inocencia!

Don Silvestre hubiera hecho algunas enmiendas al panegírico de su amigo; pero tan habituado le tenía este á semejante lenguaje, que ya no se cansaba en contestarle siempre que con él hablaba.

IX.

Las escenas del portal de la iglesia se repetian cada dia festivo, no solamente en este sitio, sinó en el *corro* á donde

iba el madrileño á ver bailar *á lo alto* y jugar á los bolos. Pero llegó á notar este fanático personaje que el círculo de curiosos que siempre le envolvia, era cada vez más estrecho; que entre los espectadores, antes mudos como guardacantones, habia muchos que se permitian sus *apartes* intencionados y con pretensiones de graciosos; que los que este título llevaban entre los convecinos, á trueque de conquistarse sus carcajadas, faltaban *aliquando* al de Madrid, siempre digno y prudente, con una grosera impertinencia; que los chicuelos que antes le contemplaban con la boca abierta y las manos en los bolsillos del pantalon, se le acercaban hasta tocarle con un dedo la cadena del relój, mientras á la descuidada tentaban con la otra mano el paño de su levita, cuya finura les admiraba; y por último, que las mozas del lugar, á quienes dirigia delicadas galanterías y que al principio no se atrevian á mirarle á la cara, le volvian ya cada *fresca* que le dejaba helado.—De modo que, despues de la metamórfosis de Galatea en novillo *uncidero,* y durante la convalecencia del tabardillo, dándose á reflexionar sobre el carácter de la gente del campo donde habitaba, á despecho de sus ilusiones se concedió á sí mismo que pedir prudencia, saber, dulzura y poesía á unos séres cuya sociedad constante son las bestias, cuya educacion son las rudas tareas del campo, y cuyas aspiraciones están limitadas á salir del año sin morirse de hambre, es una exigencia que toca en lo ridículo. ¡Harto harán, los pobres, sabiendo saludar en turbio castellano! Demasiado es en ellos esa suspicacia estremosa que forma su carácter, primer testimonio de que no carecen de criterio. ¡Ojalá supieran educarle, y entonces no emplearian aquella en dudar de todo el mundo, ni se acarrearian esas guerras intestinas que los lleva á cada instante á disputar sus derechos ante los tribunales de justicia, consumiendo en empresas tales el fru-

to de sus faenas, mientras sus hijos se arrastran desnudos pidiéndoles un pedazo de pan que no siempre reciben!

Merece consignarse otro de los incidentes que más contribuyeron al desencanto de nuestro personaje.

Departiendo una mañana en el portal de la iglesia con el alcalde del pueblo, y siempre deseoso de practicar el bien, ya que sus medios se lo permitian, comprometióse á traer de su cuenta un relój de torre para la iglesia del pueblo, regalo que dedicaba á los honrados vecinos entre quienes tan buenos ratos habia pasado. El alcalde, al oir la palabra *regalo,* abrió unos ojos de á tercia, y dióse á reir de pura satisfaccion; pero cuando, como siempre, se puso á reflexionar sobre el motivo de tanto desprendimiento, se tornó en sério, y dijo al personaje, con la mejor cara que pudo, que al dia siguiente le daria la contestacion.—Este, que atribuia á modestia ó á cortedad semejante respuesta, no volvió á pensar más en ella, y en cuanto se separó del alcalde, no dudando que su proposicion sería bien acogida, se puso á discurrir sobre el modo de que el reloj llegase al pueblo lo más antes posible. Entre tanto el alcalde, apenas pronunció el cura el «*Ite-misa est,*» se acercó al campanero y le dijo con precipitacion:—Toca á concejo.

Como el edificio en que las sesiones se celebraban, ó sea la casa consistorial, estaba á dos pasos de la iglesia, á medida que esta se desocupaba iba llenándose la otra, deseosos los vecinos de saber de qué se trataba, pues ni habia carreteras que componer, ni arbitrios que rematar, ni repartos que hacer sobre el territorial, ni sorteo de mozos para el ejército, ni siquiera ajustes de *puertos* y pastores, supuesto que la cabaña estaba aun disfrutando los pastos cuyo pago se habia hecho, como siempre, adelantado por el concejo.

—Señores, dijo el alcalde, tan pronto como el alguacil

pasó lista á los asistentes y vió que, legalmente, se podia celebrar sesion:—Se trata de que el señor forastero quiere regalar un relo de campana para la torre de la iglesia del pueblo.

—Pues Dios se lo pague, contestaron á coro la mayor parte de los concurrentes.

—A mí me parece *que no habrá compromiso* en que le cojamos por la palabra, añadió el alcalde dejando entrever ya el fondo receloso que, como opinaba muy bien el personaje, forma el carácter de los aldeanos montañeses.

No necesitaba tanto el vecindario para calcular los inconvenientes que, en su concepto, podria traer al pueblo la aceptacion del regalo; así es que al oir la palabra «compromiso» en boca del alcalde, cada vecino se volvió hácia su adlátere, con una expresion en la cara que, aun cuando de pronto parecia de estupidez, leyéndola bien se podia traducir en estas palabras:—«¿Qué te parece de esto? ¿nos cojerán de primos?»

Pero tan franco, tan claro era el ofrecimiento, que ni aun con la mala fé de que ellos eran capaces encontraron en el primer cuarto de hora una sola objecion que hacer al generoso forastero. No obstante, lejos de decir esplícitamente «aceptamos,» todos, y el primero el alcalde, dirigieron sus miradas inquietas á un rincon de la sala donde estaba sentado un viejo con calzon corto remendado, montera bajo la cual asomaban, segun la antigua moda, dos mechones de pelos entrecanos, uno sobre cada sien y de un palmo de largos, chaqueta al hombro, y un garrote chamuscado con el que hacía garabatos sobre el polvo del suelo, fingiéndose distraido.

El tio Merlin, que así llamaban al viejo de las súcias greñas, era la notabilidad del pueblo, donde se le habia dado el nombre que llevaba por la reputacion de *listo* que

le acompañaba desde sus contemporáneos que al emigrar de este mundo se le recomendaron á la generacion heredera como un dije inestimable, como una providencia. El tio Merlin reunia á la condicion de listo la fama de *célebre*, nombre que entre los aldeanos equivale á decidor, oportuno, chistoso, circunstancia que por sí sola dice bastante para que todos los lectores comprendan el dominio que el tio Merlin ejerceria sobre sus convecinos. Porque en aquel lugar, lo mismo que en el mundo de la civilizacion, un hombre á quien los demás escuchan con la sonrisa en los lábios, y dan el apellido de *gracioso*, tiene ámplias facultades, no solamente para provocar la risa sin ofender á nadie, sinó para ser importuno, molesto y hasta grosero donde y cuando le acomode, sin que á nadie se le ocurra darse por ofendido, aun cuando la dignidad y la honra sean las víctimas de un equívoco, ó de una frase más ó menos ingeniosa.—¿Y cuál no será la influencia de un hombre de estos sobre los que le rodean cuando sobre su carácter de gracioso lleva la opinion de *sábio*, como el tio Merlin? Por eso este personaje se encontraba siempre presidiendo todos los acontecimientos del lugar. Bodas, bautizos, entierros, juntas, tertulias... en cualquier acto de estos y otros muchos, lo primero que la pública curiosidad buscaba anhelante era la presencia del tio Merlin; porque aquí para provocar la risa, allá para dar un consuelo y en el otro lado para ilustrar el juicio de los demás, su presencia era tan indispensable, que sin ella no se encontraba alegría, ni lágrimas, ni consuelo, ni consejo.

Y era de notar que el tio Merlin jamás era esplícito en sus pareceres y que sus admiradores, al repetir á otros las ocurrencias del célebre viejo, apenas hallaban por donde cogerlas en claro. El tio Merlin, como casi todos los decidores del mundo, tenía todo su chiste en aquello que callaba,

y lo que callaba era lo más importante. Así es que la reticencia era su fuerte, y con un interrogante, unos puntos suspensivos y un gesto de «¡qué pillo soy!» resolvia todas las cuestiones, arrancaba á su placer las carcajadas al auditorio y enredaba á sus convecinos cada dia en un berengenal de pleitos y rencillas, extraviándoles más y más la justicia con lo vago é intencional del tono de sus oscuros pareceres. Pero su fama era bastante más vieja que todos sus convecinos entre quienes el buen criterio no pudo nunca aclimatarse, y el tio Merlin era siempre listo y célebre; .....y por eso en el concejo se buscaba su opinion al tratarse de aceptar ó nó la oferta del generoso madrileño.

—¿Qué dice de esto el tio Merlin? preguntó el alcalde despues que, como todo el concejo, le hubo mirado por algun tiempo en silencio, estudiando hasta el rumbo más vago de su garrote.

El interrogado, sin dejar de hacer garabatos, miró de reojo á todos los circunstantes, fijóse en el alcalde que inclinado sobre la mesa enseñaba unos dientes tan grandes como habas cochineras, ansiando la respuesta del viejo, y despues de arreglar la chaqueta sobre los hombros, contestó muy pausadamente:

—Con que, qué digo yo de esto? eh?... Pues digo, que... Jummma!...

Esta carraspera arrancó al concejo una carcajada que duró medio cuarto de hora.

—Vamos al decir, tio Merlin, *de* que usté cree...

—Que la cosa no trae malicia, señor alcalde... ¡juí! que las pillo yo al vuelo....

—Pero, señor, fegúrese usté que el hombre me llama y me ice: «doy el reló pa la torre sin el menor aquel de gastos pa el respetive: yo pago too el jaleo, y pueen ustedes dende hoy avisar á los carpinteros y albañiles que han de

juriacar la paré, porque la cosa estará aquí en toa la semana que viene.»

—¡Hola!.... ¿Conque hubo too eso? ¿Conque le ice á usté ese señor que busque carpinteros y que juriaque la paré de la torre.... y *entovía* no atisba usté la entruchá?

—Hombre, repuso el alcalde con cierta humildad que le imponia la sagacidad del viejo, no diré yo que no viera algo de ella, y por eso mandé tocar á concejo.... Pero ello ¿qué es lo que usté teme?

El tio Merlin bajó la cabeza, sonrióse con pillada, volvió á hacer rayitas sobre el suelo, y por toda contestacion largó otro ¡jummmaaá! que produjo el mismo efecto que el anterior. Al cabo de un rato añadió:

—Señores, ¿en el juriaco que se quiere abrir en la torre no ven ustedes ná?

Los circunstantes se encogieron de hombros.

—Lo dicho, continuó el viejo, no ven ustedes un buey á cuatro pasos.... Pues yo veo que por ese juriaco se nos mete en casa el forastero; que el reló es una trampa que se nos quiere armar para dejarnos á toos en cueros vivos en el dia de mañana.

Una esclamacion de sorpresa fué la contestacion del concejo.

—Eso no puede ser, tio Merlin, objetó luego el alcalde; la cosa no trae tanta malicia. ¿Y á qué se agarra usté pa creer?...

—¿Que á qué me agarro?... Esa es cuenta mia.—Nos vió aldeanos, le gustó el pueblo, y dijo: «á pescar lo que se pueda»... Porque, señores, pinto el caso de que uno cualquiera de ustedes va al lugar de ese señor, y tiene tanto dinero como él: por mucho que el lugar le guste, ¿se le ocurrirá regalar un reló para la torre de la iglesia?

—Es claro que no, contestaron algunos. ¿Qué me importa á mí la comodidad del vecino?

—Pues cátalo ahí, esclamó triunfante el tio Merlin. ¿A qué santo ese hombre nos ha de regalar un reló, sin mas acá ni mas allá?

El concejo se quedó tamañito bajo tan conducente argumento.

—De manera, dijo el alcalde, que nos convendrá decir á ese señor que se guarde el regalo para engatusar á otros tontos....

—No señor, «á la zorra candilazo» que dijo el otro, replicó el tio Merlin. Aquí va á ir de pillo á pillo. Puede usté decirle que traiga el reló, pero firmando un papel.

—¡A ver, á ver!... murmuraron los circunstantes, llenos de curiosidad.

—Escriba usté, secretario, dijo á este el alcalde, que la cosa tien que ver. Dicte usté, tio Merlin.

Este, despues de rascarse mucho la cabeza, colocó sobre el garrote sus dos manos, sobre ellas la puntiaguda barbilla, y con los ojos radiantes de malicia y de satisfaccion, empezó á dictar al secretario lo que, entre un aluvion de carcajadas, y despues de cien enmiendas, y al cabo de media hora, decia al pié de la letra:

«Digo yo, D. Fulano de Tal, que por mí y por todas las generaciones y herederos que pueden venir detras de mí y por todos mis cuatro costados, he recibido del ayuntamiento de... el valor del reló de la torre de su iglesia, traido por mi conducto y á mis expensas.

»*Item.*—Que me comprometí á ponerle por mi cuenta en el juriaco que ocupa.

»*Item.*—Que señalo una cantidad de *dos mil reales* al año para gastos que el infrascrito reló preduzca, ó arroje de sí mesmo, ó séase para su manutencion y conservacion.

»*Item.*—Que si algun dia la torre se viene abajo en mis dias, ó en los de todas las generaciones y herederos que pue-

dan venir detrás de mí y por todos los cuatro costados, yo y ellas nos comprometemos á hacer otra torre nueva ú otra iglesia, si el ayuntamiento lo tuviere por conveniente.

»*Item*.—Yo y las dichas generaciones y herederos, nos comprometemos á pagar todos los pleitos que por causa del reló resulten en el lugar, ó en las inmediaciones, y á no hacer reclamacion alguna al concejo de... por conceuto del reló ni otro alguno.

»Así lo quise; y para que coste, lo firmo en... á tantos de Julio, etc.»

—Ahora, añadió el tio Merlin, que firme ese señor: despues que vea por onde nos mete mano.— Y retozándole la risa en los lábios, salió del concejo entre la algazara y los aplausos de sus convecinos.

Aquel mismo dia se presentó el alcalde con este documento al forastero, diciéndole al entregársele, con tono y espresion de triunfo:

—Aquí está mi contestacion.

El amigo de D. Silvestre no pudo menos de reirse al leer tan peregrinas condiciones, á pesar de la sorpresa que le produjeron; despues se indignó al considerar tan miserable suspicacia; y, por último, rompiendo en pedazos el papel y volviendo las espaldas al alcalde por toda contestacion, acabó por compadecerse de aquellas pobres gentes que, por huir de un mal que nadie les hacía, desechaban el bien que las iba buscando.

X.

Entretanto la estacion avanzaba, y el melancólico otoño iba iniciándose á medida que se morian las ilusiones del forastero. El aterciopelado verde de la campiña se habia cambiado en otro más pálido y amarillento; segada y recogida la

yerba de los prados y *despuntados* los maices, las mieses habian perdido toda su lozana frondosidad; y su aspecto, aunque bastante más risueño que la primavera de Castilla, infundia cierta tristeza en el ánimo que la habia contemplado dos meses antes. Los bosques y las florestas se enrarecian tambien al menor contacto del furibundo viento sur que ya estaba en plena campaña para secar las *panojas* y madurar las castañas; los pajarillos enmudecian poco á poco, y volaban errantes é indecisos; las noches crecian y los dias acortaban; la naturaleza toda anunciaba su letargo del invierno, y no se escuchaba otro sonido de su elocuente lenguaje que el de los secos despojos de su primavera rodando en confuso remolino á merced del viento que cada dia soplaba más récio.

No necesitaba el forastero tanto aparato para languidecer y enervarse despues de los desengaños sufridos hasta allí. Así es que á la vista del cuadro que se le presentaba, no tenía otro deleite que el pensar en su vuelta á la córte. Y como esto no le llenaba el ánimo completamente, se complacia en colocar á su lado para contraste, todos los sufrimientos que debia á su expedicion á la patria de los Seturas, con el fin de amar la primera á medida que fuese aborreciendo la segunda.

—«Vamos á cuentas, se decia una tarde, sentado enfrente de la ventana de su cuarto, y mirando cómo se ocultaba el sol detrás de una montaña, entre vivísimos resplandores. Llevo en este pueblo tres meses; he gozado á mis anchas y con las ilusiones de un niño, es decir, he gozado cuanto es posible en esta vida de zozobras y de aprensiones, tres semanas.—En cambio he padecido despues un tabardillo, tres cólicos, trescientos sustos, treinta mil molestias por esos campos de Dios buscando la sombra y la poesía, sesenta y seis insomnios producidos por el perro, por los cencerros y

por los golpes oidos durante la noche, innumerables disgustos en mi trato con el vecindario; y si cuento diez indigestiones que me produjo la bazofia de esta bendita cocinera, una oftalmía á consecuencia del polvo del techo de mi alcoba, y doscientos rasguños de espinos en la piel (todo esto durante las tres semanas contadas de placer) no hay duda que la ganancia de mi expedicion, vista por este lado, ha sido bien escasa.—Veámosla por la parte económica, que es por lo que más se recomienda la vida del campo.—Por no reventar con tanto y tan especial menjurje, he tenido que proveerme por mi cuenta de la ciudad; y como esta está muy lejos, entre propios, carros y otras menudencias, lo que aquí he comido, muy mal sazonado, me cuesta triple que mi alimento ordinario y exquisito de Madrid. Mi equipaje está súcio y desgarrado, pero hasta el extremo de que necesito hacerme un traje nuevo, si al salir de este pueblo no han de tomarme por un mendigo. Se me dirá que de esto me tengo yo la culpa, pues he saltado portillos y corrido por los prados, y me he sentado en ellos, etc., etc. Pero, señóres mios, ¿es posible que á otra cosa se pueda venir al campo?—Sin contar lo que he dado en limosnas, pues cuantas pueda hacer siempre me parecen pocas, llevo gastado un dineral en propinas, y en pagar, triple de lo que valian, *regalos* que estas gentes dieron en hacerme cuando corrió la voz de mi largueza. Total, inclusa manutencion, obra de la alcoba, etc., segun el estado de mi porta-monedas y cartera, cerca del doble de lo que, en igual tiempo, gasto en Madrid con carruaje y espectáculos.

Veamos ahora mi espedicion por la parte instructiva, por la del estudio, para el cual se receta siempre el campo. Perdidas mis ilusiones por la frívola poesía pastoril, solamente la idea de salir de aquí muy pronto era capaz de hacerme leer con paciencia mis libros instructivos.—No comprendo

que sin un confidente á quien consultar, ó con la idea de no volver á ver más la civilizacion, haya un hombre capaz de encerrarse entre los bosques á desentrañar los misterios de la ciencia, cuando la ignorancia completa de ella es lo primero que se necesita para vivir á gusto entre estas cerriles criaturas, ser tan rústico como ellas y circunscribir á las suyas las propias ambiciones.—Y no se me diga que esta es cuestion de caracteres, porque el mio es un modelo en docilidad y acomodamiento, soy un optimista extremoso, y así y todo me ha hastiado la naturaleza y me ha repugnado la humanidad inculta.—Mi lectura, pues, con la esperanza de ver el mundo otra vez, no ha sido escasa, pero no provechosa; pues con incómoda habitacion, mal asiento, peores digestiones por la falta de sazon de alimento, y preocupado con las miserias de que he sido objeto, no he sacado tanto fruto en dos meses como en un solo cuarto de hora en mi gabinete de estudio en Madrid.

Por lo que hace á robustez, que es lo que en mí busca, y dice que encuentra todos los dias Silvestre desde que estoy en la aldea, si algo he aumentado en peso debe ser consecuencia de la corteza tostada que cubre mis manos y mi cara, y del no sé qué que se ha adherido á mis cabellos que á pesar de mi esmero se revelan, y están cada dia más rústicos y cerdosos.... Decididamente me vuelvo á la corte.... Pero, ¿y el hastío que me echó de ella? ¿Será otra ilusion como la del campo la inclinacion que hoy siento hácia Madrid? Antes de salir de aquí voy á probar el último recurso; voy á vivir á lo Robinson. Dialogaré con la naturaleza, y huiré de todo ser humano en lo que me sea posible.»

Aquí llegaba el de la corte con sus meditaciones la última vez que se entregó á las de semejante naturaleza, sin notar que el sol habia apagado su último reflejo, y que, por ende, la noche habia dejado su habitacion envuelta en la más im-

penetrable oscuridad, cuando un ruido estrepitoso sobre el techo de la alcoba le hizo dar un salto en la silla, y buscar en seguida á tientas y acelerado la puerta, pensando que se hundia el tejado solariego.

—¡Silvestre! ¡Silvestre! gritó al hallarse en la sala.

—¿Qué demonios te ocurre, hombre? contestó á poco rato el mayorazgo, apareciendo en escena con el candil en la mano.

—¿Qué ruido es el que he sentido sobre mi cuarto?

—¿A que te has asustado?.... ¡Já, ja, já, jaaaa!!

—Pues el lance es para reir.

—Y ya se ve que sí. Como que no es otra cosa que un garrote de panojas de la otra cosecha que estoy poniendo encima de tu cuarto.

—A buena hora te has acordado de hacerlo.

—Como los criados han estado *cogiendo* todo el dia en la mies, no se ha podido hacer hasta ahora.

—Ya podias haber avisado antes, ó dejar la operacion para mañana.

—En lo primero tienes razon, y dispénsame el olvido; en cuanto á lo segundo, como esta noche es la *deshoja*, no era cosa de que se mezclaran las dos cosechas.

—¿Qué es eso de la deshoja? repuso sorprendido el forastero.

—¡Cómo! ¿No sabias que era esta noche? ¡Bruto de mí!... Vente conmigo.

Y así diciendo, cogió á su amigo por un brazo y le arrastró, ó poco menos, hasta la cocina. En ella le enseñó al ama de llaves que estaba fregando una enorme caldera, en la que iban á cocerse media fanega de castañas que estaban en un saco cerca del fogon.

—Todo esto es para la gente, dijo D. Silvestre señalando las castañas y un enorme jarro de vino que estaba sobre el vasar.

—¿Para qué gente? le replicó su amigo cada vez más sorprendido.

—Vente y lo verás, repuso el mayorazgo saliendo de la cocina y tomando por un brazo á su amigo.

Unos pasos antes de entrar en el *estragal*, ó sea el corredor que conduce á la *bodega* desde el punto en que arranca la escalera del piso alto, una algarabía atronadora de carcajadas, cantares y chillidos llamó la atencion del forastero; algarabía que cesó tan pronto como este y D. Silvestre llegaron á la puerta de la bodega. En esta, iluminada por un roñoso farol colgado de un clavo en una pared, se veia una enorme pila de panojas recien traidas de la heredad, y á su alrededor, sentados en el suelo, treinta ó cuarenta mozas y mozos del lugar ocupados en deshojarlas, echándolas despues una á una, pero con extraordinaria frecuencia, en los *garrotes*, ó grandes cestos que estaban colocados delante de los deshojadores, á razon de uno de los primeros por cada seis de los segundos. Estos garrotes suelen tener una medida dada, y por el número de garrotes, ó *coloños* que van llenos al desván, cálcula fácilmente el labrador el resultado de su cosecha.

La deshoja es una operacion que toma la solemnidad que hemos visto en casa de D. Silvestre, en las de cuantos labradores cogen maiz para todo el año, pues con el objeto de que el grano empiece pronto á ventilarse, procura el cosechero despojarle cuanto antes de la hoja que le envuelve y que le perjudica mucho despues que se retira de la heredad; y como la operacion es muy pesada para poca gente, es ya costumbre que se reuna toda la que quiera del pueblo, sin más retribucion que un jarro de vino ó de aguardiente, y á veces una sola de las dos cosas, para deshojar una cosecha en una noche, ó en dos á lo sumo.

El silencio impuesto por la llegada de D. Silvestre y su

amigo, volvió á interrumpirse en breve, en cuanto el último, siempre propenso á gozar con tales cuadros, se mostró muy satisfecho en medio de la concurrencia, y le dirigió algunas palabras en son de broma. Fraccionóse, pues, el círculo en secciones; y en una se contaba el cuento de *Juan del Oso*, en la otra se criticaba, en esta se cantaba y en aquella se hablaba de la cosecha, sin que faltasen manotazos ó coscorrones por aquí y por allá, pues aquellos mozos tambien eran de carne y hueso, y no siempre, buscando una panoja oculta entre las hojas apiladas, topaban con ella al momento y sin tropezar antes con tal cual pantorrilla estraviada, cuya dueña, aunque con la risa en los lábios, protestaba con el puño cerrado contra la equivocacion.

Hacía un rato que la deshoja estaba en plena efervescencia, cuando una voz gritó: «¡la *mona*!;» y esto sobró para que las mujeres se alborotaran y chillasen, y para que los hombres se pusiesen en actitud de defensa.

El forastero, pensando que se trataba del cuadrumano de aquel nombre, miraba á todas partes con notable curiosidad, en tanto reia á sus anchas el bonachon de D. Silvestre, quien al cabo esplicó á su amigo lo que aquella voz significaba.—Llámase mona á una gran bolsa ó protuberancia que sale á algunos maices en el tallo, y que despues de seca se convierte en un depósito de polvo negro y pegajoso; bolsa que guardan cuidadosamente los aldeanos al coger el maiz, si han de deshojarle con solemnidad, para untar con ella la cara del más cercano cuando más descuidado esté.

A pesar de la alarma producida por el miedo que todos tenian de verse con la cara untada de negro, la mona no pareció por ninguna parte. Un mocenton colorado y mofletudo que no pudo ver con calma á un rústico Tenorio (pues tambien los hay en el campo) charlando más de lo regular con una moza á quien él camelaba, hallándose colocado á

gran distancia de ellos, era el que habia gritado con la intencion de interrumpir el amoroso coloquio, ya que no habia podido conseguirlo de otra manera.

—¡Diez y *tarja*! cantó la voz de un hombre que, llegando á la puerta de la bodega, cruzó con una raya de yeso otras nueve paralelas, hechas una á una á cada coloño que se subia al desván. Chocó al forastero que el décimo, en lugar de seguir el camino de los anteriores, cayese en un rincon de la bodega, que se habia aseado antes con el mayor esmero; y preguntando á D. Silvestre, supo que aquel garrote de panojas, tal vez el más repleto de todos y el de las más gordas, era el primero del *diezmo* que pagaba á la Iglesia de Dios. Por aquel tiempo andaba aún la cosa pública... á la moda de entonces, y de nada se extrañó el forastero, sinó del cuidado y escrupulosidad con que D. Silvestre, sin intervencion de nadie y sin la presencia del investigador diocesano, cumplia el mandato número cinco de los de la Iglesia. Y aun hacía más D. Silvestre: junto á la pila de panojas formada con los coloños del diezmo, habia otras varias más pequeñas, hechas á costa de las nueve partes que á él le quedaban libres; porque de cada coloño que subía al desván dejaba tres panojas para las ánimas del purgatorio; dos para alumbrar á san Antonio, patrono del ganado; seis para san Roque, abogado de la peste; seis para san Pedro, patrono del lugar, y otras seis para los pobres del vecindario que careciesen de semilla en la época de siembra. ¡Y todavía el mayorazgo daba gracias á Dios por lo mucho que le quedaba libre!—«¡Desgañitaos, hombres de la ciencia, para *ilustrar* á la humanidad; afanaos en *perfeccionarla* para hacerla más feliz á costa de lágrimas y sudores; pero estudiad á este hombre, y tomad en cuenta la tranquilidad de su espíritu!»

Así esclamaba, para sus adentros, el forastero al contem-

plar la fé y el placer con que su amigo cumplia los preceptos que se le imponian y las exigencias de la caridad que guardaba siempre en su sencillo corazon.

Ya comenzaba á gozar un poco el de Madrid entre los episodios de la deshoja, y una prueba de ello es que permaneció observándolo todo, sentado sobre un arcon viejo, hasta que muy entrada la noche se presentaron los criados de don Silvestre á la puerta de la bodega, llevando con mucho pulso entre los dos una caldera rebosando de castañas, é inmediatamente detrás el ama de llaves con el jarro del vino, un vaso para escanciarle, y otro jarro más pequeño para repartir las castañas.—A la vista de todos estos objetos, la deshoja se alborotó, y á merced de la efervescencia pudo un adlátere untar á su placer con una mona la cara del celoso y rechoncho moceton que habia gritado antes de mentirillas. El sorprendido y cerril amante que entre las carcajadas de la gente no veia más que con sus celos y al traves del ignominioso tinte de su cara, en lugar de echar al garrote la panoja que tenía entre las manos, la arrojó furioso hácia su rival; pero este tenía la cabeza más dura que la panoja, y habiéndola recibido cerca del occipital, resbalando sobre él el proyectil fué á parar á las narices del forastero que estaba sentado un poco mas atrás y en la misma direccion. Y gracias á la penosa sensacion que en todos produjo la carambola, no hubo un lance entre los dos jabalíes rivales que se quedaron pasmados al ver sangrar por las narices al buen señor, y al oirle decir mientras salía de la bodega acompañado de don Silvestre y de su ama que bufaban de rabia:—«Esto debí yo haberlo previsto; pues á quien entre bestias anda tales caricias le esperan.»

Curado en pocos dias de las consecuencias del panojazo, juró solemnemente huir de todo contacto con semejante raza; y al efecto se proveyó de caña y escopeta para esplotar

en los ramos de pesca y caza aquellas regiones donde tantos disgustos iba pasando mientras buscaba sus mejores ilusiones. Pero siendo tan infecundos en pesca el rio y los regatos del país, como en ninfas y Salicios y Nemorosos sus campiñas, abandonó la caña á los pocos dias de dedicarse á ella, pues no remuneraban dos anguilas y tres docenas de pececillos que pescó durante la temporada, todos los constipados y mojaduras que cogió sentado á la orilla del rio, unas veces al sol y otras al agua.

Abandonada la caña, se dedicó á la escopeta; y ya que la caza no fuera muy abundante, por lo menos el ejercicio corporal que hacía corriendo tras de las *miruellas* le proporcionaba buen sueño y más que regular apetito.

En esto habia pasado un mes desde el panojazo. La naturaleza, lánguida y enclenque entónces, iba quedándose, como si dijéramos, en cueros vivos; las brisas eran más frescas, y en lugar del sonido armónico y majestuoso que formaban perdidas entre el follaje de junio, gemian lastimeras al chocar contra los escuetos miembros de los árboles; lloraban fatídicas como si fueran la voz de la naturaleza que lamentara la pérdida de sus risueñas galas. El suelo se humedecia cada vez más, porque el sol no tenía fuerza bastante para enjugarle despues de los chubascos, cada dia más fuertes y más frecuentes; las noches eran eternas, y sólo un sueño como los que últimamente disfrutaba el de Madrid, era capaz de hacerlas pasar medio á gusto entre los silbidos del viento del vendabal que penetraba fino y cortante por cada intersticio de los innumerables que tenian las puertas exteriores del solariego palomar; las *lumbradas* que hacía el ama en la cocina, solamente las soportaban ella y D. Silvestre acostumbrados á su calor desde la infancia; el forastero se abrasaba acercándose al fuego y retirándose de él se le helaban las espaldas con el *gris* que corria en aquel in-

menso páramo. En cuanto á la poesía del chisporroteo de los tizones y del hervir de los pucheros, así la encontró como la que habia buscado entre los jarales. Roncaba el ama de llaves, roncaba D. Silvestre, roncaban los criados, y el gato y el perro; silbaba el viento, bramaba la cellisca contra las inseguras ventanas, y más que vision placentera, parecia aquel cuadro escena de conjuro, ó ensueño de calenturiento.

¡Entónces sí que pensó en su gabine de Madrid, y en el salon del café, y en el teatro de la ópera!...

«¡Qué será un invierno pasado así, Dios mio!» se decia una noche mientras se acostaba en busca del sueño, único amparo que hallaba en medio del *spleen* que empezaba á perseguirle.

XI.

Fatigado de saltar setos y regatos y de trepar por cerros y colinas, tornaba hácia su casa una mañana el huésped de D. Silvestre, con la escopeta al hombro y sin haber podido matar más que dos gorriones y una calandria.

Ya columbraba la ventana de la cocina solariega y hasta llegaban á sus narices los aromas de los guisotes del ama de gobierno, cuando distinguió una miruella sobre la rama más alta de una higuera.

Agazapóse el cazador todo lo que pudo, deslizóse de mato en mato y de bardal en bardal, como una culebra, para no ser visto ni sentido del animalito cuyo *pesquis* es proverbial en el país, apuntóle con la escopeta cuando le tuvo á tiro y á su gusto, y....

Pero espliquemos la situacion del cazador, por si los pormenores del suceso nos fueren más tarde de alguna utilidad.

Apuntando el madrileño á la miruella, tenia á cuatro pa-

sos, á la espalda, un huerto contiguo á una pequeña casa, y cerrado en todo su perímetro por una pared *seca*, es decir, una pared trasparente, de piedras sobrepuestas medio á la casualidad, como es de costumbre en la Montaña; paredes que suelen durar eternidades, porque la consistencia que las falta de nuevas se la dá bien pronto la yedra que junto á ellas nace, y penetra entretejiéndose por todos los intersticios. La pared del huerto que tenía á su espalda el cazador, comenzaba ya á consolidarse: sólo un tramo de dos varas estaba sin revestirse de las verdes ligaduras, y sostenido por un prodigio de equilibrio.

Por lo que hace á la casa, estaba cerrada herméticamente; y en toda la extension que alcanzaba la vista, no se distinguian más séres vivientes que el cazador, la miruella y un hombre que cerca de la casa esparcia *toperas* en un prado, y acechaba de cuando en cuando las operaciones de un topo á cuya caza andaba. Este hombre, á quien el de Madrid no veia, era el tio Merlin.

Hecha, pues, la *puntería* á placer del cazador, (como que apoyaba la extremidad del cañon de la escopeta en una rama), hizo fuego sobre el pajarraco, y este cayó, como una masa inerte, rebotando de quima en quima. Pero al pié del árbol habia un bardal bastante espeso, y en este bardal cayó la miruella.—Cerca de un cuarto de hora invirtió en buscarla el pacientísimo cazador que al fin la encontró; pero no sin degarrarse las manos que sangraban por veinte lados distintos con las punzantes zarzas que le ocultaron su presa.

Con esta en el morral salió otra vez al camino que antes llevaba; y echándose la escopeta al hombre marchó á largos pasos hácia su casa, pues ya habia oido tocar á mediodia, y no le gustaba hacer esperar á D. Silvestre quien, de fijo, estaba arrimando las sillas á la mesa.

Cerca ya de la portalada del mayorazgo, oyó un estrepi-

toso ruido. Volvióse hácia el sitio de donde este partia, y vió que se habia ido al suelo la parte flaca de la pared del huerto antes citado.

Como el suceso tenía muy poco de particular, no le llamó la atencion, ni trató de remediarle: lo extraño para él era que semejantes murallas resistieran un dia la posicion vertical.

Y convencido de que el derrumbamiento de la pared era uno de los sucesos más frecuentes en la historia de la misma, siguió su camino y llegó á casa del mayorazgo á quien encontró esperándole para comer.

En los postres estaban ya, cuando un criado apareció en escena, anunciando á un hombre que deseaba hablar con *el señor*.

—Que pase adelante, dijo este, siempre dispuesto á complacer á todo el mundo.

Un momento despues penetró en la sala, pisando tímidamente, un aldeano de madura edad, con la chaqueta al hombro, barba de quince dias, y dando vueltas en las manos á un mugriento sombrero que solamente cesaba de girar cuando el aldeano sacaba una de ellas de la arrugada copa, para retirar hácia atrás las ásperas y encanecidas greñas que le caian sobre los ojos.

—Tengan Vds. buenas tardes.

—Muy buenas las tenga usted; y díganos en qué puedo serle útil.

El recienvenido titubeaba cada vez más.

Al cabo de un rato bien largo de toser, cambiar de punto de apoyo, manosear el sombrero y luchar con sus greñas, comenzó así el aldeano:

—Pues señor, yo soy, pa lo que usté mande, Cleto Rejones, y vivo aquí, á la esquierda, cancia la juenti, como el que tira á la mies del Jalecho, en una casa sola que usté habrá

visto al ir á cazar esta mañana.... que tiene un *higar* delante....

—La del suceso que me has contado, añadió D. Silvestre, dirigiéndose á su amigo.

—Adelante, contestó este, más interesado ya en saber el objeto de la visita.

—Pues señor, resulta *de* que yo, á la vera de la casa, tengo un güerto de carro y medio de tierra, que, en buen hora lo diga, es una alhaja pa el dicho de cojer patatas y posarmos pa el avio de la casa.... como que el viudo del Cueto me daba por él un prao de cinco carros y un rodal viejo, y no se le quise cambiar.... ¡Que me muera de repente se es mentira!

—Si nadie lo pone en duda, hombre de Dios, repuso riéndose el de Madrid. Pero vamos á ver lo que usted desea.

—A eso voy de contao.... Resulta de que yo, como decia, tengo un güerto de carro y medio de tierra á la vera de la casa, y de que ese güerto tiene una paré que le cierra sobre sí. Resulta de que esta paré se vino á tierra esta mañana, por la parte de la calleja.

—De lo que doy fé, porque lo ví.... Adelante....

—Resulta de que, al caer la paré, quedó un juriaco abierto.

—Claro está.

—Y por ese juriaco entraron despues, con perdon de usté, dos *de la vista baja* (1).

—Adelante.

—Y estos dos de la vista baja, con perdon de usté, me jocaron el güerto, me comieron las patatas, me tronzaron los posarmos y me desbarataron dos semilleros de cebollas....

---

(1) Cerdos.

—Hombre ¡qué lástima! exclamó verdaderamente condolido el noble forastero.

—Como usté lo oye, señor; crea usté que para mí ha sido hoy un dia desgraciao.

Y el bueno del aldeano, al decir esto, menudeaba más y más los giros de su sombrero, y retiraba con doble empeño los mechones de su áspera cabellera.

El huésped de D. Silvestre, creyendo que las pretensiones del aldeano se reducian á pedirle alguna cantidad para reponer la avería, dispúsose desde luego á dársela bien cumplida, pero no quiso hacerlo sin que el aldeano se insinuase de alguna manera, temiendo herir su *delicadeza*.

—Y ¿qué es lo que Vd. pretende de mí? repuso con intencion.

—Señor, contestó el aldeano, yo quisiera que se nombrase una persona que fuera á reconocer el daño, y que le tasara.

—No está mal pensado.... Pero ¿contra quién vá Vd. á reclamar?

—De modo y manera es que.... la paré bien tiesa se estaba....

—Sí.... hasta que se cayó.

—De modo es que si no la hubieran *aboticao* (1).

—Luego ¿se sabe quién la tiró?....

—Paece ser que hubo testigos....

—Pero, en fin, ¿qué es lo que yo puedo hacer en esta cuestion?

—Pos na, si le paece....

—Esplíquese Vd. de una vez, santo varon.

El aldeano bajó la cabeza, volvió á cambiar de postura;

---

(1) Empujado.

y sin cesar de mirar al sombrero, continuó al cabo de un rato, y tartamudeando:

—Yo, señor, pa decirlo de una vez.... porque ello es justo, ¡canario! justo como la ley de Dios, vengo á que usté me pague, ó á que nombre por su cuenta el tasador.

El forastero saltó sobre la silla.

—¡Que le pague yo á Vd.!.... ¿Pues acaso tengo yo la culpa del suceso?

—Ahí está la *jaba*.... Yo no digo que usté lo hiciera de mal *aquel*, pero la paré estaba flojilla, y con una perdigoná sobraba pa echarla abajo.

—¿Pero Vd. habla de veras?... ¿Vd. es capaz de sostener que derribé la pared?

—Yo no lo ví, no señor; pero una presona que estaba cerca cuando usté mató la miruella, me lo ha asegurao....

—¡Esto es inaudito, Silvestre; yo voy á hacer un escarmiento con esta canalla!.... Figúrate, en primer lugar, que al matar yo el pájaro estaba de espaldas á la pared....

—Pero á eso, interrumpió el aldeano, dice la presona que con el *rustrío* (1) de la escopeta....

—Qué rustrío ni qué.... ¡Imbéciles!.... Y aunque tamaño absurdo fuera atendible, ¿de qué serviria cuando la pared cayó un cuarto de hora despues que sonó el tiro?....

—¿Pero tú haces caso de esas socaliñas? dijo D. Silvestre, hasta entonces mudo espectador. A esta gente es preciso conocerla. ¿A que anda el tio Merlin en el ajo?

—Justamente, contestó el pobre hombre.

—Me lo temí; ¡es el enredador de mas malas entrañas!... Quítatenos de delante, canalla, ó te arrimo un botellazo que te rompa las muelas. ¿Cómo te atreves á acercarte á una persona decente con esas tretas de tan mala ley?....

---

(1) Conmocion.

—Yo no tengo la culpa, contestó tímidamente el aldeano, haciendo un cuarto de conversion hácia la puerta.... Yo soy un probe.... ¡muy probe! señor D. Silvestre; tengo un güerto que me dá para ayudar la vida, cáese la paré, entran por ella los animales, destrózanme la probeza que habia en él, dícenme «Fulano tiene la culpa»; y... ¿qué ménos he de hacer que pedir lo que en ley se me debe?.... Pero, añadió enternecido dirigiéndose á la puerta, dicen ustedes que me he equivocao, y yo lo creo.... Perdonar la falta.... y queden ustedes con Dios....

—Tiene razon el buen hombre, exclamó al poco rato el bonachon madrileño.—El infeliz no tendrá, tal vez, comida para mañana; y de él no ha partido la idea de hacerme reo de semejante delito.... Llámale, Silvestre, que voy á gratificarle....

—No te apures, hombre de Dios; yo los conozco mejor que tú.... y no son tan suaves como aparentan.

De todas maneras el aldeano habia desaparecido, y los buenos deseos del madrileño quedaron sin realizar; pero don Silvestre tuvo que aceptar de su amigo una moneda de oro para entregársela al pobre labrador lo más pronto posible.

Cuando al dia siguiente se despertó el madrileño, su primer recuerdo fué para el aldeano; y en su consecuencia, la primera pregunta á su amigo, en estos términos:

—¿Le entregaron el dinero?

—No, contestó el mayorazgo....

—Caramba, lo siento mucho....

—Bah.... no te apures.... y por de pronto lee este papelito que me ha entregado para tí el alguacil del concejo.

Tomó el húesped lleno de sorpresa, el papel, y leyó en voz alta lo siguiente:

«Alcaldía *costitucional* de....

»Por la presente, y á *estancia* del vecino Cleto Rejones,

se cita á juicio verbal para mañana á las tres de la tarde en la casa-concejo, al señor de D. Silvestre, sobre pago de *desprefeuto* de *ojeutos* naturales, existentes en una propiedad lindante al vendabal con su casa, y cerrada sobre sí á paré seca, y de cuyos ojeutos *alimentivos* está dicho Cleto Rejones *acaeciendo.*—El Alcalde costitucional, *Trebucio Canales del Garojo.*»

XII.

Si el lector desea conocer el fin de este peregrino incidente que hubo de costar la salud al desencantado madrileño, háganos el obsequio de acompañarnos al mismo edificio dentro del cual se debatió la cuestion de aceptar ó nó el reló consabido.

Pero en lugar de quedarnos en el ancho salon donde el pueblo se reunió entonces, y que á la vez sirve de escuela pública de primeras letras, vamos á subir por una angosta escalerilla abierta en un ángulo de la pared opuesta á la puerta principal. Como son las tres de la tarde, y esta de un dia de trabajo, tenemos que encontrarnos, al atravesar el citado salon, con dos largas filas de muchachos sentados ante un doble atril sobre el que unos escriben y repasan otros la leccion que han de dar más tarde en la mesa presidencial que ocupa el maestro, cuya diestra no suelta la tremenda palmeta de cinco agujeros.

No bien asomamos las narices á la puerta, calla el discordante y atronador coro que forman los granujas, lectores quítase el maestro las gafas, pónese de pié, hacen lo propio sus discípulos, y todos á la vez, hincando una rodilla en tierra, exclaman á grandes voces: «*¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!*» fórmula que siempre he tenido por un ocioso sacrilegio, siquiera la costumbre le autorice en todas ó la mayor parte de las aldeas de la Montaña.

Repuesto, pues, el indulgente lector de la sorpresa que le habrá causado tan extraña recepcion, llegamos á la escalerilla cuya puerta nos abre, entre mil reverencias, el sanguinario pedagogo; subimos media docena de toscos escalones, y entramos al fin en una pequeña sala donde nos hallamos al conocido alcalde de los largos colmillos, sentado ante la única mesa que allí hay, y á su derecha, pero de pié y á respetuosa distancia, al alguacil del concejo. En un banco cercano están sentados Cleto Rejones y el tio Merlin con su habitual espresion de *travesura.* De pié y retratadas en su semblante la indignacion y la repugnancia que la escena le produce, está el madrileño junto á su fiel amigo D. Silvestre que participa, por simpatía, de la situacion moral del primero.

Oigamos lo que allí pasa.

EL ALCALDE. Supuesto que ya estamos reunidos, vamos á dar principio al juicio. (*Al alguacil.*) Llama al señor maestro. (*Vase el alguacil y sube á poco rato acompañado del maestro que se coloca en su puesto de secretario.*) Hable, pues, Cleto Rejones, y diga, esponga, relate y cuente lo que pide, quiere ó *solecita* del señor demandado aquí presente. Pero primeramente, ¿Cleto Rejones trae su hombre bueno?

EL TIO MERLIN. (*Inclinándose respetuosamente.*) Para servir á Dios y á ustedes.

ALCALDE. Por muchos años.—En cuanto á este caballero, ya veo que le acompaña D. Silvestre.... Con que, adelante. Y digo: esponga Cleto Rejones!....

CLETO. Tocante á eso, digo, señor alcalde....

ALCALDE. Calle usté el pico.

CLETO. De modo que como usté me manda....

ALCALDE. Mando, sí, pero en acabando yo de hablar. Esponga Cleto Rejones su particular.

CLETO. ¿Hablo?

ALDALDE. ¡Bárbaro! ¿Pues no me oyes?....

CLETO. De modo que como usté me dijo....

ALCALDE. ¿Cantas.... ó te condeno?

CLETO. Pos canto y digo.—Yo tengo, *en* primeramente, un güerto cerrado sobre sí y á paré seca. Resulta *de* que esta paré del güerto que yo tengo, se vino abajo por un lado, quedó un juriaco abierto, y entraron por él dos de la vista-baja, con perdon de ustedes. Resulta *de* que estos animales jocáronme el güerto y me asolaron la probeza que en él tenía... y resulta *de* que pido y reclamo que se me reconozca el daño y se me pague.

ALCALDE. Pues es muy justo que te se pague, porque la paré no debió haberse caido. (*Mirando de reojo al madrileño*) Y al menos que *denguno* la haiga aboticao....

CLETO. Eso mesmo creo yo. (*Mirando con timidez al tio Merlin.*) Paece ser que hay testigos de cómo la paré no cayó de por sí sola.

ALCALDE. Eso es lo que se necesita..... ¿Y qué dice á esto el demandado?

DEMANDADO. Que esa demanda envuelve la falsedad más indigna; que estoy resuelto á negarme á la infame exigencia del demandante, y á hacer todo lo posible por enviar á un presidio á los autores de esa impostura.

ALCALDE. Será segun y conforme. Por de pronto hay testigos contra usté.

DEMANDADO. Serán comprados.

ALCALDÉ. (*A Cleto.*) ¿Cuáles son tus testigos?

CLETO. (*Señalando al tio Merlin.*) El señor.

ALCALDE. Pues con usté va esta música.

MERLIN. Protesto.

ALCALDE. Eso es palique..... Canta lo que sepas, y á jurar en seguida.—Pero usté, ¿qué pruebas trae contra Cleto Rejones?

DEMANDADO. Mi palabra de caballero, mi conciencia y algunas razones de sentido comun.

ALCALDE. No es mucho que digamos. La ley quiere más.

MERLIN. Por de pronto la paré estábase derecha. El señor disparó su escopeta cerca de ella, y la paré cayó en seguida.—No habiendo pasado nadie más que el señor en toda la mañana por aquel sitio, ¿quién si nó el señor tiene la culpa?

DEMANDADO. ¿Y esos son todos los argumentos que Vd. presenta contra mí?

MERLIN. ¿Y le parece á usté poco?

D. SILVESTRE. Tio Merlin, Vd. es un tunante; ¡y si no fuera por sus canas!....

MERLIN. Señor de Seturas, usté me falta.... No hay en el pueblo nadie que se atreva á dudar de mis palabras.

D. SILVESTRE. Tampoco ha habido nadie que le haya querido romper el alma, y por eso tiene Vd. embrollado y revuelto el vecindario.

MERLIN. (*Furioso.*) Que *coste*, señor alcalde.... y que se apunte todo pa el dia de mañana que yo tome cuentas.

DEMANDADO. Dé Vd. antes las que le piden, y no olvide que estoy resuelto á todo, incluso á enviar á los dos á un presidio.

CLETO. Yo pido lo que es mio, porque me han dicho que se me debe.

DEMANDADO. Usted es un pobre hombre; pero antes que de-

jarse seducir por un malvado, debiera oir los consejos de los hombres de bien.

MERLIN. Yo soy tan honrao como usté y la....

ALCALDE. ¡Silencio!

MERLIN. No me dá la gana.

ALCALDE. ¡Tio Merlin! que tengo malas pulgas, y conmigo no se juega.

MERLIN. Que no me atienten la pacencia.

SECRETARIO. Usted se ha extralimitado, señor *de* Merlin.

MERLIN. ¿Y quién le dá á usted vela pa este intierro?

ALCALDE. ¡Canario! que haya órden, ó hago una barbaridad.

MERLIN. Yo estoy aquí de hombre bueno, y puedo hablar lo que me dé la gana.

SECRETARIO. Cuando á Vd. le toque, y en sentido pacífico...

MERLIN. Que le digo á Vd. que se mete en camisa de once varas.

SECRETARIO. Y yo repito que Vd. se extralimita.

ALCALDE. ¡Orden!... ¡que lo mando yo! (*Haciendo la señal de la cruz.*) ¿Es usté (*al tio Merlin*) capaz de jurar por esta cruz que el señor demandado derribó la paré de Cleto Rejones?

MERLIN. Señor alcalde, yo soy capaz de eso y de mucho más, porque cuando al hombre le asiste la justicia....

ALCALDE. ¿Jura usté? sí ó nó.

MERLIN. Primeramente, como hombre bueno que soy de Cleto Rejones, propongo que se arreglen las dos partes. A mí no me gusta hacer daño á naide cuando la cosa se puede hacer amistosamente.

DEMANDADO. No hay arreglo que valga; antes al contrario, estoy resuelto á pedir que se escriba el juicio, y á acudir con mi causa á donde haya lugar.

ALCALDE. ¿Qué dice á esto el señor D. Silvestre?

D. SILVESTRE. Que se me está acabando la paciencia y temo que voy á echar por la ventana á ese bribon.

MERLIN. Que coste ese nuevo ultraje.

ALCALDE. (*A Merlin.*) ¿Jura usté? ¡Sí ó nó!

MERLIN. Que no se me falte, eso es lo que digo.

ALCALDE. (*Al secretario.*) Prepárese usté á escribir. (*A Merlin.*) Por tercera vez, ¿jura usté?.... ¡sí ó nó!!

MERLIN. ¡A mí se me ha faltao!

CLETO. ¡Yo quiero lo que es mio!

D. SILVESTRE. Por eso te vas á llevar un par de guantadas.

CLETO. ¿Lo oye usté, señor alcalde?

ALCALDE. (*Dictando á gritos.*) *Visto,* que el demandante Cleto Rejones no sabe una palabra sobre el derrumbe de la paré de su huerto;

Visto, que el único testigo que presenta del caso sabe tanto como el Cleto Rejones....

MERLIN. Pido la palabra.

ALCALDE. ¡Silencio!

MERLIN. (*A grandes voces.*) ¡Yo quiero hablar!

ALCALDE. *Visto,* que sobre ser el testigo de mala ley se permite faltar á la justicia con palabras subversivas...

MERLIN. (*Gritando.*) ¡Yo no falto á naide; eso es una impostura!

ALCALDE. ¡Al órden!.... Y *considerando* las facultades que me asisten, y asimismo la caballerosidad del demandado y sus buenos antecedentes,

Condeno—á Cleto Rejones á quedarse con la paré derribada, si él no la quiere levantar por su cuenta, y á pagar las costas del juicio, como son:

Una peseta de papel,
dos reales para el secretario,
y doce cuartos para el alguacil.

Item.—Al testigo Andrés del Jaral, por mal enombre tio Merlin, á la multa de dos celemines de maiz para las Ánimas, y media azumbre de blanco para los enfermos del lugar, por insubordinacion y faltas de mayor calibre al alcalde y demás personas presentes al juicio celebrado el dia tantos de tal mes, á las tres de la tarde. (*A Cleto y Merlin.*) Y esto no vos lo levanta ni la caridad.

CLETO. Señor alcalde, yo soy inocente. El señor tiene la culpa de que yo citara á juicio á mi contrario. Yo soy un probe.... y ya me habia conformado con las razones que el señor me dió en su casa.

MERLIN. ¡Hola, tunante! ¿con que me echas la culpa? Señor alcalde....

ALCALDE. ¡Silencio, digo!.... (*Al demandado.*) Está Vd. servido, caballero.

CLETO. (*Al demandado.*) Señor.... por la Vírgen santísima, no me tome *enquina* (1); que me habian dicho que, en justicia, me debia usté levantar la paré, y pagarme los daños del güerto.

DEMANDADO. Lo sé; y de mí no tema Vd. nada, mucho ménos ahora que el señor alcalde ha sabido administrar digna justicia. Y en prueba de que ningun rencor guardo hácia usted.... ahí va por los daños del huerto (*dándole unas monedas*); y yo me encargo de pagar las costas y hasta la multa del señor, que harto castigo es para él su conciencia, si algun dia la siente, y el pesar del daño que con su funesta oficiosidad ocasiona á sus convecinos.

CLETO. (*Llorando de agradecimiento.*) ¡Ah, señor, Dios le bendiga por donde quera que vaya!

---

(1) Ojeriza, rencor.

Alcalde. ¡Bien, canario!.... Vengan esos cinco, que tambien á mí me gustan los hombres de corazon (*apretando la mano del demandado.*) Ya veis, canallas, (*á los contrarios*) la diferencia que va de vusotros á este caballero que es presona ecente.

D. Silvestre. (*A su amigo.*) Vales un Perú.... Pero vámonos á casa porque temo que me voy á ir encima de ese enredador.....

Alcalde. Se dá por terminado el juicio. (*Saludando á todos.*) A la *par* de Dios, señores.

[illegible], lector, volvemos á bajar la escalerita, llegamos [illegible] la escuela, y.... ¡válgame Dios qué cisco han re[illegible]os granujas! En cuanto el maestro subió al otro [illegible]ar de chiquillos comenzó á rebullir, primero [illegible] por si el pedagogo les jugaba, como de costumbre, alguna emboscada, despues con bulla, y por último, con un estrépito y una agilidad tales, que el vigilante nombrado por el maestro, y con omnímodas atribuciones por cierto, viendo su autoridadad atropellada, hubiera acudido en queja «*al señor* maestro» si se hubiera atrevido á penetrar en el *sancta sanctorum* de las casas consistoriales. Pero á falta de este recurso apeló á un zurriago que para los grandes lances estaba colgado en la pared, detrás de la mesa, y se fué con él encima del primer grupo de amotinados que jugaban á la pelota y habian derribado ya con ella el tintero magistral. Entre aquellos angelitos no se sabe lo que es broma; y prueba de ello, que si tremendos fueron los zurriagazos que el vigilante sacudió en las nalgas de sus insubordinados condiscípulos, no fueron más flojas las *guantadas* que estos le atizaron en las mismísimas narices. Pero como el abofeteado tenía amigos en la escuela, al ver la *bandera en-*

carnada echáronse sobre los agresores y se armó la gorda.

Eso esplica, lector, ese cuadro, verdadero campo de Agramante, que has visto al asomar al gran salon: por eso gimen unos, brincan otros, vocean todos, y se cruzan por el aire libros, plumas, almadreñas y tinteros. Con que, aprovechando el momento de paz que nuestra presencia impone entre los combatientes, salgamos á la calle antes que baje el maestro y tengamos que presenciar una verdadera carnecería; porque en cuanto él vea lo que está pasando en la escuela, siguiendo la costumbre de otras veces no deja cara donde no señale sus dedos, ni nalgas sin cruzar, á telon corrido, con el inexorable zurriago, ni orejas sin estirar medio palmo, ni manos que no recorra zumbando su palmeta untada exprofeso con ajo crudo. ¡Ira de Dios, la que se vá á armar!

Vámonos pues á ver lo que sucede en casa de D. Silvestre Seturas.

No bien llegaron á ella los dos amigos, cuando el de Madrid, arrojando sobre una silla su sombrero y dejándose caer sentado en la inmediata, dijo entre desalentado y furibundo.

—¡No puedo más, amigo mio! Esta reciente escena acabó con mi paciencia y con la última de mis pueriles ilusiones. Desde mañana empezaré á ocuparme de los preparativos de mi vuelta á la corte.

—¡Cómo! exclamó apesadumbrado D. Silvestre, ¿serás capaz de marcharte?

—Y lo más pronto que me sea posible.—Ya sabes cuáles eran mis ilusiones al llegar á tu casa; ya viste hasta qué punto me aproveché de ellas, y tambien te son notorios los esfuerzos que he hecho por conjurar los tristes efectos de mi desengaño. No dudarás, pues, de lo invencible de mi última resolucion que me aflige, te lo juro, al considerar que tengo

que dejarte, noble amigo, ya que tú, por idénticos motivos á los mios, no quieres seguirme á Madrid.

Viviendo en medio de tus paisanos, llegué á detestar su trato, porque su ruda sencillez hería con frecuencia mi dignidad. Con mis títulos de hombre civilizado fuí muchas veces objeto de risas y chacota entre los mismos que tan lejos están de mis luces y de mi educacion; y salvas las distancias, sucedíame lo que al poeta de las incultas regiones del Ponto-Euxino. Como él exclamé en mis adentros, más de dos veces:

«*Bárbarus hic ego sum, quia non intelligor ulli.*»

Porque entre estos seres incultos, el más bárbaro parezco yo que no puedo hacerme comprender de nadie, al paso que soy víctima de las miserias de todos.

Huyendo de los inconvenientes de su trato, me aislé en tu casa y busqué la soledad fuera de ella: ya has visto lo poco que adelanté con esta medida. Las ruines cavilaciones de tus convecinos me han perseguido hasta en mis solitarias meditaciones. Y todavía diera de buena gana estas molestias, si los ratos en que me veo libre de las asechanzas de ese espíritu villano pudiera consagrarlos al completo olvido de mí mismo, ó al cultivo de mi inteligencia y á la adquisicion de nuevos conocimientos con el estudio; pero lejos de ello, ese tiempo no me alcanza para precaverme de unos y vencer el despecho que me producen los actos de los otros; porque el maldito amor propio se revela lo mismo en estas pequeñeces que en otros asuntos de mayor importancia. Y esto es lo sensible, Silvestre; el dia en que tome con tanto calor como estos habitantes causas de tan mezquina condicion como la que acabo de ganar, he de ser tan villano como ellos, sin que me sirva de nada la ciencia que debo á mi azaroso trato con el gran mundo. Que me he de contagiar de estos miasmas, no tiene duda y apelo á la reciente escena:

evitemos la ocasion del peligro cuyo solo recuerdo me estremece.

Y no quiero decir que estos aldeanos sean de peor condicion que los de otros paises, no señor; tus convecinos son tal vez mejores que todos los demás campesinos de la península, por más de un motivo; pero al fin son aldeanos y basta.

La civilizacion en el campo es un verdadero pária, desde las tribus de la India á las aldeas de la Montaña; sin más diferencia que allá la reciben á flechazos, y aquí se contentan con echarla la zancadilla y con tirarla de los faldones del frac.

Tú que has recibido cierta educacion y que, por [illegible] dencia y trato con algunas personas ilustradas, dis[illegible] de esta canalla, comprenderás lo que digo; y sírvate [illegible] ba la guerra perpétua en que estás con el vecindario.

Si dentro de este elemento caben paz y poesía, venga Dios y véalo.

Sin embargo, tú, nacido en esta libertad, bajo esta atmósfera, y aclimatado en estas luchas, no puedes soportar el gran mundo: dentro de él te desorientas, te mareas. Yo me asfixio entre esta humanidad resabiada que es dócil para dejarse perder por un ignorante maligno, é indómita cuando la hablan los consejos de la ciencia y de la sana razon.

Cada uno necesita para vivir el elemento que le ha formado; el hombre culto la civilizacion, el salvaje la naturaleza. Suum Cuique, Silvestre, como decia nuestro dómine cuando daba un *vale* á algun discípulo aplicado, mientras desencuadernaba las costillas, á puro garrotazo, á otros veinte majaderos.

En fin, amigo mio, haciéndome justicia con tus propias palabras, en el mundo estoy *como el pez en el agua*. Con que á Madrid me vuelvo.

Algunos meses despues de este discursillo ganó D. Silvestre el pleito, gracias á las oportunas recomendaciones de su bueno y fiel amigo que nunca se olvidó en Madrid del noble corazon del mayorazgo. Este se sintió tan aburrido desde que los procuradores cesaron de visitarle, que temiendo adquirir una enfermedad cedió á los consejos del cura, humillando su ruda cerviz al yugo de Himeneo. Bien es que D. Silvestre hacía mucho tiempo que hablaba con inusitado empeño de la necesidad de perpetuar su casta, y no faltaba en el pueblo quien atribuyera esta circunstancia á los ojazos negros de una moza de ocho arrobas, heredera de un decente patrimonio, que fué la que al fin tuvo la honra de conquistar la mitad del lecho de nuestro amigo el vástago mas notable de la insigne familia solariega de los Seturas.

EL TROVADOR.

Ya del rubicundo Febo
las relumbrantes guedejas
sus destellos apagaron
tras de las peladas selvas.
Cueto, el ilustre lugar,
confin de la noble Iberia,
el de las sensibles Hadas
y retozonas Napaes,
patria de grandes varones,
cuna de tamañas hembras;
Cueto, en fin, que no hay más que él,
ni caben más en la tierra,
duerme el sueño de los justos
entre *escajos* y tinieblas.
Nada turba su reposo,
nada su quietud altera;
ni un perro que ahulle inquieto,

ni un cencerro que se mueva,
ni una vaca que, bramando,
pida su racion de yerba,
ni un suspiro, ni un lamento,
ni una risa, ni una queja.

. . . .

. . . .

De repente, y sin preludios,
del fondo de una calleja
un *relincho* se elevó
hasta la celeste esfera,
retumbando en las montañas
cual la lúgubre trompeta
llamando á juicio final
al desquiciarse la tierra;
y poco tiempo despues,
entre las zarzas espesas,
vióse aparecer un hombre
hácia el fin de la calleja
avanzando á grandes pasos
que delata con presteza,
sobre los duros morrillos,
el son de sus *almadreñas*.
Saltó enseguida un vallado,
subió de un prado la cuesta,
y en una casa fijóse
de pobre y ruda apariencia.
Entró luego en el corral
sin aprension ni cautela,
y echando hácia atrás los codos
y hácia adelante la jeta,
otro relincho lanzó
mejor que la vez primera.
Tosió dos veces seguidas,
separó sus largas piernas,
cargóse sobre el garrote,

echó el sombrero á la izquierda,
y abriendo de boca un palmo,
fija la vista en la puerta,
cantó con voz infinita
estas sentidas

ENDECHAS.

En el corral de tu casa
estoy para lo que mandes,
las once de la noche
un frio que me parte.
acaso no estás dormida
chas estos cantares,
ja rodar una *glárima*
de tus ojos cuando acabe.
En el dia de san Juan
hará tres años cabales
que nos dimos la palabra
estando *Lucu* delante....
¡Mala cólera me lleve
si pensé, *Nela*, engañarte,
ni en que me salieras luego
con que no quiere tu padre!
¡La culpa me tengo yo,
burro, animal y salvaje,
que te tengo tanto amor
que en el cuero no me cabe!....
Yo no duermo ni sosiego
una noche ni un instante,
ni tengo salú completa
pensando en tí y en tu padre.
Porque él me tiene la culpa,
y de aquí no hay quien me saque,

y él tan bien tiene que ser
el que dé conmigo al traste.
Ya la borona no me entra
y el pan no me *sastiface*,
ni me llenan las patatas
ni me *paran* los *bisanes*,
Ni se me abre el apetito
con vino blanco y panales,
ni aunque me dieran *á pienso*
garbanzos y chocolate.
No voy el domingo al *corro*
si tú no estás en el baile,
ni me pongo otra camisa
que la que tú me *bordeastes*.
Solo, me voy á un bardal,
llorando á moco colgante,
hasta que llega la noche
y aquí me vengo á cantarte.
Así ya se van pasando,
tres años, Nela, cabales,
y así pasaré la vida
como de mí no te apiades.
¡Mira que no puedo más
con estos pícaros males
que amores llaman las gentes
y yo llamo.... barrabases!
¡Mira que ya de penar
tengo el pecho tan *inflante*
que parece el corazon
un puchero de los grandes!
Yo quisiera, Nela mia,
darlo todo al desbarate
antes que pasar la vida
rodando por los bardales;
Mas como tú no te arrojas
y yo no puedo olvidarte,

no me queda más remedio
que algun rayo que me aplane.

Calló la voz, y al momento,
con misteriosa prudencia,
un ventanillo se abrió
en el fondo de la puerta.
—¡Nela!—¡*Colás*!.... ¡no seas bruto!
—¿En que te he ofendido, Nela?
—Ya te he dicho que no cantes,
Colás ¡no me comprometas!
Mira que cada cantar
a paliza me cuesta!
¡Una paliza, mi bien!
¿Y quién rayos te la pega?
¡Díme Nela, por Dios,
por Diòs me lo dice, Nela!
—¡Pégame, Colás, mi padre,
mi padre, Colás, me pega!
—Entonces....—Entonces ¿qué?
—Entonces, nada, *pacencia*....
y no me olvides, por Dios,
aunque á puro darte leña
se te queden las costillas
como una banasta vieja.
—¡Es que ya no puedo más!
—No importa, puede ó revienta,
que al fin y al cabo ha de ser....
Dame de amor otra prenda.
—Toma una liga, Colás:
bien caliente te la llevas....
Dijo, y le entregó un esparto
que él guardó en la faltriquera.
—Ahora, por esa ventana

echa los *morros* afuera.
—¿Para qué?—Pa lo que sabes....
—No seas bárbaro.—Anda, Nela.
. . . .
—Ahora vete.—No me voy.
—Quiero que te largues, ¡ea!
—Mira que *entovía* es *trempano.*
—Pues si no quieres, lo dejas.
y le dió con la ventana
en la mismísima jeta.
—*Ascucha*, Nela, otro poco.....
no te me *encultes*.... ¡*aspera*!
gritaba el pobre Colás
dando golpes en la puerta.
—Nada más que un *poquitin*,
¡cinco menutos siquiera!
Y á la misma cerradura
pegaba el pobre la oreja
para escuchar si volvia
la su idolatrada Nela.
Un largo rato pasó
exhalando amargas quejas,
llamando en todos los tonos
y sacudiendo la puerta;
pero fué tiempo perdido,
porque ya roncaba Nela.
Entonces, desesperado,
maldijo su suerte perra,
calóse más el sombrero,
abrochóse la chaqueta,
y requiriendo el garrote
salió del corral afuera.
Echó por el prado abajo,
torció luego á la derecha;
un seto saltó despues,
y al entrar en la calleja,

antes que los matorrales
por completo le cubrieran,
otro relincho lanzó
volviendo atrás la cabeza.
Despues siguió su camino,
internóse en la calleja
y se apagó entre el ramaje
el son de sus almadreñas.

LA BUENA GLORIA.

I.

Más de un lector al pasar la vista por este cuadro ha de pensar que es una invencion mia, ó que, cuando más, está sacado de las viejas crónicas de la primitiva Santander. Conste que semejantes dudas ni me ofenden ni me extrañan.

Yo que estoy viendo á estos marineros embutidos, materialmente, en el laberinto de los modernos adelantos, sin apercibirse siquiera de ellos; descansar estóicamente sobre el remo en sus lanchas sin dirigir una mirada de curiosidad á la rugiente locomotora que al llegar al muelle, á veinte varas de ellos, agita el agua sobre que se columpian; rodear una legua por el Alta para ir al otro extremo de la poblacion por no atravesar ésta por sus modernas y animadas calles; yo que sé, en una palabra, hasta qué punto conservan el trage y las costumbres de sus abuelos, á pesar

de haber invadido sus barrios la moderna sociedad con su nuevo carácter, me he resistido á creer en uso entre ellos en la actualidad, escenas como las que voy á referir; y sólo despues de haberlas palpado, como quien dice, he podido atreverme á asegurar, como aseguro, que no es *la Buena Gloria* una costumbre perdida ya entre los recuerdos de la antiquísima colonia de pescadores, favorecida... y asustada en una ocasion con la presencia del rey D. Pedro I de Castilla.

El siguiente histórico *ejemplar* es recientísimo.

Acababan de celebrarse en la iglesia de San Francisco las honras fúnebres por el alma de un pobre hombre que perteneció al cabildo de mareantes de Abajo. El cortejo, en el mismo órden en que habia acompañado al cadáver de la casa á la iglesia y de la iglesia al cementerio, volvió á la casa mortuoria: delante los hombres é inmediatamente despues las mujeres, y todos con el trage de dia de fiesta. El de los primeros compuesto de pantalon, chaleco y chaqueta de paño azul muy oscuro, corbata de seda negra anudada sobre el pecho y medio oculta bajo el ancho cuello abierto de una camisa de lienzo sin planchar, y boina tambien de paño azul oscuro con larga borla de cordoncillo de seda negra. El de las mujeres, de saya de percalina azul sobre refajo de bayeta encarnada, jubon de paño oscuro, mantilla de franela negra con anchos ribetes de panilla, media azul y zapatos de paño negro.

La reciente viuda, con una mala saya de percal desgarrada y súcia, en mangas de camisa, desgreñada y descalza, aguardaba la fúnebre comitiva, acurrucada en un rincon de la destartalada habitacion en que habia muerto su marido, sala, alcoba, pasadizo y comedor al mismo tiempo, pues aquella pieza y otra reducidísima y oscura que servia de cocina, constituian toda la casa. Alrededor de esta mujer habia,

sentados en el suelo, dos granujas, una muchachuela y tan sucios y mal ataviados como ella, de quien eran dignos vástagos.

El cortejo fué penetrando acompasadamente en la sala. Los hombres formaron una línea alrededor de las paredes, y las mujeres otra algunos pasos más al centro. La viuda ocultó la cara entre las manos y lanzó un par de gemidos: su prole, sin cambiar de postura, miraba impasible la escena.

Como no habia sillas en la casa, escusado será decir que el duelo permaneció de pié.

Una de las mujeres de él, la más autorizada por su vecindad y relaciones con aquella familia, se adelantó un paso á las demás personas de la comitiva.

—Por el eterno descanso del *defunto*, «*Padre nuestro*» dijo con voz áspera y fuerte, aunque afectando emocion y compostura.

Á lo cual contestó la viuda con un tercer gemido, y el lúgubre cortejo con un «*que estás en los cielos, santificado sea tu nombre,*» etc., etc....

En seguida la mujer se quitó la mantilla, la tendió en el suelo, se retiró un paso, y con la misma voz con que acababa de pedir una oracion para el finado,

—Para los dolientes, á cuatro cuartos dijo, mirando á todos.

—Eso es poco, contestó un hombre.

—Somos muchos, añadió otro.

—A rial, volvió á decir la mujer.

—*Curriente*, replicó el coro.

Y la que le dirigia, levantó por el costado derecho su saya azul, metió la mano en una anchísima faltriquera que apareció encima del refajo encarnado, sacó cuatro piezas de á dos cuartos, y las arrojó sobre la mantilla. En la misma operacion la siguieron otras compañeras y algunos

hombres; y en muy pocos instantes quedó la mantilla medio cubierta por las monedas de cobre.

—¡Alto! gritó la mujer; no lo metamos á barullo: *dir* echándolo poco á poco, que aquí hay *anguno* que va á quedar bien con el dinero de los demás.

—Mientes, exclamaron algunas voces.

—Yo digo más verdá que todos vusotros juntos; y como sé lo que pasó en el intierro de la mujer del tio Miterio....

—Lo que allí pasó me lo sé yo mu retebien, y lo callo porque no te salgan las colores á la cara.

—¿Quién es esa deslenguadona que me quiere prevocar?

—A ver si vos callais, condenás, ó dirvos á reñir allá juera.... ¡Cuidiao que tien que ver! Dir echando los que falten, y cierre el pico la rigunion.

Esta reprimenda de un viejo pescador puso en órden á las mujeres que se disponian ya á hacer de las suyas.

—A rial, para los dolientes, volvió á exclamar la voz de la presidenta, con la mayor tranquilidad.

Algunas piezas de á dos cuartos cayeron sobre la mantilla.

—A rial, para los dolientes, añadió aun la mujer.

Pero esta peticion no produjo ya resultado alguno.

—¿Cuántos semos? preguntó entonces aquella.

Oyéronse en la sala fuertes murmullos por algunos instantes, y un marinero contestó despues muy recio:

—Quince hombres y veinte mujeres.

—Enestónces debe haber en la mantilla..... veinte, y diez treinta, y cinco treinta y cinco.... Treinta y cinco riales.... menos treinta y cinco chavos.

—Cabales....

La mujer contó los cuartos sobre la mantilla, redújolos á montones de á treinta y cuatro cada uno, y levantándose en seguida dijo en alta voz, con cierto retintin:

—Aquí no hay más que veintiocho riales.

—Yo he echao.... —Y yo.... —Y yo.... —Y yo.... fueron diciendo todas las personas de los dos corrillos.

—Es claro; ahora toos han echao.... ¡Como yo no sé lo que sucede en estas ocasiones!... ¡Y luego le dirán á una que falta á la verdá!....

—Vamos, mujer, no te consumas, que ya sabemos lo que es contar dinero: á la más lista se le pega de los deos.

—Estos diez te voy á pegar en esa recancaneada jeta, lambistona, embrolladora....

—A mí me pegarás tú de lengua.

—Malos peces vos coman, arrastrás, ¿no veis esa probe mujer que vos ascucha? gruñó el viejo pescador interponiéndose entre las dos mujeres, y señalando á la viuda.

—¡Ayyy! suspiró esta al oirlo, limpiándose los ojos con las greñas.

—¿Falta dinero? Pus acervos la cuenta de que se lo tragó la tierra, y en paz.... Vengan esos cuartos, añadió el viejo con tono brusco.

La mujer que los habia contado recogió la mantilla y la desocupó en la gorra del pescador, murmurando hácia la que riñó con ella:

—Dá gracias á la pena de esta infeliz, que si nó....

—¿Que se trae? preguntó el pescador á la reunion.

—Queso.... —Vino.... —Aguardiente.... —Pan....

—¿A quién hago caso yo? Toos piden á un tiempo.... Que alcen el deo los que quieran vino.... Uno, dos, tres.... seis, nueve.... Nueve hombres y tres mujeres.... Ahora que le alcen los que quieran aguardiente.... Ea! no hay más que hablar: seis hombres y toas las mujeres, menos tres, dicen que no quieren vino.... me alegro, me alegro, y que me alegro, ea!... Con que dempues de gastar dos pesetas en

queso y en un *guardia civil*, lo demás pa *musolina*. Vengo en un credo.

El viejo salió de la sala como si su mision le hubiera quitado de encima la mitad del peso de sus años, la presidenta del duelo, despues de ponerse la mantilla y de dar á su fisonomía el aire de compuncion de que la habia despojado durante la última escena, cuadróse en medio de la reunion, fijó la vista en el suelo, y dijo en tono solemne:

—Una *salve* á la santísima Vírgen del Mar.

El coro la rezó por lo bajo.

—Por todos los fallecidos del cabildo, *Padre Nuestro.*

Esta oracion se rezó como la anterior.

—Para que Dios nuestro Señor tome en su miselicordia los santos *ufragios* que se acaban de hacer por el alma del defunto, que en paz descanse, un *credo.*

Y la reunion le rezó con el mayor recogimiento.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo, dijo santiguándose la mujer.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo, contestó con la misma ceremonia su auditorio.

II.

—Amen, añadió el pescador de marras presentándose en la sala con una gran jarra de aguardiente y un vaso en una mano, un plato lleno de queso en la otra, y un *guardia civil*.... ó pan de seis libras debajo del brazo.

La consabida mujer le salió al encuentro despues de haber tendido otra vez en el suelo su mantilla, y aceptó con cierta solemnidad la jarra y el vaso que el marinero le ofreció; en seguida colocó este el pan y el queso sobre la mantilla, y sacó de un bolsillo una navaja; calló como mo-

vida por un resorte la concurrencia, lanzó el quinto gemido la mujer del *glorificado*, relamiéronse, con fruicion sus tres hijos, y la que tenía la jarra llenó con admirable pulso hasta los bordes el primer vaso de aguardiente:

—Para la dolienta, dijo, levantándole en alto.

—Que gloria se le güelva, contestó la reunion.

Sesto gemido de la viuda.

—Yo no puedo beber, que no puedo, que tengo un ñudo en el *pasa-pan*. ¡Ay, mariduco mio de mi alma!

—Vaya, mujer, que ya no tien remedio, y el perder tú la salú no le ha de resucitar á él. Toma un trago, que tendrás el estómago aterecío....

—No ha entrao en él un bocao desde antayer, creémelo, por mi salvacion, ¡ayyyy!!

—Pus ahora comerás; y por de plonto échate eso al cuepo *á la buena gloria del defunto.*

—¡Ay! por eso no más lo hago, bien lo sabe Dios.

Y llevándose el vaso á los labios, le agotó sin resollar.

—¡Ay, compañero de mis entrañas! exclamó en seguida, limpiándose la boca con la manga de la camisa.

El pescador se acercó á ella entónces y la dió una gran rebanada de pan con un pedazo de queso encima.

Los tres huérfanos recibieron otra racion igual de pan y queso y medio vaso de aguardiente cada uno, prévio el indispensable brindis «á la buena gloria del defunto.»

Y obsequiada ya de este modo la familia, el vaso, el pan y el queso comenzaron á circular por la reunion entre murmullos, muy expresivos en casos tales, oyéndose de vez en cuando aquí y allá, bien por la chillona voz de una mujer, bien por la ronca de un hombre la frase consabida «á la buena gloria del defunto.»

La jarra volvió á presentarse otra vez delante de la viuda. Bebió esta, bebieron sus hijos; y como al llegar á la mi-

tad del corro faltase líquido, la escanciadora se retiró al centro de la sala, y exclamó en el tonillo de rigor:

—A rial, para los dolientes.

—Para un rayo que te parta, gritó la mujer que antes habia reñido con ella. ¿A onde se han dio dos azumbres de aguardiente que debia haber en la jarra?

—Pos al colaero tuyo y al de otras tan borrachonas como tú, replicó la interpelada con desgarro.

—Oiga usté, desolladora, ¿va eso conmigo? dijo una tercera mujer.

—Usté lo sabrá.... Y por último, la que se pica ajo ha comido.

—Es que si fuera conmigo....

—Si fuera contigo te lo aguantarias.

—O nó.

—O sí, te digo.

—Que nó, y rete que nó.

—Que sí, y rete que sí. Y si has pensao que porque está aquí *el* tu marido me he de morder yo la lengua y me he de amarrar las manos, te llevas chasco.... Mira, pa él y pa tí.

Y la escanciadora del aguardiente, fingiendo una sonrisa de desprecio hasta alcanzarse las orejas con los extremos de su boca, escupió en medio del corro con la desenvoltura más provocativa. Pero su adversaria, no bien llegó la saliba al suelo, rugiendo como una leona saltó sobre la retadora, y asiéndola con todas sus fuerzas por el pelo la hizo tocar el polvo con las narices; en seguida, de otro tiron la metió la cabeza entre sus piernas, oprimiósela á su gusto, y tendido el cuerpo sobre las espaldas de su víctima, alargó la mano izquierda hasta cojerle las sayas por la altura de las pantorrillas, enarboló la diestra, trémula y amenazante.... y á no acudir la viuda á detenerla hubiera castigado delante de la

reunion á su enemiga con la ofensa más terrible que se puede hacer á estas mujeres, con una azotina *á telon corrido.*

Detrás de la viuda acudieron algunos hombres, y á fuerza de sacudidas y porrazos lograron separar á aquellas dos furias que parecian haberse adherido entre sí.

—¡Dolervos de mis glárimas! gritaba la dolorida pescadora.

—Vaya usté mucho con Dios, zalamerona, *cubijera*, la contestó con un empellon la vencedora.

—¡Yo cubijera, yo!... ahulló aquella trasformándose repentinamente en una loba rabiosa.

—¡Tú, sí!... Y esa bribonaza que me habeis quitao de entre las manos te corría los cubijos ¡cuando tu probe marido supo lo que eras: esa te traía el aguardiente y te vendía los cuatro trapos para comprarlo.... Y tú, tú matastes al infeliz á pesaumbres.

—¡Niégueme Dios su gloria si yo no abro en canal á esta bribona!... Dejámela, no vos atraveseis delante.... Dame esa cara, impostora.... sal á la luz.... que pueda yo echarte mano.

—Deja, que yo la alcanzaré, bramó á su lado la mujer que estuvo á pique de ser azotada, levantando en alto la jarra vacía del aguardiente.

—¡No tires!.... gritaron algunos hombres corriendo á detenerla.

—¡Quiero matarla!

Y con la intencion más enconada de que era capaz, despidió la jarra, derecha á la cara de su antagonista. Pero el marido de esta que pugnaba rato hacía por contenerla, al ver el proyectil bajó instintivamente su cabeza, y cubriendo con ella la de su costilla, recibió en medio del occipital la jarra que se hizo pedazos contra él, á pesar de parecer más natural el caso contrario, atendido el enorme grueso

de las paredes del cacharro. Saltó rugiendo de ira, pero ileso, el marinero, llegó hasta la agresora, y bañándola en sangre la cara de una sonora bofetada la tendió en el suelo cuan larga era.—Merced al desórden que este nuevo lance produjo en el *duelo*, la viuda logró alcanzar con las uñas el pelo de su adversaria; zarandeóla un rato á su gusto, gritaron entrambas con horribles imprecaciones, terciaron los hombres en el asunto, hubo diferencias entre ellos, sacudiéronse el polvo algunos; y en pocos instantes aquella mugrienta habitacion se trasformó en un campo de batalla verdaderamente aterradora; batalla que hubiera costado mucha sangre á no presentarse en la sala muy á tiempo el alcalde de mar.

Uno de los chicuelos de la casa, despues de ver el giro que tomaba la cuestion, habia salido corriendo á la calle en busca de aquella autoridad, con tan buena estrella, que la encontró al volver la esquina.

La presencia del alcalde sofocó, como por encanto, los furores de aquel combate; y eso que el tal personaje era ni más ni ménos que un marinero como los demás. Pero estaba facultado para llevar á todo matriculado ante el capitan del puerto, y este señor cumplia la ordenanza al pié de la letra, y la letra de la ordenanza era capaz de amansar una ballena.

Por buena compostura se desenlazó el drama marchando cada personaje por su lado, despues de pagar entre todos la jarra hecha pedazos.

La viuda, al quedarse sola con sus hijos y el alcalde, volvió á hacer pucheros y á llorar por el difunto.

—Mira, embusterona, le dijo aquel, si no quieres que te cruce las costillas con la vara, te callas la boca. Vete con esas glárimas á onde no te conozcan, que yo ya sé de qué pié cojeas. ¡Hipocritona, borracha!... ¡A ver si te levantas

de ese rincon, y barres la casa y das de comer á esos muchachos!

—¿Qué he de darles, si no lo tengo?

—Bebe ménos y verás como lo encuentras.

Tras estas palabras y una mirada muy significativa, pero que nada tenía de dulce, salió el alcalde de la sala.

Entonces la contrariada mujer, mordiéndose los lábios de coraje, fijó maquinalmente su airada vista en los tres hijos que estaban á su lado, y dió un sopapo á cada uno.

—Largo de aquí, les dijo con furor; y si quereis comer dir á ganarlo.

Despues, escitada por la pelea y aturdida con el aguardiente que habia bebido, se tendió en el suelo, mordiendo el polvo y mesándose las greñas.

III.

No hace mucho tiempo llegó á mis manos un manuscrito rancio y ahumado, en cuya portada leí, en muy buenos caracteres, el siguiente epígrafe: *Entremés de la Buena Gloria.*

Abríle con curiosidad, y ví que, en efecto, era un sainete (detestablemente escrito), cuyo argumento se reducía á poner de relieve algunas escenas muy parecidas á las que acabo de referir, presenciadas por dos forasteros, asaz pulcros y timoratos, que de vez en cuando salen de entre bastidores donde están ocultos, á lanzar al público una andanada de muy saludables, pero muy pedantescas observaciones contra la profana costumbre de las *Buenas Glorias.*

No tanto para que se tenga una prueba más de la verosimilitud de mi cuadro, como para que se conozcan algunas *bellezas* de la citada produccion, cuyo autor tuvo el mal gusto, ó la abnegacion de morirse sin descubrir su nombre, voy á trascribir algunas de sus escenas, contando con la indulgen-

cia del benévolo lector, y con que serán ciegos y sordos por algunos instantes los manes de Lope y Moratin.

«. . . . .

. . . .

MANUELA. ¿Han venido todas ya?
LUCÍA. Cuéntalas, *mojuer*.
TOMASA. Veremos.
Una, dos, tres, cuatro, cinco....
MANUELA. Mojuer, Tomasa, ¿qué es esto?
¿no hay más á esta *Buena Gloria*?

. . . .

. . . .

TOMASA. Y ahora, ¿á cuánto escotaremos?
LUCÍA. A rial y medio.
MANUELA. Eh, golosa,
para *espenzar* no tenemos.
A dos riales.... ¿Qué lo quieres?
¿que te lo lleven los nietos?
Vé con Júdas que te lleve
á tí y todo tu dinero.
¿No tienes quién te lo gane?
si fuera yo, *probe*....
LUCÍA. Cierto
que puedes quejarte; vaya,
á dos riales escotemos.

(*Tienden una mantilla en el suelo, y allí cada uno echa su pitanza.*)

. . . .

. . . .

LUCÍA. Tomasa, vé por el vino.

¿Sabes tú donde lo hay bueno?

. . . .

TOMASA. ¿Bastará con cuatro azumbres,
á dos por cabeza?

MANUELA. ¡Infierno!
Siempre has de ser estrujada;
no sabes cuidar tu cuerpo.
Y algunos niños si vienen
¿no han de probar algo de ello?
Que traigan veintidos justas,
en ocho más no paremos.

. . . .

(*Sigue el coro de los hombres.*)

EMETERIO. Juan, á tres riales es poco:
somos cuatro, y cuando menos
beberemos doce azumbres.

ANTON. Simon, dice bien Miterio.

SIMON. ¿Y no ha de haber tambien algo
para atizar el *rodezno?*

EMETERIO. ¿Algo de compaño? Sí

JUAN. Pus ¿qué traerá?

EMETERIO. Traiga queso.

ANTON. Mejores son cuatro arenques,
pues sin otro surtimiento
somos los cuatro abonaos
para soplar un pellejo.

JUAN. Pues bien, vengan los arenques.

EMETERIO. Démosle antes el dinero;
á peseta por escote.

ANTON. Pues bien, echadlo en el suelo,
que esto es una *cirimonia*

que nuestros tatarabuelos
nos dejaron prevenío
se observase con *rispeto*
en todas las *Buenas Glorias*.

(*Tienden una capa y echan los escotes.*)

. . . .

. . . .

MANUELA. Vamos, echa acá el botijo, (*Destápale.*)
¡Jesús! este no está lleno.
TOMASA. Algo se *baltucaría*.
Como vine tan corriendo....
MANUELA. Mejor te lo habrás echao
en el camino al coleto.
TOMASA. Mira, la gran desollada:
no viene mi casta de eso....
Borrachona serás tú.
ANTON. No riñais ni alborotemos....
tened lástima á la viuda
que ha enterrado su consuelo.
VIUDA. ¡Ay!
LUCÍA. Encomendarle á Dios.
TOMASA. Sí, hijas, vaya.
MANUELA. Arrecemos
por los que han muerto en la calle.

(*Murmullan entre sí en tono de rezar.*)

Y por todos los que han muerto
en el servicio del Rey,
Pater noster. Arrecemos
por el que se hace el ufragio,

para que Dios le haiga hecho
buena partida á su alma.

Viuda. ¡Ay! probe, que sin consuelo
he quedado sola y triste
sin mi amado compañero (*Aráñase.*)

. . . .

. . . .

Tomasa. Dale á la viuda primero:
trae acá sinó. Toma, hija,
come ahora.

Viuda. ¡Ay! que no puedo
atravesar un bocao.
¡Ay, Santos Mártiles viejos!
qué desamparada y sola
me habeis dejado. ¡Oh, que negro
fué este dia para mí!
¡Ay, desdichada!

Manuela. Ya, de eso
no te tienes que alcordar:
mañana iremos lo mesmo.
Toma de beber, que no has
metido nada en el cuerpo.

Viuda. Que no lo puedo pasar.
¡Ay, mi Juan, mi compañero,
cómo podré yo olvidarte! (*Bebe*).

. . . .

. . . .

Manuela. Mojuer, echa de beber.

Tomasa. No hay más.

Manuela. ¿Cómo ha sido esto?
Mojuer ¿onde ha ido ese vino?

Tomasa. ¿Habia de ser eterno?

Lucía. Oyes, debajo la saya (*aparte*).

he visto estár escondiendo
una jarra la Tomasa.

MANUELA. Hola, Tomasa, ¿qué es eso?
¿Onde echastes la otra jarra?

TOMASA. ¿Pues acaso yo la tengo
ni la he visto, deslenguada?

MANUELA. Sí: tú la tienes ahí dentro.

TOMASA. Andad, pícaras, borrachas.

MANUELA. La borracha tú y tu abuelo
lo sereis; y se ha de ver
quién la ha hurtado.

(*Agárranse las dos del pelo.*)

TOMASA. ¡Suelta el pelo!

MANUELA. No te ha de valer, bribona,
mas que bribona; el gargüero
te he de arrancar; dalo aquí.
Mirad si tiene algo dentro
de la saya.

(*Levántanse y la registran.*)

LUCÍA. Sí, aquí está.

MANUELA. Te aseguro y te prometo,
pellejona, sin vergüenza.....

LUCÍA. Dejadlo, vaya.

MANUELA. La tengo
de beber la sangre aquí.

SIMON. Hombre, que se matan creo
las mujeres.

EMETERIO. No, maldita,
no tengas por eso miedo:

se darán cuatro cachetes
y se arañarán el pelo,
pero nada mas.

TOMASA. ¡Vecinos,
que me *ajuegan*, venid presto,
estas pícaras borrachas!

JUAN. ¿Qué teneis? ¿por qué es aquesto?

(*Continúan riñendo.*)

. . . .
. . . .»

Se representó este sainete en Santander, el año de 1783, en el dia de los mártires Emeterio y Celedonio, es decir, el 30 de agosto, segun una nota que contiene.

Compárense las escenas que quedan estractadas de él con las que yo he referido por mi cuenta, y véase cuán íntegro se conserva aún en la actualidad el ritual de la Buena Gloria, si es que no aparece el vigente aumentado y corregido respecto del primitivo.

De un larguísimo y soporífero prólogo que antecede al entremés, resulta que el Ilmo. señor D. Francisco Javier de Arriaza, primer obispo de esta diócesis, empleó todos los esfuerzos de que eran capaces su autoridad y su fervor, contra tan profana ceremonia; que su sucesor hizo lo mismo, y que en el púlpito los oradores más afamados trabajaron con incansable celo en la propia obra; pero que todo fué en vano.

La Buena Gloria, cuyo orígen se ignora, pero que es antiquísimo, segun el autor del sainete, y mucho más segun

uno de sus personajes que dice, al echar el dinero sobre la capa,

> « Esta es una *cirimonia*
> que *nuestros tatarabuelos*
> nos dejaron prevenío
> se observara con rispeto, »

la Buena Gloria, repito, continuó despues en toda su escandalosa solemnidad, á despecho de sermones, de anatemas y del entremés citado, atravesó impávida épocas de fanatismo é intolerancia, y sin que nada haya podido contra ella logró aclimatarse en la moderna atmósfera de fósforo y vapor. Aquí existe hoy en todo el vigor de sus inconcebibles prácticas, como lo demuestran las páginas anteriores; aquí vive como una escandalosa provocacion á la moral pública, al sentido comun, á la sociedad entera, esperando descuidada á la primera autoridad que tenga la humorada de proponerse esterminarla para siempre, en obsequio, cuando ménos, del decoro de las modernas costumbres en cuyo seno vive y á cuyo abrigo crece.

Entretanto, si algun lector de allende la Montaña pone todavía en duda la verdad de las referidas escenas, yo me comprometo á hacerle presenciar otras idénticas á ellas, ó más dramáticas quizá, si un dia tiene el capricho de venir á respirar aquí las brisas del mar de Cantabria; pues, desgraciadamente, no son aún ni siquiera *casos raros* entre estas gentes marineras, tras de la fúnebre solemnidad de un entierro, las profanas y chocarreras prácticas de la *Buena Gloria*.

EL JÁNDALO.

Despues que lanza el invierno
el penúltimo suspiro,
y cuando ya las montañas
de este rincon bendecido
sobre campo de esmeralda
pardos levantan los picos,
y más clara el agua corre,
y en su cauce van los rios,
llega el espléndido mayo
sobre las auras mecido
despejando el horizonte
y aliviando reumatismos;
trás de mayo viene junio,
como siempre ha sucedido,
y san Juan, segun el órden
que vá siguiendo hace siglos,
antes que junio se acabe
dá al pueblo su dia magnífico.
Todo lo cual significa,

para evitar laberintos,
que en san Juan vienen los jándalos
y que entonces vino el mio.
  Ya tocaba en el ocaso
del sol el fúlgido disco,
y sobre el campo cayendo
leves gotas de rocío
daban vida á las *panojas*
y al *retoño* ya marchito,
cuando en la loma de un cerro
á cierto lugar vecino,
cuyo nombre no hace al caso
y por eso no le cito,
un ginete apareció, (1)
sobre indefinible bicho
pues desde el lomo á los pechos
y desde el rabo al hocico,
llevaba más alamares
que sustos lleva un marido.
  Todo un *chulo* era el ginete,
á juzgar por su trapío:
faja negra, calañés,
y sobre la faja un cinto
con municiones de caza,
pantalon ajustadísimo,
marsellés con más colores
que la túnica de un chino,
y una escopeta al arzon
unida por verde cinto.
  Al ver entre matorrales
destacarse y entre espinos
el escueto campanario,

(1) Desde que los ferro-carriles cruzan nuestra Península y penetran en esta provincia, los jándalos no vienen á caballo, ni se van en tardo mulo. Han perdido, por lo tanto, uno de sus más gráficos caracteres.

de su hogar místico abrigo,
detuvo la lenta marcha
del engalanado bicho,
descubrióse la cabeza,
exhaló tierno suspiro,
meditó algunos instantes....
y continuó su camino.
  A un cuarto de hora del pueblo
detuvo otra vez el *ímpetu*
de su jaco, se apeó
y llamó en un ventorrillo:
—¡Ah de casa!.... ¡*montañés*!
—¡Allá va!—Po janda, endino.
—Buenas tardes.—Que mu güenas....
Pero, calle.... ¡tio Perico!
—¡La Vírgen me favorezca!
¡si es *Celipuco* el de *Chisco*!
—El mismo que viste y calza.
—Seas mil veces bien venido.
¿Y cómo vá de salud?
—Mejor que quiero.... ¡pues digo!
Salú....pesetas.... viniendo,
camará, del paraiso,
como yo vengo.... á patás
topamos allí toiticos
esos probes menesteres....
Conque toque usté esos cinco....
y destranque la canilla,
que yo pago ¡de lo fino!
Vaya un vaso.—A tu salud.
—A la de usté, tio Perico.
Y mi padre ¿cómo está?
—¡Los años....—Ya!.... ¡probesiyo!
¡Si esa borona maldita
es el manjar más endino
cá nacío de la tierra!....

Pero ende hoy, tio Perico,
ha de comer buen pan blanco,
buenas hebras y buen vino,
que si el probe no lo tiene
para él lo ganó su hijo.
—Bien harás, que es muy honrado
y anciano.—¡Cuando yo digo
que ha de gastar pitifraque
y calesin!....—No es preciso
para que honres á tu padre
tanto lustre; que ha vivido
entre terrones, y tiene
sobrado, junto á sus hijos,
para ser feliz de veras,
con pan, descanso y cariño.
—Pos cariño y pan tendrá,
y descanso.... Ya estoy frito
por verle y darle un abrazo
y.... Ahí tiene usté por el vino,
que vá cerrando la noche
y es oscura.... No lo digo,
es la verdá, por el miedo,
porque me espante el peligro,
que allá, bien lo sabe Dios,
mu negras las he corrío;
sinó que.... ¡firmes, Lucero!
¿Pero no vé usté qué bicho?
Es una fiera ¡cabales!
cuanto más anda, más brios.
Misté el jierro en esta nalga:
es cartujano lejítimo....
Y oigasté, por lo que sea:
dejo atras, en el camino,
una recua de jumentos
cargaos con mis equipos.
Cuando lleguen, que refresquen

los mozos con un traguillo,
y encamine usté la recua
á mi casa.... Me repito.
Clavóle los acicates
en los hijares al bicho,
arreglóse el calañés,
escupió por el colmillo,
y entonando una *rondeña*
se separó de su amigo.
—«Mucha bulla, pocas nueces;
mucha paja, poco trigo,»
murmuró desde la puerta
del ventorro el tio Perico.
«Aunque si lo de la recua
no falla.... El mancebo es listo....
¿Quién sabe?.... Cierro y aguardo.»
. . . .
Pero la recua no vino.

II.

Echando al aire cohetes,
y descerrajando tiros,
y entonando macarenas
coplas, á pelado grito,
entró el jándalo en su pueblo
entre perros y chiquillos
que de una en otra barriada,
con voces y con ladridos,
publicaron la venida
de aquel hombre «*tan riquísimo*,»
en un instante, saliendo
á la calle los vecinos
á verle pasar; que el pueblo,
como es notorio, *ab initio*,
es novelero y curioso

aquí, y en Francia.... y en Pinto.
—Buen verano, caballeros....
—¡Adios, mi alma!...—Bien venido.
—Compadre, jasta la vista....
—Dios te guarde.—Agur, vecino.
—¡Bien llegado!—Agraesiendo,
cámará.... siempre su amigo;
pero me aguarda mi padre....
Hacerse á un laito, niños.
Y revolviendo su potro
como pudo, á cada grito,
y la mano dando al uno
y al otro las gracias fino,
y á las mozas requebrando
y atropellando chiquillos,
atravesó la barriada
y llegó el hogar carísimo,
donde hubo abrazos, y lágrimas
y todo lo consabido.
Despues se sacudió el polvo
con su pañuelo finísimo,
guardó el caballo entre mantas,
(«porque era una fiera el bicho,
y, tragándose el espacio
al andar, sudaba el quilo,»)
anunció, como de paso,
para muy luego el arribo
de la consabida recua;
y entre familia y amigos
que á saludarle acudieron,
circuló el jarro de vino,
se cenó de lo mejor,
y hasta que ya era por filo
pasada la media noche,
en loor al recien venido
duró la marimorena

que, aunque inútil es decirlo,
costó al jándalo los cuartos
y á más de tres.... el sentido.
Amaneció el nuevo dia,
y ya su ánimo tranquilo,
abrió el jaque la maleta
para mudarse el vestido;
llamó ufano á la familia,
y le dió á cada individuo
un regalo: un calañés
á su padre; á un hermanito
una camisa de holanda,
(y era de algodon mezquino),
y á su hermana un *rico* chal
de la India, (segun dijo;
que era un pañuelo de seda
de vara de pico á pico.)
Todo aquello, por supuesto,
era un obsequio levísimo,
pues las galas que traia
hasta para los amigos,
las conducía la recua
que quedaba en el camino.
Pasó el dia de san Juan
gastando largo y tendido,
y luciendo, aunque el calor
trinar hacía los grillos,
capa de largos fiadores
sobre zamarra de rizos.
Al siguiente el pobre viejo
que iba á descansar tranquilo
con el amparo del jándalo,
de sus retoños seguido
volvió al campo, como siempre,
á doblar su cuerpo rígido
sobre los terrones que

le daban sustento mísero.
En tanto vagaba el jándalo
sobre su andaluz *bravío*,
por callejas y senderos,
reconociendo los sitios
que poco antes frecuentaba
con el dalle y el rastrillo.
Porque lo habia olvidado
todo, y todo... hasta el oficio,
y el lenguaje de su pueblo
y el nombre de sus vecinos.

III.

Entre fiestas pasó un mes,
descuidado peregrino,
corriendo de feria en feria
y embaucando á sus amigos
con cuentos de Andalucía
y primores que habia visto.
Pero ¡ay! al llegar agosto
tentó con ansia el bolsillo
que ya protestaba flácido;
y aunque con dolor vivísimo,
vendió su caballo escueto,
(que nunca fué más lucido)
en ¡*diez duros*! no cabales,
al primero que le quiso,
para reparar algunos
siniestros apremiantísimos;
pues no llegando la recua
«que quedaba en el camino»,
su traje se clareaba
á puro darle cepillo,
y sus botas se torcian,
y no bastaba el tocino

para remediar las grietas
ni para prestarles brillo.
Trocó el pretencioso puro
de á cuarto por el mezquino
pitillo; dejó el pan blanco
y el riojano negro líquido,
como lujoso regalo,
solo para los domingos;
y aunque zumbon y chancero
y fingiéndose aburrido,
iba al campo algunas veces
«á enredar con el rastrillo.»
Mas era que el pobre viejo
formalizado, le dijo
un dia:—«Si todas tus rentas
son las que á casa has traido,
ó trabajas ó no comes,
que yo del trabajo vivo.»
  Tras esto llegó setiembre,
y el buen jándalo, afligido,
gastó la última peseta
que tenía en el bolsillo;
y faltándole la recua
«que quedaba en el camino»,
remendó los pantalones,
comió berzas y *respingos*,
acometió á la borona
con mucha pujanza y brio,
dió en levantarse á la aurora;
y trabajando solícito,
se dormia por la noche
cansado, si no tranquilo.
  Ya no habló más en caló
en medio de sus vecinos,
porque se burlaban todos
sin piedad de aquello mismo

que, oyéndolo de su boca,
aplaudian cuando vino.
Eran todos sus debates
sobre *carros* y *novillos*;
volvió á pensar en la *herba*,
y á *echar cambas*.... y *cuartillos*.
Llamó á la alubia *barbanzo*,
dijo por vuelto *golvío*,
por lo ignorado *el aquel*,
en vez de boca *bocico*;
por agujero *juriaco*
y en lugar de trajo *trijo*.
Dejó, en fin, su mista jerga
de andaluz muy corrompido,
y volvió á adoptar de plano
su propio lenguaje antiguo:
apaña, *estruja*, *esborrega*,
aboticar, *sostuvido*,
escorduña, *megodia*,
sastifecho, *tresponío*....
lo más selecto y más clásico,
lo más puro y más preciso
del diccionario especial
de tamaños barbarismos.
Entonces ya confesó,
sin ambajes ni remilgos,
que estuvo en Puerto Real
tres años vendiendo vino
y llevando garrotazos
de padre y muy señor mio;
que sacó *seiscientos reales*
por todo producto líquido,
despues de comprar el jaco,
ropa, escopeta y avíos,
y que entró con una onza
en su casa, el pobrecillo,

y la gastó en francachelas
por echársela de rico....
  Y dos otoños, en fin,
despues de lo referido,
con unos calzones pardos,
un chaqueton de lo mismo,
una camisa de estopa
y zapatos con clavillos,
salió otra vez de su pueblo,
montado sobre un borrico,
para volver á la tierra
de la viña y del olivo
á ganar otros *seis cientos*
con los azares sabidos.

LAS VISITAS.

I.

Ponte los guantes, lector; sacude el blanco polvo de la levita que llevabas puesta cuando *despachaste* el último correo (supongamos que eres hombre de *pró*); calza las charoladas botas que de fijo posees; ponte *majo*, en fin, porque hoy es dia de huelga, no hay negocios en la plaza y nos vamos á *hacer visitas*.

Este modo de pasar el tiempo no será muy productivo que digamos, no *rendirá partidas* para el *debe* de un libro de caja; pero es preciso hacer un pequeño sacrificio, lo menos una vez á la semana, en pró del *hombre-especie* de parte del *hombre-individuo*; es decir, dejar de ser comerciante para ser una vez *sociable*.

Y para ser sociable es de todo punto necesario atender á las exigencias del gran señor que se llama *Buen-tono*. Ser vecino honrado, independiente y hasta elector, son cualida-

des que puede tener un mozo de cuerda que haya sacado un premio gordo á la lotería.

Para vivir dignamente en medio de esta marejada social, es indispensable tener muchas relaciones, *hacer* muchas visitas, aunque entre todas ellas no se tenga un amigo.

Porque amistad es hoy una palabra vana; es un papel sin valor que nadie *toma* aunque le encuentre en medio de la calle.

La amistad, tal como la comprenden los hombres de buena fé, es una señora que si bien produce algunas satisfacciones, en cambio acarrea muy sérios compromisos, y no es esto lo que nos conviene. Hállese un afecto, llámese como quiera, que aparentando las primeras evite los segundos, y entonces estaremos montados á la *derniére*. En esta época de grandes reformas todo lo viejo debe desaparecer como innecesario si no quiere pintarse al uso moderno.

Dar los dias á la señora de A., despedirse de la condesa de B., apretar la mano al baron de C., refrescar con el capitalista D., hablar en calles, plazas y cafés de la última reunion de las de Tal ó del *té* de las de Cual, decir «á los pies de Vd.» á cuantas hembras crucen por delante de uno, y no conocer á fondo á nadie, es lo que se llama vivir *á la alta escuela* moderna, ser un *fuerte apoyo* de la flamante sociedad.

¡No se concibe cómo se arreglaban las gentes cuando no se conocian las tarjetas, ni se *pagaban* los afectos con *papel-visita*!

Por eso tenemos el derecho de reirnos de su crasa ignorancia.

¿Y no habrá tambien quien se ria de nosotros? Juzgando piadosamente creo que sí; porque el siglo XIX tan pródigo en invenciones, tan fecundo en prodigios, tan engreido con su sabiduría, tiene, mal que le pese, su lado, y aun lados,

tan risibles como pudieran serlo de su predecesor las risibles caras, que eran tantas como las de una coqueta.

La empolvada peluca de nuestros reverendos abuelos, el sombrero, la chupa y los calzones, son objetos de mofa para un elegante de hoy en una *soirée*; pero mirando el asunto con imparcialidad, no sabemos qué tal efecto causaría su caprichosa *librea* habiéndose colado de rondon en una de aquellas honestísimas tertulias.

Ríense á boca llena las hembras de ogaño porque las de antaño no adoptaron sus *engrudos* y sus *pleitas* para dar más volúmen y pujanza á su corta y escurrida faldamenta; y no obstante, siendo las unas el viceversa de las otras, es muy cuestionable el mejor gusto de ambos extremos.

La brillante juventud de hoy, haciendo alarde de su *precocidad*, se burla del lamentable atraso de la de ayer. A la edad en que estos pollos se emancipan hasta de la férula paterna, aquellos motilones estudiaban de memoria las fábulas de Esopo, y se quedaban *sin postres* por haber *echado* tres puntos en dos páginas del P. Astete.... Quince años de ahora son veinticinco de entonces.... Y si me dan á escojer me quedo con los de antaño.

El *libre ciudadano* de nuevo cuño mira con ojos de lástima al *esclavo realista* de aquellos tiempos, como si los pantalones del uno estuviesen menos raidos que los calzones del otro, ó su condicion hubiese mejorado, ó sus rentas crecido.

El *despreocupado* de nuestros luminosos dias no comprende las tenebrosas noches de aquellos *fanáticos creyentes*, á pesar de hallarnos en la materia tan á oscuras como ellos.

Hasta para la pobre fámula de ayer tiene epígramas la culta fregatriz de hoy, porque aquella bailaba al uso del país, mientras esta *walsea* como una señora.

Regla general: todo lo que acaba es objeto de risa para lo que aparece.

Corolario: nuestros nietos se reirán de nosotros, como nosotros nos reimos de nuestros abuelos que á la vez se rieron de los suyos.

Y retrocediendo de risa en risa sacaremos la siguiente

Consecuencia: las generaciones, desde Adan, se vienen riendo las unas de las otras.

De todo lo cual se deduce, en conclusion, que hasta la consumacion de los siglos han de sucederse las risas; y entonces, como dijo *el otro* (este *otro* era francés), reirá mejor el que ria el último.

Pero hay un proverbio muy antiguo que dice:

«El que rie primero, rie dos veces;»

por lo cual el autor de estas líneas se rie á buena cuenta de la filosofía de los párrafos que anteceden.

Aplícate el cuento, lector; y si te decides por reir, suspéndelo por unos momentos, porque vamos á entrar de lleno en el asunto; y el asunto es muy sério; tan sério, que la menor sonrisa le desfigura.

Decúbrete, pues, y chitito.

La visita de rigor es un vínculo *sui géneris* que une á dos familias entre sí. De estas dos familias no puede decirse que son *amigas*, ni tampoco simplemente *conocidas;* son bastante ménos que lo uno y un poco más que lo otro; es decir, están autorizadas recíprocamente para no saludarse en la calle, para hacerse todo el daño que puedan, pero no pueden prescindir entre sí del ofrecimiento de su nueva habitacion, ni de la despedida al emprender un viaje, ni de la visita al regreso, ni del regalo de dulces despues de una boda ó de un bautizo.

Esta definicion parecerá un poco ambígua á primera vis-

ta; pero si se reflexiona un poco sobre ella se comprenderá ménos.

Y lo peor es que no se puede dar otra más clara, porque lo definido es incomprensible.

Vaya un ejemplo en su defecto.

Doña Epifania Mijo *de* Soconusco, y doña Severa Cueto *de* Guzman, *son visita.*

Ricas hasta la saciedad y envidiadas de cuantas se quedaron unos grados más abajo en la rueda de la voluble diosa, son la triple esencia de buen tono provinciano, que es la equivalencia ó copia de la etiqueta cortesana, si bien, como todas las copias, bastante afectada, ó, como diria un pintor, *desentonada.* Mas la entonacion de cuya falta adolece el cuadro, está perfectamente compensada con la riqueza del marco que le rodea, lo cual, en los tiempos que alcanzamos, vale algo más que los rancios pergaminos de un marqués tronado.

Y no se crea por esto que doña Epifania despreciaria una ejecutoria si la hubiera á sus alcances. Dios y ella saben lo que ha trabajado para encontrar entre las *facturas* de su marido D. Frutos algun viejo manuscrito que la autorizara para pintar en sus carruajes algun garabato heráldico, ya que no *leon rampante* en campo de *gules*, siquiera una mala barra de bastardía entre un famélico raposo y una caldera vieja en *campo verde;* pero siempre tan nobilísimos deseos han tenido un éxito fatal. Los únicos manuscritos que parecieron de algun valor, eran *efectos á cobrar;* las barras eran más de las precisas, pero de hierro dulce y ya estaban vendidas; la caldera se halló en la cocina, pero era la de fregar; por lo que hace el raposo, le dijeron que aunque abundaban en el país, eran muy astutos y difíciles de atrapar.

A pesar de tan funestos desengaños, Vds. no vayan á creer que doña Epifania desistió de su proyecto. Persuadida por lo

que habia oido alguna vez de que la heráldica es una farsa y que cada cual se la aplica como mejor le cuadra, concibió un proyecto magnífico si se le hubieran dejado llevar á cabo. En una gran lámina de oro ideó cruzar la barra colgando de ella la caldera, en el cuartel que quedaba vacío retratar el gato, ya que el raposo no se prestaba á ello, y para orla, á manera de toison, un rosario de peluconas de *D. Félix Utroque.* Todo esto cubierto por detrás con un pañolon de Manila en defecto de un manto santiagués, debia hacer un efecto sorprendente, y sobre todo, un escudo que si aristocráticamente valia poco, en cambio en riqueza intrínseca, mal año para todos los de los Pizarros, Guzmanes, Lunas y Saldañas de la historia. Tal fué el proyecto de doña Epifania; mas á D. Frutos que, aparte de ser hombre de *gran peso*, es bastante aprensivo con sus puntas de visionario, se le antojó que aquel grupo de figuras era una batería de cocina, que el gato mayaba, que la caldera sonaba contra la barra, y que bajo los pliegues del pañuelo asomaba la punta de un estropajo, lo cual era *hablar muy alto* en heráldica y comprometer su *posicion entonada.*

Don Frutos negó su consentimiento, por primera vez en su vida, á un capricho de doña Epifania. Por eso no gasta librea su servidumbre.

Más afortunada doña Severa por haber dado su mano á un Guzman, le ha sido muy fácil llenar su antesala y sus carruajes de coronas y blasones, sin más trabajo que encargar á un pintor unas cuantas copias de las armas del defensor de Tarifa, armas que, dicho sea de paso, apenas fueron expuestas á la pública consideracion, produjeron terribles disgustos al infeliz que las consideraba como su mejor obra. ¡Pobre Apeles, y cómo le pusieron las visitas de doña Severa, y hasta gentes que nada tenian que ver con ella! ¡En mal hora para su fama emprendiera aquella obra! Nadie

quiere reconocer en los cuarteles del escudo el pensamiento de la de Guzman. Quién toma la torre por un barril de aceitunas, quién por un balde de taberna; á unos recuerda el tajo de un herrador, á otros el yunque de un herrero, á este un cuébano pasiego, al otro la cubeta de un zapatero, y en su afan etimológico no falta quien le compare con el tamboril del *Reganche*. El puñal del héroe, que aparece en el espacio, tambien varia de nombre á medida que le van observando. Ya es una lesna, ya una navaja de afeitar, el flémen de un albéitar, etc. etc., en lontananza, es decir, allá á lo lejos, como existen en la mente los recuerdos de lo ya pasado.

Entre tantas divergencias, doña Epifania encamina su opinion hácia otro lado. Sostiene, *sotto voce*, siempre que viene á pelo y aunque no venga, que las alhajas y los blasones valen tanto como el que los lleva; lo cual en el asunto de que se trata podrá ser un poco exagerado, pero en tésis general es la mayor verdad que ha salido de los labios de la señora de D. Frutos. El fragmento de un vaso sobre la pechera de un rico negociante, pone en grave riesgo la reputacion de un diamantista, al paso que el mismo *soberano* lanzando sus rayos de luz bajo las solapas del humilde gaban de un hortera, parece un cristal mezquino; la espada de Alejandro en la diestra de un cocinero no vale más que un asador. Todo lo cual, traducido libremente, significa que *el hábito no hace al monje.*

Empero sea como quiera, lo cierto es que la blasonada señora figura en el gran mundo (no se olvide que estamos en una provincia) y es *indivídua* de cuantas asociaciones filantrópicas se crean; circunstancia que por si sola constituye el crisol en que se prueba hoy el verdadero valor social de las gentes principales.

Al grano, lector.

La señora de D. Frutos ha dado la última mano á su prendido, y enterada por su libro de memorias de las visitas con quienes está *en descubierto* (técnicas), se ha decidido á *cumplir* (id.) primero con doña Epifania, ó expresándonos á mayor altura, con *la de* Guzman. Provista la visitante de todo lo necesario para el caso (sombrilla, abanico y tarjetero), sale á la calle á pié, no por falta de carruaje, sinó porque la distancia no le exige; y sin alterar por nada ni por nadie su grave marcha, llega por último á pisar el lujosísimo estrado de su visita que aparece á poco rato con la sonrisa en los lábios.

Oprímense ligeramente las manos (la etiqueta no permite más); y despues de las preguntas de ordenanza añade doña Epifania:

—¿Y, *ese* caballero?

(Con permiso del *dómine* de mi lugar, *ese* caballero es Guzman.)

—Bien, gracias, dice su costilla; está en el escritorio y *siente mucho* no poder saludar á Vd.—¿Y Soconusco?

—*Pues* está bien, gracias; ocupado como siempre en sus negocios.

Aquí se constipa doña Epifania, y su abanico revuelve un huracan. Hay que advertir que esta señora trata, siempre que puede, de recordar á su marido con el nombre de pila, y por lo mismo sus visitas se empeñan en usar el apellido.

Como de ordinario le sucede, esta vez le amargó el *Soconusco*, y quedó la conversacion interrumpida un breve rato, hasta que doña Severa, algo más diplomática y traviesa, volvió á anudarla.

—¿Con que Vd., segun eso, no se ha movido de su casa este verano? dijo la de Guzman, despues de haber tocado el capítulo de los viajes.

—¡Como pienso ir muy pronto á París por dos ó tres me-

ses, ó por todo el invierno si me acomoda!.... contestó la de D. Frutos, poniendo un jesto que queria decir: «chúpate esa.»

—¡Ay, dichosa de Vd. que sale de este destierro! Yo tambien habia pensado en ese viaje, mas con el trastorno de los baños primero, y ahora con la indisposicion de la niña, temo no poder hacerle hasta la primavera.

—Pero lo de Mariquita no es cosa de importancia.

—¡Jesús! ya se vé que no; *pero, con todo*, ¿cómo habia de salir yo de casa dejándola tan delicada?.... ¡la pobre!... ¡quince dias con dolor de muelas!.... ¡Bien tranquila estaria yo!....

—Eso se le pasa pronto, insistió doña Epifania que á todo trance queria obligarla á confesar la verdadera causa que la impedia el viaje.

—Tambien yo lo creo así; pero la convalecencia....

—Cuestion de dos dias, hija....

—No le hace, siempre quedará algo delicada.... y ¡qué sé yo! añadió ya picada, la inquietud.... y.... porque el amor de madre....

—(¡Á quién se lo cuentas!) murmuró la otra señora; y en tono más alto:

—Tiene Vd. razon, para no ir con toda libertad, más vale quedarse en casa.

Doña Severa no contestó. Esta vez venció doña Epifania que en seguida mudó de conversacion.

—¿Y cómo han estado los baños?

—*Pues* como siempre, mucho barullo y nada en limpio. Aquello se va poniendo incapaz... Yo, gracias á que estaban allí la marquesa A, la generala B, y la condesa Z, con quienes pasaba el rato, que sino, me hubiera vuelto en cuanto llegué. ¡Qué bromas! ¡qué bailes! Aquella gente parece que no tiene principios.

—Por supuesto que no los tiene, y por aquí sucede lo mismo; hay una *mescolanza* que nadie la entiende.

—Pero por Dios, señora, que sepan distinguir de colores *tan siquiera.*

—A buena parte va Vd.

—¡Si yo estoy atontada con lo que veo! esa gente de todo saca partido, lo mismo de una boda que de un entierro.

—Así anda ello, dice la de D. Frutos con cierto retintin. Por algo menos se ha visto muchas veces intervenir á *los de* policía.

—¡Ya se desengañarán algun dia! exclama entónces en tono profético la de Guzman.

—Sí; pero entretanto, como dicen ellas, «gozamos y vivimos.»

—Y luego estrañarán que se hable.... Mas vale callar.

—Dice Vd. bien: hay cosas en este mundo que no valen la pena de ocuparse de ellas.

La conversacion toma otro giro nuevo; pero le toma como la tijera de un sastre, sobre el mismo paño.

Cuando la visitante cree que ha pasado el tiempo preciso para la visita (la de rigor lo tiene rigorosamente marcado), cambia el abanico á la mano izquierda, pónese de pié, tiende la diestra á la visitada, asegúranse por la milésima vez sus *profundas simpatías,* dánse el último adios en la escalera; y poco despues está doña Epifania en la calle haciendo rumbo á otra visita con quien se halla en descubierto.

No trataremos de seguirla, porque las visitas de rigor todas son lo mismo con ligerísimas variantes.

Despidámonos, pues, de ella con toda la galante gravedad que el caso exige, y vamos á *hacer* otra de distinto carácter.

II.

Si te estorban los guantes, amigo lector, puedes quitártelos; si el charol te oprime los piés, puedes sustituirle con anchas botas de becerro; si las tirillas te sofocan, aflójate sin reparo la corbata; si el *negligé*, en fin, te gusta mas que el acicalamiento, adóptale enhorabuena, que la visita que vamos á hacer es de *confianza* y admite la comodidad en todas sus formas, como no le falte el aseo.

Todas las horas del dia y de la noche, hasta las diez, son hábiles para esta ceremonia, escepto la de la una de la tarde, que es la de comer, y la en que las señoritas de la casa se están vistiendo. En la primera suele transigirse algunas veces en obsequio de la *franqueza*; pero en la segunda no se abre la puerta, ni á cañonazos, especialmente á los que peinamos bigotes debajo de la nariz. El tocador de una dama ha sido, es y será siempre una fortaleza inaccesible (no por ello inexpugnable); porque las mujeres, desde que la primera satisfizo aquel antojo que tan caro nos costó, han tenido, tienen y tendrán un misterio bajo cada pliegue, misterios que sólo conocen ellas y los que por dejarse arrastrar del demonio de la curiosidad no reparan en condiciones.

Por estas y otras razones de no menor calibre, doña Narcisa y su linda polluela, la segunda de sus tres hijas, han ido al anochecer á casa de doña Circuncision, madre de dos pimpollos que son el encanto de los paseos y la ilusion de su casa.

Dos meses hace que las visitantes y las visitadas no se han visto juntas; pero no por eso carece de oportunidad la visita, porque sobre ser esta de confianza, las tres niñas

han sido compañeras de *enseñanza*, y las dos mamás cuentan una amistad de muchos años. ¿Qué importa, con estas circunstancias solas, un olvido de dos meses?

La cara de doña Narcisa está radiante de elocuencia, su paso es decidido, su respiracion visiblemente anhelosa. Su hija la sigue con dificultad y con ménos risueño semblante, aunque no por eso le lleva triste. Llegan á la puerta de doña Circuncision, llama con los nudillos de la mano doña Narcisa, abre una doncella, introduce á las visitantes en un gabinete, salen las visitadas, y lo que allí pasa es un verdadero motin, aunque sin la gravedad trágica de los que se usan en calles y plazuelas en estos dias de confraternidad y bienandanza; refiérome al estrépito y al movimiento.—¡Carolina!—¡Circuncision!—¡Elisa!—¡Soledad!—¡Narcisa!.... —¡Pícara!—¡Ingratas!.... Voces en todos los tonos, chillidos, esclamaciones, estallido de besos, crugido de muebles, ruido de la seda.... todo ello junto hace temblar la casa por algunos instantes. Al fin se calma la tormenta. Las mamás se sientan en el sofá, y las tres polluelas en las sillas inmediatas, pero agrupadas, compactas como las flores de un ramillete.

—¡Dos meses sin venir á vernos!

—Hijas, otros tantos habeis pasado vosotras sin poner los piés en mi casa.

—Anda, ¡pícara!

—Andad, ¡ingratas!

—¡Y al cabo de tanto tiempo vienes tú sola! ¿Por qué no te acompañó Mercedes?

Carolina contesta con una sonrisa particular, y mira de reojo á su mamá.

Doña Narcisa no lo vé, porque está hablando con su amiga á quien dice en el mismo momento.

—¡Qué ganas traia de llegar! primero por ver á Vds. y

despues por descansar un rato.... Como que habia pensado dejar esta visita para mañana.

—Muchas gracias por la atencion.

—Ya se vé que sí.... Precisamente porque no me gusta venir á esta casa *de cumplido.* ¡Y como hoy tengo el tiempo tan escaso!.... Hija, gracias á que *estas cosas* suceden muy pocas veces en la vida, que sino.... ¡Las escaleras que yo he subido hoy!

—¿Tantas visitas han hecho ustedes?

—Figúreselo Vd., doña Narcisa: desde mi casa hasta aquí, que es una regular distancia, he visitado á todas mis *relaciones*.... y ya sabe Vd. que son algunas.

—¡Ave María Purísima! Comprendo que esté Vd. rendida.... ¿Pero qué idea le ha dado á Vd. hoy de hacer tanta visita?

—Va Vd. á saberlo, que á eso he venido.... y por lo mismo dije antes que estas cosas suceden pocas veces en la vida.

—¡Hola! esclama doña Circuncision, haciéndose toda oidos.

—A ver, á ver, dicen sus hijas con una sonrisilla maliciosa acercándose más á doña Narcisa.

Carolina abre el abanico, le mira por ambos lados y se hace la distraida.

Doña Narcisa despues que es dueña de todo el auditorio, le dirige, sonriendo, estas palabras:

—Tengo que dar á Vds. una noticia que *me parece* les ha de ser agradable.

—Si lo es para Vds., desde luego, contesta el auditorio.

—Sí por cierto.... Pues la noticia es.... que se casa mi hija Mercedes.

—¡Que sea enhorabuena mil veces! grita á doña Narcisa su amiga doña Circuncision, oprimiéndole la mano y mirando con cierta languidez á sus dos hijas.

Estas, al mismo tiempo, abrazan á Carolina colmándola de plácemes y asediándola á preguntas.

—Pero qué callado se lo tenian Vds., dice doña Narcisa.

—No hay tal cosa, replica doña Circuncision. Crean ustedes que hasta hace tres dias no se ha *espontaneado ese señor*.

—¿Y quién es él?.... si se puede saber, se entiende.

—Claro está que sí.... Pues un tal D. Simeon Carúpano, sugeto muy recomendable, aunque poco conocido aqui.

—Efectivamente, yo no recuerdo.... ¿Le conoceis vosotras, chicas?

Las dos polluelas despues de reflexionar un rato dicen que nó; pero la mayor de ellas, arrepintiéndose enseguida, exclama:

—Espere Vd., creo que le conozco. ¿Es un señor.... de alguna edad?

—Ese mismo, contesta Carolina; cetrino, bajito.... no conocereis otra cosa.

—¡Eh, mujer! repone su mamá con disgusto; no es para tanto. Es verdad que no es alto, pero tampoco choca por bajo; y si no fuera tan cargado de hombros sería hasta esbelto. El color es verdad que no es rubio ni muy sano, pero sería preciso un cútis de cera para que no perdiese muchísimo al lado de un pelo tan blanco como el suyo. La edad no es la de un jóven, pero no es tan avanzada como cualquiera creería al oir á esta chiquilla: cincuenta años.... poco más.

—¡Bah!.... ¿eso qué vale? contesta doña Narcisa como si hablara con la mejor intencion.

—Es que las mujeres de ahora no quieren más que donceles; como si la vida de un matrimonio estuviese reducida al dia de la boda. Lo que yo le dije á Mercedes: «mira que en

el dia hay muchas necesidades, y el amor de un hombre hermoso no puede satisfacerlas todas; y cuando hay privaciones hasta el amor se entibia. Por el contrario, cuando hay recursos todos los obstáculos se allanan; y el hombre que los tiene, si además es honrado y caballero, acaba por hacerse amar aunque no sea un Adonis. Ahora haz tu gusto. Y como dió la casualidad que D. Simeon es tan rico como hombre de bien, y Mercedes no es tonta, no ha habido más dificultades para el asunto que las que Vd. acaba de oir.

—Ni era de creer otra cosa, ¡ave María!

—Adivine Vd., doña Circuncision, lo que se dirá por ahí: lo ménos, que su padre, porque el pretendiente es rico, la ha obligado, «la ha sacrificado», que es la frase de moda entre la gente *sensible.*

—¡Cómo se va á creer eso, doña Narcisa! no sea Vd. aprensiva.

—¡Ay! doña Circuncision, yo conozco bien el mundo y sé cómo juzga de las cosas.

—Sí, pero el mundo les conoce bien á Vds. y no puede, en justicia, atribuirles ciertas miras.... Yo, por mi parte, encuentro muy en su lugar la boda, pues que es del gusto de toda la familia y especialmente de la novia, y la vuelvo á felicitar á Vd. con todo mi corazon.

—Y yo se lo agradezco á Vd. con el mio, porque sé lo mucho que Vds. me aprecian.

—Vds. se merecen eso y mucho más.

—Vd. nos honra demasiado, doña Circuncision.

—Les hago á Vds. justicia, doña Narcisa.

—Gracias, amiga mia.

A la vez que las dos mamás en este diálogo, se han ido enredando en otro muy animado las tres polluelas y separando poco á poco del sofá hasta formar grupo aparte:

—¿Sabes, Carolina, hablándote con franqueza, que yo no

esperaba esta noticia? dice muy bajito la mayor de las dos hermanas.

—Ni yo tampoco, añade la pequeña.

Carolina mira hácia su mamá, y viéndola engolfada en conversacion con la otra señora, se vuelve hácia sus amigas, y haciendo un graciosísimo gesto, en el que se revela su disgusto, les dice lacónicamente:

—Ni yo.

—Yo esperaba *otra cosa.*

—Y yo.

—Y yo tambien.

—César es un chico muy guapo, muy fino y de talento, segun dicen. No tiene una gran fortuna, pero está bien *acomodado*, queria mucho á Mercedes.... y Mercedes á él, sinó me engañó cuando me lo dijo.

—No te engañó.

—Pues, hija, no comprendo lo que está pasando.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Pues yo sí lo comprendo, vamos, ¿á qué te he de engañar? Apostaria una oreja á que á César se le despidió en cuanto se presentó ese hombre.

—Algo ha habido de eso.

—¡Lo ves!

—¡Eh! ¿por qué no se ha de decir la verdad entre amigas de confianza como nosotras? ¿Quereis saber lo que hubo?

—Sí.

—Sí.

—Pues bien. César era muy bien recibido en casa, como sabeis. Mercedes le queria.... y toda la familia le queria tambien. En esto, viene recomendado á papá *ese hombre*, dá en visitarnos á todas horas.... y yo no sé lo que pasaria en el *escritorio* y con mamá; pero es lo cierto que

á *ellos* todo se les volvia hablar de los hombres ricos y de lo buenos que eran para las jóvenes; decir que «oro es lo que oro vale», ponderar á D. Simeon y marear á Mercedes con sus gracias. A todo esto, no se le ponía muy buena cara á César; y tan cierto es, que él lo conoció, tuvo una pelotera con Mercedes y faltó algunos dias de casa. Dióse Mercedes por ofendida, riñó algo con él; y como al mismo tiempo mamá no se cansaba en obsequiarle, creyó el infeliz que mi hermana no le queria ya.... y se largó para no volver. Entónces apretó de firme el otro, mamá le ayudó más que nunca, y Mercedes, por *pique,* dijo que *sí.* Le pesó al principio; pero dice que le ha encontrado luego tan fino y tan complaciente, que se casa con él muy á gusto.

Ahí teneis todo lo que ha pasado.

—Ya me sospechaba yo algo de eso.... Pero, hija, francamente, aunque me lo jures, no creo que Mercedes llegue á querer á ese vejestorio.

—Ella lo asegura.

—Ella dirá lo que quiera.... Mas puede que tenga razon; que, segun yo voy viendo, las mujeres, cuando se trata de mejorar de fortuna, nos dejamos convencer en seguida....

. . . .

Pero doña Narcisa ha concluido su párrafo con su amiga, y quiere marcharse.

—Pon los huesos de punta, Carolina, que tu papá nos estará esperando.

—¡Tan pronto! exclaman las tres niñas.

—Para vosotras cuando estais reunidas, nunca alcanza el tiempo. Otra vez hablareis más despacio.... Vámonos, hija.

Nuevo estrépito en la casa, nueva confusion.

—Con que, repito á Vd. mi enhorabuena, y désela Vd. de mi parte á Mercedes.

—Y de la mia.

—Y de la mia.... ¡Que no te se olvide, Carolina!

—Gracias.

—Gracias.

—Ya irémos un dia de estos á verla.

—Cuando Vds. gusten. (*Muchos besos.*)

—Adios, doña Circuncision.— Adios, doña Narcisa.—Adios, niñas.—No me olvideis, ingratas.—Ven á vernos á menudo. (*Siguen los besos.*)—¡Hija, qué gruesa te vas poniendo, Carolina!—Es muy precoz esta chicha; tiene más pantorrilla que yo.—Lo dicho, y memorias.—¡Agur!...—¡Adios!...—¡Adios!...—¡Adios!...

Los últimos ósculos resuenan en la escalera. Dejemos en ella á nuestras conocidas, y vámonos á otra parte.

III.

—¿Está la señora?

—Creo que sí.

—¿Pero está *visible*?

—Debe estar acabando de vestirse.

—Pásela Vd. recado.

—Tenga Vd. la bondad de *pasar* á la sala, caballero.

El que *pasa* al estrado, lector, es Alfredito, pollo incipiente con aspiraciones á hombre formal; Alfredito con el pelo escarolado, pantalon con crecederas, gaban con mas vuelos que una golondrina, sombrero abarquillado, guante de color de calamina, botas de flamante charol y baston de sándalo.

Hétele contemplándose ante un espejo, en ensayo de una seductora sonrisa y de una reverencia de verdadero *gentleman* para presentarse ante el objeto de su *visita*, ó examinando uno á uno los cuadros de la sala despues que se ha convencido de su beldad y desenvoltura. No te extrañes si

ves que en medio de la delicadeza con que se atusa el cabello y arregla el pantalon sobre la bota, deja escapar un suspiro de angustia y se tira con agitacion de los cuellos de la camisa: es que pisa por primera vez aquel terreno y recuerda entonces que quizá no esté para ello legalmente autorizado.

Ocho dias hace que en un *tren de placer* se halló colocado entre una mamá.... como todas, y una hija rubia como un doblon, rolliza como una muñeca, fresca y lozana como una rosa.

Desde el muelle de Maliaño hasta Renedo hay más que suficiente distancia para que un pollo endose un centenar de *fascinadoras* miradas, para que reciba otras tantas *incendiarias*, y para que crea que ha hecho *efecto.*

Por otra parte, la flamante raza femenil no escrupuliza mucho en materia de *aceptaciones;* en vistiendo á la europea todo es papel corriente.

Esta circunstancia justifica las ilusiones de Alfredito que tan pronto como llegó á la estacion, ofreció sus servicios á las dos adláteres, porque los tres llevaban igual destino; y como el dia era de campo, los servicios fueron aceptados mientras pasaban las horas hasta el retorno del tren. Dudar que Alfredo echó los bofes para hacerse necesario y cumplido caballero á los ojos de las damas, sería lo mismo que decir que estas hallaron el *placer* que habian soñado; que no bostezaron trescientas veces sentadas en el viejo tronco de una cajiga mientras dirigian la vista hácia el poniente en busca de una columna de humo, mensajera de una locomotora, y lo mismo que negar que al dia siguiente, aun contra la experiencia y la verdad de los hechos, sostenian las mismas señoras que se habian divertido.

La hora del retorno llegó, y nuestro visitante se colocó en un coche de primera con sus acompañadas.

Ya sabía que *ella* se llamaba Luisita, y su mamá doña Tadea, y que eran hija y esposa de un gran *contribuyente*, circunstancia que no dejó de animar bastante al galan para sus futuros propósitos.

Cuando se despidieron en el muelle, Alfredito se prometió á sí mismo que *aquello no habia de quedar así*; y aunque no le ofrecieron la casa, no dudó que en ella sería bien recibido.

Aquella noche soñó con Luisita, con el vicario y con la luna de miel.

Desde el dia siguiente se dedicó á recorrer bailes, reuniones, teatro y paseos con el objeto de encontrarse con su *conquista*, ponerse á su lado y echarla un discurso sentimental que llevaba estudiado.

Pero todo fué en vano: *ella* no pareció por ninguna parte.

Un dia le dijo su papá que en cuanto se lo permitieran los negocios de la casa iba á hacer un viaje.... lo menos hasta Torrelavega, y que él, Alfredito, le acompañaría.

Para el que nunca pasó de Cajo ó de Renedo, un viaje hasta Torrelavega es un acontencimiento vital.

Alfredito, pues, se echó á la calle para contárselo á sus amigos y consultarles sobre la forma de un traje y acerca de otros preparativos indispensables al efecto.

Como además de pollo era enamorado, pensó que el viaje le prestaba cierta aureola de interés. En su consecuencia trató de hacer sus *visitas de despedida* y consultó sobre si debería ir á casa de Luisita, ¡único remedio que restaba á su abatida esperanza!

—¡Vete, y sobre mí los resultados! le dijo otro pollo que no tenia por donde cogerse en fuerza de ser flaco y encanijado.

—¡Oh magnífico amigo! exclamó entusiasmado Alfredo, como se entusiasman los chiquillos siempre que encuentran

un apoyo á sus antojos; tú me reconcilias con la sociedad que ya me hastía sin *ella*!.... ¡Corro ahora mismo á verla!....

Poco despues salía de su casa con lo más selecto de sus galas, en direccion á la morada de *su conquista de Renedo*, cómo el la llama aún.

Ya le hemos visto llegar hasta el estrado, y casi arrepentirse de tanta temeridad.

Los instantes que pasan sin que aparezca lo que él desea los cree siglos. ¿Si vendrá *ella*? ¿si saldrá su madre? ¿si hará el diablo que salga el papá?

Esta idea le hizo temblar y hasta le indujo á marcharse á la calle; pero entonces oyó crugir un vestido de seda de alguna persona que se acercaba á la sala, y se quedó. Era doña Tadea.

—A los piés de Vd., señora.

—Beso á Vd. la mano, caballero.... No tengo el gusto de....

—¡En buena me he metido! se dijo el otro: ¡ya no me conoce! Y perdiendo el color dejóse caer en una butaca.

—Señora, balbuceó, me he tomado la libertad de....

—Me parece, le interrumpió doña Tadea despues de reflexionar unos instantes, que no es la primera vez que nos vemos, pero no recuerdo cuándo ni en dónde.

—Hemos *viajado* juntos, añadió el pollo más animado ya.

—Ya recuerdo: hasta Renedo, ¿no es verdad?

—Justamente, señora.

—¿Y decia Vd. que?....

—Que pensando *marchar* dentro de unos dias, me he tomado la libertad de venir á despedirme de Vds.

—Gracias, amiguito. ¿Y vá Vd. solo?

—No, con papá.

—¿Para dejarle á Vd. en algun colegio?

Hacer á un pollo galanteador capaz de ser colegial es el

mayor insulto que se le puede dirigir. Alfredito se mordió los labios de coraje, y pasando la diestra por su bigote... futuro, contestó ahuecando la voz:

—No, señora, voy á viajar por gusto.

—¡Ah! ya. ¿Y á dónde van Vds?

—*Pues* por ahora, á Torrelavega.

—¡Hola! ¿Por mucho tiempo? repuso doña Tadea disimulando la risa.

—*Pues* por lo que quiera papá.

—¡Se va Vd. á divertir!

—Así lo espero; tengo muy buenas noticias de ese país, dicen que la gente es muy animada.

—¡Yo lo creo! No le faltarán á Vd. bailes ni *soirées*.

—¡Magnífico! es mi fuerte. Sin duda me voy á divertir.

—Bien hecho, deben aprovecharse todas las ocasiones de dar espansion al ánimo, aunque el de Vd. no debe de estar muy combatido.

—¡Quién sabe! exclamó Alfredo con dolorido acento.

—¡Será posible!

—¡Ay, señora! las pasiones no reconocen edad ni categoría.

—Es cierto. ¿Y hace mucho que padece Vd?

—Muy poco tiempo, contestó él con intencion, por si Luisa estaba escuchando detrás de alguna puerta. Libre y feliz vivia procurando estudiar el mundo al través de una prisma por el cual las pasiones y las flaquezas apareciendo en toda su desnudez mezquina y reflejándose en la mente del profundo observador cuyo corazon palpitara al abrigo de.... pues las.... y los.... en lucha tenaz y luego la seduccion de los atractivos....

—Dispense Vd., amiguito que me llama la cocinera, dijo doña Tadea cortándole su inspirado discurso y lanzándose fuera de la sala para reir á sus anchas.

Alfredo se quedó estupefacto; y herido en su amor propio, juró marcharse en seguida si no iba Luisa á la visita. Al mismo tiempo sacó su relój y vió con espanto que señalaba la una y media. En su casa se comía infaliblemente á la una, y conocia muy bien el génio de su papá: un retraso de media hora, siempre le habia valido una caricia con la punta de una bota paterna por debajo de los faldones del gaban.

Este recuerdo escitó su materialismo de una manera tan notable, que olvidándose de su Filis y de que aún no se habia despedido de doña Tadea, caló el sombrero y se dispuso á marchar: en esto volvió á entrar aquella señora.

—¿Se retira Vd. ya?

—Si Vd. no dispone otra cosa....

—Que *lleve* Vd. feliz viaje, y....

—Gracias, gracias. A los piés de Vd. Y sin aguardar contestacion escapó hácia la escalera.

Entonces, al fin del corredor, por la estrecha puerta de un cuarto adyacente á la cocina, salió una mujer desgreñada, con una bata de percal de color de polvo, y en chancletas. Era Luisa. Pero Alfredo, como iba buscando á la *elegante* viajera de Renedo, pensó que aquella era la cocinera y se fué sin saludarla.

IV.

Supongamos que la escena pasa en un salon á media luz, adornado *comm'il faut.*

En el centro de un muelle sofá está una señora vestida de rigoroso luto: á sus dos lados y en otros varios asientos, formándo semicírculo, hay muchos personajes de ambos sexos, de distintas edades y parecidas condiciones. Todas sus fisonomías están graves é impasibles.

Los hombres miran al suelo mientras tocan en el baston una marcha con los dedos, ó se afilan las puntas del bigote, ó se pasan la mano por la barba, ó juegan con los sellos del relój.

Las mujeres agitan el abanico, se arreglan la mantilla, tosen de vez en cuando y miran de reojo á la presidente del mústio comité. Esta lanza un hondo suspiro, levanta los ojos al cielo y hace un gesto como si tratase de contener una lágrima que asomara entre sus párpados rojos como los de una cocinera que ha picado cebolla.

Su marido, sentado entre los concurrentes y á corta distancia de ella, contesta con un rugido que bien pudiera tomarse por el resuello de un cetáceo, saca el pañuelo del bolsillo, cruza las piernas y murmura:

—¡Cómo ha de ser!

Los demás personajes, por hacer algo, cambian de postura en sus respectivos asientos, suspiran por lo bajo y exclaman:

—¡Válgate Dios!

Despues sigue un intervalo en que no se percibe otro ruido que el de las respiraciones y el de los abanicos que no cesan de agitarse.

Nuevos personajes aparecen en escena. Es un matrimonio.

Todos se levantan para recibirle.

Los recien venidos penetran en el semicírculo; la señora enlutada y su marido dan dos pasos al frente, y sin cambiar con ellos una frase, les tienden la mano.

Luego se estrechan las señoras del sofá para hacer lugar á la que llega, la cual toma asiento y dice:— No se molesten Vds.

Su marido se coloca más abajo.

—Con permiso, murmura, y se deja caer.

Despues vuelve todo á quedar en silencio.

Ahora me preguntas tú, impaciente lector, ¿qué significa ese cuadro lúgubre? ¿se ha muerto alguno?

—Sí, amigo, doña Casilda Guriezo, la señora enlutada, acaba de perder un tio en San Francisco de la Alta California, un tio á quien nunca conoció más que *de oidas.* Solo sabe de él que hace cuarenta años marchó de su pueblo, en calidad de grumete, en un bergatin á Matanzas, y que acaba de morir en remotos climas, legando su inmensa fortuna á los pocos parientes que le quedan en la madre patria.

—¿Y por eso, me replicas, está tan llorosa y abatida; por un tio á quien nunca conoció, cuando hay padres cuya muerte no deja en el corazon de sus hijos más huella que la que dejó en el Océano el bergantin que condujo al grumete á Matanzas?

—¿Y eso qué, malicioso? ¿No ves que ese tio ha dejado á su sobrina la miseria de *ciento cincuenta talegas*, mientras aquellos padres han tenido la desfachatez de morirse *ab intestato* por no tener *de qué*? ¿Qué menos ha de hacer doña Casilda que llorar unos dias y vestir seis meses de negro?

—¿Y esa gente que ahora la rodea?

—Son sus *visitas* que van á darla el *pésame*, despues de haber rogado á Dios por el alma del difunto en las pomposas honras que se acaban de celebrar en la mejor iglesia de la poblacion.

—¿Y por qué se presentan todos con cara de *herederos*?

—Porque, «donde estuvieres haz como vieres.»

La escena sigue muda algunos instantes más, hasta que doña Casilda se vuelve á la señora que tiene á su derecha para hacerla algunas preguntas.

Esto es para la reunion lo que el «*rompan filas*» para un peloton de quintos; el «*hasta mañana, señores*» en una cátedra de humanidades. Cada uno se dirige hácia la persona más inmediata; y, aunque á media voz, el semicirculo se

fracciona en varias porciones y en otras tantas conferencias.

—¿Ha visto Vd. el correo de hoy, D. Tiburcio?

—¡Ojalá no le viera!

—¿Otra tenemos?

—No fuera malo.... quiero decir que.... que no sé cuál es peor.

—¿La espedicion de harinas acaso?

—Sí señor.... ¡desgraciadísima!

—¡Hombre, qué lastima!

—Y aun hay más.

—¡Con que.... hay más!

—Lo de Alaejos....

—¡Aprieta!

—¡Ni un garbanzo!

—Hombre, ¡qué me cuenta Vd!... Con que ni un garbanzo.

—Bien sé yo quién tiene la culpa; pero deje Vd. que á cada puerco, como Vd. sabe, le llega su san Martin.

—¡Oh! perfectamente sí señor, vaya si le llega.... Con que todo, todo desgraciado.... ¡Hombre, qué lástima!

—Sí señor! todo!

—¡Vea Vd!.... ¡qué demonio!

A la derecha de este señor que con todo conviene y todo le admira, así se trate de la elocuencia de Bellini como de la música de Demóstenes; pero que todo lo escrupuliza si puede terminar en el *diario* de *su casa*, se ventila otro asunto cuya índole nos evita revelar el sexo, y hasta el seso, de las personas que en él toman parte.

—Desengáñese Vd., que todas son á cual peores...

—Si parece mentira que se porten así despues que tanto se hace por ellas.... Mire Vd. que en mi casa jamás se las reprende; todo lo contrario, tienen cuanta libertad desean.

—Así paga el diablo á quien le sirve.

—Si por más que Vd. se empeñe, no puedo creer...

—En hora buena; pero sírvale á Vd. de gobierno que la puse de patitas en la calle en cuanto empezó con esas historias.

—¿Nada más que por eso la despidió Vd?....

—Es que hoy por tí y mañana por mí.

—Mas, por último, ¿qué dijo? ¡alguna tontería!

—Por supuesto; pero irrita oirlas.

—A mí no me importaria tres cominos.

—Cuando son cosas sérias....

—En mi casa hago lo que me dá la gana.

—Mucho que sí; pero.... cuando se aumenta....

—Por eso quisiera saber lo que ha dicho.

—¡Dios me libre! Soy muy enemiga de mezclarme en chismes ni en cuentos. Además, tal fué la rabia que me dió su descaro, que ni siquiera la escuché. ¿Qué me importa á mí si en casa de Vd. nunca se come á la hora del dia anterior; ni si hay madres de tres hijos que pasan el dia haciendo moños y ensayando pasos al espejo para ir por la noche al baile; que no saben en dónde están los calcetines del marido, ni los pañales del último retoño que está gimiendo á los piés de la cama de la nodriza mientras esta despide á un *primo* que va á la Isla de Cuba; ni si hay mujeres que aprecian más un vestido que al padre de sus hijos? No, amiga, esas cosas no las oigo yo nunca de boca de una mujer así.... Como yo la dije: esa no es cuenta que hemos de ajustar nosotras: si hay mujeres tan simples y madres tan frívolas, con su pan se lo coman.... Vaya Vd. con Dios que no me conviene Vd.

—Y ¿eso es todo lo que pasó?

—¿Y cree Vd. que es poco?

—¡Bah!! ¿y qué tengo yo que ver en ello?

—Nada, si á Vd. le parece....

—Por supuesto.... Y hablemos de otra cosa: cuando sal-

gamos de aquí va Vd. á ver un vestido que acabo de comprar en la tienda de enfrente.... verá Vd. qué bonito es.... Eso de la cocinera ya lo arreglarémos otra vez.

—Como Vd. quiera.

Tampoco falta allí quien habla con su vecino del tiempo, á faltas de otro asunto más importante; del tiempo que es siempre el refugio de un diálogo agotado ya de materiales, la rama de salvacion de un enamorado cuando al frente de su ídolo no sabe por dónde empezar en fuerza de ser mucho lo que tiene que decirle, el amparo del que tiene que habérselas con un prójimo á quien apenas conoce, ó le merece pocas simpatías y está deseando que se largue; del tiempo, en fin, que ha sido, es y será el objeto de la conversacion de todos los aburridos y de todos los tontos.

Tambien hay quien, muy bajito y con una cara muy triste, dice á su adlátere:

—¡Cuidado si hay personas de suerte! Vea Vd., meterse en caja de sopeton un *pico* de dos ó más milloncejos!....

—Lo dice Vd. por....

—Chiton, que mira doña Casilda.

Estos personajes son inherentes á toda sociedad, por pequeña que sea, y téngase presente que si hay algo que echar á perder, como ellos dicen, son los primeros que llegan y los últimos que se van.

El aspecto de la visita, en general es animado, pero grave. A veces apunta la risa en los lábios de los visitantes y retoza vergonzante en los de los visitados: en seguida desaparece para dejar el puesto á la circunspeccion. Alentado por el rum, rum de la sociedad, no falta quien aventure un chiste; mas al punto se retira dos pasos atrás como diciendo: «yo no he sido.» El cuadro no tiene carácter propio: ríe con un ojo y llora con el otro: está entre Heráclito y Demócrito.

Doña Casilda ha preguntado á una amiga en dónde hallará mejores lutos para sus niñas.

—Encárguelos Vd. á París, le responde esta: son más baratos y mejores que aquí.

—¡Les hace tanta falta! Ya se ve! como no contábamos con este *golpe*! ¡Ayyyyy!! ¡qué desgracia! Y un lagrimon como una nuez le rueda por cada mejilla.

Sensacion en la visita; todos suspiran.

Despues de algunos instantes de recogimiento, el más atrevido se levanta, dá dos vueltas al sombrero entre sus manos, mira en torno de sí como pidiendo parecer sobre su nueva determinacion y un «vámonos, si Vd. quiere» le contestan algunas bocas de otros tantos indivíduos que á la vez se ponen de pié: hacen una profunda reverencia á doña Casilda, dan un apreton de manos á su marido, y con una grave inflexion de pescuezo hácia los que se quedan, se dirigen fuera del estrado.

¡En nuestros dias todo se hace con una precision asombrosa!

En un caso igual los *antiguos* se hubieran despedido diciendo: «acompaño á Vds. en el sentimiento.... Dios les dé á Vds. salud para encomendarle á Dios,» á lo cual los herederos contestarian «amen,» marchándose los visitantes en la persuasion de haber dicho al menos á lo que fueron á la casa mortuoria. ¡Necedad como ella! Cerca de una hora pasaron algunos en casa de doña Casilda y ni siquiera la dirigieron la palabra; ¿para qué?: una frase de consuelo en tales casos no sirve más que para recrudecer la herida....

Cuando nuestros personajes están en la calle, sufren igual metamórfosis que si salieran de un sermon de cuaresma: sus lenguas se desatan y sus ojos chispean; parece que quieren vengarse de la violencia en que han vivido durante la visita. El uno llama la atencion sobre el gesto de la señora; el otro

sobre los ronquidos de su esposo; este sobre que la cocinera estaba atisbando la escena detrás de las cortinillas; el más cauto se conforma con decir que, *dineros y calidad*, etc., y que ya será algo ménos de *lo que se dice*. A nadie se le ocurre una palabra sobre el papel que ellos han desempeñado en la *comedia*.

De la misma manera que los hemos visto salir van desfilando poco á poco todas las visitas.

Cuando los herederos cónyujes se quedan solos, míranse cara á cara con una sonrisa que quiere decir «¡qué felices somos!»; y volviéndose la espalda mútuamente se van á saborear á sus anchas el *dolor* que les ha causado «*un golpe tan tremendo.*»

LOS PASTORCILLOS.

> « El dulce lamentar de dos pastores
> he de cantar, sus quejas imitando. »
> (GARCILASO.)

Panza arriba está *Bartolo*
á la sombra de un castaño,
comiendo un tomate crudo
y rascándose un costado,
mientras pacen sus carneros
fresco trébol más abajo.
Un morral tiene á la espalda,
un garrote en una mano,
por almohada la montera;
sus roñosos piés descalzos
por dos perneras asoman
de coriza y paño pardo,
y su camisa flotante
es sucio giron de esparto.
Negra es la faz de Bartolo,
negro el cútis de sus manos,

áspera crin sus cabellos,
estacas sus dientes ralos,
una zahurda su boca,
pequeños sus ojos garzos,
y la piel de sus orejas
como dos libros en cuarto.
Ya se ha comido un tomate
y otros dos de buen tamaño,
y se ha pasado la lengua,
con deleite, por sus labios;
y como no tiene más
provisiones en el saco,
vé si pacen sus carneros
todos juntos en el prado,
deja escapar un ronquido,
tapa el rostro con las manos,
y encogiendo las rodillas
túmbase en el césped blando,
volviendo la espalda al sol
y los ojos al castaño.
Por un bardal muy espeso,
al gentil pastor cercano,
sale luego *Bernardona*
corriendo detrás de un *jato.*
Descalzos tiene los piés,
negros como su refajo
que por no querer cubrirlos
anda de ellos á dos palmos,
negra la faz, negro el cuello,
negros los robustos brazos,
por cabeza un promontorio
con matorrales de escajo,
y un talle, tonel por grueso
y por lo revuelto fardo.
Jadeante va á pasar
tras el bicho descarriado,

cuando repara en Bartolo
que está á sus anchas roncando.
   Llámale primero suave,
despues un poco más alto,
y viendo que no responde,
con el que lleva en la mano
desde el cuello hasta las nalgas
le mide de un garrotazo.
—¡Quién va allá!—¡Bernarda es!
—¡Así te partiera un rayo!
—Alza, Bartolo.—No quiero.
—Mira, que no seas zángano.
—¿Qué costilla se te ha roto?
—Que me *atajes* aquel jato.
—Anda y atájale tú
y el demonio que te trajo.
—Te digo que me le atajes.
—¿A que te arrimo un sopapo?
—A qué nó—¿Vaya á que sí?
—De lengua.—¿Sí?.. ¡Toma!—¡Bárbaro!
Pégala un revés Bartolo
á toda fuerza de brazo,
y ella, para no ser menos,
pega á Bartolo un sopapo.
Torna el otro á repetir,
esgrime Bernarda un palo;
y entre conjuros y votos,
reveses y linternazos,
resbalones y embestidas,
cubren la raiz del castaño
los pelos de Bernardona,
girones de su refajo
y las greñas de Bartolo
tintos en sangre de entrambos.
—¿Estás contento, animal?
—*Pus* no *m'atientes* el sacu.

—Yo no me meto contigo.
—¿Por qué me distes un palo?
—¡Bien merecío lo tengo!
Pero no te dé *cuidiao.*
¿Quién te cose y te *arremienda*?
¿quién te cura si estás malo?
¿quién te lava la camisa?....
y ¿quién te quiere, brutazo?
Bernarda, animal, Bernarda
que no merece este pago.
Y la *sensible* pastora
hace retemblar el campo
con los mugidos que salen
de su pecho lastimado.
Lágrimas vierten sus ojos
hundidos dentro del cráneo,
lágrimas tiernas que son,
por lo abundosas, chubascos.
Bartolo la mira entonces,
confuso, de medio lado,
y siente que allá en el pecho
le esta carcomiendo algo.
—Es verdá que me arremiendas,
dice por fin el menguado,
que me lavas la camisa
y me asistes si estoy malo;
pero ¿quién te *cudia* á tí,
Bernardona? Yo, ¡mal rayo!
¿Quién corre tras de tus vacas?
¿quién lleva á vender tus jatos?
¿quién esquila tus ovejas?
¿y quién te compra *rufajos*?
Bartolo, el probe Bartolo
que no merece este pago.
¡Permita Dios de los cielos
y san Roque el romerano

que el primer carro que pase
me haga una torta debajo!
Y á su vez, el buen pastor
rompe en lloro á todo trapo,
formando con la pastora
un estrépito tan magno,
que se asustan los carneros
y al fin se escapan del prado.
El cuadrúpedo transfuga,
autor de todo el cotarro,
al escuchar los bramidos
de los dos *enamorados*,
creyendo que una legion
de lobos sigue sus pasos,
ó que la tierra se hunde,
ó que viene el cielo abajo,
bufa, escarba y olfatea,
sacude en el aire el rabo
y echa por aquellos cerros
como alma que lleva el diablo.
Entonces cesan los gritos,
sécase el llanto en los párpados
y empiezan las maldiciones
y los dicterios más ágrios;
despues escapan los dos,
como dos cohetes, rápidos,
Bartolo tras los carneros,
Bernardona en pos del jato.

¡CÓMO SE MIENTE!

I.

—Adios, señor D. Pedro.

—Muy buenos dias, D. Crisanto: ¿vá Vd. á misa?

—No señor; yo la oigo muy temprano. Ahora estoy esperando al amigo D. Plácido que está en la de nueve, para irnos en seguida á dar nuestro paseo.

—Vds. nunca le pierden: muy bien hecho. ¡Ojalá pudiera yo acompañarlos hoy!

—¿Y por qué nó? Es domingo, no hay negocios.... Pero ahora recuerdo que anoche no fué Vd. al *Círculo*.

—Estuve bastante disgustado ayer todo el dia.... y sigo estándolo.... Tengo el chico mayor indispuesto.

—¿De cuidado?

—Hasta ahora no, á Dios gracias; pero como está tan robusto, no sería difícil, si nos descuidáramos, que le sobreviniese alguna fiebre maligna.

—¿Qué es lo que tiene?

—Una indigestion de castañas.

—¡Diablo, diablo!.... Mucho cuidado D. Pedro, que la estacion es muy mala: la primavera para los muchachos....

—Por eso precisamente me apuro yo.... Pero ya sale don Plácido y le dejo á Vd. con él.... Adios, señores.

—Beso á Vd. la mano, señor D. Pedro: que se alivie el chico.

—Pues qué ¿está enfermo? preguntó D. Plácido que cogió al vuelo las palabras de D. Crisanto.

—Parece que sí.

—¿Cosa de cuidado?

—Me lo sospecho. El orígen fué una indigestion de castañas; pero como está tan robusto, le *ha* sobrevenido una fiebre que *ha* puesto en cuidado á la familia.

—¡Caramba! ¿si serán viruelas?

—Oiga Vd., es fácil.

Y en esto los dos personajes se dirigieron hácia la calle de San Francisco, por la Plaza vieja, deteniéndose un instante junto á la esquina del Puente, en la cual habia un vistoso cartelon recientemente pegado, anunciando, para despues de varios ejercicios olímpicos, la segunda ascension aereostática del intrépido Mr. Juanny.

Mr. Juanny era un muchacho, casi imberbe, director de una desmantelada compañía ecuestre que trabajaba los domingos en Santander, en un lóbrego corral, ante un escaso público de criadas, soldados y raqueros. La primera ascension, por cierto en una tarde fria y lluviosa de abril, tuvo para el valeroso aereonauta el éxito más desgraciado.

Henchida la remendada mongolfiera en medio del circo, y sujeta al suelo, del que distaba más de veinte piés, por dos delgadas é inseguras cuerdas, Mr. Juanny comenzó á trepar por otra suelta del centro, para alcanzar el trapecio

que en el espacio le habia de servir de morada; pero al vacilar el globo con el peso del aereonauta, rompió las cuerdas que le sujetaban, y rápido se lanzó á las nubes cuando aún distaba del trapecio el pobre muchacho más de doce piés. Para el público, no tuvo el lance aquel nada de particular: creyó de buena fé que el ir Mr. Juanny agarrado á la cuerda, era un alarde más de su agilidad y de su mpavidez; sólo su familia, que era toda la compañía, y él, comprendieron lo terrible de la situacion; la primera lo manifestó bien pronto con lágrimas de desconsuelo, y por lo que hace al segundo, segun la relacion que de boca del mismo oimos, conociendo mejor que nadie el espantoso peligro en que se hallaba, trató, lo primero, de llegar hasta el trapecio; pero la rapidez con que marchaba el globo le impedia adelantar un sólo palmo en tan horrible sendero. Como la cuerda era larga, al salir del circo se enredó entre las ramas de la alameda vieja, y por un momento creyó Mr. Juanny que habia desaparecido el peligro; mas, para mayor desconsuelo, las débiles ramas cedieron al empuje del globo, y aquel desdichado no tuvo más remedio que acudir á su valor y á su destreza. Agarróse, pues, lo mejor que pudo á la cuerda, y dejó á la Providencia lo demás. Entre tanto, las manos se le habian desollado, sus fuerzas se debilitaban por instantes, y cada vez hallaba más irresistible la fuerza con que el globo parecia que trataba de desprenderse de él. Las casas, los objetos que en furioso torbellino pasaban á su vista, le mareaban en aquella difícil y angustiosa situacion: perdió al fin el conocimiento, y maquinalmente siguió todavía agarrado á la cuerda. Un instante más y no habia remedio para él. Pero afortunadamente la mongolfiera era muy vieja, y á pesar de los remiendos que tenía, iba perdiendo gas á cada instante por su muchas rendijas; cedió al fin al peso del aereonauta y

descendió rápidamente, cayendo á una legua adentro de la bahía y á más de media del barco más próximo. Ya era tiempo. Mr. Juanny solo conoció que se hallaba en el agua cuando su frialdad le sacó de su estupor. Mas el nuevo peligro era insignificante comparado con el que acababa de correr. El globo, aun henchido, flotaba como una enorme boya: agarróse, pues, á él y esperó. Por mucha prisa que se dieron los tripulantes de algunas lanchas que le vieron caer, las dos primeras que hasta él llegaron, á toda fuerza de remo, tardaron un cuarto de hora.

Mr. Juanny desembarcó al fin en el muelle entre su familia y un inmenso concurso, desolladas las manos y tiritando de frio, pero sereno y risueño como si nada le hubiera sucedido.

Hecha esta ligera digresion, que bien la merece el asunto por su histórica terrible gravedad, volvamos á nuestros conocidos.

Pertenecian estos por patron, edad é instinto al pequeño grupo de *figuras reglamentadas* que son indispensables á toda poblacion, y sobre las cuales pasan en vano los años y las revoluciones: alguna arruga de más, algun cabello de ménos son los únicos rastros que deja el tiempo sobre estos séres: traje, costumbres y alimento siguen siendo para ellos los mismos que los del año en que *se plantaron*, hasta la hora de su muerte; porque esta, siendo producida generalmente por una apoplegía fulminante, ó por otro torozon cualquiera, no les atormenta con sus preludios, ni les altera en lo más mínimo, durante la vida, el metódico sistema de ella. Egoistas y avaros por naturaleza, temiendo adquirir compromisos ó arriesgar su dinero, sólo toman del mundo aquello que el mundo echa á la calle, bien porque le sobra ó porque lo regala.

Por eso su única biblioteca, en el capítulo de erudicion,

la constituyen los carteles de las esquinas, los prospectos volantes y los periódicos del café.

Sabido esto, y no olvidando el dramático suceso que acabamos de referir, escusado será decir al lector que leyeron con avidez el cartel de Mr. Juanny; que al separarse de la esquina, continuando su paseo, iban hablando con horror de tamaño atrevimiento; que calcularon y se concedieron recíprocamente la hora y el sitio en que, segun el viento que reinaba, caería aquella tarde el aereonauta, y, por último, que decidieron ir á presenciar la ascension; mas no se crea que al circo mismo donde no habria bastante comodidad sobre costar el dinero, sino á los prados de la Atalaya, cuya elevacion les permitia dominar los sucesos con la vista y respirar aires puros.

Cuando llegaron á san Francisco, discurriendo aún sobre el mismo tema, repararon que un corredor, muy conocido de ellos, se les acercaba con un andar de seis ó siete millas.

Al cruzarse con él no pudieron contener su curiosidad, y á duo le interpelaron:

—¿A dónde tan de prisa?

—¿Han visto Vds. á D. Pedro? les preguntó casi al mismo tiempo el corredor.

—Ahora mismo acabamos de separarnos de él.

—¿Ha ido al escritorio?

—No, señor, á su casa.... ¿Ha ocurrido alguna *otra* novedad? añadió alarmado D. Plácido al ver cómo jadeaba aquel hombre.

—¿Segun eso habia ya una?

—¡Qué! ¿No lo sabe Vd.?

—Hombre, nó; yo le buscaba para un negocio.... y muy bueno.

—Pues, amigo, dijo D. Crisanto en tono sentido, de nosotros se ha separado de muy mal talante.

—Pero, ¿qué tiene?

—El chico mayor *muy malo*, exclamó D. Plácido.

—¿De qué? dijo sorprendido el corredor.

—*De viruelas*, contestó solemnemente D. Crisanto, y con la más profunda conviccion.

—¡De viruelas!... Pero si ayer le he visto yo en el escritorio copiando una factura.

—Pues ahí verá Vd., observó D. Plácido.

—¿De suerte, añadió el corredor, que su padre no estará dispuesto á hablar de negocios?

—Figúreselo Vd., contestaron los dos amigos.

—Pues ¡cómo ha de ser!... paciencia, que lo peor es para él.... Adios, señores, y gracias.

—No hay de qué: vaya Vd. con Dios.

El agente, desesperanzado de hacer el negocio, emprendió una marcha más lenta que la anterior, y mústio y cabizbajo se internó en la calle de San Francisco.

Los dos amigos continuaron su paseo hácia la Alameda. Habrán extrañado al lector los progresos de la enfermedad del hijo de D. Pedro, ó habrá creido, á pesar de lo que le hemos dicho acerca de D. Plácido y D. Crisanto, que estos trataban de dar un bromazo al corredor. Nada de eso. Ni el carácter, ni la posicion, ni la edad de estos señores se prestan á la broma: tienen cincuenta mil duros cada uno, y un siglo cumplidito entre los dos. Pero sobre algunas otras manías á que consagran todos los desvelos que no necesita la administracion del milloncejo, les esclaviza y atormenta la de adquirir noticias, cualesquiera que ellas sean; y no por el placer de saberlas, sino por el de propagarlas; pero de propagarlas de manera que interesen y exciten bien la curiosidad del público. Esto no pudieran conseguirlo siempre, pues que los datos adquiridos algunas veces no lo dan de sí. Por eso, dado un suceso cualquiera, le suponen el curso que

les parece *más natural*, y con la mejor buena fé le colocan en el término que más se acomoda á sus cálculos.—«Que esto ha de suceder es *infalible*, dicen ellos; contémoslo en seguida, porque despues no tendría novedad, y, bien mirado, no faltamos á la verosimilitud.» La calidad de la noticia es lo que ménos les importa, ni las consecuencias que pueda producir su afan de exagerarla: haga ella efecto, coméntese, propáguese, y su amor propio se verá satisfecho.

No tuvieron otro orígen las viruelas del hijo mayor de D. Pedro.

El corredor entretanto, llegó á la Guantería, se sentó sobre el mostrador y comenzó á renegar de su suerte.

—Vea Vd., decía, hasta las epidemias conspiran contra mis intereses.

—Pues ¿qué sucede? le preguntó un ocioso de los muchos que concurren á aquel establecimiento, ¿vuelve otra vez el cólera?

—¡Qué más cólera que no hacer un negocio en cuatro dias!

—Como decía Vd. que la epidemia....

—Y lo repito. El mejor corretaje, acaso el único de toda la semana, acabo de perderle porque han entrado las viruelas en la casa.

—¿Hay algun comerciante con ellas?

—No, señor, un hijo.

—¿Quién es el padre?

—Don Pedro Truchuela.

—¡Caramba! ¿aquel muchachon tan robusto está con viruelas?.... ¿Y son de mala ley?

—Segun me han dicho, con referencia á su padre, no lo cuenta.

—¡Qué lástima!

Y al exclamar así el ocioso, marchóse á la Plaza y contó el suceso al primer conocido que halló á mano.

En los comentarios estaba ya cuando la doncella de don Pedro, muy conocida del comentarista por su lindo palmito, cruzó hácia el Puente y entró en uno de sus portales. Al notarlo el ocioso exclamó á su interlocutor.

—¡Adios, mi dinero! ya van á llamar al cura!

—¡Cá! dijo el otro sorprendido.

—Sí, señor: he visto entrar á la doncella de D. Pedro en casa del padre N.... Cuando salga la he de preguntar.

Ignoraba el noticiero que el padre N.... se habia mudado á otra calle, y que vivia á la sazon una modista en la casa que él dejó.

A poco rato salió la doncella con unos paquetes debajo del brazo y se fué por el muelle. El espía no lo notó por haberse enredado en una nueva acalorada controversia sobre las causas de algunas epidemias como la que ya juzgaba apoderada de la poblacion; pero, en su defecto, vió poco despues atravesar al Padre N... por la esquina de la Ribera y en direccion al barrio donde vivia D. Pedro.

—Véalo Vd., exclamó; ¡se realizaron mis sospechas!...

Y sin despedirse de su contrincante fué á llevar la noticia á la Guantería.

Cuando á la una en punto volvieron del paseo D. Crisanto y D. Plácido, encontraron otra vez al corredor.

—¿Ha visto Vd. á D. Pedro? le preguntaron.

—¡Bueno estará el pobre señor para visto! contestó.

—Pues ¿qué ha sucedido? ¿Está peor su hijo?

—Ya le han dado la uncion.

—¡Ave María purísima! exclamaron los dos amigos. Lo mismo que sospechábamos salió desgraciadamente.

Y con cierto aire de satisfaccion por el buen éxito de sus presunciones, pues que no estaba en sus manos evitar la des-

gracia y era ocioso afectarse por ella, se separaron del corredor sin pasarles por la imaginacion que ellos, y nada más que ellos, eran el orígen, desarrollo y progreso de la enfermedad del hijo de D. Pedro Truchuela.

II.

Fieles como dos cronómetros, á las cuatro en punto de la tarde llegaron nuestros dos amigos á los prados de la Atalaya y se colocaron en el más elevado de ellos para dominar mejor todos los incidentes de la ascension aereostática.—Destacábase el globo, henchido ya de humo, en el reducido circo de la Alameda, balanceándose sobre las cuerdas que le sujetaban, esperando á que le dieran libertad para lanzar al espacio su gran mole.

En instantes tan supremos, cuando la curiosidad de medio pueblo diseminado por aquellas praderas estaba fija en el aparato, el campanon de la catedral sonó, grave y acompasado, tres veces. Su lúgubre tañido no produjo el menor efecto en el ánimo de aquellos espectadores. Sin embargo, nuestros dos conocidos, aunque afanosamente ocupados en esplicarse la teoría del espectáculo que á tales alturas les habia conducido, suspendieron la discusion.

—¿Ha oido Vd., D. Plácido?

—¿Qué?

—Tocan *á paso.*

—Efectivamente: es por el hijo de D. Pedro.

—¿Lo sabe Vd. con seguridad?

—Hombre, estando ya con la uncion esta mañana....

—Es verdad.... ¡Pobre muchacho!.... ¡tan jóven!

—Al anochecer nos pasaremos por su casa para saludar á D. Pedro y acompañar á su hijo (que en gloria esté) á la última morada.

En esto se oyó un rumor infinito de hurras, aplausos y silbidos. El globo se elevaba magestuoso, arrastrando al jóven aereonauta vestido de artillero, y de pié sobre un cañon.

—Allá vá eso, dijo D. Crisanto; siempre te bañarás como la otra vez.... Sospecho que cae en Maliaño.... ¡Allí si que no te salvas!

—Pues yo, repuso D. Plácido, creo que más acá se queda, segun la direccion que toma.

—Como caiga en el agua, es lo mismo: el cañon le arrastrará al fondo... Le aseguro á Vd., D. Crisanto, que si tuviera facultades para tanto, suprimiria estos espectáculos..... porque, desengáñese Vd., son una barbaridad.

—Qué demonios le diré á Vd., D. Plácido.... Es preciso que haya de todo en el mundo.

—¿Y para qué hace falta esto? Para aumentar el número de huérfanos y de viudas, y para fomentar la vagancia. Total, para molestar al hombre de bien y pacífico, y sacarle lo que acaso necesita para su familia.... ó para su regalo, que ya que uno se lo ha ganado, nadie más que uno mismo tiene derecho á hacer de ello lo que le dé la gana.

—Todo lo que Vd. dice está muy en su lugar, pero repare Vd. que ese pobre volatinero brinca y salta, sube y baja y se remoja en la bahía cuando y cada vez que le dá la gana para ganar un miserable pedazo de pan, y que á nosotros no nos cuesta un cuarto. Ahora mismo, desde estos prados le estamos viendo de balde, y por cierto con más comodidad que los que han pagado su entrada en el circo. Desengáñese Vd., el que no quiere y sabe ahorrar, no gasta un maravedí por más lazos que se le tiendan.

—No lo niego; pero concédame Vd. que á veces se complican las circunstancias de un modo.... Sin ir muy lejos, ni acotar con muertos, el dia en que este mismo sugeto estuvo á pique de ahogarse en la bahía, me hallaba yo, despues de

suceso, leyendo el correo en la botica, cuando á uno de esos filántropos que de todo el mundo se conduelen, porque no tienen otra cosa que hacer, y que habia visto las desolladuras y contusiones que se hizo el volatinero, le dá la gana de echar un guante para él entre todos los concurrentes al establecimiento, que sabe Vd. que no son pocos... Pues señor, ¿usted creerá que me sirvió de algo volverme de espaldas hacerme el distraido, ni marcharme hasta el escaparate con la disculpa de que necesitaba más luz para leer el periódico?.... ¡que si quieres! El muy importuno me siguió como si fuera mi sombra.... y gracias á que, como de costumbre, yo no llevaba un ochavo sobre mí, que de otro modo, me cuestan la funcion del volatinero y la impertinencia de su protector, un par de reales.... ó tal vez más.

—Pero al fin nada pagó Vd.; y siempre venimos á parar en que amarrando bien, por más que tiren de uno no le sacan un céntimo. ¡Buen cuidado me dá á mí por todos los filántropos del mundo.... sordo siempre; que oidos que no oyen, corazon que no siente.... Pero se me figura que desciende el globo.... y va á caer, como lo anuncié, hácia Maliaño.

—Mire Vd. que á esa distancia engaña mucho la vista.

Cuando poco despues desapareció la mongolfiera detras de la colina del cementerio, los dos observadores bajaron á paso redoblado á la ciudad, y se encaminaron á la estacion del ferro-carril, con el objeto de averiguar lo cierto del caso, pues el globo, á medida que bajaba, fué pareciendo más próximo en línea horizontal á los dos curiosos; tanto, que D. Plácido al perderle de vista hubiera sido capaz de jurar que habia caido en la Peña del Cuervo.

Andando, disputando y sudando el quilo, llegaron á la Pescadería y preguntaron á un aldeano que hablaba sobre el suceso:

—¿Dónde cayó, buen amigo?

—Pus dí que se ha jundío en metá la canal.

—¡Fuego! ¿Oye Vd., D. Plácido? lo que yo temía.

Y síguieron más adelante.

Dos cigarreras daban grandes voces.

—Tamien fué causelidad de pasar al mesmo tiempo la *comotora*.

—¿A quién ha cogido? preguntó el curioso D. Plácido.

—¡Otra... esta sí qué! ¿Pos no lo sabe usté, buen hombre? ¿A quién tiene de ser? Al del globo.

—¿Y le mató?

—¡Ahora escampa! No sé si le mataría pasando por encima *el camino de hierro*!

—¡Qué atrocidad!

—Y lo peor hubiera sido, continuó la cigarrera, si no se apartan á tiempo las presonas que se agolparon allí.... Ya le quiero un cuento.... ¡pos no sé si hay *carná*!.... ¡Más de veinte estuvieron á pique de perecer!

—Y diga Vd., ¿se podrá ver el *cadáver*?

—¡Quiá! ¡que si quieres! Han dio allá los *de polecía* y no dejan *de* pasar á naide.... Está un poco más acá de la Peña del Cuervo.

—Pero si acaban de decirnos que el globo cayó en el canal.

—No haga caso, señor, eso fué la otra vez.

—Toma, y es verdad. ¡Cómo se miente!

Las noticias adquiridas, si no eran cuanto podia apetecer la insaciable curiosidad de los dos amigos, cumplian en gran parte con los deseos de estos, imposibilitados como estaban , segun los informes de la cigarrera de acercarse al lugar de la catástrofe. De todas maneras, Mr. Juanny habia perecido indudablemente, y muchas personas habian estado á pique de ser aplastadas por el tren.

—Hé aquí una cosa que yo no puedo comprender bien, dijo D. Plácido á su amigo, mientras los dos hacian frente á retaguardia apresuradamente, para dar salida antes que nadie á las provisiones recientes.

—¿Qué es lo que Vd. no comprende? replicó D. Crisanto.

—Que haya habido gente *á pique* de perecer. La vía (fíjese Vd. mucho en esto), en el sitio que nos han señalado, está completamente aislada por el mar, de norte á sur, y la marea está alta en este momento. Y una de dos; ó hubo gente, ó no la hubo al llegar el tren. Si la hubo, y mucha, en lo cual convienen todas las noticias adquiridas, ¿á dónde se refugió cuando apareció de sorpresa la máquina.... porque hubo sorpresa, y la prueba está en que Mr. Juanny no tuvo tiempo para ponerse fuera del peligro... ¡cómo que pereció en él! Yo quiero suponer que las personas que le rodeaban, que eran muchísimas, atendiendo cada una á su propia salvacion, se olvidasen del desgraciado que tal vez cayó enredado entre las cuerdas del globo, ó se inutilizó al caer y no pudo moverse; al huir cada uno del tren que se aproximaba rápido, ¿se refugió á las orillas de la via? Imposible, porque son muy estrechas.... ó perecieron los de la primera fila indefectiblemente. ¿Se atropellaron unos á otros y se salieron de la vía? En este caso cayeron al agua; y como no es probable que todos supiesen nadar, y se sabe que en semejantes conflictos el mejor nadador se ahoga arrollado por la multitud, el resultado es más horroroso aún que el de la primera suposicion.... En fin, D. Crisanto, no me cabe duda alguna de que la escena debe haber sido espantosa. Y esto parece providencial despues de lo que le dije á Vd. en la Atalaya sobre las consecuencias de semejantes espectáculos.

—Me deja Vd. aturdido, exclamó D. Crisanto que no habia perdido una sola de las palabras de su amigo: los ar-

gumentos son irrebatibles.... Pero si tantas víctimas hubo, ¿cómo no se sabe nada de cierto?

—Muy sencillo, amigo mio: el juzgado estará instruyendo las diligencias de cajon, habrá detenido á los que salieron ilesos para tomarles declaracion, y á los de fuera no se nos ha permitido acercarnos allá, ¿por donde, pues, se ha de haber sabido la verdad? Desengáñese Vd., que se van á descubrir horrores.

Y penetrados entrambos, pero con toda conviccion, de esta trágica idea, continuaron muelle adelante.

—¿Vienen Vds. de la estacion? les preguntó un conocido que hallaron al paso.

—Sí, señor.

—¿Y en dónde cayó?

—En mitad de la vía.

—¿Al pasar el tren?

—Desgraciadamente.... y le ha partido por la mitad.

—¡Horror! ¡Es posible!

—Como Vd. lo oye.... Y no es eso lo peor, sino que de la gente que se agolpó á verle, entre ahogados y aplastados pasan.... tal vez de veinte.

—¡Santo Dios de misericordia!.... ¿Pero Vds. lo han visto?

—Casi, casi. Las autoridades están allá, y el juez que instruye las diligencias: por eso no se nos ha permitido verá las víctimas; pero hemos oido los gritos y la bulla.

—Extremece pensarlo, señores.... Corro á ver si logro adquirir más pormenores.

El buen señor partió azorado hácia la estacion, mientras los noticieros conmovidos, no de pesar por las víctimas que suponian, ni de remordimiento por la ligereza con que habían propalado una noticia tan grave y tan dudosa, sino de entusiasmo por el caudal de horrores que llevaban en la

mollera, continuaron caminando á largos pasos, rojo el semblante, chispeante la mirada y diciendo con la fisonomía á todo el mundo:—«Pregúntenos Vd., ó se lo contamos.»

De esta suerte llegaron al café Suizo.

Media hora haría qne estaban conmoviendo á un numeroso auditorio que se habian formado con sus trágicos relatos, cuando entró en el salon D. Pedro Truchuela, acompañado de su hijo, el mismo que, *segun noticias*, habia fallecido aquella tarde.

Verlos entrar los dos amigos y atascárseles en la garganta las palabras que iban á dirigir al concurso, fué todo uno.

Repuestos algun tanto de la sorpresa, partieron ambos hácia D. Pedro, y tomando la palabra D. Plácido, le dijo, dándole la mano:

—Pero, señor, ¡cómo se miente en este pueblo! Si se nos habia dicho....

—¿Qué? le interrumpió D. Pedro.

—Que estaba peor su chico de Vd., añadió D. Crisanto; y ya vemos que, á Dios gracias, es mentira. Sea, pues, mil veces enhorabuena; y ojalá sirva esto de leccion para los que con tanta ligereza se entretienen en propagar malas noticias.

—Mucho que sí, murmuró D. Plácido un si es no es corrido y abochornado con la leccion.

—Gracias, señores, les contestó D. Pedro que lo que ménos se imaginaba era el cisco que sus dos conocidos habian revuelto desde que los saludó por la mañana. Afortunadamente este chico es fuerte, y cuando volví á casa me le encontré levantado y empeñado en que habia de salir á la calle, lo cual no le consentí, porque en su estado no lo juzgué prudente; pero esta tarde, despues de notar las buenas disposiciones con que comió, no he tenido inconveniente en que me acompañara á dar un paseo y á ver al mismo tiempo elevarse el globo.

—¿Y desde dónde le han visto Vds.? preguntaron anhelosos los dos embusteros.

—Desde los prados del cementerio, contestó D. Pedro; pero tan perfectamente que sin salir de nuestro paso llegamos luego á verle caer.

La ansiedad de los viejos crecía por momentos.

—Segun eso, exclamó D. Crisanto, ¿estará Vd. al corriente de todo lo que ha ocurrido?

—Como que lo he visto.

—¡Ya lo oye Vd., D. Crisanto, lo ha visto!

—¿Y qué tiene de particular, señores? exclamó D. Pedro á quien ya chocaban los gestos y el afan de sus adláteres. Nada más sencillo: cuando noté que el globo descendía nos bajamos, á lo largo de las tapias del cementerio, hasta cerca de la vía; allí nos sentamos y le seguimos en todos sus accidentes hasta que cayó.

—¿En dónde?....

—En la cortadura del muelle de Maliaño, en el agua, pero á pocas varas de la escollera; así es que el aereonauta con muy leves esfuerzos salió á tierra firme inmediatamente.... Lo hemos visto con los gemelos.

Los dos amigos se miraron estupefactos.

—¿Pero no cayó en la vía? preguntó asombrado D. Plácido.

—¿Pues no lo está Vd. oyendo? contestó D. Pedro.

—Luego no le ha cogido el tren ni han perecido ahogadas y aplastadas otras personas....

—¡Ave María purísima! exclamó santiguándose don Pedro; ¿quién les ha engañado á Vds?

—¡Conque es mentira!.... Pero vé Vd., D. Crisanto, ¡*comó se miente* en este pueblo!

Y D. Plácido miró á su amigo con una expresion indefinible. Este le contestó en idéntico lenguaje, y recordando

entrambos sus recientes trágicos relatos y notando que en algunas mesas vecinas se hablaba con referencia á ellos de la «terrible catástrofe», despidiéronse de D. Pedro y de su hijo como mejor en su aturdimiento supieron, y se echaron á la calle renegando, con la mayor sinceridad, del arte que se dá el público siempre para desfigurar la verdad y sorprender la buena fé de los hombres de bien, como ellos dos, y exclamando *escandalizados* á cada instante : — Pero, señor, ¡*cómo se miente*!

ARROZ Y GALLO MUERTO.

I.

Aun no se habrian extinguido las últimas chispas de la hoguera, y apenas asomaban los primeros rayos del sol sobre la cúspide de las montañas vecinas, cuando las campanas del lugar comenzaron á sonar con el toque de alba. Sin duda el sacristan habia pasado la noche con sus convecinos bailando al fulgor de la hoguera, pues de otro modo, segun pública fama, no hubiera sido capaz de tomar la delantera al sol para abandonar el lecho.

Comenzaba yo entre sueños á apercibirme de tan, para mí, inusitada música, y tal vez hubiera conseguido no salir con ella del plácido letargo que me dominaba, cuando la tos, las pisadas y los gritos de mi tio que entraba en la alcoba con el objeto de despertarme, ahuyentaron completamente el sueño que, por ser el de la aurora, hacía mi mayor delicia.

—¡Arriba, perezoso, que ya es hora! oí gritar entre garrotazos sacudidos sobre los muebles, y taconazos y patadas en el suelo.

—Pero, señor, si está amaneciendo, contesté balbuciente y restregándome los ojos.

—Eso es: será mejor levantarse al medio dia como haceis en la ciudad... ¡Fuera pereza! añadió con una risotada, tirando de un manotazo la ropa que me cubría á los piés de la cama. Alza esos huesos y dispónte á celebrar á san Juan como es debido.

Estas últimas palabras me hicieron recordar que era el dia de mi tio, y que por ello habia llegado yo la víspera á su casa. Felicitéle cordialmente, y no pude ménos de admirar aquella humanidad robusta y, á pesar de los cincuenta años que contaba de fecha, fresca y rebosando vida.

Estaba ya afeitado y vestido con la ropa de los domingos, traje que sin ser de rigorosa elegancia, ni mucho menos, tampoco bajaba hasta el vulgar de los campesinos: ancho, fino y cómodo, como pertenecía á un señor bien acomodado de aldea; categoría en que figura mi tio con tanto derecho como el mejor caballero de la provincia.

Cuando me hube vestido, me cojió por un brazo y se empeñó en que le acompañara á dar una vuelta por el barrio mientras era hora de almorzar. Dispúseme á complacerle y salimos del cuarto. La gran sala que atravesamos tenía abiertas de par en par las tres puertas de su inmenso balcon; el sol entraba ya por ellas iluminando todo el larguísimo y espacioso carrejo que terminaba en la escalera; se oia el cuchareteo y hervor de la cocina que empezaba á animarse por la solemnidad del dia, y se respiraba en toda la casa un ambiente especial, una atmósfera pura y embalsamada que solo se respira en el campo de la Montaña en las madruga-

das de verano, al secar el sol el fresco rocío sobre las flores de las praderas.

Al llegar á la puerta de la escalera encontramos á mi tia, digna compañera de su marido, como él robusta y fresca, descubiertos sus blancos y rollizos brazos hasta cerca de los hombros, y llevando un gran jarro de leche espumosa y tibia aun en cada mano. Sonrióse gozosa y espansiva con nosotros, saludóme cariñosa, y, *vellis nollis*, me hizo probar la leche que ella misma acababa de ordeñar.

Al bajar la escalera espantamos con nuestra presencia un inmenso averío que en el ancho portal se desayunaba con el maiz que habia desparramado sobre las losas.

En el corral saltaban los terneros alrededor de sus madres, saliendo al campo á solazarse algunas horas bajo la vigilancia de un guardian; el mastin gruñia atado aun á la cadena, pero alegre y bullicioso al vernos.... todo, en una palabra, seres y objetos, cuanto nos rodeaba parecia disfrutar de la belleza del dia que empezaba y de la inefable satisfaccion que experimentaba aquella familia modesta en el quincuagésimo aniversario de mi tio, festividad doblemente solemne, por cuanto san Juan era, á la vez que de mi tio, el patrono del lugar.

Siguiéndole yo siempre, salimos por la ancha portalada característica de todas las casas solariegas de la Montaña, entramos en una verde y entoldada calleja, y al llegar á la iglesia que estaba cerca, nos sentamos en un rústico banco detrás de ella y bajo una viejísima y copuda cajiga.

A pocos pasos frente á nosotros estaba la taberna; y en su portal dos reses desolladas, pendientes de una gruesa viga, eran el centro alrededor del cual jiraba entonces el pueblo entero en busca de carne, con cuyo regalo se celebraba entre aquella gente la fiesta del patrono.

Mi tio se entretenia en contarme la vida y milagros de

cada aldeano que pasaba por delante de nosotros, saludándonos humildísimamente, provisto ya de su miserable trozo de carne, objeto de sus ahorros de un mes.

—¿Ves ese, me decia, que se tambalea sobre las piernas y lleva la cara metida hasta las narices en un sombrero viejo, mal calzado y peor vestido? Pues es un hombre muy honrado; tiene siete hijos, y el mayor, con quien gastó la mitad de su pobreza por librarle de la cárcel en que le metieron por haber dado una paliza á su vecino, despues de casado le puso pleito y le embargó la pobre choza que le quedaba, porque no le devolvió una corta suma el mismo dia en que venció el plazo del préstamo.... Hoy se habria muerto de hambre y de pena si yo no le hubiera dado el dinero para salir de su apuro.—Ese otro jaqueton, tan planchado y que parece un señor, es un trapisondista capaz de pegársela al lucero del alba.—Repara bien á esa mujer que nos ha saludado con voz melosa y sin levantar los ojos del suelo; pues es una bribonaza chismosa, enredadora y capaz de beberse á toda su casta: apostaría una oreja á que lleva la botella del aguardiente debajo del delantal.—¡Este sí que es todo un hombre de bien y hacendoso! Sin tener un carro de tierra suyo, se arregla tan bien con la que lleva á renta, que nunca le falta media onza de repuesto al pico del arca: es el mejor de mis colonos.—Algo mejor que este otro perdido: tres años hace que no me paga un cuarto. Murmúrase si lo gasta con una vecina.... porque tambien por acá hay sus gatuperios como en la ciudad... ¡Mira! la muy pingona ya se vá detrás de él.—Este es el señor alcalde, labrador acomodado; pero no me puede ver, aunque me saluda muy fino.... ¡Como no le dejo pasar ciertas cosas en el ayuntamiento! Siete pleitos he tenido con él y le he ganado cinco.—Mira, ese que se arrima á la pared por no caerse, vá hecho un cuero de vino, es vecino mio y le dá siempre la borrachera por

pegar fuego á mi casa. Cuatro veces le he cogido con el tizon en la mano; una de ellas estaba ya ardiendo la leñera. No le he echado á presidio porque me dá lástima de su pobre familia.—Ahí tienes á dos novios convidándose á castañas.... buena pareja ¿eh? hoy vá la tercera amonestacion á misa mayor y mañana se casan...—Mira el mastin de la cabaña; ¡gran perro! media nalga arrancó á un muchacho que le quiso montar el otro dia. Ahora vá á la carnecería á ver si pesca algo que valga la pena; como hay dos reses hoy... Todos los domingos del año se mata una sola, pero en dias señalados se consumen dos.... ¡Si fuera aguardiente! Esto sí que tiene consumo en el lugar....»

De esta manera siguió el buen señor hablándome largo rato de todo cuanto veia y recordaba, sin tregua entre uno y otro asunto, y sin dar tiempo á que le replicara yo una sola palabra.

Hago, pues, omision de todas sus observaciones en la inteligencia de que el lector no encontrará tanto interés en ellas como mi tio para quien, como buen aldeano, eran la comidilla favorita, el elemento, el mundo.

Aproximándose la hora del desayuno, dispusímonos á volver á casa; más antes quiso mi tio darse una vuelta por la iglesia por si sus hijas habian *vestido* ya el santo. Conviene advertir que mi tio era mayordomo de san Juan, honra que venía *ab initio* perpetuada en la familia, y corría de su cuenta alumbrarle todo el año y vestirle y adornarle en su festividad, y buscar y pagar predicador para este dia.

Más todo esto se hacia con su cuenta y razon; no se crea que á este santo se le servía gratis et amore solo por su divinidad. San Juan era uno de los propietarios del lugar, registrado en los libros del ayuntamiento, como otro vecino cualquiera, tenía dos prados de regadío bastante buenos, que arrendados á un colono producian una renta anual de dos-

cientos reales, renta que cobraba su mayordomo, llevando en un libro especial una cuenta corriente con el santo.

Pero en obsequio del administrador debe quedar consignado: 1.º que los dos prados del beatífico propietario eran de una *manda* hecha por la piedad de un abuelo de aquel; y 2.º, que en honor del santo gastaba mi tio todos los años, sobre los doscientos reales que producian las fincas, otros cuatrocientos de su bolsillo, en lo cual se creia, y con razon, muy honrado. Y se comprende muy bien.

San Juan no era para la casa de este buen señor solamente su patrono y el del lugar, ni uno de tantos bienaventurados cuya imágen se veneraba en la iglesia parroquial del pueblo; era, además, un protector especial, un huésped constante en casa de mis parientes.

Los paños, los candeleros, las velas del altar del santo, se encontraban en aquella casa como la ropa y el calzado de la familia, y hasta en las listas de la colada se leia siempre junto al renglon, por ejemplo, de los calzoncillos de mi tio, otro de los *paños* del santo. Cuidábase de su imágen, quitábasele con frecuencia el polvo, se restauraba la pintura donde quiera que se descascaraba un poco; pintábanse cada dos años y se adornaban las andas en que se le sacaba en procesion, y se esmeraban mis primas en renovarle los ramilletes de flores que le rodeaban en la urna, con la frecuencia necesaria, y en engalanarle para las grandes solemnidades; era el santo, en fin, *como de la casa*, valiéndome de una frase de mi tia.

Y hechas estas advertencias, volvamos al asunto principal.

Entramos en la iglesia. En el centro de ella, y colocado ya en las pintorescas andas sobre una mesa, estaba san Juan con el corderito á los piés y en la diestra la cruz con el *Agnus Dei qui tollis pecata mundi*, escrito sobre la bandera ce-

ñida á ella.—Sin estos atributos confieso que me hubiera sido imposible conocer lo que aquel aparato representaba. Tales primores habian hecho mis primas con la imágen.

Hallábase esta bajo dos arcos cruzados en el sentido de las diagonales de las andas, revestidos de pañuelos de seda de sobresalientes colores, y caian sobre la cabeza del Bautista multitud de relicarios, campanillas, acericos y escapularios; y no pareciéndoles, sin duda, bastante á mis primas la piel con que el escultor abrigó la desnudez de la imágen, habíanle colgado sobre los hombros un rico chal de Manila que le llegaba hasta los piés, y colocado en la mano con que apuntaba al corderito un pompon encarnado y verde, procedente de un chacó de realistas, cuerpo á que, en sus mocedades, habia tenido mi tio la honra de pertenecer.

Mirábame este y miraba al santo, y tornaba á mirarme despues con cierta expresion de complacencia, mientras yo contenia á duras penas la risa que me escitaba el fatalísimo gusto de mis primas que habian hecho con fervorosa y cándida intencion un ídolo chino de una de las imágenes más poéticas y sencillas de nuestro culto.

Felicité, no obstante, á mi tio por su celo y esplendidez, y despues de dar él algunas órdenes al sacristan relativas á la procesion, salimos de la iglesia y nos volvimos á casa.

II.

Esperábannos ya alrededor de la mesa mi tia, mis dos primitas, que en el vigor de la robustez y de la juventud, hubieran podido marear á un estóico con algo menos de rubor y con un poco más de coquetería, y el predicador que debia hacer el panegírico del santo aquel dia. Era un franciscano exclaustrado, párroco de uno de los pueblos inmediatos, y orador de tanta fama en la comarca como pulmones.

Mi tio se honraba todos los años dándole de comer y de almorzar el dia de san Juan, y sus hijas le planchaban y rizaban la sobre-pelliz que se vestía para predicar.

Pusiéronse encendidas como dos pimientos mis primitas al tener que contestar á mi saludo, tendióme una gruesa, morena y áspera mano el exclaustrado, abrazando en seguida á mi tio, y todos en grata compañía nos sentamos á la mesa.

Sirviéronnos, primeramente, chocolate al exclaustrado y á mí, pues la familia se despachó á su gusto con sendas cazuelas de sopas en leche. Y dije «primeramente», porque el reverendo, despues que con el último sorbo estrepitoso, infinito, sublime, tirado al pocillo, apuró

«cuanto en el hondo cangilon había»

acometió á las sopas de leche, haciendo en ellas él solo tanto estrago como toda la familia junta. Despues de la leche nos sirvieron vino blanco con bizcochos, prototipo en las aldeas de digestivos y restaurantes, y cuyas virtudes se tienen en tanto que lo mismo se administra este agasajo á un moribundo que en una boda. Por ello tuve, á mi pesar, que echarme al cuerpo mi racion correspondiente, pues desairarla era, á lo que ví, la mayor ofensa que podia hacerse á la rumbosa prodigalidad de mis tios.

Concluido el almuerzo llegó la hora de ir á misa; y al acercarnos á la iglesia fuimos acometidos por una comparsa de danzantes, bajo cuyos arcos tuvimos que pasar más de dos veces; honor tributado esclusivamente á las notabilidades del pueblo, ó mejor dicho, á todas las personas que podian dar algunas monedas de gratificacion á trueque de tan señalada merced.

Antes de la misa se llevó en solemne procesion al santo

alrededor de la iglesia, teniendo mi tio el honor, en compañía del alcalde y dos regidores, de cargar con las andas. Dos mocetones armados de escopetas abrian la marcha haciendo fuego, y un ciego gaitero acompañaba con su ronco instrumento al señor cura en sus cánticos, á los que contestaba todo el pueblo de vez en cuando con un fervoroso «*ora pro nobis.*»

Empezada la misa, no cesaron los tiros en el portal de la iglesia, la gaita siguió tocando en el coro, aconpañando á los cantores entre los cuales estaba mi tio que era una especialidad para *echar la epístola.* Tocó su turno al predicador, cuyo sermon era el gran acontecimiento del dia. No diré que con muy brillantes formas, pero con un pulmon admirable, con palabras sencillas y con una doctrina pura y llena de paz y de consuelo, infundió tal entusiasmo en su auditorio que, convertido cada oyente en un héroe, hubiera seguido al franciscano.... hasta la hoguera, jurando á Jesucristo y á san Juan. Líbreme Dios de no admirar tanto fervor. ¡Ojalá tuviera cada aldea y en cada semana, por lo menos, un orador de aquel género que conservara viva y consoladora en el pecho de los pobres aldeanos la fé de sus mayores!: con ella únicamente les es dable la paz y la ventura entre tantas privaciones y miserias. Los derechos políticos, la civilizacion *autonómica*, nunca producirán entre ellos más que envidias y escisiones, hambre y desesperacion. Ser pobre y honrado es la mayor de las virtudes; y el pueblo para ser virtuoso necesita, antes que derechos y títulos pomposos que le ensoberbezcan, pan que le alimente y fé que le resigne al trabajo.

Pero no nos salgamos de nuestro terreno.

La misa fué, pues, de lo más solemne que era dable en semejantes circunstancias; tan solemne, que duró dos horas. Mi cabeza, mi cuerpo entero, lo recordarán toda la vida.

Al llegar á casa, y despues de felicitar al exclaustrado por su discurso, lo cual no dejó de envanecerle un poquillo por la razon de gastar yo bigote y perilla y ser de la ciudad, nos sentamos alrededor de la mesa que ya estaba preparada, y empezó la comida, previo *benedícite* del franciscano.

Nada de notable habia en ella, lector, en cuanto á la calidad, que merezca participártese; pero preciso es que sepas que en cuanto á la cantidad.... ¡aquello tenía que ver! La sopera, llena hasta los bordes, era poco menos que un barreño; las fuentes del cocido podian servir de barcas en cualquier rio; el primer principio se componía de más de media arroba de carne guisada; y cuando llegó el gallo en pepitoria, héroe del banquete, acompañábanle, para hacerle honor, cuatro capones. De ellos se nos sirvieron á los tres hombres ¡á capon por barba! y se repartió el cuarto entre las tres mujeres. Y lo de menos hubiera sido para mí semejante alarde de prodigalidad y hasta el acostumbrarme á ver sin admiracion cómo mi tio y el predicador engullian cuanto les ponian por delante; pero lo terrible fué que me obligó á hacer lo mismo que ellos la implacable asiduidad de de mi cara tia. Cedí con la sopa á los reiteradísimos «ponte más, no lo desaires» con que me acosaba la buena señora; y al tratar resueltamente de negarme á repetir de los cocidos, tal fué la insistencia de la familia entera y tanto me solfearon que despreciaba su *pobreza*, que por no sufrir tan inclemente machaqueo me resolví, con la resignacion de un mártir, á jugar la salud en aquel lance. Pero me fué imposible transigir con el capon: materialmente estaba ya lleno, rebosando mi estómago. Para colmo de mi angustia llegó el *arroz con leche*, plantándoseme delante un plato sopero encogollado «para mí solo»;—«y en acabándole, aquí tienes más» añadió mi tia con una sonrisa muy cariñosa, pero que me hizo temblar horrorizado al ver la enorme fuente que señalaba con

el dedo, colocada en el centro de la mesa. Afortunadamente con la idea nada más de echarme al coleto tanto engrudo, entráronme unos sudores frios como los de la muerte, levantéme tambaleándome, llegué al corral.... y despojado el estómago del peso que le oprimía volví á la mesa, pero sin el consuelo de hacer comprender á aquella buena gente la impertinencia de sus mal entendidos obsequios. Mi tia especialmente achacaba el suceso en tono de resentimiento á que no me gustaban los guisos que ella misma habia hecho. Luego ví que era imposible persuadir á aquellas benditas almas de que puede un hombre hartarse una vez de sopa de fideos, de gallo en pepitoria y de arroz con leche.

Concluyó por fin el banquete con vino blanco y bizcochos; y mientras el fraile y mis tios se fueron á dormir la siesta y mis primas á vestirse para ir á vísperas, yo me largué al campo á tomar el aire, que buena falta me hacía.

Dos horas despues volvimos á la iglesia; sacaron otra vez el santo en procesion, rezóse un larguísimo rosario, y nos fuimos á la romería que se celebraba en una pradera inmediata á la iglesia. Hiciéronme ver uno por uno todos los bailes, este porque era de guitarra, el otro porque era de pandereta, y por ser de gaita el de más allá. Compramos avellanas, peras, cerezas y rosquillas en todos los puestos de la romería; convidámonos recíprocamente la familia, el exclaustrado y yo, ví un desafío á los bolos entre mozos del lugar y otros tantos forasteros, oí los «¡vivas!» que nos echaron los danzantes, encaramándose unos sobre otros hasta formar lo que ellos llaman *castillo*, y los que tambien hubo para las personas que les habian dado dinero, y volvimos á casa al anochecer, despidiendo al predicador despues de haber tomado chocolate y agua de limon todos juntos, como si no hubiéramos comido al medio dia.

Una hora más tarde me llamaron á cenar. ¡Otra vez ca-

pon, otra vez pepitoria y otra vez arroz con leche! Aquel cuadro me espantó. Finjime muy malo, y creo que lo estaba, dado que de susto tambien se enferme, y me largué á la cama donde tampoco fuí feliz, porque apenas me hube dormido comenzé á soñar que comia capon, pepitoria y arroz con leche. Desperté, volví á dormir, y torné á despertar y á dormir otra vez y otras ciento, y siempre veía el repleto cucharon de mi pariente persiguiéndome y llenando los claros que yo iba haciendo en los platos que me servian sin cesar. En esta lucha cruel me cogió el alba. Salté de la cama, vestíme, y desayunándome de prisa corrí á despedirme de la familia que habia madrugado más que yó. Agradecí á mis buenos parientes, con toda mi alma, la sinceridad conque me brindaban su casa y su cariñosa asistencia por algunos dias más, sentí de verás no ser más afecto á la vida del campo para complacerlos, pues cariño hácia ellos les tenía bien cumplido, disculpéme lo mejor que supe, monté á caballo, y llenos los bolsillos, la maleta y las pistoleras de fruta y de rosquillas que me hicieron tomar á última hora, partí hácia la ciudad prometiéndome á mí mismo solemnemente, y lo he cumplido, que si alguna vez volviera al campo habia de ser en dias hábiles y normales, y en manera alguna en los que, como el de san Juan citado, se llaman con sobrada razon en mi tierra de «*arroz y gallo muerto.*»

EL ESPÍRITU MODERNO.

I.

Hace doce años, hallándome de visita en casa de una señora *respetable* (adjetivo con que se expresaba entonces en Santander cuanto de finura, prosapia, posicion social y talento cabía en una mujer), hablaba con ella de la vida del campo en el cual acababa yo de pasar unos dias.

—¿Es posible, me decia la culta dama, que una persona de *cierta educacion* se resigne á vivir en la soledad de una aldea?

—Sí, señora, le respondí yo, y encontrando en ella goces tan grandes como los que proporciona la ciudad.

—No lo creo. Empieze Vd. por las malas condiciones de la habitacion.

—Perdone Vd., señora: la casa de una persona acomodada de aldea, es más espaciosa y hasta más confortable que la mejor de la ciudad.

—¿Qué está Vd. diciendo?... Las casas de aldea... ¡Jesus! unas teja-vanas miserables, oscuras, lóbregas.... sin un mal balcon....

—Tres tiene la en que yo nací.... y bien grandes, por cierto.

—¡Es posible!

—Y en el menor salon de aquella casa cabe muy holgadamente esta en que ahora estamos.

—Vd. se burla.

—No vendría muy al caso.

—Pues digo bien. ¿No estoy yo cansada de ver casas de aldea en Miranda, en Cueto, en san Juan?... Y eso que, segun me han dicho, estas casas son palacios en comparacion de las de las aldeas del interior.

—Vuelvo á repetir á Vd., que la mia, si nó tan lujosa como esta y otras semejantes, es bastante más cómoda que todas ellas, pudiendo tambien asegurar, pues las he visto, que hay casas de aldea en esta provincia que contienen cuanto puede apetecer la persona más escrupulosa y exigente.

—Yo no quiero ponerlo en duda; pero no estrañe Vd. que me cueste creerlo, porque me han contado tales horrores de la aldea....

—Ya se conoce que Vd. no ha vivido en el campo.

—¡Yo vivir en el campo! ¡La idea solamente me hace temblar!

—Pues crea Vd., señora, que no hay motivos para ello.

—¡No diga Vd. que nó, por Dios! Aun cuando las habitaciones sean palacios, aquella soledad, aquella gente tan *ordinaria*.... el cencerreo del ganado, aquellos callejones llenos de zarzas, de charcos y *bichos* venenosos.... ¡qué desconsuelo!.... Despues, de noche, el canto de las lechuzas, los ladrones.... ¡horror! Pasar yo una semana en la

aldea.... ¡Ave María purísima!.... Mire Vd., hasta el pasear por el Alta me pone de mal humor, porque se me figura que me vá á faltar tiempo para bajar á la ciudad.... Nosotros, los que hemos nacido en ella, desengáñese Vd., no podemos acostumbrarnos á salir de nuestras calles empedraditas, de nuestros paseos, de nuestras reuniones... ¡Es todo tan ordinario en la aldea!

—Muchas gracias por la parte que me toca.

—¡Oh, no me haga Vd. la injuria de creer que he querido agraviarle!.... no hay regla sin escepcion.... Pero compare Vd. á la gente del campo con la de la ciudad.

—Efectivamente, si la blancura del cútis, el esmero en el corte del vestido y otras condiciones semejantes, son las que más realzan el mérito de una persona, confieso que las que por gusto ó por necesidad viven en la aldea perpétuamente, están muy por debajo de las que habitan en la ciudad.

—No trataré yo de discutir ese punto; pero lo cierto es que por algo se dice de la aldea que «*empobrece*, *embrutece* y *envilece*.

—Ya; pero como el autor de esa barbaridad, y Vd. perdone la franqueza, no se cansó en ponerla á discusion....

—No le diré á Vd. que sea absolutamente cierto; pero algo tendrá el agua....

—Esta cuestion es de gustos, señora, y en vano nos cansaremos ventilándola. Ya sé que á Vds., los indígenas de la ciudad, no hay que hablarles de la aldea: ser *aldeano* es casi un crímen en Santander.

—No diré yo tanto; pero lo que sí aseguro es que no arrastrará Vd. á un santanderino legítimo á la aldea, ni por ocho dias, aunque le prometa en ella la suprema felicidad.

—Me guardaré muy bien de proponérselo, porque me consta, sin género alguno de duda, que esa opinion es la

de toda la *buena sociedad* de Santander, de la que es Vd. tan digno miembro.

—¿Me adula Vd.?

—No, señora, le hago justicia.

—Por supuesto que no me hará Vd. la ofensa de aplicarse nada de cuanto he dicho contra la aldea.

—Crea Vd., por mi palabra, que me tiene ese punto sin cuidado, máxime cuando estoy convencido de que no ha de tardar Vd. mucho en variar de opinion.

—¿Respecto á la vida de aldea?... Le aseguro á Vd. que no.

—¡Bah!

—¿Y en qué confia Vd. para eso?

—En que hasta hoy está siendo Santander la primera aldea de la provincia, por sus costumbres, por sus pasiones y por un sin número de pequeñeces y de miserias....

—¿Está Vd. vengándose de mí?

—¡Líbreme Dios de semejante tentacion!

—Es que no veo yo un motivo para que de repente se cambien nuestras costumbres, como Vd. lo asegura.

—¿No cree Vd. que solamente el ferro-carril ha de alterar notablemente la fisonomía local de Santander?

—Y á propósito, ¿qué hay de ese proyecto?

—Que ha llegado á ser casi una realidad, y que muy pronto se van á empezar las obras.

—¡Dios quiera que con ellas no se ponga en un conflicto á la poblacion!

—No comprendo....

—Por de pronto ya se nos ha llenado el pueblo de gente extraña.... ¡ay, qué tipos!

—Señora, ingleses muy decentes la mayor parte, y muy elegantes.... En cuanto al resto de ellos, para trabajadores los encuentro bastante más aseados que los de acá.

—Sí, sí, lo que es en apariencia... Pero vaya uno á fiarse en galgos de buena traza.... Dígame Vd. á mí lo que son ingleses. ¡Cada vez que recuerdo la legion que vino á Santander cuando la guerra civil!... Desengáñese Vd., los ingleses son hombres sin religion, y está dicho todo.

—Es verdad que no profesan la nuestra; pero tienen otra que para ellos es tan buena, y leyes, educacion.... y conciencia como nosotros....

—¿Sería Vd. capaz de admitirlos en su casa?

—Lo que le aseguro á Vd. es que por el solo motivo de ser ingleses, no los rechazaría.

—Pues no es esa la opinion general de Santander.

—Ya lo sé, y lo lamento.

Tal fué, lector, en sustancia, mi conversacion con la respetable señora que desgraciadamente no puede hoy reñirme por esta delacion, doce años há; es decir, cuando en Santander era de buen tono no haber pisado jamás el campo; cuando los que en él hemos nacido teníamos que negar la procedencia en estos salones para no producir entre la gente «*fina*» cierta prevencion que, con frecuencia, rayaba en repugnancia; cuando hasta por las personas de más alta gerarquía se llamaba *judío* á todo extranjero que tuviera las patillas rubias, ó la *pinta* sospechosa; cuando, en fin, entregado aun este pueblo á sus propios y naturales recursos, atravesaba el periodo más crítico de su amaneramiento.

Poco tiempo despues se fueron estableciendo líneas de vapores entre este puerto y otros de Francia é Inglaterra; las obras del ferro-carril comenzaron á desarrollar en torno de sí el ruidoso movimiento de la industria moderna; las máquinas, las razas, los idiomas extranjeros invadiendo el terreno de los sacos de harina, de las clásicas carretas, y de las rancias preocupaciones, lograron aclimatarse entre ellas; y ya comemos á la francesa, hablamos inglés, circulan por

estas calles los géneros de comercio en pesados exóticos carretones; el labrador de Cueto ó de Miranda, arrea su ganado á la voz de «¡*allez!*», con preferencia al indígena «¡*arre!*». Los niños de pura raza inglesa, con los brazos descubiertos hasta el hombro, mal sujetas sus madejas de dorados rizos por el gracioso gorrito escocés, juegan en la Alameda segunda á las *canicas* con los granujillas de Becedo, y mientras estos, para ventilar la legalidad de una jugada, detienen á los primeros con un «*stop a little, please,*» pronunciado con la precision más británica, los nietecillos de John Bull, para que les sea permitido «quitar estorbos» se expresan con un «*sin fendis*», ó manifiestan su enojo con un «*no jubo más*» que envidiaría el callealtero de más pura raza. La moderna necesidad de los baños de mar, dejando despoblado á Madrid los veranos, llenó de madrileños nuestra capital; y su buen tono, convencido de que para vivir á la moda era preciso *salir* á bañarse, dió en irse á Ontaneda á remojarse en sus nauseabundas aguas; pues no era cosa de largarse á otro puerto de mar cuando tenía uno de los mejores en su casa. El objeto era *salir*, la calidad de baños importaba poco. Estas expediciones fueron aficionando á los santanderinos al *veraneo*; y este año dos familias, y el siguiente cuatro, y el siguiente ocho, y así sucesivamente, fuimos á parar á que los que pasaban julio y agosto en la ciudad tenian vergüenza de confesarlo en setiembre á los que volvian tostados por el sol de nuestra campiña.

Para no cansarte, lector: hoy se cree rebajada en la opinion pública la familia acomodada de Santander que no tiene una casita de campo para pasar el verano en ella, ó siquiera una huertecilla en las inmediaciones, que dé, por lo menos, espárragos y flores en la primavera, y fruta en agosto, para poder decir al vecino:—«¿Vd. gusta?: son de mi huerta.» El desdichado que no tenga ni esto, alquila su choza al pri-

mer labrador de la comarca, y en ella tiene que resignarse á pasar el verano, si quiere ser considerado durante el invierno por hombre de pró.

—¡Dichoso Vd., me han dicho algunos que pocos años hace me miraban con cierta lástima porque no era santanderino legítimo; dichoso Vd. que puede pasarse la mitad del año en la aldea!

Para cuando se pongan en duda estas palabras, me reservo el recurso de citar pueblos enteros, como el Astillero de Guarnizo, compuestos de casas de campo construidas, de cinco años á esta parte, para residencia de verano de familias de Santander.

Si la señora respetable á quien me he referido más atrás resucitara hoy, no creeria el cambio que han sufrido las costumbres de los de su comunion social.

Pero vamos á cuentas. No estoy censurando esta nueva aficion de mis paisanos, que ya raya en manía; consigno un hecho sencillamente.

Dos observaciones debo hacer, siempre con la mejor intencion, para gobierno de mis lectores.

La distancia más larga desde el centro de Santander al campo, se anda, á pié, en diez minutos.

La localidad que abandonan en verano las familias que se van *al campo*, la aceptan como residencia *campestre* los que huyen de otras capitales.

Aunque de la union de estas dos verdades resulta una consecuencia que no aceptarian de buena gana los neo-campestres montañeses, yo quiero prescindir de ella; pues vuelvo á repetir que estoy consignando hechos, y esto con el objeto de demostrar la gran revolucion operada en las costumbres de la sociedad de Santander en muy poco tiempo. No se extrañe, pues, que me haya detenido á apuntar algunos detalles que, á primera vista, parecen ociosos.

II.

In illo tèmpore, es decir, los mismos doce años há, pasé yo una temporada en la lindísima villa de Comillas. Comillas, lector, en la costa, á seis leguas al noroeste de Santander, tendida sobre el lento declive de una montaña, arrullada por un lado por el inquieto mar de Cantabria, y protegida por los demás por una suave cordillera de pintorescas colinas, era una poblacion verdaderamente deliciosa, no por sus condiciones topográficas solamente, pues bajo este aspecto hoy es mucho más bella que entonces, sinó por las especialísimas que concurrian en el carácter de su pequeña sociedad.

Empecemos por decir que sin una sola vía de verdadera comunicacion con el resto del mundo, y á cinco leguas de distancia de la carretera nacional, era punto menos que inaccesible al trato de la moderna civilizacion.

Este aislamiento *ab initio*, tratándose de familias enlazadas entre sí, como aquellas, por vínculos de parentesco ó de una relacion íntima, habia impreso en su vida el carácter de unidad y de sencillez verdaderamente patriarcales que seducía á los pocos forasteros que hasta allí llegaban. La clase acomodada, muy numerosa en proporcion de la pequeñez de todo el vecindario, era lo suficientemente ilustrada para hacer agradabilísimo su trato, sin el refinamiento que hoy distingue á la culta sociedad con grave deterioro de los puros y santos afectos; y aunque los hijos de estas familias salian á las universidades y viajaban, llevando siempre consigo tan bello recuerdo de la madre patria, cuando á ella tornaban deponian de buen grado los resabios adquiridos en el mundo, y volvian á ser sencillos comillanos.

De este modo aquella sociedad era siempre apacible, cariñosa y hospitalaria.

Por mi parte, unido por estrechos lazos de parentesco á muchas de sus familias, creo tener en esta sola circunstancia motivo sobrado para evocar con satisfaccion estos recuerdos. Para pagar con ellos las horas de verdadero placer que aquel pueblo me ha proporcionado, no serian bastante.

Una noche oí decir á una venerable mujer, que ya pasaba de los sesenta años, que su mayor satisfaccion sería ver un coche.

Otra señora, tan anciana como ella, le respondió:

—Dios te libre de esas tentaciones. Yo quise una vez salir á ver un poco el mundo; y con intencion de no parar hasta Santander, llegué á Torrelavega. Era dia de mercado y estaba la villa ¡madre de Dios! que daba miedo. ¡Cuánta gente! ¡Qué ir y venir bestias, carros y diligencias! Te aseguro que aquello me espantó; díjeme: «esto no es para mi».... y volvime á casa dando gracias á Dios por la paz que quiso concedernos en este bendito rincon.

Para dar una idea del color verdaderamente local de la poblacion comillana, bastan estos dos ejemplos.

La clase del pueblo, compuesta casi en su totalidad de marineros y pescadoras, era morigerada y nobilísima en sus instintos. Para ella el mundo era Comillas y su mar; y el mejor placer, despues de una misa solemne con el órgano *nuevo*, oir los relatos de algun licenciado de *barco de rey*.

Los mayores títulos de gloria de los comillanos eran haber dado la villa tres arzobispos, muchos notabilísimos marinos y varios capitalistas riquísimos que, aunque residentes en Filipinas, Cadiz y otros paises tan apartados, demostraban á cada paso, con limosnas y presentes de todos géneros, su amor al pueblo de su naturaleza; y sobre todo haberse cons-

truido el magnífico templo que se levanta en la plaza, que acaso, en su género, es el mejor de la provincia, á expensas de los hijos de aquella humilde villa.

Un proverbio popularísimo en ella acabará de dar á conocer hasta qué punto sus hijos vivian dentro de sí mismos y en sus elementos naturales, y lo agenos que estaban de pensar en que pudieran contagiarse algun dia del carácter moderno. Este proverbio, siempre en boca de todo buen comillano, era el siguiente:

«Comillas será Comillas
por siempre jamás amen.»

He dicho *era*, porque supongo que en la actualidad no se atreverá á repetirle, con fé al menos, ningun hijo de aquel pueblo. Veamos en qué me fundo para creerlo así.

Seis años hace volví á Comillas. Una cómoda y ancha carretera habia sustituido la escabrosa y angostísima senda antigua; y en lugar de cabalgar sobre el peludo y escueto jamelgo que antes conducía por ella á los viajeros, tomé un mullido asiento en una de las diligencias que se han establecido entre Torrelavega y la villa de los tres arzobispos.

A medida que á ella me aproximaba, iba desconociendo más y más el terreno, hallándole descascarado en muchos sitios, revuelto en otros, y poblado de trabajadores, y cruzado por zanjas, *trainways* y túneles á cada instante. Buscando con mis ojos la primera casa del pueblo, que antes se destacaba sola como un centinela avanzado de él, tuve que detener la mirada bastante más atrás, en un edificio del moderno estilo industrial, que arrojaba á borbotones por una alta chimenea el humo espeso del carbon de piedra. Era uno de los hornos de calcinacion del mineral de calamina que á la sazon

se extraía (y sigue extrayéndose) de las entrañas de los cerros inmediatos.

Más adelante caras barbudas con el sello francés más puro, otras medio ocultas bajo la boina vasca, y otras indígenas, pero todas veladas por el polvillo amarillento de la calamina, pasaban rápidas por delante de las ventanillas del coche, que al cabo penetró en la primera calle de la poblacion. Aquí, como en la carretera, mil objetos llamaban mi atencion por lo inesperados. En el portal en que en otros tiempos se sentaba á tejer sus redes un pescador, alisaba el mango de su azadon un fornido vizcaino; en el balcon en que antes ví á la familia de un pobre labrador *desgranar* las panojas de la última cosecha, fumaba en larga pipa un belga, calzado con altas botas de cuero, y en lugar del *cobertor* tradicional y las madejas de estopa, colgaban de la soga de la *solana*, las bridas de un caballo y ancho gaban impermeable; á la puerta de una taberna, estropeaba el castellano el tabernero para convencer á un aleman «cerrado» de que lo que le habia vendido por *gin* no era, como parecía, rescoldo; en la plaza donde paró el carruaje, circulaban entre la boina de los vascos y el gorro verde y colorado de los marineros de la poblacion, la leve *pamela* de la *Fuente Castellana*, y entre la camiseta de bayeta verde y la blusa azul de los obreros, el brillante gaban de seda sobre el esbelto talle de las hijas del Manzanares y del Sena. Hablábase en un grupo el vascuence, en otro el francés, aquí el aleman y allá el inglés; y para colmo de mi sorpresa, el sombrío palacio de los Trasierra, sobre el punto más elevado de la poblacion, y en otro tiempo cerrado y misterioso como si dormitara entre los recuerdos de su época, habia abierto anchas puertas á la moderna luz, tenía embellecidas sus fachadas, y no descansaba, como antes, sobre escombros y zarzales, sinó sobre ameno y florido campo cultivado por diestro jardinero.

En los pocos dias que pasé en Comillas busqué en vano lo que tan placentera me habia hecho en otro tiempo mi residencia en la misma villa. Todo se hallaba trasformado allí. El pequeño puerto, casi inaccesible antes á las lanchas pescadoras, se habia reformado, y ya penetraban en él buques de muchas toneladas; y sobre el muelle en que únicamente se pesaba el pescado fresco en modesta *romana*, crujian las gruas y se revolvian con dificultad carros, vásculas y trabajadores. Una cómoda carretera facilitaba la subida desde este punto á la poblacion, y desmontes, murallas y demarcaciones anunciaban nuevos proyectos de considerables reformas.

Lo mismo que el de la villa, el carácter de su sociedad era nuevo para mí. *Touristas* madrileños, hombres políticos y altas gerarquías militares, damas modeladas en el más genuino troquel del mundo moderno invadian los salones en que ya se cantaban *duos* y *cavatinas*, y se bailaban lanceros y cuadrillas, y se amaba y se coqueteaba segun la flamante escuela.

El Comillas clásico no existia ya: lo que yo estaba viendo era un pueblo industrial como otro cualquiera, favorecido durante el verano por una escogida sociedad de forasteros que habian impuesto á la clase indígena acomodada sus costumbres, como la industria habia reducido á sus exigencias los hábitos patriarcales de la masa popular.

Un francés encontró en una ocasion un pedrusco de calamina sobre aquellos terrenos; indagó con cuidado, dió con un filon poderoso, formóse una sociedad explotadora.... y hé aquí la causa de tan repentina como radical trasformacion.

Y júzguese, en vista de lo que antecede, si podrá decirse hoy de buena fé, como ayer se decia, por algun comillano

del antiguo régimen, que por casualidad pareciese, desorientado entre el actual movimiento de su pueblo,

«Comillas será Comillas
por siempre jamás amen.»

III.

Con el hallazgo del filon de aquella comarca, excitóse en alto grado la ambicion de los montañeses; y errando muchos de breña en breña y de monte en monte, cavando aquí y revolviendo allá, resultó que la provincia entera era un verdadero tesoro de calamina, y que lo único que se necesitaba para que todos fuésemos ricos, era dinero para explotarla. Por eso desde las montañas de Liébana hasta el valle de Reocin se denunciaron las entrañas de la madre tierra; y buscando todos en ellas riquezas á montones, perdieron muchos las que tenian y ganaron pocos, entre litigios y peleas, bastante menos que lo que habian soñado.

Escusado será decir que los pueblos donde entró la piqueta del minero han perdido, aunque no en tan alto grado como Comillas, su verdadero carácter local, y amoldádose á otras costumbres. Torrelavega, la primera y más linda villa de la provincia, aunque sobre la carretera nacional y conteniendo desde muchos años hace un comercio considerabilísimo, y por consiguiente, de poblacion ménos típica que otras de la Montaña, ha perdido tambien los pocos rasgos que la distinguian, cediendo á la influencia minera y más aun á la del ferro-carril que penetra en su jurisdiccion. Hoy es esta ilustrada y bonita poblacion una digna sucursal de Santander.

Por regla general, y para no molestar al lector, conste que alli donde el camino de hierro, ó las industrias minera

y fabril han penetrado, las costumbres clásicas montañesas no existen ya, ó existen muy ajustadas al *espíritu moderno*. Pero estas localidades son rarísimas todavía en la provincia, por más que en toda ella corra ya cierto airecillo de ilustracion.... y ahí está mi humildísimo pueblo, á dos brincos de Santander, que no me dejará mentir; *Polanco* (que de algo le ha de servir en este caso tener el *hijo* alcalde, para darse tono), Polanco, digo, donde las mejores mozas se avergüenzan de vestir la plegada saya de paño rojo de ayer, y se ponen el desgarbado vestido de cuerpo, de efímera indiana, sobre ¡pásmese el orbe! sobre barruntos de miriñaque!

Y con esto hemos llegado al verdadero asunto de estas últimas páginas.

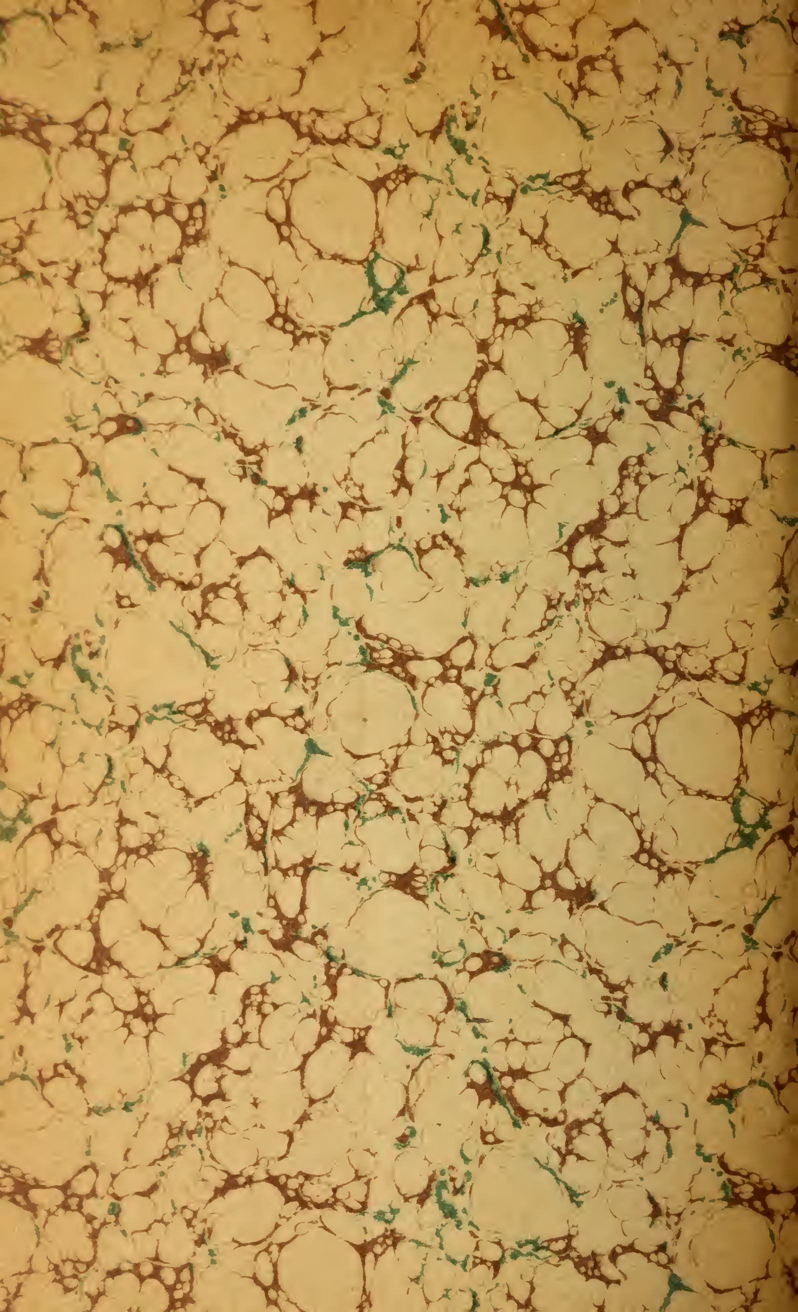
Es muy posible que algun lector de mi libro, al distraer sus ocios por las bellas praderas de la Montaña, quiera buscar en ellas los modelos de las escenas campestres que yo he pintado. Si no quiere cansarse en vano, si realmente desea encontrarlas, tenga presente cuanto queda dicho en las anteriores líneas de este capítulo: huya de toda comarca en que haya un *paso de nivel*, un *túnel*, una fábrica de tejidos *al vapor*, ó un *horno de fundicion*. Por allí ha pasado el espíritu moderno y se ha llevado la paz y la poesía de los patriarcas.

Con esta precaucion respondo de que encontrará muy pronto á tio *Juan de la Llosa* y compañeros de robla, al solariego *Seturas* y convecinos, y á cuantos personajes de su estofa he tenido el honor de presentarle. Pero es preciso que no tarde mucho en emprender la expedicion. Al paso que hoy caminamos, dentro de pocos años la industria habrá invadido completamente estos pacíficos solares, y entonces ya no habrá tipos. La civilizacion moderna tiende á este fin sin duda alguna. Los pueblos verdaderamente *ilustrados* ya no

tienen costumbres propias. Los de la Montaña, cuando acaben de ilustrarse, no han de ser menos que ellos.

En ese dia alcanzará álgun éxito este libro. Vivos hoy los originales de los retratos que encierra, y desprovisto de galas y de primores que le hagan, por sí solo, aceptable á los ojos del público, como depósito fiel de las costumbres de un pueblo patriarcal y hospitalario no carecerá de atractivo para la curiosidad de los nuevos explotadores del suelo vírgen que me le ha dictado.

ÍNDICE.




458841
Pereda, José María de
Escenas montañesas.
LS
P434e.2
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

